



El otoño  
del comisario  
Ricciardi

Maurizio  
de Giovanni



Lectulandia

Finales de octubre de 1931. El Día de Todos los Santos se acerca y en Nápoles llueve como si la naturaleza quisiera convertirse en el telón de fondo adecuado para la tristeza del momento. A primera hora de la mañana, sentado en los peldaños de una escalera que lleva a Capodimonte, alguien descubre el cadáver de un niño: el pequeño cuerpo permanece sentado, compuesto, parece que la muerte haya querido respetar su dignidad.

A su lado descansa un perro. Los trapos que cubren el cuerpo del chiquillo y su rostro consumido hablan por sí solos de miseria y soledad. Un investigador cualquiera habría pensado en una muerte natural por inanición, pero el comisario Ricciardi piensa que hay algo que no encaja en las investigaciones rutinarias que siguen, y la autopsia no hace más que confirmar lo que Ricciardi ya había intuido. Así, descubriremos que el niño contaba con la visita de una especie de hada madrina que de vez en cuando venía a recogerlo en un gran coche, le dedicaba unas horas de distracción, y solía regalarle unas galletas deliciosas que el niño comía con devoción.

Lectulandia

Maurizio de Giovanni

# El otoño del comisario Ricciardi

Comisario Ricciardi 4

ePub r1.1

P3lμdμ5 28.10.13

Título original: *Il giorno dei morti. L'autunno del commissario Ricciardi*

Maurizio de Giovanni, 2010

Traducción: Celia Filipetto Isicato

Editor digital: P3lμdμ5

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Giovanni y Roberto  
por haberme regalado  
el más maravilloso de los miedos*

# 1

Cuando el amanecer rescató de la noche y la lluvia el perfil de las cosas, si alguien hubiese pasado, habría visto al perro y al niño al pie de la monumental escalinata que llevaba a Capodimonte. Aunque habría sido necesario prestar mucha atención: apenas se distinguían bajo la luz titubeante del alba.

Estaban allí, quietos, indiferentes a los goterones fríos que caían del cielo, sentados en el escalón de piedra, en el entrante ornamental, después de los primeros peldaños. Las escaleras eran un torrente de agua desbordada y hojas que bajaba del bosque del palacio.

Si alguien hubiera pasado y se hubiese detenido a mirar, tal vez se habría preguntado cómo era posible que el incesante flujo de agua y residuos diera la impresión de respetar al perro y al niño, pasando a su lado sin tocarlos, salvo alguna salpicadura ocasional. El entrante servía para cobijarse hasta de la lluvia: solo los pelos del lomo del perro se estremecían de vez en cuando, como agitados por el viento.

Quizá alguien se habría preguntado qué hacían allí el perro y el niño, quietos en el frío amanecer de un otoño lluvioso.

El niño era gris, las manos descansaban sobre el regazo, los pies suspendidos a unos centímetros del suelo, la cabeza ligeramente inclinada, los ojos perdidos como en pos de un sueño o un pensamiento. El perro parecía dormido, la cabeza apoyada en las patas, la pelambre con manchas marrones empapada, una oreja erguida, la cola inmóvil recogida al costado.

Alguien se habría preguntado a quién estaban esperando. O si estaban pensando en algo que había ocurrido, o que había dejado una huella en su memoria. O si estaban escuchando un ruido, una música leve.

La lluvia arrecia, clamoroso estrépito de rebelión al salir el sol; el perro y el niño no reaccionan, la furia del agua los deja indiferentes. De la nariz de uno y de la oreja erguida del otro caen fríos regueros.

El perro espera.

El niño se ha quedado sin sueños.

*Lunes, 26 de octubre de 1931 – IX*

La llamada llegó a las seis y media, una hora antes de que terminara el turno de noche.

A Ricciardi no le disgustaba quedarse en la jefatura cuando le tocaba; casi siempre eran horas tranquilas en las que podía entregarse a la lectura o a un agradable duermevela en el sofá del cuarto contiguo a su despacho. Era bastante raro que el reposo o las reflexiones se viesan interrumpidas por un agente que llamara a la puerta, pidiendo su intervención.

Los delitos ocurren de noche, pero se descubren a lo largo de la mañana; la hora peligrosa era precisamente ésa, cuando la luz del día levantaba el velo de las infamias que la oscuridad había ocultado la noche anterior.

Ricciardi acababa de lavarse en la pila del final del pasillo cuando vio al sargento Maione subir con fatiga el último tramo de escaleras.

—Comisario, no podían esperar a que terminara nuestro turno, claro que no. Hemos recibido una llamada telefónica, un señor del Tondo di Capodimonte. Dice que se ha encontrado allí a una lechera con una cabra llorando.

Ricciardi consideró la cuestión mientras se secaba las manos.

—¿Y ahora también nos llaman cuando las lecheras lloran? Por cierto, ¿quién llora, ella o la cabra?

Maione tendió los brazos, jadeando todavía tras haber subido las escaleras corriendo.

—Comisario, tiene ganas de broma, mire que caen chuzos de punta y como nos queda una hora de servicio, nos tocará ir a Capodimonte bajo la lluvia. Se trata de algo serio, parece que hay un niño muerto en la escalinata monumental. Lo ha encontrado precisamente la mujer, que bajaba de una granja con su cabra para vender la leche; dice que es su zona, que lo vio quieto, lo sacudió, pero no se movía. Entonces pidió ayuda en el edificio más cercano, y ese señor que nos ha llamado era el único que tenía teléfono. Y yo me pregunto, ¿no podía haber ocurrido dentro de un par de horas, y así la caminata bajo la lluvia le tocaría a Cozzolino, que es joven y diligente?; porque a mí, en cuanto me mojo un poco, me entra un dolor de espalda que me quedo tieso.

Ricciardi ya se había puesto el impermeable.

—Te estás haciendo viejo de veras. Anda, vamos a ver de qué se trata. Con suerte es una broma, ya sabes que a la gente le encanta ver a los policías correr de aquí para allá bajo la lluvia. Después te vas para tu casa y te secas.

El trayecto desde la jefatura hasta Capodimonte coincidía con el que Ricciardi hacía para regresar a su casa. Era un camino largo, que en un momento dado

empezaba a ascender cortando la respiración. Había que recorrer la via Toledo, con sus imponentes edificios nobles, cruzar el largo della Carità y Spirito Santo, bordear el Museo Nacional, una línea fronteriza a ambos lados de la cual se extendían los callejones impenetrables de los Quartieri Spagnoli, el puerto y la Sanità, un hervidero de vida y dolor, alegría y pobreza.

Ricciardi lo pensaba siempre, todas las mañanas y todas las tardes, cuando notaba sobre su pellejo los ojos recelosos de quienes ocultaban su forma de ganarse la vida; aquel trayecto decía mucho de la ciudad. Lo decía todo.

Y cambiaba siempre, de estación en estación, ofreciendo una tórrida imagen estival en la que la cochambre se maceraba bajo el sol, o un perfumado cuadro primaveral, con los vendedores de fruta y flores que exponían su mercancía al paso de los ricos, o un falso desierto invernal, con sus turbios trapicheos en los bajos adyacentes a la calle, al abrigo del gélido e incesante ulular del viento.

Ahora, en ese otoño húmedo, la larga calle era recorrida por muchos regatos, tantos como callejones la cruzaban, llevando hacia un mar inalcanzable los desechos y la suciedad de la colina lejana.

Maione daba saltitos para esquivar los charcos más profundos, en un vano intento por protegerse las botas.

—Me mata. Seguro. Mi mujer me mata. Usted no tiene idea, comisario, de cómo se pone cuando me tiene que limpiar las botas embarradas, como una fiera. Y yo le digo, no te molestes, que me las limpio yo, y ella me dice, déjate de tonterías, soy la mujer de un sargento y las botas te las limpio yo. Entonces yo le digo, ¿a qué viene tanto cuento? Y ella me dice, yo te las limpio, pero tú podrías tener un poco más de cuidado, ¿no?

Mientras caminaba intentaba protegerse a sí mismo y a Ricciardi de la lluvia, sosteniendo un enorme paraguas negro. Como de costumbre, el comisario no llevaba sombrero ni parecía importarle el tiempo. Maione cambió fácilmente de tema:

—Yo a usted no lo entiendo, comisario. Del paraguas no le digo nada puesto que, aunque convendría que lo llevara porque llueve sin parar desde hace tres días, puede que se harte de cargar con él y, en fin, tiene un pase, pero lo del sombrero... ¿Por qué no se pone sombrero? Usted es joven, pero siga mi consejo, que cuando tenga mi edad, cada gota de lluvia se convertirá en una punzada de dolor en la cabeza.

Ricciardi caminaba a paso ligero, las manos hundidas en los bolsillos del impermeable, la mirada clavada al frente.

—Sabes que no soporto el sombrero, me da migraña. Además, soy de montaña, y el frío y la humedad no me molestan. No te preocupes; piensa en tus dolores y en no embarrarte las botas.

Habían llegado a la parte del recorrido que más pesaba a Ricciardi. Se trataba del puente construido por los Borbones para llegar al Palacio Real sin tener que cruzar



por la Sanità, desde siempre uno de los barrios más peligrosos. Por algún motivo extraño e inexplicable, desde entonces aquel alto viaducto, aquel puente sin río que hundía sus pilares en las callejuelas de abajo, era el lugar de los suicidios.

Eso que para sus adentros Ricciardi llamaba «el Asunto», la dolorosa condena por la que percibía el último pensamiento de los que sufrían una muerte violenta, se convertía en un peso insoportable en las inmediaciones del puente. Siempre había por lo menos una imagen suspendida, dispuesta a levantar la mirada a su paso para comunicarle las palabras con las que se había visto obligada a abandonar la existencia de carne, hueso y sangre. Una nota de despedida con un único destinatario: él.

Aquella mañana lluviosa, bien visibles a los ojos de su alma, en vilo sobre el parapeto veía a dos adolescentes asidos de la mano. El muchacho tenía el cuello partido, y volvía la cara hacia atrás, como si le hubiesen colocado la cabeza del revés; murmuraba: «Sin ti no, sin ti jamás».

La chica tenía el tórax aplastado y las facciones casi borradas por el impacto. Del amasijo ensangrentado en que se había convertido su rostro provenía un pensamiento: «No quiero morir, soy joven, no quiero».

Ricciardi pensó que quizá el amor había causado más víctimas que la guerra. Mejor dicho, sobraba el «quizá».

Más allá, en el mismo parapeto, un viejo gordo, con el cráneo hundido decía: «No puedo devolvérselo, no puedo». Deudas, reflexionó el comisario apurando el paso y dejando atrás al acezante Maione. Otra enfermedad incurable. Dios, qué cansado estaba. Siempre igual, siempre las mismas cosas.

Llegaron por fin al Tondo di Capodimonte, desde donde arrancaba la monumental escalinata. Lo hicieron con cierta dificultad, porque el último trecho del trayecto era un río impetuoso de ramas y hojas que recorrieron a contracorriente. Maione renunció a salvaguardar sus botas y asumió una expresión sombría y silenciosa. Ricciardi llevaba encima la imagen de los suicidios y lo embargaba una gran tristeza.

Al pie de la escalinata después del primer tramo de peldaños, se había reunido un pequeño grupo. La multitud de paraguas impedía ver lo que se ofrecía a la vista. La llegada de Maione y Ricciardi, acompañados de dos agentes, dispersó al instante la aglomeración. Maione rio, malicioso:

—Lo de siempre. En cuanto llega la policía, lo único más fuerte que la curiosidad es el miedo a verse metido en un lío.

Ricciardi vio enseguida al niño, sentado en un banco de piedra, debajo del contrafuerte de la izquierda. Era bajo, los pies no le llegaban al suelo, estaba calado hasta los huesos. El agua le bajaba por el pelo y le empapaba la ropa andrajosa, de granuja. Calzaba unos zuecos; las marcas de los sabañones eran perfectamente visibles. Los labios violáceos, los ojos entreabiertos al vacío.

Le impresionaron las manos, abandonadas sobre el regazo, como dos pajarillos

muertos. Blancas, mucho más claras que la piel de las piernas, lívida por el frío, al comisario le parecieron un signo de rendición y desaliento. Miró instintivamente a su alrededor, no vio rastros de imágenes: el niño debía de haber muerto sin violencia, tal vez de frío, o de hambre, tal vez por una enfermedad. Abandonado, pensó, a sí mismo, a la intemperie, a la violencia, a la soledad. Sin elección posible.

Si había algo que odiaba era los niños muertos. La sensación de derroche, de renuncia, de ocasiones perdidas. Había leído que un pueblo, una civilización se caracteriza por el cuidado de sus niños. Esa ciudad no salía bien parada, la verdad.

Maione lo sacó de sus pensamientos.

—Antes de salir de la jefatura pedí que llamaran al hospital y mandaran al forense y el carro para levantar el cadáver, estarán a punto de llegar. Allá al fondo está la lechera, la que lleva la cabra de una correa, ¿quiere hablar con ella? A su lado está el dueño del teléfono, ese señor del paraguas. Le he dicho que no lo necesitamos, que puede irse, pero no se mueve. ¿Los hago venir?

La lechera tenía los ojos gachos, le temblaban los labios bajo el pañuelo ceñido a la cabeza. Era joven, poco más que una niña; con una mano sujetaba la cuerda atada al cogote de la cabra, con la otra, un recipiente metálico para la leche. Poquito a poco, tiritando de frío, miedo e incomodidad, contó que bajaba la escalinata y se disponía a cubrir su ruta de venta de leche, cuidando de no tropezar, cuando la cabra se desvió hacia un lado. Un perro tumbado de lado al comienzo del último tramo de escalones estaba gruñendo.

—Ahí lo tiene, ¿lo ve usted? Se apartó cuando volví de la casa de este señor que aquí ve, para llamarlos, y después ya no se movió más.

A unos veinte metros de distancia, Ricciardi vio un perro echado sobre las patas traseras, inmóvil como una estatua, los observaba con atención. Era un perro mestizo de los que se veían a decenas, con la pelambre blanca manchada de marrón, el morro aguzado y una oreja erguida.

La mujer siguió contando cómo, después de tratar de ver si el niño estaba dormido o enfermo, se fue corriendo al edificio más cercano donde había llamado al contable Caputo, su cliente. El hombre, un atildado señor de mediana edad, bajito y con gafas de montura dorada, dio un paso al frente y se quitó el sombrero.

—Comisario, si me permite, soy el contable Ferdinando Caputo, a sus órdenes. Esta muchacha, que se llama Caterina, pasa cada dos días. La única leche que me sienta bien es la de cabra, la de vaca no consigo digerirla, y cuando la tomo, me encuentro mal todo el día. En fin, que esta mañana la chica que aquí ve, Caterina, llega al patio del edificio y se pone a chillar, corran, corran, auxilio, hay un niño en la escalinata y no responde. Yo acababa de despertarme, todavía estaba en camisa de dormir, así que me tiré de la cama y fui a la ventana...

—De acuerdo, señor Caputo, si es tan amable, vaya usted al grano; con el debido

respeto, no nos interesa qué se pone usted para dormir —bufó Maione, molesto—. ¿Qué ocurrió entonces, bajó usted?

—No, sargento, ¿cómo quiere que bajara con la camisa de dormir y la papalina en la cabeza? No, le dije a la chica que aquí ve y se llama...

—... Caterina, eso ya lo hemos oído y ya lo ha escrito en el atestado el agente que aquí ve y que se llama Antonelli...

El contable miró a Maione de reojo.

—¿Qué ocurre, sargento, me está tomando el pelo? Yo quería ser exacto, en interés de ustedes. En fin, que la chica subió y yo telefoneé a la jefatura. Es todo.

Ricciardi agitó la mano.

—De acuerdo, de acuerdo, gracias a los dos. El agente ha tomado nota de sus datos, si los necesitamos, los mandaremos llamar. Aunque no creo que haga falta. Pueden retirarse.

Cuando se quedaron solos, se acercaron al cadáver. Ricciardi se preguntó cómo era posible que ningún familiar o conocido hubiese ido en busca de un niño tan pequeño al ver que no había llegado a casa. Acucillado, Maione observaba al muerto con interés.

—Comisario, habrá que averiguar si este niño tiene familia. La ropa parece sacada de la basura, fíjese, los pantalones son tan anchos que, para que no se le caigan, el cordel de la cintura le da dos vueltas. Y la camisa es de tela de arpillera. Fíjese qué zuecos, los pies al aire con este frío. Se trata de un granujilla, de esos sin casa, créame. Sin amigos y sin familia.

Ricciardi se volvió a mirar al perro, inmóvil a poca distancia, que no les quitaba la vista de encima a los dos.

—Puede que no tuviera familia. Pero al menos tenía un amigo; lástima que no nos pueda contar nada. Ah, aquí llegan los de la sanidad pública. A lo mejor ahora sabremos algo más sobre la muerte de nuestro pequeño solitario.

### 3

En esa ocasión, la sanidad pública estaba representada por el doctor Bruno Modo, que correteaba en el agua afanándose en la imposible tarea de no mojarse demasiado y, al mismo tiempo, sostener un paraguas, el maletín de cuero y una hoja de papel. En cuanto vio a Ricciardi y a Maione, se acercó belicoso.

—Conque vosotros, ¿eh? No podía ser de otra manera. Una llamada a primera hora de la mañana, cuando aún no has terminado de secarte los pantalones que se te mojaron de camino al hospital, dos kilómetros a contracorriente, en este maldito río que llamáis via Nuova Capodimonte, ¿y quién podía ser? El alegre Ricciardi y su flaco escudero, el noble sargento Maione. Dígame una cosa, sargento, ¿cuándo dejará de llamar y preguntar por mí? Lea, lea: se requiere la presencia inmediata del doctor Bruno Modo. ¿Y por qué no puede acudir un médico cualquiera? ¿Siempre a mí me tiene que llamar?

Maione ensayó una sonrisa sardónica.

—No es así, doctor Modo, la cuestión es que el comisario, aquí presente, solo se conforma si viene usted. Porque no se fía de nadie más que de usted. Cuando viene el otro, el doctorcito joven, no sé, parece que no nos satisface. Nadie trata a los cadáveres como usted, mi querido doctor. Por eso lo mandamos llamar, ¿qué pasa, no se alegra de vernos?

Modo se volvió hacia Ricciardi, con aire de fingida amenaza, agitando el despacho telefónico en el que se solicitaba su presencia.

—Ojalá que un día me llegue un despacho telefónico en el que diga: encontrados dos policías despedazados por los fascistas. ¡Ojalá me llegara! Entonces sí que voy y me inscribo en el partido, juro que me inscribo.

Ricciardi no había cambiado de expresión, pero se notaba que aquello lo divertía.

—¿Nunca habéis pensado en dedicaros al teatro de variedades? No estaría mal una parodia en el Salone Margherita, el doctor y el sargento, tararán chimpún. ¿Qué tal si nos dedicamos a examinar el cadáver y dejamos de mojarnos? Así, a primera vista, no aprecio signos de violencia.

—Lo que faltaba —dijo Modo con cara de ofendido—, ahora eres tú quien decide si hay o no hay signos de violencia. Ya que me habéis hecho venir y tengo los calzoncillos mojados hasta las rodillas, más nos vale que haga el examen como es debido. ¿Dónde está el cadáver? Ah, sí, ahí lo veo. Un niño. Muy pequeño, tendrá entre siete y ocho años. Una pena.

Dio vueltas alrededor del niño, subiéndole las prendas con cuidado, palpando con ternura las manos y las piernas. Ricciardi observó que, de lejos, el perro se había levantado y tenía las dos orejas erguidas, como si esperase una llamada; sin embargo, pareció intuir la delicadeza de Modo y, sin dejar de estar alerta, no se movió de su

sitio.

El médico forense comprobó la posición del cadáver, se agachó para tocarle los pies, le inspeccionó la cara. Tomaba notas al dorso del despacho telefónico. Entretanto, tratando de adivinar la dirección de sus rápidos movimientos, Maione sostenía el paraguas para que no se mojara.

Al final Modo se acercó a Ricciardi, secándose las manos con el pañuelo.

—Veamos, el cadáver está rígido y frío, en mi opinión murió a última hora de la tarde de ayer o a primeras horas de la noche. Tienes razón, en el cuerpo no se aprecian signos de violencia, al menos no de tipo mortal: viejos morados, alguna excoriación, nada que pueda vincularse con su muerte. Está sentado porque se apoyó en la pared, de lo contrario se habría caído. Creo que tiene siete años, pero podría tener más, estos niños comen muy poco y se quedan raquíuticos, un par de tallas menos de la que corresponde a su verdadera edad. Podría tener diez o doce años. Eso lo tendrás que averiguar tú.

—¿Estás seguro de la hora de su muerte? —le preguntó Ricciardi.

—Con frío y lluvia, no se puede estar seguro. Las córneas ya están opacas, veladas, y a los costados de las pupilas se aprecian manchas negras. Las hipóstasis, es decir, las manchas rojas producidas al depositarse la sangre por efecto de la gravedad, se aprecian en el costado derecho del cuello, en el pabellón auricular derecho, debajo de los muslos y en las piernas, como si fuesen medias. ¿Lo ves? Si presiono la piel con los dedos, no se vuelven blancas. El cadáver lleva mucho rato en esa posición.

—¿Y la causa de la muerte? No hubo violencia, pero ¿cómo murió?

—No sabría decírtelo. Me parece que se trata de un simple paro cardíaco. Ya te lo he dicho, son débiles, están desnutridos, un simple resfriado se convierte en pulmonía. No tienen acceso a los medicamentos, nadie cuida de ellos. Es el tercero este mes. A uno lo encontraron en la estación, tenía las costillas tan marcadas que podías estudiar su esqueleto sin necesidad de abrirlo. A otra, en Sant'Eframo, estaba tan hambrienta que se desplomó en la calle y un coche le pasó por encima, como si fuese un hatillo de trapos. Es una lástima, ya lo sé. Pero no es más que uno de los efectos de la pobreza de esta ciudad que espera el sol del porvenir.

Maione escuchaba negando con la cabeza.

—Qué quiere que le diga, doctor, estas criaturas me dan una pena infinita. Antes cada familia acogía a uno, los llamaban los hijos de la Virgen. Llegaban a tratarlos mejor que a sus otros hijos, los verdaderos, porque decían que traían suerte. Aunque ahora, con la pobreza que hay, ¿quién puede permitirse una boca más que alimentar en casa?

Modo no perdió la ocasión para tocar su tema preferido.

—Pero ¿no dicen todos que vivimos en un país perfecto? Lea los periódicos, sargento, y se enterará de las más variadas fiestas, recepciones, ceremonias de

botadura de buques y paradas militares. Se enterará también de las visitas de príncipes y reyes extranjeros, de las muchedumbres que aplauden felices. Pero usted, nuestro amigo Ricciardi y yo sabemos bien que la realidad es muy distinta. Que se deja que los niños como este desconocido se mueran de hambre en una esquina cualquiera.

—Ten piedad, Bruno —suplicó Ricciardi levantando la mano—. Por favor, no me vengas con política, esta mañana, no, no lo soporto. Me he pasado gran parte del turno de noche rellenando papeles y estoy más hasta el gorro que tú del aparato y la burocracia. Pero creo que, tarde o temprano, con esa obsesión que tienes con Mussolini y los fascistas acabarás metido en líos, y muy serios.

Modo se pasó la mano por el tupido cabello blanco y se puso el sombrero.

—¿Entonces? ¿Crees que a mi edad puedo tener miedo de expresar lo que pienso? ¿Con lo que yo he hecho en la guerra por mi país? Te contesto como contestan ellos: ¡me importa un bledo!

—No te das por enterado —dijo Ricciardi—. O mejor dicho, finges no darte por enterado. Los que son como tú hacen mucho por su gente. Eres el mejor médico que conozco, y no solo porque sabes desempeñar tu trabajo y eres bueno, sino sobre todo porque tienes piedad. Te observaba antes, cuando examinabas a este pobre cadáver. Lo hacías con respeto, como si siguiera vivo. ¿Crees que sería mejor para ellos, para nosotros, si a la gente como tú, que es muy poca, la retiraran de la circulación por una frase o incluso una sola palabra pronunciada en el lugar equivocado en el momento equivocado? ¿No es mejor tratar de cambiar las cosas día a día?

—Tiene razón el comisario, doctor —añadió Maione, debajo del paraguas—. De todas maneras, yo debo cumplir con mi deber de espía, y dentro de cinco minutos voy y lo denuncio, así lo mandan al exilio, a un lugar cálido y seco y, de paso, le hago un favor.

Modo estalló en carcajadas, y les hizo una seña a los dos ordenanzas del depósito de cadáveres que lo habían acompañado.

—No hay nada que hacer, y soy un tonto por insistir en mantener una discusión seria con la policía. Es como hablar con una yunta de bueyes, con la diferencia de que los bueyes por lo menos fingirían prestarme atención, sin soltarme comentarios idiotas. En fin, que me voy para el hospital, por lo menos los muertos no se hacen los graciosos. Y mando a este pobre infeliz al cementerio, donde al menos él descansará en paz.

La lluvia caía tan fina que parecía niebla. Los dos ordenanzas levantaron el cadáver, y con cierta dificultad le estiraron las articulaciones rígidas. Ricciardi los vio dirigirse hacia el carro, tirado por un viejo caballo negro, reluciente de agua. La cabeza del niño quedó colgando y un hilillo le bajó por el cuello. Un mecanismo involuntario de la memoria hizo que Ricciardi recordara la imagen de un corderito

con el que jugaba cuando era pequeño, sacrificado por el granjero para celebrar la Pascua: la misma cabeza colgante, la misma nuca tierna. Dos animalillos indefensos. Dos víctimas.

En el ambiente espectral de muerte y niebla, el perro lanzó un único y breve aullido. Ricciardi sintió un escalofrío en la espalda.

Llevado de un impulso llamó a Modo, que se alejaba con los sepultureros.

—Bruno, escúchame, tienes que hacerme un favor. No lo mandes al cementerio. Diles que lo lleven al hospital, hazle la autopsia. Quiero saber con exactitud de qué murió.

—¿Cómo que de qué murió? —preguntó Modo mirándolo sorprendido—. Te lo acabo de decir, de un paro cardíaco. Estos niños carecen prácticamente de sistema inmunitario, puede haber muerto de cualquier cosa. ¿Para qué quieres seguir martirizándolo? Además, no tienes idea del trabajo que tengo en el hospital. Con el tiempo que hace, dos de cada cinco colegas están enfermos, y la gente no para de llegar con bronquitis, pulmonías y contusiones por caídas y accidentes.

Ricciardi le puso la mano en el brazo.

—Por favor, Bruno. Nunca te pido nada. Hazlo por mí, como un favor personal.

—No es cierto que nunca me pidas nada —rezongó Modo—. Para ser exactos, eres un plasta imposible. De acuerdo, te voy a hacer este favor. Pero no olvides que me lo debes.

—Muy bien, te debo un favor. Cuando llegue a mi mesa la orden de detención con tu nombre, iré a buscarte por el camino más largo, así te dará tiempo a hacer una última visita al burdel donde sueles ir a divertirte.

El médico se echó a reír.

—O sea que ya sabes que las putas de esta ciudad no pueden vivir sin mí. Eh, vosotros, alto ahí, cambio de rumbo. Al niño me lo lleváis al hospital. Es cliente mío.

Cuando el carro hubo partido, Maione se acercó a Ricciardi.

—Comisario, esta vez no lo entiendo. ¿No era que el pequeño ya había sufrido bastante? ¿Era necesario torturar al pobrecillo incluso después de muerto cuando no presentaba ninguna marca en el cuerpo?

Ricciardi se quedó en silencio; observaba al perro, que no había apartado los ojos del grupo que seguía allí reunido, incluso cuando el carro con el cadáver se había alejado. Se encogió de hombros.

—Qué quieres que te diga, Maione. No me parecía bien mandar que lo enterraran sin saber cómo murió. Ven, volvamos a la jefatura y a ver si terminamos de una vez este turno de noche.

En contra de su costumbre, a las ocho y cuarto el subjefe de policía Angelo Garzo ya se encontraba en la oficina. El hecho había provocado una crisis en Ponte, el agente elegido para ascender a ayudante personal del funcionario.

Aunque Ponte tenía serias dudas de que ese ascenso se tratara de un progreso. El sueldo había aumentado unas cuantas liras, y venía bien para llegar a final de mes; además, ya no debía salir a patrullar, lo que había resuelto la incomodidad de verse expuesto a la intemperie, con todos los dolores y malestares que provocaba, especialmente en días de lluvia como éstos. Por último, la nueva función le había hecho ganarse el respeto envenenado de sus colegas que, al reconocer en su gusto por la delación la causa principal de su nuevo puesto, procuraban mantenerse a distancia.

A cambio debía soportar el humor de su superior, el elemento más variable de la naturaleza: a los momentos de euforia sin motivo seguían profundas y negras depresiones durante las cuales el pobre Ponte debía adivinar los deseos de Garzo por las expresiones de su cara. Las arrogantes benevolencias que venían, por ejemplo, tras el encomio del jefe de policía, se alternaban con iracundas irritaciones ante las cuales convenía desaparecer porque, de manera invariable, el subjefe de policía se desquitaba echándole unas broncas monumentales.

Por otra parte, el período actual era el peor que él recordaba. La situación era la siguiente: un mes antes habían recibido un despacho telegráfico del Ministerio del Interior en el que se anunciaba la decisión del Duce de pronunciar precisamente en Nápoles el discurso a la Nación. La visita del primer ministro, acompañado de los más altos funcionarios, se realizaría los días 3 y 4 de noviembre. Como era lógico, en primer lugar, esperaban la máxima colaboración de las organizaciones del gobierno local, la jefatura y el gobierno civil.

Ponte había sido el primero en leer el despacho que le entregó el encargado del telégrafo de la jefatura para que lo llevase sin pérdida de tiempo al señor jefe de policía; pero como era muy consciente de que Garzo lo habría despellejado vivo si no le enseñaba a él antes que a nadie una noticia de tamaña importancia, había ido corriendo a verlo a su despacho.

Jamás olvidaría la reacción de su superior. Primero se puso blanco como el papel, luego viró al púrpura para palidecer otra vez, con gran profusión de manchas rojas en el cuello y la frente. Se levantó de un salto y la hoja se le cayó de las manos temblorosas. Lo miró fijamente, murmurando frases ininteligibles, luego se desplomó en la silla, indicándole con un leve ademán que llevase el documento al jefe de policía.

A partir de ese momento, y según pasaban los días, Garzo se había vuelto cada vez más intratable. Se encerraba durante horas en su despacho, repasaba una y otra



vez las actas de meses anteriores, aterrado ante una posible inspección. Otras veces irrumpía en el puesto de guardia y con su voz de falsete aullaba que era inconcebible la dejadez reinante en el local. Y para colmo, ahora llegaba a la jefatura poco después del amanecer, cuando el pobre Ponte solo deseaba prepararse un sucedáneo de café y fumar su cigarro en paz; miró el calendario: ocho días más a ese ritmo serían insoportables.

Garzo miró el calendario por cuarta vez en media hora y pensó que no aguantaría ocho días más de tensión. El Duce. El Duce en persona, el Gran Condotiero, el jefe de la nación, el hombre al que todo el pueblo italiano miraba con fe ilimitada estaría allí, tal vez en su propio despacho, delante de él. Y tal vez le sonreiría, le tendería la mano para saludarlo. Por enésima vez desde que había leído el telegrama del ministerio, se sintió desfallecer. La seguridad del Duce estaba garantizada por el ejército y la policía secreta, eso al menos no era de su competencia; pero el jefe de policía había sido muy claro: el orden, el aspecto de la jefatura y, más en general, de la ciudad, eran asuntos que estaban bajo su exclusiva responsabilidad.

En una palabra, dependía de él, únicamente de él, que el Duce, el ministro y todos los funcionarios que llegaran de Roma encontrasen en Nápoles la perfecta ciudad fascista, libre de delincuencia y fealdades. Y él estaba decidido a hacer cuanto estuviera en su mano para que la ciudad ofreciera esa imagen.

Por enésima vez abrió el espejito de bolsillo y comprobó que en el bigote, reciente intuición de su esposa, no hubiese un pelo fuera de sitio. Su mujer, enérgica y despótica, se mostró firme cuando le dijo que el aspecto físico era una importante carta de presentación si se quería hacer carrera. Ella sabía de esas cosas: su tío se había jubilado como gobernador civil, tras haber escalado todos los niveles de la carrera ministerial.

Garzo era consciente de no ser especialmente agudo en las investigaciones; la mentalidad criminal siempre le había causado disgustos, y le horrorizaba tener que ensuciarse las manos codeándose con delincuentes. No obstante, como compensación siempre había tenido gran habilidad para las relaciones, ateniéndose al sano principio de mostrarse fuerte con los débiles y débil con los fuertes. De esa forma había logrado apartarse del servicio activo y asumir papeles de mando, en los que había impuesto sus habilidades como organizador. Sabía reconocer los problemas y evitarlos, aislando sus causas y eliminándolas con esmero.

¿Cuáles eran ahora los problemas?, se preguntó. ¿Qué podía interponerse entre las alabanzas del Duce, los elogios del ministro, el grato abrazo del jefe de policía? A su mente acudió rauda la imagen de Ricciardi y su mirada burlona.

El momento era propicio para la visita del Duce. No había investigaciones en curso, ni casos por resolver, no había desórdenes. Por una vez, todo iba como la seda.

Entonces, ¿por qué estaba tan preocupado?

Ricciardi era eficiente, eso era indiscutible. Había resuelto casos muy complicados, algunos francamente incomprensibles; en cierta ocasión, Garzo le había confesado a su mujer que sospechaba que podía hacerlo por la sencilla razón de que en su interior albergaba un criminal, que pensaba como los delincuentes a los que echaba el guante. Dejando de lado esa apreciación, de la que él mismo no estaba tan seguro, quedaba el hecho de que Ricciardi era incontrolable, huidizo, imprevisible. Vivía con su vieja tata. No se le conocían vicios, amigos ni mujer. Un hombre sin vicios, pensó, no puede tener grandes virtudes. Además estaban sus ojos: aquellos inquietantes ojos verdes, transparentes como el cristal, con unos párpados inmóviles, decididos; aquellos ojos que te desafiaban sin desafiarte, que te ponían frente a la peor parte de ti mismo, la que no querías conocer, la que ignorabas tener. Garzo se estremeció.

Para colmo, estaba el asunto de la viuda de Vezzi. Ésa era una complicación más. El subjefe de policía no conseguía explicarse cómo una mujer tan hermosa, rica y apreciada, con amistades tan importantes (se rumoreaba que entre ellas estaba la mismísima hija del Duce), se hubiese encaprichado de aquella manera de alguien como Ricciardi.

Iba a verlo a la jefatura, sin ninguna vergüenza, sin ningún pudor; y cuanto más desinterés mostraba él, más descarada se volvía ella en su cortejo. Esa presencia, y el papel social que la mujer iba asumiendo en la ciudad, ahora que se había instalado allí, constituía una protección más para el comisario. ¿Protección?, se preguntó Garzo; sí, protección. Porque de no haber sido por la viuda, de mil amores se habría quitado de encima a ese Ricciardi; se habría liberado, enviándolo a investigar a alguna otra parte, a un pueblo de la provincia, lejos de la jefatura y de su carrera.

Se dispuso a ordenar los tomos intactos de jurisprudencia que decoraban su biblioteca, para que el color de los lomos armonizara mejor con el de las alfombras. No lograba sentirse tranquilo: Ricciardi lo pondría en dificultades, se lo estaba oliendo.

Aunque, pensándolo bien, el hecho de que la viuda de Vezzi cortejara al comisario podía resultarle útil. Se comentaba que, con motivo de la visita del Duce, la mujer quería organizar en su nueva casa napolitana una recepción exclusiva. Quién sabe, reflexionó, en una de éstas, aprovechando su posición podía conseguir que lo invitara, e incluso hacerse notar. Había oído decir que Edda era la hija predilecta del Duce y que ejercía una gran influencia en su padre; con suerte, podía caerle simpático y, de ese modo, conseguir una recomendación.

Ya se veía convertido en jefe de policía, en el palco principal del teatro San Carlo, saludando afablemente con la mano a los nobles más destacados de la ciudad. Sonrió al pensar que podría sacar alguna ventaja de la presencia de un plasta como Ricciardi.

Poseído por una nueva euforia, llamó:  
—¡Ponte!

Livia Lucani, viuda de Vezzi, se complacía al comprobar que su nueva casa napolitana empezaba a cobrar forma, y respondía a la perfección a la idea que se había hecho cuando decidió trasladarse a esa ciudad.

Era la primera casa realmente suya, solo suya. Había salido de la de sus padres, herederos de una noble y rica familia de Jesi, para ir a Roma a estudiar canto, y alojarse en casa de una tía. Al comienzo de una prometedora carrera lírica, cuando su hermosa voz de contralto comenzaba a ser reconocida y apreciada, conoció a Arnaldo, uno de los tenores más importantes del siglo, y se casó con él; de modo que era la primera vez, reflexionó, que elegía y decoraba una casa para ella sola.

Tal vez no viviera sola mucho tiempo, pensó con una sonrisa mientras tomaba el café. Tal vez, tarde o temprano, alguien llenaría su cama, su casa y su vida. Tal vez sería alguien de ojos verdes.

Con esfuerzo centró la atención en la casa y en las tareas que la esperaban a lo largo del día. La había elegido en el centro con la ayuda de Ricciardi, a quien le había pedido consejo. Como siempre, él no quería asumir responsabilidad alguna respecto de ella, ponía mucho cuidado en evitarlo; pero ella daba tiempo al tiempo, estaba segura de que tarde o temprano, con naturalidad, se daría cuenta de que era la mujer adecuada, la que lo sacaría de aquella soledad extraña y cenagosa en la que se obstinaba en vivir.

En lugar de la agradable colina de Posillipo, desde la que se podía ver el golfo, o de las nuevas construcciones del Vomero, plagado de verde y frescor, había optado por las proximidades de la via Toledo y elegido un elegante apartamento situado en la via Sant'Anna dei Lombardi. Le apetecía vivir en el centro, cerca de los teatros y los cafés, para poder pasear entre las tiendas más refinadas y las iglesias más antiguas.

Se había enamorado de aquella ciudad incluso antes que de Ricciardi; adoraba su alegría, su capacidad para mudar de cara y color según las estaciones, el enjambre de granujillas que se colgaban de los tranvías rechinantes; disfrutaba de su música perenne, del hecho de que a todas horas y en cualquier circunstancia hubiera siempre alguien cantando a voz en cuello o suavemente; apreciaba su comida y su clima agradable que, sin embargo, sabía ser caprichoso, como en esos días de lluvia. En esa ciudad no conseguía ponerse triste.

Sus amigas romanas la llamaban por teléfono casi a diario para preguntarle qué embrujo tenía Nápoles para impulsarla a establecerse allí. En realidad, pensó sonriendo, se morían de curiosidad por saber si era ése el verdadero motivo de su mudanza.

Livia fue uno de los centros de la vida de la alta sociedad de la capital; era realmente raro que una mujer tan hermosa y fascinante, dueña de su simpatía, lograra

gustar también a las señoras de ese ambiente, propensas a la envidia y al miedo a que les quitaran el marido. Pero ella, abierta y sincera, navegaba con despreocupación en el mar de chismorreos y maledicencias y, al final, embelesaba a todos, hombres y mujeres.

Una auténtica amistad la unía a ciertas personas; una de ellas era Edda, la hija predilecta del Duce. La muchacha tenía poco más de veinte años, diez menos que ella, y era una mujer inconstante y caprichosa; pero estaba subyugada por la fascinante señora, modelo de elegancia y clase. Se caían bien, y cuando los compromisos de Estado se lo permitían, Edda llamaba a Livia para mantener largas y divertidas conversaciones telefónicas. Era uno de los motivos por los que le había pedido a su padre ir con él en su visita a Nápoles, a pesar de que era inminente su viaje a China, en el que acompañaría a su marido diplomático, con quien se había casado el año anterior.

A Livia se le había ocurrido dar una recepción para unos pocos invitados; una forma de abrir oficialmente la nueva casa a la vida social y de demostrarle a su amiga que la ciudad no era el suburbio caótico y peligroso que a algunos les gustaba describir.

Sin duda, no resultaba fácil, recibir en casa a la hija del Duce. Suponía adoptar imponentes medidas de seguridad y atraer la atención de toda la nobleza y la política ciudadana. Pero sería divertido abrir los salones a personas elegantes y ver cómo se comportaban algunos engraidos notables con los que, en los últimos días, había tenido ocasión de cruzarse en los teatros.

Iba sola; no le apetecía dejarse acompañar por cualquiera. Sin duda tenía dónde elegir: casi a diario la servidumbre le llevaba enormes ramos de flores, anónimos o acompañados de ardientes mensajes con firmas desconocidas. Se levantó, se ciñó a la cintura la bata de seda y se acercó al espejo para contemplar su figura suave, la piel morena, el cabello oscuro y los ojos negros, tersos. Mi belleza, pensó. ¿Cuánto daño ha causado a otros y a mí misma?

Su belleza había encandilado a Arnaldo, un hombre cicatero acostumbrado a conseguir cuanto quería. Su belleza había hecho perder la cabeza a los dos pretendientes a los que había rechazado unos años antes, y que no habían tenido mejor idea que retarse a duelo. Su belleza le impedía mantener una simple amistad con los hombres que, tarde o temprano, trataban de conquistarla.

Y ahora que por primera vez hubiera deseado ser ella quien fascinara a un hombre, que hubiera deseado quedárselo para tenerlo a su lado, era precisamente él quien parecía capaz de resistírsele. Livia notaba que no le era indiferente a Ricciardi, al contrario; percibía la tensión, la vibración silenciosa de su cuerpo cuando se le acercaba, pero había algo que lo frenaba, que lo mantenía alejado de ella.

En una ocasión le había insinuado que había alguien en su corazón. Que otra

mujer ocupaba sus pensamientos. Entonces ella le había preguntado si estaba casado o comprometido y él había agachado la cabeza con tristeza.

Eso lo cambiaba todo, pensó ella resurgiendo del abismo de desesperación en el que, por un instante, sintió que se hundía. No era de ninguna, estaba libre, de modo que podía ser suyo. De haber estado comprometido se habría olvidado de él, porque en demasiadas ocasiones había tenido que soportar las traiciones, fugas y humillaciones de su marido como para atreverse ahora a poner a otra mujer en la misma situación. Pero si el extraño y fascinante comisario estaba libre, entonces no había nada de malo que pusiera en práctica una estrategia para conquistarlo.

¿Estrategia? ¿Conquista? Livia sonrió al espejo; eran términos para usar en la guerra, no en el amor. Aunque en el fondo, se preguntó si el amor no era también una guerra. Más bien una cacería que una guerra, si bien el matiz no cambiaba la esencia de los hechos.

Por enésima vez se preguntó qué tendría aquel hombre que le había llegado al alma. Serían los ojos, seguro: dos fragmentos de esmeralda capaces de brillar en la oscuridad. Y ese mechón de pelo revuelto sobre la frente, su manera de apartarlo con un gesto seco. Su mano, delgada y nerviosa, esa mano que en noches lluviosas como ésta hubiera deseado sentir en su cuerpo.

Empezó a peinarse. Quería a ese hombre. Lo quería con todas sus fuerzas, lo quería como nunca había querido a nadie. En su vida siempre había sido dirigida y manipulada por los demás: sus padres, sus maestros, su marido. Ahora, por primera vez, disponía de casa propia, elegida por ella, una vida propia, con las cosas que siempre había deseado; era natural que pretendiera tener a su lado al hombre que quería.

Mirándose en el espejo, se preguntó cómo sería su rival desconocida, la mujer que Ricciardi decía amar. No es que aquello supusiera una diferencia ante su determinación; pero se preguntó si sería rubia o morena, alta o baja.

Con aprensión, temió que fuera más hermosa que ella.

## 6

Un tanto desanimada, Enrica observó al muchacho dormido con la pluma en la mano, la cabeza reclinada sobre el folio, un hilo de baba en la comisura de la boca. Roncaba. Era la tercera vez esa mañana que se quedaba dormido.

De las clases particulares que daba, la que impartía a Mario era la más difícil; con su costumbre de quedarse dormido de repente, el chico había conseguido que lo expulsaran de todos los colegios del reino, y su padre, un rico comerciante de embutidos, había confiado su desesperación a la madre de Enrica, que era cliente suya. Ni corta ni perezosa la mujer se apresuró a recomendar a su hija, maestra diplomada, cuya paciencia y tozudez parecían hechas expresamente para resolver el problema.

Por ello Enrica se pasaba buena parte de las mañanas tratando de despertar a Mario, por lo demás un muchacho estupendo, que se quedaba dormido encima de su cuaderno de deberes. Confiaba en presentarlo a los exámenes para el diploma de bachillerato elemental con la esperanza de que los superara, siempre y cuando no le diera por ponerse a roncar durante la prueba escrita.

Sin embargo hoy, durante unos minutos, Enrica dejaría dormir a su alumno sin despertarlo. Tenía que hacer.

Procurando no hacer ruido, sacó del bolsillo de la falda una hoja y se calzó las gafas de miope en la nariz. Enrica no era guapa, pero poseía una gracia natural y una feminidad que expresaba con sus gestos y sus sonrisas atractivas, aunque tal vez fuese demasiado alta, con las largas piernas ocultas bajo las faldas de corte anticuado que prefería. Su carácter introvertido, dulce pero obstinado, le permitía evitar discusiones, en especial con la madre, que trataba de imponerle sus convicciones, y, pese a ello, mantenerse en sus trece con el apoyo de su padre, un reconocidísimo comerciante de sombreros de la via Toledo.

El hombre quería con locura a su primogénita, tan parecida a él en su actitud reservada y en la parquedad de palabras, que, con veinticuatro años nunca había tenido novio. Y eso que pretendientes no le habían faltado; el último, el hijo del adinerado propietario de una tienda contigua a la suya, al que Enrica se había negado a frecuentar provocando con su actitud las iras de su madre, que temía que su hija se quedara para vestir santos. Amo a otro, había dicho, así, con simplicidad, susurrando la terrible noticia durante un almuerzo dominical, antes de ponerse a dar cuenta del ragú.

En los días siguientes, Giulio Colombo, el padre de Enrica, hubo de emplearse a fondo para tranquilizar a su esposa. No habían conseguido saber nada del enamorado fantasma de su hija, solo que no se trataba de un hombre casado; menos mal, había dicho su madre agitando con gesto nervioso el abanico. Y nada más. ¿Qué

intenciones tienes?, le había preguntado a la muchacha, consciente de que seguiría adelante con su plan, fuera cual fuese. Esperaré, había contestado ella, con su habitual y apacible determinación.

Cuando se ponía así, había que dejarse de historias.

En casa la vida retomó su ritmo habitual. Enrica volvió a dar sus clases, a preparar los platos preferidos de su padre y, después de la cena, a bordar junto a la ventana de la cocina, escuchando el sonido que le venía de la radio encendida en la sala. Y a lanzar miradas furtivas hacia la ventana del edificio de enfrente, detrás de la cual se perfilaba una silueta delgada que la miraba mientras cosía.

Hacía unos meses se había enterado a quién pertenecía aquella silueta. La habían citado en la jefatura en relación con un delito de sangre en el que ella no tenía nada que ver y se había encontrado frente al hombre de sus sueños, el desconocido observador de la ventana: el comisario Luigi Alfredo Ricciardi. A decir verdad, el encuentro no dio mucho de sí. A ella la había irritado el hecho de que la ocasión la hubiese pillado desprevenida, más desaliñada y desordenada de lo habitual, sin una pizca de maquillaje, por lo que había reaccionado con una agresividad impropia de ella. Tras el encuentro, se había torturado durante días, dolorosamente convencida de que nunca más volvería a verlo.

En las semanas siguientes, las cosas volvieron a encarrilarse. Siguieron mirándose de lejos, incluso llegaron a intercambiar algún tímido saludo, una inclinación de la cabeza, una media sonrisa. Enrica era paciente. Sabía esperar. Su espera se vio recompensada días antes, al recibir la carta que ahora tenía en sus manos, mientras el pequeño Mario roncaba.

Sonrió al recordar a su padre que, al regresar del trabajo, echó un vistazo al correo que acababa de entregarle el portero. Se había detenido al ver el sobre, había fruncido el ceño, luego le había hecho una seña para pedirle que se reuniera con él en otra habitación, lejos de la mirada escrutadora de su esposa. Allí le había entregado la carta, sin decirle más que:

—No lleva sello.

Quería indicarle que alguien la había entregado en mano, o introducido en el buzón de correos del edificio. La había dejado a solas, sin preguntar nada, ni entonces ni después. Entre ellos siempre era así, ante todo la discreción.

Enrica sintió que el corazón le estallaba en el pecho. En su dormitorio esperó casi media hora, con la vista clavada en el sobre, imaginando de todo. No dudó ni por un instante que la carta era de él, que por fin se había decidido a dar señales de vida; al mismo tiempo, temía la decepción, que se tratara solo de un saludo formal, nada más.

Ahora, al releerla por centésima vez, pensó que quizá no había sido más que eso. Sin embargo, era siempre un contacto. Decía así:



*Apreciada señorita: Me permito escribirle para no darle a usted la impresión de que soy una persona descortés, que se toma la libertad y la confianza de saludarla desde la ventana. Sin embargo, el encuentro que tuvimos fue tan imprevisto que no me atreví a presentarme como era debido. Me llamo Luigi Alfredo Ricciardi, soy comisario de la jefatura de policía y, como sabrá, vivo al otro lado de la calle, precisamente frente a sus ventanas. Le escribo estas breves líneas con la única intención de averiguar si le molesta que la salude cuando la veo ocasionalmente de lejos. Si fuera así, le aseguro que no volveré a ocurrir. Pero, con toda sinceridad, he de decirle que me gustaría mucho que no fuera así.*

*Espero agradecido sus noticias. Suyo affmo.*

*LUIGI ALFREDO RICCIARDI*

Objetivamente, nada del otro mundo; pero para Enrica contaba muchísimo lo que no estaba escrito en la carta, es decir, que él no tenía compromisos, por ejemplo, con esa hermosa y sofisticada señora en cuya compañía lo había visto una vez en el Gambrinus, pues en caso contrario no le habría escrito. Y que ella no le era indiferente. Y, además, que era educado, reservado y tímido, como había imaginado.

¿Y ahora?, se preguntó, preocupada. Ahora le tocaba a ella. Debía contestarle, sin excesiva confianza, pero tampoco con demasiada frialdad; de lo contrario, él se convencería de que no tenía ningún interés, como había temido que hubiese podido deducirse de su actitud durante su único encuentro. Debía pensar, y de prisa; si tardaba mucho en responderle podía interpretarse como un signo de fastidio.

¿Y cómo se las ingeniaría para hacerle llegar su respuesta? Conocida como era ella en el barrio, no podía permitir que la vieran con un sobre en la mano, merodeando por los buzones del edificio de él, y despachar la carta habría supuesto una enorme pérdida de tiempo. Pensó que conocía de vista a la señora anciana que vivía con él, una mujer gorda y jovial que compraba en la misma tienda de especias que ella; tendría que sacar fuerzas de flaqueza, detenerla, presentarse y hablarle. Debía hacer de tripas corazón.

Guardó la hoja en el bolsillo y suspiró, mirando a Mario perdido en sus sueños. Tosió; el muchacho se despertó y la miró con aire ausente, haciendo un esfuerzo por reconocerla. Ella le sonrió y le dijo:

—¿Dónde nos habíamos quedado?

Y lanzó una mirada tierna a la ventana de enfrente.

De pie, junto a la ventana de su despacho, Ricciardi se secaba como podía con el pañuelo. Observaba la lluvia y el viento que, enfurecidos, azotaban la plaza, arrancando de las calles cuanto objeto no estuviese anclado al suelo. Las encinas sacudían sus ramas desnudas contra el cielo, la gente buscaba refugio bajo los portones y trataba de salvar sus paraguas, inservibles ante aquella furia.

Como de costumbre, la ventana le recordó a Enrica bordando; la imagen de la calma y la serenidad, en la que se refugiaba cuando se sentía agitado y ansioso. Enrica. Y la carta que le había escrito.

Aunque sabía que no se había comprometido en exceso, se sentía profundamente inquieto. Para alguien como él, tan poco dado a las relaciones y a las manifestaciones de afecto, había sido una auténtica revolución empuñar la pluma, buscar el papel y establecer un contacto tan directo, para colmo con una persona que nunca le había sido presentada. Lanzó una mirada a la silla frente al escritorio, donde la mujer se había sentado en aquella infortunada ocasión en que se vieron por primera vez. Qué bochornoso papel había hecho. Debió de pensar que era un imbécil, un pobre infeliz.

¿Y si la carta que le he escrito le parece una intolerable intromisión en su vida?, pensó. Me quedaría también sin poder contemplarla desde la ventana. Observar sus gestos simples, serenos, lentos. Normales. La normalidad, esa extraña condición que desconocía. Recordó los meses en que la había observado a escondidas, encontrando en su labor de bordado, en la forma tranquila de moverse por los cuartos, un espectáculo por el que valía la pena regresar a casa por las noches. Se arrepintió de haberle escrito. Pero ya estaba hecho; ahora tocaba esperar.

En la plaza martirizada por la lluvia veía pasar los coches. A lo lejos divisó a una mujer con una niña de la mano, detenidas en la calzada, inverosímilmente vestidas de verano. Recordaba el accidente, ocurrido un mes y medio antes, durante el último coletazo del verano: a la niña se le había caído algo, quizá un juguete, lo que obligó a la madre a detenerse en el mismo instante en que un Fiat 525 doblaba la esquina y enfilaba hacia la plaza; el conductor, que iba distraído, las atropelló y no se detuvo hasta que las ruedas posteriores pasaron por encima de los dos cuerpos. Desde donde estaba, Ricciardi veía las piernas de la mujer arrancadas de cuajo a la altura de los muslos, y la cabeza de la niña triturada del cuello para arriba. La mujer decía: «date prisa, nos espera». A saber quién las esperaba, y las esperaría por siempre jamás. La niña decía: «la peonza, se me ha caído, la peonza». Una peonza de madera. Causa de la muerte, una maldita y minúscula peonza de madera.

A pesar de estar ensangrentadas y de haber sido destrozadas por las ruedas, las mujeres eran las únicas secas bajo el agua. Pequeños privilegios de la muerte, pensó Ricciardi con ironía. Pero el privilegio de escuchar las palabras incluso de lejos y de

ver sus cadáveres disolverse poco a poco, día tras días, era solo suyo. Ya ves lo que soy, Enrica. Un hombre destinado a andar entre el dolor, a ser ensordecido, apestado, ahogado por el dolor. Qué egoísmo el mío al escribirte esa carta inútil. Qué egoísmo.

La niña y su peonza le recordaron el cadáver con el que había iniciado la semana. El hecho de no haber visto su imagen, las palabras de Modo sobre la certeza de una muerte natural. Sin embargo, ¿hasta qué punto puede ser natural la muerte de un niño tan pequeño? ¿No debería haber tenido el derecho de conocer las emociones, los orgullos, las tristezas de una vida?, se preguntó.

Vio otra vez su nuca surcada por la lluvia, la cabeza suspendida en el vacío cuando los sepultureros se lo llevaban como la carroña de un animal vagabundo. ¿Cómo se llamaba? ¿A qué jugaba, qué amigos tenía? ¿Tendría una madre, unos hermanos que ahora lloraban y se desesperaban ante su ausencia, o estuvo en vida solo y abandonado como en la muerte?

Ricciardi vio con los ojos de la memoria a otro niño que, veinticinco años antes, jugaba solo en un viñedo con una espada de madera; de nuevo oyó el murmullo con el que describía para sus adentros el mundo fantástico en el que soñaba estar, en su imaginación. Y pensó que la soledad es una enfermedad que no perdona ni a los ricos, y que desde la infancia se transmite a la madurez e incluso a la vejez.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por unos discretos golpecitos en la puerta, a los que siguió la entrada de ciento veinte kilos de sargento empapado.

—Todavía nada, comisario. No hemos recibido información sobre un niño desaparecido, parece que nadie ha notado que el crío ya no está entre nosotros. O por lo menos a nadie se le ha ocurrido avisar a la policía.

Maione se limpiaba con una toallita, escrutando con resignación las botas embarradas.

—No hay modo, este asco no saldrá nunca; ¿quién aguanta ahora a Lucia? Qué mala pata, tenía que pasarme justo al final del turno, cuando no me queda tiempo de que se sequen un poco; ahora tengo que volver a casa perdido de barro. ¿Qué le pasa, comisario, estaba pensando? ¿Le he interrumpido?

—¿Qué pasa, a ti no te da por pensar a veces? Me preguntaba por el niño. Si tenía a alguien o si estaba solo.

—A juzgar por la ropa, para mí que estaba solo. No existe una madre que con esta lluvia mande a su hijo por ahí en zuecos, se lo digo yo. Hasta la más pobre se los habría envuelto por lo menos con un trapo. Cuando yo era niño, en invierno, mi madre tardaba media hora para vendarnos los pies a mí y a mis hermanos. Nos ataba los trapos tan bien que eran mejores que un par de botas, créame. Y nos los apretaba tanto que se nos dormían los pies y nos hormigueaban todo el día, me acuerdo como si fuera ayer. Pero no se deshacían, puede usted estar seguro.

—Pero nuestro pequeño amigo no llevaba los pies vendados con trapos. Y los

tenía repletos de sabañones, ¿te fijaste? Siento auténtica curiosidad por saber de qué murió. ¿Qué ha dicho Modo, cuándo nos lo dirá?

Maione no estaba convencido de que lo de la autopsia fuese una buena idea, y no se guardó de disimularlo.

—Ha dicho que nos llamará, a lo mejor mañana. Pero comisario, no me puedo callar. A mí no me gusta lo de hacerle la autopsia al chico. No me gusta la idea de que tenga que irse al hoyo descuartizado, después de que el doctor le haya hurgado el vientre para encontrar lo que no está allí. Ya sé que tiene usted la mejor de las intenciones, pero ya sabe que en esta ciudad los niños se mueren en la calle. Por desgracia, no es ninguna novedad.

Ricciardi dio la espalda a la ventana.

—Ya lo sé. Pero tú, que tienes hijos, no tienes que decirme esas cosas. El niño se ha muerto, es verdad. A mí tampoco me gusta ver los cadáveres destrozados, créeme. Lo que pasa es que no soporto la idea de no saber siquiera cómo murió, eso es todo. A un niño tan pequeño no hay que desecharlo como si fuese un vestido viejo. Nosotros debemos darle un nombre y un apellido, y el doctor, una causa de su muerte, así al hoyo irá una persona, no una cosa.

—Entiendo lo que quiere decir. Yo que he perdido un hijo sé bien lo que se siente cuando no se los ve regresar nunca. Y aunque no hablemos de ello, cuando Lucia y yo miramos a nuestros otros hijos, pensamos siempre en Luca, y siempre pensaremos en él. Lo sé yo y lo sabe ella. Además, ahora que se avecina el día de los Difuntos, pensamos en él todavía más. Esta lluvia, esta lluvia que no para nunca, y se nos mete en los huesos aumentando la tristeza... ¡Hasta en el despacho se nos mete, fíjese cómo está, es un infierno!

—¿Por qué, qué ha pasado?

Maione tendió los brazos con gesto impotente.

—Claro, siempre se me olvida que usted, si no es conmigo, no habla con nadie de aquí dentro. Y bien que hace, créame. En fin, ya sabe que el tres de noviembre vendrá Mussolini, así que Garzo está completamente fuera de sí. Va por ahí diciendo que si algo se tuerce nos manda a todos a Poggioreale a trabajar de carceleros; se pasa el día cambiando de sitio los muebles de su despacho; manda limpiar las escaleras cada dos por tres; ha enviado los dos automóviles a la cochera para que los revisen a fondo, no sea que a Mussolini se le ocurra pedirnoslos para dar un paseíto; a cada rato se mira el bigote en el espejo y se piensa que nadie lo ve, pero todos nos partimos de la risa en cuanto nos da la espalda. ¡En fin, una calamidad!

—¿Cómo es posible ser tan estúpido? —dijo Ricciardi—. Viene Mussolini, ¿y? Dejando de lado el hecho de que por aquí ni aparecerá, ¿qué es lo que cambia? ¿No sigue habiendo muertes, no ocurren igualmente cosas tremendas en las calles?

Maione se dio un puñetazo en la mano.

—Ése es precisamente el punto, comisario: no, no ocurren. En el sentido de que el imbécil de Garzo va por ahí diciendo que en la ciudad todo debe funcionar bien, que no deben producirse delitos ni desórdenes; que ésta es la ciudad fascista donde reinan la paz y la tranquilidad para los ciudadanos. En una palabra, que no debe haber asuntos pendientes ni investigaciones en curso, por lo menos hasta que su Magna Excelencia se marche otra vez para Roma por la gracia de Dios.

Ricciardi lanzó una mirada torva a nadie en particular.

—Si cree que vamos a ocultar las cosas o a dar largas en descubrir quién ha cometido un crimen con el solo objeto de fingir que todo va bien, entonces es que se ha vuelto loco de verdad. Ya puedes pedirle a tu amigo Ponte que vaya a decírselo; nosotros siempre hacemos nuestro trabajo, con o sin Mussolini.

Maione se echó a reír.

—Me ca... en mi amigo Ponte. ¡Si por mí fuera, lo ahogaba en una cloaca a ese chivato! Ya sé que estos días él es la primera víctima de Garzo, le está bien empleado; tendría que verlo correr de acá para allá, más ridículo que nunca... Aunque yo ya sabía lo que usted me iba a decir. Y pensé que, en el fondo, trabajar de carcelero en Poggioreale no debía de ser mucho peor que hacerlo aquí, ¿no?

Desde la sala de disección del hospital, el doctor Modo oía la lluvia golpear en el tejado y las ventanas. Las bombillas iluminaban las mesas de mármol; por fin, tras un día fatigoso, había llegado la noche. Las crujías estaban llenas de todo tipo de enfermos; se preguntó cómo era posible sobrevivir en las condiciones de higiene en que se encontraba gran parte de la ciudad.

Para colmo, la lluvia contribuía a empeorar las cosas: pulmones, bronquios y huesos recibían la humedad como esponjas y resultaban gravemente dañados. La gente del pueblo, acostumbrada a padecer y a ocultar dignamente el dolor, llegaba al hospital cuando la situación ya no tenía remedio, y lo único que podían hacer los médicos era tratar de paliar el sufrimiento.

Modo pensó en los torrentes de agua sucia que se desbordaban de las cloacas atascadas e invadían las viviendas de los bajos, llenando de desechos y animales muertos el suelo donde jugaban los niños. Hizo un gesto negativo con la cabeza y se estremeció; era un auténtico milagro que muchos siguieran con vida, sin duda. Con frecuencia, al terminar su turno, cuando no se le cerraban los ojos de cansancio, recorría los callejones para intentar curar a algunos de los necesitados. Las viejas intentaban besarle la mano, pero él las apartaba; le hubiera gustado hacer más. Le hubiera gustado disponer de medicamentos, pero en el hospital apenas conseguía sustraer unos pocos, cuando le habrían hecho falta cientos de kilos.

Esa noche, por ejemplo, sería mucho más útil ahí fuera que en el hospital, diseccionando un cadáver, pensó mientras miraba al niño desnudo tendido sobre la mesa, lívido bajo la luz espectral, con la cabeza apoyada en el cepo de madera. Pero no conseguía decirle que no a Ricciardi, y en lugar de llevar alivio a los vivos, ahí estaba, hurgando en las tripas de un muerto.

Se preguntó sobre la extraña naturaleza de su amistad con el comisario. Estaba claro que no tenían casi nada en común: él era extrovertido y exagerado; y el comisario, callado y nada propenso a la risa; sin embargo, aunque resultara extraño, lo sentía más próximo que a nadie. Tal vez porque eran dos solitarios; quizá porque observaban el tiempo que les había tocado vivir con los ojos del desencanto y la melancolía; tal vez porque compartían la misma pena por aquella ciudad pululante y por aquel pueblo desesperado. Aunque con distintas formas de luchar: el médico con abierta disidencia, el comisario con la acción silenciosa.

Sacó el reloj del bolsillo del chaleco: las diez. Probablemente habían pasado casi veinticuatro horas desde la muerte del chico. Comprobó los instrumentos, limpios y dispuestos en una caja metálica, al lado de la mesa; como siempre, tenían un aire cotidiano e inofensivo, aguja e hilo de sutura, tijeras, cuchillos largos y cortos, bisturís, una sierra y un par de escoplos, un escalpelo y un martillo. Pensó en su

padre, un hábil carpintero que había trabajado hasta los setenta años para que él pudiera estudiar; lo ha visto, padre, no somos tan diferentes. He terminado serrando, martilleando y cincelandando como usted.

Ricciardi, Ricciardi, mal rayo os parta a ti y tu tozudez. Recordó que durante la Gran Guerra, en el Carso, donde sirvió como oficial médico en un batallón, había conocido a un teniente calabrés apellidado Caruso. Era un hombrecito taciturno, que no paraba quieto, de piel y cabellos muy morenos. Habían simpatizado y se pasaban las largas noches en la trinchera oyendo el retumbo distante de los cañones mientras hablaban de mujeres y de sus lejanas ciudades.

Caruso tenía la capacidad de saber antes que nadie lo que ocurriría en la batalla. Decía: ya lo verás, ellos se desplazarán hacia aquí, harán esta maniobra, intentarán rodear el emplazamiento de las ametralladoras. Y, sin falta, como si los dirigiese él mismo, el Estado Mayor y los kartoffel hacían lo que él había previsto. Eso no impidió que una noche de septiembre recibiera un balazo en la frente, algo que no había previsto.

Ricciardi le recordaba a Caruso: la misma media sonrisa triste, las mismas manos nerviosas, la misma mirada en pos de vaya usted a saber qué lejano dolor. La misma extraña capacidad para interpretar la realidad siguiendo sus corrientes subterráneas, ésas que nadie más veía. Gente que pasa por la vida cargándola a sus espaldas, sin las fuerzas necesarias.

Se concentró en el niño. Había completado el examen externo. Había visto su ropa: una camisa de tela basta, varias tallas más grandes que la suya, sucia y raída; un par de pantalones cortos demasiado anchos, atados a la cintura con un cordel a punto de romperse. No llevaba ropa interior, no presentaba cortes ni desgarrones recientes. Sus prendas, al menos, no mostraban signos de violencia.

A continuación observó centímetro a centímetro su epidermis. Tal como había comprobado durante el primer examen, no halló heridas recientes, pero sí numerosas marcas: en el cuello, en el abdomen, en las piernas; equimosis, morados, hematomas. La vida de los granujillas callejeros era harto difícil. Aunque nada que hubiese podido causar su muerte, nada muy reciente.

La guerra, pensó Modo. La guerra y la muerte. Debía reconocer que la primera tenía algo que resultaba absurdamente apasionante; los uniformes, los fusiles, las balas y las bombas. El hambre, la suciedad, las infecciones, desde luego, pero también la conciencia de estar peleando por tu país, por la patria. Conceptos ridículos, ahora lo comprendía: una frontera lejana, gente que nunca había dejado de hablar otras lenguas, fuera cual fuese la bandera plantada en lo alto del edificio del ayuntamiento; pero cuando luchas, piensas en tu hogar lejano, en tus tradiciones, en tus cosas.

Esta guerra en la que tú has peleado, no tiene gloria ni grandeza, reflexionó

mirando el cuerpo tendido sobre la mesa. Es una guerra por la supervivencia, por llegar a ver el sol al día siguiente o sentir cómo te moja la lluvia. La guerra por conquistar el pan, un lugar seco, por combatir el frío. Una guerra en la que no hay fronteras que defender ni puentes que derribar: la guerra por la supervivencia.

Empuñó el bisturí y practicó la incisión en forma de Y, empezando por las clavículas y hasta debajo de esternón, y de ahí hasta el pubis con un desvío alrededor del ombligo. La capa adiposa bajo la piel era prácticamente inexistente; a Modo no le sorprendió en absoluto.

Había decidido efectuar en primer lugar un examen pormenorizado del abdomen, convencido de que se trataba de un simple paro cardíaco provocado quizá por una malformación congénita unida al estado de deterioro general, pues el niño pesaba como un pajarito. Al descubrir la causa de la muerte, confiaba en ahorrarle a la víctima la apertura del cráneo para examinar el encéfalo.

Se seguía hablando de la guerra: en los discursos del jefe del gobierno, en los periódicos, en las charlas de los bares. No de forma explícita, claro está; nunca se hablaba abiertamente de la guerra. Pero si te fijas bien, pensó Modo mientras aplicaba el separador, la guerra existe, vaya si existe. Tanto llenarse la boca con la grandeza, el imperio, la historia, el destino inevitable. El mando, el dominio, las colonias. Si esto no es guerra, pues entonces yo no he visto ninguna.

Pero sí que la he visto, ¿sabes, niño? He visto una guerra. Y créeme si te digo que ésa también es dura.

Ahora el hombre del destino grandioso viene para aquí, nada menos. Viene aquí, y todos los que son como tú irán a la plaza y se pondrán a aplaudir y a gritar cuando les digan. Tal vez se endomingarán, como si fuera fiesta, como si se tratara de una gran ocasión. Tal vez algún carterista aproveche la confusión para meter la mano en algún bolsillo, no digo que no, pero no serán muchos. En su mayoría, todos se sentirán mejores, más fuertes, menos hambrientos. El destino de grandeza. El imperio. El cielo, la tierra y el mar. Y esta vez tampoco habrá nadie que tenga el valor de ver que ese hombre y los que son como él, los brazos en jarras, los ojos llameantes encima de las mandíbulas prominentes, son quienes hambread y envían a la muerte en nombre de unos ideales inexistentes.

He visto muchos muertos, niño. Y sigo viéndolos. Hoy eres tú el que está sobre esta mesa, con la piel del tórax retirada por dos pinzas delante de la cara y estos cuatro huesecitos blancos al aire, y mañana vete a saber. Tal vez tu madre, que no sabe siquiera que has muerto, o uno de tus hermanos desconocidos.

Dime, niño: ¿estás contento de la llegada de Mussolini? ¿Tú también ansías besarle las botas relucientes, recibir un gesto de aprobación de esa cabeza de vaca? ¿Tú también crees que juntos conquistaréis el mundo y que te devolverá el destino de orden y riqueza que te han quitado?



Cogió un costotomo de los grandes y empezó a cortar las costillas a los costados del esternón. Eran tiernas y quebradizas, como las de un corderito. Se le encogió el corazón.

No, murmuró. A ti ya no te interesa la visita del Duce. A ti ya nada te interesa, chiquillo mío.

Siguió cortando sin notar que tenía los ojos enrojecidos por las lágrimas.

*Martes, 27 de octubre de 1931 – IX*

Hacia las nueve se supo por fin quién era el niño, o al menos quién podía ser.

Ricciardi llevaba casi dos horas en su despacho. Cuando llegó esperaba encontrarse con un informe del hospital, o con alguna mujer llorando a gritos al pie de la escalera que conducía al puesto de guardia, pero no vio a nadie. Se puso a trabajar en el informe del caso, aunque notaba una creciente inquietud: no era posible que nadie hubiese echado en falta al niño.

La desazón era aún mayor debido al hecho de que tenía la sensación de que el perro que había visto cuando encontraron el cuerpo lo seguía; lo había visto cerca de su casa, en la acera de enfrente, bajo la lluvia, sentado sobre las patas traseras, con una oreja erguida. Él había enfilado hacia la jefatura y el perro iba detrás, a una decena de metros, en la otra acera. Se había parado y el perro lo imitó. Echó a andar otra vez y el perro también. Al final decidió hacer como si nada y ya no volvió a mirar atrás. Al llegar a la jefatura, el perro ya no estaba, pero le dejó la sensación de algo sin resolver.

La sensación se disipó dos horas más tarde, cuando Maione se asomó a la puerta y pidió permiso:

—Comisario, ha venido un sacerdote que a lo mejor sabe quién es el niño de Capodimonte. Pase, por favor, padre...

Un cura entró en el despacho. Era un hombre gordito y nervioso, de estatura media, con la sotana raída, abotonada por delante y un sombrero redondo en la mano; se secaba la frente mojada de sudor y de lluvia.

—El padre Antonio Mansi, párroco de Santa Maria del Soccorso, en Santa Teresa. Hablaba con tono quejumbroso, como si se compadeciera de alguien, tal vez de sí mismo. A Ricciardi le resultó antipático de inmediato.

—Por favor, padre, pase usted. Soy Ricciardi. Siéntese. Maione, no te retires. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Como le decía el subteniente...

Celoso de su identidad, Maione lo corrigió:

—Sargento, padre Antonio. Soy el sargento Raffaele Maione, para servirlo.

—Perdone, sí, el sargento Maione. En fin, tengo motivos para creer que el niño desgraciadamente fallecido, el que encontraron en Capodimonte, es uno de los míos.

—¿Uno de los suyos? —preguntó Ricciardi—. ¿En qué sentido?

El cura se había sentado con el sombrero sobre el regazo y se había metido el pañuelo en una manga. Hablaba de manera apacible, con las manos abandonadas sobre el vientre.

—Entre las obras de mi parroquia acogemos a algunos huérfanos del barrio. Los

hospedo en una vivienda, detrás de la casa parroquial, en estos momentos hay seis. A uno de ellos, el más pequeño, que se llama Matteo, no lo vemos desde anteayer. Como nunca había faltado durante todo este tiempo, se me ocurrió venir a dar parte.

El tono tranquilo del sacerdote desorientó a Ricciardi. No notaba tensión o preocupación en sus palabras, por lo demás pronunciadas con la voz quejumbrosa que había notado desde el principio.

—¿Y usted, padre, no se dio cuenta de la ausencia del niño? ¿Cómo es que hasta hoy no se le ha ocurrido presentarse en la jefatura?

—Verá, comisario, el mío no es un colegio, sino una vivienda para estos niños sin hogar y sin familia. Pueden entrar y salir a su antojo, aprenden un oficio, piden limosna; yo no puedo ocuparme de lo que hacen los seis las veinticuatro horas del día. Hay veces en que se pasan fuera toda la noche; por desgracia, estos muchachos están acostumbrados a la calle, pero saben cuidar muy bien de sí mismos. A veces, sencillamente se marchan, encuentran otro lugar donde quedarse, y no regresan más, y ni siquiera vienen a dar gracias por lo que se ha hecho por ellos. Pero yo no lo hago para recibir su gratitud, sino solo para mayor gloria de Dios.

Ricciardi y Maione se miraron: a los dos les sonó a discurso ya pronunciado en otras ocasiones, de ésos que se tienen a mano en caso de necesidad.

—¿Y cómo es que está convencido de que se trata de... cómo ha dicho que se llama este huésped suyo?

—Matteo, se llama Matteo Diotallevi. Cuando desconocemos su apellido, le buscamos uno y con él los inscribimos en el registro civil. Es el más pequeño, tendrá unos siete, ocho años. No estoy seguro, porque nos llegan sin saber cuándo y dónde nacieron. Pensé que podía tratarse de él porque hasta ahora, como acabo de decirle, nunca había faltado desde que lo acogimos. Esta mañana, al no verlo, he preguntado a los otros y en la calle, y nadie lo había visto en las últimas horas. Entonces pensé que era mejor denunciar su desaparición para estar tranquilos. Y aquí, en la jefatura, el sargento me ha comentado que encontraron un cuerpo en el Tondo. Quizá, si lo viera, podría confirmárselo.

Ricciardi escrutaba la cara inexpresiva del cura.

—Disculpe mi atrevimiento, padre, pero yo a usted no lo veo muy preocupado. Más bien resignado. ¿Cómo es posible?

Siguió un momento de silencio. Tanto el sacerdote como Maione se sorprendieron por el comentario directo y seco del comisario. Al final, el hombre suspiró y dijo:

—No es así, créame. Quiero mucho a los niños que asisto; prueba de ello es que mantengo en pie la casa a fuerza de grandes sacrificios y sin recibir nada a cambio. Pero estos tiempos no son fáciles, quién mejor que ustedes para saberlo. Las condiciones en las que viven los pobres son tremendas; siempre pagan los más débiles, los ancianos, los niños. Hay accidentes, enfermedades. La gente muere en la

calle, en los callejones, en las viviendas de los bajos. Aquí, el sargento, me decía que el chico que han encontrado probablemente murió de causas naturales. Si se trata de Matteo, y todavía abrigo la esperanza de que no sea él, quizá seguiría vivo si se hubiese quedado en mi casa. Pero son cosas que pasan.

Ricciardi no estaba dispuesto a permitir que se despachara así la muerte de un niño.

—Pero no deberían pasar, ¿no le parece, padre? Somos nosotros quienes no deberíamos dejar que pasaran.

El cura sonrió con tristeza; durante toda la conversación no apartó del vientre las manos entrelazadas.

—No, tiene razón. Pero son muchas las cosas que no deberían pasar y pasan. ¿Qué hace el Estado por estos niños? Ya se lo digo yo, comisario, nada. Nada de nada. Nos lo dejan todo a nosotros, a la Iglesia, o a la caridad de los pocos ricos que conservan algo de conciencia. En veinte años habré perdido por lo menos una docena de niños. Caídos del tranvía, ahogados en el mar en verano, arrollados por un coche o un carruaje. O víctimas de una fiebre o una infección, pillada tras comer cualquier cosa o tras herirse de algún modo. Y en cuanto queda un puesto libre, detrás vienen otros cien a los que hay que sacar de las calles. A nosotros no nos queda más remedio que hacer lo que podemos. Por eso me ve resignado, mi querido comisario.

Siguió otro silencio. Aunque aquel hombre disgustaba instintivamente a Ricciardi, debía reconocer que su razonamiento no tenía fisuras; por irracional que pareciera, como representante de un Estado que hacía poco o nada por aquellos niños, se sintió culpable. Sin saber por qué, le vino a la cabeza el perro que lo había seguido esa mañana, el último amigo del pequeño difunto.

—Padre, si el niño fuera Matteo Diotallevi, tendré que hacerle algunas preguntas. Pero antes debemos proceder a identificarlo, para ello deberá acompañarnos al hospital dei Pellegrini donde hará el reconocimiento.

En esta ocasión, el desorientado fue el cura.

—¿Al hospital? ¿Pero no estaba muerto cuando lo encontraron? Tal vez ha querido decir al cementerio.

—No, el cadáver se encuentra en el hospital. Le pedí al médico forense que hiciera una comprobación que nos permitiera identificar con precisión las causas de la muerte. Veo que sigue lloviendo; Maione, pide que preparen un coche.

El sargento negó con amargura con la cabeza.

—Imposible, comisario. Los dos automóviles se encuentran en la cochera, los están dejando relucientes para el Duce. Se lo comenté ayer. Me temo que esta vez también deberemos ir andando.

Y se miró entristecido las botas provisionalmente bien lustradas.

El trayecto hasta el hospital no era largo, pero la lluvia lo hizo difícil. El padre Antonio caminaba subiéndose la sotana con una mano y sujetándose el sombrero con la otra, procurando no hundirse en uno de los infinitos charcos de dudosa profundidad formados en la acera. Maione tenía el mismo problema, e iba soltando improperios por lo bajo para que el cura no lo oyera, al tiempo que trataba de cubrir con su paraguas a Ricciardi, al que, como de costumbre, le daba igual que la lluvia le mojara la cabeza descubierta.

Llegaron por fin a destino y se quedaron chorreando agua en una sala de espera, donde salió a recibirlos el doctor Modo. El médico, desfigurado por el cansancio, tenía la cara surcada de profundas arrugas y cubierta por un velo de barba; Ricciardi sintió una punzada de remordimiento por haberle obligado a esa fatiga suplementaria y tal vez inútil.

—Ah, aquí están —dijo el médico—. Iba a llamarlos más tarde, estoy esperando el resultado de unos análisis que encargué al laboratorio. Después, con el permiso de ustedes, me iré a mi casa a dormir por lo menos durante veinticuatro horas seguidas. ¿Quién es este señor que los acompaña?

Modo no perdía ocasión de mostrarse anticonformista y, sobre todo, anticlerical. El padre Antonio lo miró ofendido y se volvió hacia Ricciardi esperando ser presentado.

—El sacerdote es el padre Antonio, párroco de Santa Maria del Soccorso, ¿lo digo bien, padre? Acoge a algunos huérfanos y cree que el niño al que has analizado puede ser uno de los suyos, desaparecido hace un par de días. Le gustaría ver el cadáver para identificarlo. ¿Es posible?

Modo se pasó la mano por el pelo, en un gesto habitual en él.

—Sí, supongo que sí. Ya he terminado con él; después hablamos.

El padre Antonio entrecerró los ojos con recelo. No se dirigió a Modo, sino a Ricciardi.

—Disculpe, comisario. ¿Qué quiere decir el doctor cuando comenta que ha terminado con él? ¿Qué se le ha hecho al niño?

—Se le ha hecho lo que se ha considerado necesario. Una investigación para averiguar cómo murió el pequeño mientras quien debía ocuparse de él no lo hizo. Eso se ha hecho —respondió el médico con cara de pocos amigos.

El cura dio un paso atrás y parpadeó.

—Nosotros nos ocupamos de los niños hasta que ellos mismos nos lo permiten. Si se van por ahí solos, no tenemos la culpa. ¿Puedo verlo ahora?

Sin dejar de mostrarse indignado con el sacerdote, Modo dio media vuelta y fue hacia el depósito de cadáveres del hospital.

El cuerpo del niño había sido puesto en orden y vestido con sus pobres prendas. Pese a estar acostumbrado a imágenes horribles, a Ricciardi se le encogió el corazón al verlo tan diminuto sobre la mesa de mármol. En la cabeza y los hombros se veían las marcas de las suturas posteriores a la autopsia; la incisión se perdía luego debajo de la camisa.

El padre Antonio se estremeció; los ojos se le llenaron de lágrimas, dio un paso al frente y se acercó al cadáver. Hizo la señal de la cruz sobre la frente del niño, murmuró una plegaria y lo bendijo. Después recorrió con el pulgar la incisión de la cabeza y lanzó una mirada durísima a Modo.

—Es él. Es Matteo, el pequeño Matteo. Pero alguien deberá responder por esto que le han hecho. Por este destrozo que le han hecho —le dijo a Ricciardi.

Maione, que llevaba el sombrero en la mano, lanzó una mirada a Ricciardi como dándole a entender: «ya lo decía yo». El comisario clavó la vista en los ojos del sacerdote y sin apartarlos le dijo:

—Entonces mencione usted mi nombre, padre. Fui yo quien solicitó esta investigación, y la responsabilidad es toda mía. Ni el doctor Modo ni Maione, aquí presente, lo consideraron necesario. Pero yo necesitaba saber cómo había muerto el niño y solicité la autopsia.

—¿Y ahora ya sabe al menos cómo murió? —murmuró el cura—. Y sobre todo, ¿acaso eso cambia algo?

Modo hizo ademán de intervenir, pero Ricciardi le indicó con la mano que callara.

—Deberá usted perdonarme, pero eso sigue siendo objeto de investigación y no puede divulgarse. Y ahora, tenga la bondad de regresar a la jefatura, el sargento Maione lo acompañará. Tengo que hablar un momento con el doctor, luego me reuniré con ustedes.

El padre Antonio parecía haberse tranquilizado, pero su expresión seguía siendo belicosa. Saludó con una rápida inclinación de la cabeza hacia un punto a medio camino entre Modo y Ricciardi y salió escoltado por Maione.

El médico encendió un cigarrillo.

—Mira que traer aquí a un cura. Ya sabes que para mí son de mal agüero; en el hospital no quiero ni verlos.

—Sin embargo, he comprobado que está lleno de monjas —comentó Ricciardi.

—¿Y eso qué tiene que ver? Son enfermeras, y muy eficientes. Las mejores, si quieres que te diga. En la guerra, cuando estaban en el frente, eran incansables. A lo mejor eso también es fanatismo, pero al menos es un fanatismo útil.

—¿Qué tienes que contarme? ¿Has descubierto cómo murió el niño?

Modo le indicó a Ricciardi que salieran. Le latía un músculo de la mandíbula. El cansancio lo envejecía.

—Ven, salgamos. Necesito tomar el aire, aunque esté lloviendo.

Se sentaron debajo de una marquesina, en la entrada del pabellón del hospital donde estaba el depósito de cadáveres. Detrás de los arbolitos enclenques fustigados por la lluvia, se oían los gritos de los buhoneros en el mercado, gritos que Ricciardi imaginó vanos, pues con ese tiempo no había mucha gente en la calle.

—¿Qué me cuentas entonces, Bruno?

—Cuéntame tú primero —respondió el médico tras una pausa—. ¿Por qué pediste la autopsia? ¿Qué fue lo que te hizo dudar?

Con las manos hundidas en los bolsillos, el pelo encolado a la frente por la lluvia, Ricciardi contestó:

—Como bien sabes, nuestro trabajo, y me refiero al mío y al tuyo, se basa en sensaciones. Es lo que tú siempre dices, ¿no? El cuadro clínico te conduce hacia un diagnóstico, tú ves otro y lo persigues, y al final tienes razón o no. En mi caso es lo mismo. Fue cosa de un instante, cuando los ordenanzas se lo llevaban. La cabeza colgando, la lluvia. La pena. No sé, fue un impulso.

Modo fumaba en silencio. Miraba caer la lluvia sobre los árboles.

—Sí, sensaciones. Cosas que no pueden explicarse —dijo, y añadió—: Pero tú sabes cómo es una autopsia. Una carnicería. Confiaba en no tener que abrirle la cabeza al pobrecito. No quedó más remedio. Fue necesario incluso abrirlo por detrás para examinarle la médula.

—Si es por el cura, no te preocupes, Bruno. He asumido toda la responsabilidad por si pasara algo...

—A mí el cura me importa un bledo —soltó el médico—, es más, me importan un bledo él, el obispo y el Papa. Es el niño, el hecho de que no pudiera quejarse. Si no hubiese encontrado nada, me pasaría las noches viéndolo al pie de mi cama, preguntándome por qué lo mandé al hoyo despiezado.

—¿O sea que has encontrado algo?

El médico se echó a reír.

—Te ha salido el policía que llevas dentro. Directo al grano, ¿eh? Sí, he encontrado algo.

—¡Lo sabía! Entonces hay que abrir una investigación más profunda; empezaremos con el cura y...

—No te entusiasmes —lo interrumpió—. He dicho que he encontrado algo, no que se trate de una muerte que requiera investigación.

—¿Qué quieres decir? ¿Cómo murió el niño?

—Tengo que contártelo con detalle. Primero le examiné el corazón, en fase sistólica, como yo pensaba: hinchado como una sandía. Y la rigidez cadavérica, extrema, y de mayor duración de lo normal. La cianosis y las equimosis puntiformes... En fin, que había demasiados signos que apuntaban a una convulsión.

Entonces tuve que resignarme a examinarle el sistema nervioso.

Ricciardi lo escuchaba con suma atención.

—¿Por qué, hay alguna relación?

—Claro, si hay convulsiones no es raro que, de alguna manera, el sistema nervioso sea el responsable, ¿no crees? De hecho, tanto las meninges como la médula espinal estaban llenas de sangre. Encontré también alguna zona hemorrágica propiamente dicha. No murió bien nuestro pequeño amigo. Decididamente, no.

—Sin embargo, por la postura en que lo encontramos parecía sereno.

Modo se encogió de hombros.

—Eso no significa nada, ya lo sabes. Un instante antes de morir pudo haberse distendido, a lo mejor lo encontramos sentado y no en el suelo simplemente porque el murete lo sostenía. En fin, que ya puestos, he tomado unas muestras del cerebro y de la médula y las he mandado al laboratorio, donde por suerte estaba de servicio un amigo mío. Él cubría el turno fijado por el hospital, debidamente remunerado, yo, en cambio, el fijado por el comisario Ricciardi, gratuito.

Ricciardi hizo una mueca.

—¿Te has dado cuenta de que con la vejez le has tomado mucho apego al dinero? De acuerdo, te invitaré a una pizza en la taberna de Nannina que está aquí a la vuelta.

Modo rio, malicioso.

—¡Caramba! Entonces es verdad lo que se dice por ahí, que eres ricachón pero tacaño. En fin, como te decía, he enviado las muestras a analizar, junto con los residuos de alimentos que encontré en el estómago y el duodeno. Espero los resultados por escrito, pero hace una hora mi amigo se pasó por la sala de disección y me los adelantó de viva voz.

Ricciardi esperaba.

—¿Y? ¿Me vas a decir de una vez cómo diablos murió el niño?

El médico aplastó la colilla en el suelo y soltó el humo teatralmente.

—Tenías razón. No murió de muerte natural, no fue por una infección, ni por la desnutrición ni a causa de una enfermedad. Estaba en malas condiciones, no lo niego, pero era resistente y habría vivido muchos años más. Aunque yo también tenía razón al hablar de muerte accidental.

—¿O sea?

—El niño murió envenenado. Con estricnina, para ser más exacto. Sencillamente se dio un atracón de cebos envenenados, éstos de harina y azúcar que se ponen para matar ratas.

Ricciardi se quedó boquiabierto.

—¿Veneno para ratas? ¿Comió veneno para ratas?

—Sorprendido, ¿eh? Porque no ves lo que veo yo de la mañana a la noche. Comen de todo. O comen o mueren. Hurgan en la basura, se la disputan como perros



callejeros. Se comerían hasta las ratas, si se dejaran atrapar. Lo he comprobado en otras ocasiones, aunque debo reconocer que, en general, se paran antes de ingerir una cantidad mortal, porque la estricnina tiene un sabor amargo; pero un niño tan frágil tiene la muerte asegurada solo con que coma una cantidad mínima. Por desgracia, los mal nacidos de los tenderos, para salvar su asquerosa mercancía, la enmascaran con pan y queso o azúcar, en fin, un bocado apetitoso.

El comisario estaba perplejo.

—¿Y no es posible que alguien se la haya dado? Voluntariamente, digo.

Modo lo miró durante un buen rato y luego dijo:

—Verás, Ricciardi, no sé por qué te dedicas tanto a este niño y a su muerte. Por mi parte, aprecio tu dedicación, y como tú, o incluso más, me apiado de la pobre gente que muere a causa de las privaciones en esta ciudad que el régimen ha convertido en perfecta. Ahora bien, por desgracia, morir tras comer accidentalmente un cebo para ratas es normal. A los muertos hay que dejarlos en paz. Y el ambiente en el que este niño vivió su breve vida ya está bastante enlodado como para ponerse a revolverlo. Te he dicho que la muerte es accidental, y no tengo intención de poner otra cosa en mi informe. Hazme el favor, resígnate.

Ricciardi ya no tenía argumentos. Estrechó el brazo del médico.

—Probablemente tengas razón, Bruno. Le haré un par de preguntas a nuestro simpático cura y cerraremos el caso. Te lo agradezco mucho, y ya me dirás cuándo quieres tomarte esa pizza.

Acompañado por la mirada del médico, se dirigió hacia la jefatura. Bajo la lluvia, junto al portón del hospital, vio un perro que miraba en dirección al depósito de cadáveres.

Rosa Vaglio se sujetó el sombrero con dos alfileres, cogió el paraguas, salió y cerró la puerta con todas las vueltas de llave. Debía comprar unas pocas cosas por ahí cerca, pero no se fiaba: aunque dijese que todo era seguro, el suyo era un barrio que daba miedo.

En realidad toda la ciudad daba miedo. Se habían mudado hacía casi diez años y todavía no se acostumbraba a ver tanta gente en movimiento, y al hecho de que se pudiera salir a diario, durante horas, sin encontrar a nadie conocido.

En Fortino, su pueblo de la provincia de Salerno, casi en Lucania, no era así. Todo el mundo lo sabía todo de todo el mundo: nunca se veía a un forastero, y cuando eso ocurría, lo miraban como si llevara dos cabezas, hasta que se ponía tan incómodo que se marchaba, y la gente tan contenta. En el pueblo no necesitaban a ningún forastero.

Y había respeto. Cuando recorría la calle principal (la única que había, por cierto) todos se quitaban el sombrero al paso de la tata del barón de Malomonte. Ella lo sabía y caminaba con paso firme y orgulloso, la cabeza alta, la vista al frente. Nadie se atrevía a dirigirle la palabra, si no era ella la primera en hablar. Ella era a la que habían elegido para criar al próximo barón, y con eso bastaba. Visitaba las granjas y a los colonos, controlaba que nadie robara, que todos conservaran los productos, los cerdos, los mejores quesos para la familia que vivía en el castillo. Así debía ser y así era.

Bajando con circunspección las escaleras del edificio, Rosa suspiró al pensar en cómo marcharía todo ahora que había quedado abandonado. En el pasado su presencia había bastado para hacer temblar de miedo a campesinos grandes y fornidos, que sabían bien que sus ojos de águila eran capaces de descubrir el más mínimo fallo. Por otra parte, alguien debía ocuparse. El barón había muerto hacía años, la pobre baronesa, que Dios la tuviera en su gloria, nunca había sido capaz de encargarse de esos asuntos.

Como siempre, sonrió enternecida al recordar a aquella mujer dulce y fina, con cara de niña y hermosos ojos verdes. Cuando era una criada veinteañera de brazos fuertes y mejillas coloradas, en cuanto la baronesa la vio, decidió que sería la tata de su hijo cuando lo tuviera. Pasaron muchos años en los que asistió a la baronesa y la ayudó a llevar la casa en los largos períodos en que las migrañas y la astenia la postraban en la cama. Y después nació el niño.

Su niño.

Rosa se había hecho cargo de él enseguida, con sencillez, sin tantas historias. De inmediato le regaló su vida, como si hubiese nacido para eso, como si los años vividos antes de verlo no hubiesen sido más que una larga preparación.

Lo había amado sin reservas, sin objetividad, sin dudas. Como le había pedido la baronesa, antes de su largo internamiento y tras su muerte, debía hacerle de madre; y eso hizo.

Ahora que entenderlo, no lo entendía, pensó mientras desde el portón veía llover a cántaros. Jamás lo había entendido. Sus perpetuos silencios, sus miradas al vacío, las súbitas melancolías. Igualito en todo a su madre, los mismos ojos verdes transparentes, abiertos a un mundo que solo ellos veían. Pero la tarea de Rosa no era comprender a Luigi Alfredo Ricciardi, barón de Malomonte, sino pensar en él, procurar que no le faltara nada.

Y eso la tenía preocupada. El tiempo iba pasando, ella ya tenía más de setenta años y él treinta y uno: una edad en la que la mayoría de los hombres contaba con una familia e hijos desde hacía tiempo. Pero él, ni una novia.

En su sencillez, Rosa entendía que en aquel corazón cerrado había sentimientos. Lo veía noche tras noche clavar la vista en cierta ventana, cuando creía que ella dormía en su cuarto; pero no, ella se levantaba e iba de puntillas a espiarlo por la rendija que él dejaba abierta para oírla roncar.

¿Por qué insistía entonces en su absurda soledad? Aunque sabía que lo miraba con los ojos del amor, lo veía apuesto, sensible, bueno; rico, aunque por completo (y según ella culpablemente) desinteresado en su patrimonio. No le faltaba nada para fascinar a la mejor de las mujeres.

Pero el señorito, así lo llamaba, se comportaba como si hubiese hecho un voto: nada de mujer, nada de familia.

Ella consideraba que era su deber conseguir que el nombre de los Malomonte se perpetuara. Le parecía un delito poner fin de forma consciente a una familia tan antigua. Pero ¿qué hacer?

Un par de meses antes se había dado cuenta de que detrás de un ladrillo suelto de su dormitorio, el señorito había escondido un libro. Con esfuerzo, porque solo se sabía los números y las letras grandes, la tata copió el título, y le pidió confirmación a la peluquera, que había ido un par de años a la escuela de monjas: «Repertorio epistolar o ramillete de los amantes». Tras informarse había descubierto que se trataba de una colección de modelos de cartas de amor.

No sabía leer, pero sí que sabía sumar dos más dos: detrás de la ventana de enfrente se sentaba a bordar Enrica Colombo, la primogénita del comerciante de sombreros de la via Toledo. Y el señorito la veía bordar.

Ignoraba si después de comprar el libro lo había utilizado, pero esperaba con toda el alma que así fuera; la muchacha parecía formal y honrada, y al parecer era de buena familia. La peluquera, que era la correveidile del barrio, le había referido con malicia que Enrica había rechazado a un pretendiente propuesto por su madre, un joven rico y bien plantado; Rosa había suspirado aliviada diciéndose que nadie podía

ser tan guapo como su señorito. Lo que no podía saber era que la peluquera hacía doble juego, de modo que Enrica, pendiente de los labios de la peluquera, se enteraría del interés de la señora Rosa, la tata del comisario Ricciardi, por los devaneos de su corazón.

Tras ceñirse el chal al cuello y abrir el paraguas, Rosa se lanzó a la calle bajo la lluvia, mientras se decía que aquella humedad suponía una condena para los múltiples dolores de sus huesos. Debo hacer algo, pensó. El destino hace lo que le viene en gana, pero a veces hay que echarle una mano: la muchacha esperaba decorosa a que él diera el primer paso, eso era evidente, mientras él esperaba que se desvaneciera su timidez. ¡No era cosa fácil! Jamás ocurriría, y al final, la muchacha terminaría por cansarse y aceptar que la cortejara algún otro: iban a ser dos desdichados que, separados apenas por un par de metros, no se atrevían a hablarse.

¿Qué podía hacer?, pensó mientras caracoleaba bajo la lluvia en dirección a la tienda de especias y granos para comprar unos garbanzos. ¿Cómo entablar conversación con la muchacha y explicarle que el bobo de su señorito la amaba en silencio y a distancia sin atreverse a vivir?

Mientras cruzaba la calle, un par de ojos, parapetados tras unas gafas y una ventana, la descubrieron; su propietaria salió como una exhalación al recibidor y, después de coger un sombrero cualquiera y un paraguas, bajó corriendo las escaleras.

Rosa estaba pensando que Ricciardi no usaba sombrero, de modo que no se podía organizar siquiera un encuentro comercial con el padre de Enrica, cuando, justo delante de la tienda de especias, se topó con la muchacha que, con educación, le cedía el paso.

Mirándola fijamente a la cara, le ofreció la mejor de sus sonrisas. Ahora o nunca, pensó.

Agua.

Agua que no lava.

Que baja en mil ríos sin mar y deposita barro en los umbrales y el interior de los bajos, extendiendo sus dedos pegajosos en los suelos de tierra batida, en la paja ennegrecida de los jergones. Que golpea las ventanas y despierta a los dormidos, o conduce hasta los sueños el fantasma de antiguos dolores. Que deja un negro rastro en los altos muros de toba, encontrando la manera de colarse en los viejos edificios para socavar sus cimientos. Que ensucia los zapatos relucientes y arranca los paraguas de las manos, porque no quiere que los obstáculos le impidan entrar en las almas donde depositar la humedad de la tristeza.

Agua que separa.

Que se convierte en una pared fría entre los amantes, borrando la sonrisa de los ojos y los corazones. Que separa de la escuela, el taller, la oficina con un mar imposible de navegar. Que convierte la calle en un río resbaladizo en cuyos remolinos se hunde toda esperanza de encuentro. Que arrebató los juegos a los niños, encerrándolos en la cárcel de una silla y un cuarto.

Agua que roba.

No habrá nadie comprando en los carritos, pidiendo limosna, dejándose engañar. No habrá nadie en la Villa Nazionale para el vendedor de globos o pasatiempos. No habrá nadie escuchando al pregonero que anuncia la nueva tienda. No habrá nadie, y no habrá nada para comer.

Agua que da miedo.

Que llega después del trueno que sacude la noche, del relámpago que ilumina el silencio. Que te hace brincar el corazón en el pecho y hundir la cabeza entre los hombros, esperando lo peor. Que hace crujir las paredes, y pensar que nada es verdad, que nada puede durar para siempre.

Agua que no termina.

Bajo la lluvia que no parecía tener fin, Ricciardi caminaba de regreso a la jefatura. La pregunta que llenaba su mente y no dejaba lugar a ningún otro pensamiento era: ¿por qué no estaba? ¿Por qué no lo vi?

El niño había muerto envenenado. Con estriknina. No hubo otras causas, Modo las excluyó con decisión: habría vivido muchos años, dijo. Si había muerto envenenado, ¿por qué él, Ricciardi, no había visto su imagen?

La terrible compañía del Asunto había marcado su vida desde el instante en que vio al primer muerto hablarle en el viñedo de su casa, cuando tenía cinco años. Solo Dios sabía las veces que había rogado que le ahorraran aquella condena.

En contra de lo que solía hacer, tratar de olvidar, rescató de sus recuerdos a los envenenados que había visto. Recordó al primero, un compañero de escuela que, a saber por qué, había querido ingerir una caja entera de cerillas, tal vez un desafío, una estúpida competición con un amigo. Lo recordaba sonriente y translúcido en el patio del colegio, inmerso en un incesante vómito de sangre y una incontenible diarrea, mientras decía: «He ganado, ¿lo habéis visto? He ganado la apuesta». Y las convulsiones de los dos amigos, de sus tiempos universitarios, que se dieron un atracón de setas compradas a una vendedora ambulante, entre las que había una, solo una, venenosa. El fantasma de uno de ellos temblaba como la cuerda de una guitarra y, con los ojos en blanco, le decía al otro: «Qué ricas, ¿eh? Y qué baratas». Y el enamorado suicida que unos meses antes había vislumbrado en el mirador de San Martino, agarrándose el vientre y vomitando espuma amarilla decía: «Sin ti no hay vida».

Veía a los muertos envenenados.

No había dudas.

Pero ¿por qué no había visto al niño?

Conocía el Asunto y sus escasas pero rigurosas reglas. Veía la imagen del muerto en el instante de morir, mientras repetía el último pensamiento en el mismo lugar en que la vida rota lo había abandonado. De modo que solo cabía una respuesta: el niño no había muerto en el lugar donde lo encontraron.

El pensamiento le estalló en la cabeza junto con el trueno que en ese instante acompañó un chaparrón. Si no había muerto allí, alguien lo había trasladado.

Ricciardi sabía que aquello no suponía, necesariamente, que lo hubiesen matado. Pero suponía que alguien, por algún motivo, había considerado oportuno mover el cadáver y colocarlo en un lugar donde la presencia del niño pareciera casual. ¿Quién podía haber tenido semejante interés?

Al otro lado de la calle, a través de la cortina de lluvia, entrevió la pelambre manchada del perro. Decidió que buscaría a quien había trasladado el cadáver y averiguaría por qué lo había hecho. Decidió que lo haría porque era justo, y porque un niño no es cualquier cosa. Y porque había algo en aquel perro que lo impulsaba a no detenerse.

Rosa entró en la tienda seguida de Enrica. La intensidad de la lluvia había obligado a los propietarios, el marido detrás del mostrador y la mujer en la caja, a encender la lámpara de aceite. No había clientes. El tendero, un hombretón jovial con poco pelo y pocos dientes, le dijo afectuosamente a Rosa:

—¡Aquí tenemos a la hermosa doña Rosa! ¿Qué tal se encuentra esta mañana? ¿Ha visto qué manera de llover?

—Buenos días, don Gera'. ¿Que si lo he visto? Con los dolores que tengo, he

visto y he notado la lluvia en cada uno de mis huesos. Por favor, dese prisa, que he de preparar la comida, aún me quedan todos los mandados y ya son las diez. Póngame una loncha de tocino, seis huevos frescos, dos kilos de garbanzos, y démelos buenos, que la última vez tuve que tirar la mitad. Y dos medidas de aceite. Del mejor. Póngame dos kilos de pasta variada, envuélvame la bien, que, si no, con esta lluvia, se me mojará. Ah, y alubias, casi se me olvidaba, dos kilos de alubias. Y también un poco de azúcar y doscientos gramos de tomate concentrado. Ah, se me olvidaba, doscientos gramos de café torrefacto.

Gerardo iba preparando el pedido moviéndose con agilidad entre los recipientes que tenía detrás del mostrador.

—¿Qué hago, se lo mando todo cuando regrese el chico?

—¡Ay, no, por el amor de Dios, que si no la compra me llega a las dos! ¡Tengo que cocinar y el señorito, cuando llega, tiene que comer! —exclamó Rosa—. No, no, démelo todo a mí, que me lo llevo.

En ese momento, Enrica tosió brevemente y casi murmurando dijo:

—Si me permite, señora, le echo una mano con la compra. Soy Enrica Colombo, vivo aquí enfrente...

Rosa se volvió para mirarla.

—Sí, sí, ya sé quién es. Sus ventanas están justo enfrente de las nuestras, ¿no?

La muchacha se sonrojó visiblemente, pero le sostuvo la mirada.

—Así es. Si quiere, la ayudo a subir las escaleras. Con lo cargada que va, la compra, el paraguas y el bolso... En fin, si me lo permite, a mí no me cuesta nada.

El tendero y su mujer intercambiaron una mirada elocuente. La mujer sonrió y fingió contar el dinero en la caja. Rosa asintió con la cabeza.

—Por mí encantada de que me eche una mano. Como verá, ya estoy vieja, y cuanto más años pasan, peor tengo la espalda, pero de veras no puedo esperar a que regrese el recadero de don Gerardo. Muchas gracias, señorita. Pero la pasta la llevo yo.

Desde el sillón de su sala, Livia contemplaba la lluvia surcar la ventana. La carrera de las gotas sobre el cristal la tenía fascinada y la distraía de la incesante charla de Anna, una vieja amiga suya que la había llamado desde Roma hacía casi media hora.

—Hay que ver, Livia, te marchaste de la noche a la mañana, nos dejaste a todos plantados. Precisamente ayer me crucé con el marqués de la Verdiana, ya sabes, ese hombre alto y apuesto, con el bigote de guías, el que te cortejaba a muerte, el de los enormes ramos de flores, ¿lo recuerdas? Bueno, resulta que me paró, nada menos, mientras yo iba por la via del Corso, imagínate que lo vi y se me plantó delante. Me hizo una reverencia, se aclaró la voz y me dijo: señora, qué ocasión más dichosa, cruzarme con usted, y que si esto y que si lo otro, que si es un placer, que si me ha alegrado el día, etcétera... ¿Livia? ¿Livia, me estás escuchando?

—Sí, Anna, claro que te estoy escuchando.

—¡Bien! Porque te estoy contando algo interesante, que lo sepas. En fin, que el marqués me dice: ¿y su amiga, la señora Vezzi, no ha regresado de su viaje? ¿Te das cuenta, Livia? Roma entera habla de tu traslado, y él finge que el tuyo es un simple viaje de placer.

A Livia le habría encantado encontrar un motivo para poner fin a la conversación, sabía que la historia de Anna no era más que un pretexto para arrancarle más información sobre el motivo de su desaparición de Roma. Mientras enroscaba perezosamente entre los dedos el cable del teléfono blanco, lanzó una sonrisa y decidió seguir manteniéndola en vilo:

—¿Y tú qué le dijiste?

—Ah, la verdad, yo le dije la verdad, que no tenía ni idea, que te habías marchado sin decirme cuándo regresarías y que si volvías, me lo comentarías de un día para otro. Es que el pobrecillo estaba tan afligido y deseoso de saber cuándo ibas a regresar que no tuve valor de contarle que habías enviado a cuatro cargadores a recoger tus cosas y cerrar tu apartamento de Roma.

Livia estalló en carcajadas.

—¿Y tú cómo te enteraste de eso? ¿Pusiste a un investigador a vigilar en la entrada? ¡Eres fantástica, Anna, una artista del cotilleo!

—Ay, Livia, no digas eso, qué injusta eres y, además, me ofendes. Eres una de mis mejores amigas, tengo derecho a echarte de menos, ¿no? Y es normal que quienes quieren noticias tuyas me pregunten a mí, ¿no te parece? Tú y yo salíamos siempre juntas. Anda, sé buena, dime por qué te fuiste. ¡Tengo derecho a saberlo! ¿Ocurrió algo aquí, en Roma? ¿Una disputa, un amante..., un hombre casado quizá? ¡Anda, sé buena, dímelo!

—¿Por qué, acaso te consta que mantuviera una relación con un hombre casado?



¿Y cuándo podría haberla tenido, con tu control constante? Anda, Anna, resígnate, no tiene por qué haber una razón para todo. Además, cuando una se marcha de una ciudad puede ser para huir, pero también para ir en busca de algo, ¿no crees?

Por el auricular le llegó el bufido de Anna.

—Ya está, otra vez tomándome el pelo. ¿Quién en su sano juicio puede decidir marcharse de Roma para instalarse en Nápoles? Y tú, nada menos, que eras la única con acceso a todos los salones, amiga personal de Edda Mussolini, mejor dicho, Edda Ciano, ahora que acaba de casarse. Por cierto, ¿te ha llamado? Me comentaron que quizá, dentro de unos días, vaya a Nápoles con su padre y su marido para el discurso.

—Sí, me ha llamado y quizá nos veamos. Para que lo sepas, ella no me reprochó que me marchara como haces tú. Al contrario, me dijo que era una magnífica idea, que ésta es una hermosa ciudad y que, de hecho, me envidiaba, fíjate tú.

Su amiga suspiró resignada.

—Vaya, pobre de mí, ahora también la hija del Duce te da la razón. Entonces tengo que crearme tus mentiras, nada más ni nada menos que estás interesada en alguien de Nápoles. Y eso también es bien raro, porque una amiga mía que vive allí, y no te digo quién es porque si no también perderé esa fuente, me escribió que no le consta que haya ningún hombre que te guste.

—Fíjate que tal vez lo haya y que quizá no me quiera.

A través del auricular le llegó una carcajada cristalina:

—¿Que hay un hombre que no te quiere? ¿A ti? ¿A Livia Lucani, viuda de Vezzi? ¡Eso tengo que verlo yo con estos ojos! Ya me gustaría a mí tener diez liras por cada hombre que he visto beber los vientos por ti, dichosa tú. No me lo creo, eso me demuestra que dices tonterías. Pero está bien, ya lo entiendo, me has excluido de tus confidencias. Aunque te quiero de todos modos, así que ten en cuenta que si me necesitas, aquí me tienes.

—Yo también te quiero, querida. Un beso, y hasta pronto.

Por fin, pensó Livia, y siguió observando las gotas deslizarse por el cristal y pensando en esos ojos verdes.

Ricciardi miraba fijamente al padre Antonio, tratando de captar sus emociones. El cura tenía una expresión apenada, si bien no parecía tener la intención de olvidarse de la autopsia.

—Bien, comisario, todavía espero una explicación. ¿Por qué ordenó que se hiciera ésa carnicería con el cuerpo del niño? ¿Por qué encarnizarse con ese pobre cadáver?

—Padre, comprendo su desacuerdo, estoy en condiciones de decirle que el niño no murió a causa de una enfermedad o una infección, sino envenenado. Ingirió estricnina, veneno para ratas, que había en unos cebos. Eso merece una investigación

más a fondo, ¿no le parece? Aunque solo sea para que algo tan terrible no le ocurra a otros muchachos.

El padre Antonio pareció impresionado por la noticia; agachó la cabeza con tristeza y se pasó una mano por la cara. Maione también hizo un gesto de sorpresa.

—Es algo que he visto en otras ocasiones. Ocurrió hace cinco años, dos chicos recogieron comida en mal estado, nunca se supo exactamente qué comieron. Se encontraron mal, empeoraron; uno de ellos, el más débil, murió; el otro sobrevivió pero quedó inválido. Son desgracias terribles, pero ocurren.

Ricciardi asintió.

—Sí, padre. Ocurren. Pero, si me lo permite, quisiera saber algo más sobre este niño, sobre su vida, sobre lo que hacía.

El cura se puso a la defensiva.

—¿De veras? ¿Y por qué, comisario? Si usted mismo reconoce que fue una desgracia terrible, bastará con que yo le pregunte a sus compañeros dónde pudo Matteo coger el cebo envenenado, ¿no? Así usted podrá tomar las medidas para que no vuelva a ocurrir.

—Se trata del procedimiento, padre. El niño murió por causas no naturales, y debemos justificar nuestra intervención.

El padre Antonio suspiró, momentáneamente resignado.

—De acuerdo. Usted dirá.

—Dígame usted, padre. Hábleme del niño, de su carácter, de sus compañeros, de lo que hacía. Todo lo que se le ocurra.

—Se llamaba Matteo, pero todos le decían Tetté. Porque el pobrecillo era tartamudo; se emocionaba, se ponía nervioso y era incapaz de decir tres palabras seguidas. A veces se atascaba en una sílaba y debía desistir, no decir nada más. Era bajito para su edad, debía de tener unos ocho años, quizá más, muy avisado pero solitario, tal vez porque era tartamudo. Tenía un perrito. No puedo permitir que los muchachos entren con animales, sabe usted, por razones de higiene. Así que él lo dejaba fuera, y el perro lo esperaba, sin importar el tiempo que hiciera. Estaban siempre juntos.

—¿Un perro de pelambre blanca con manchas marrones? —le preguntó Ricciardi.

—Sí, o sea que usted también lo ha visto. ¿Estaba cerca de... de donde encontraron a Matteo?

—Sí, padre.

—No me extraña, lo seguía a todas partes. A saber qué será de él ahora. En fin, todos queríamos mucho a Tetté, era el benjamín de la casa. Como era el más pequeño, los demás muchachos lo protegían, y cuidadito si alguien llegaba a tocarlo. Tengo que confesar que para mí era casi casi como mi ojito derecho. Nadie le habría hecho daño a nuestro Tetté.

Un trueno colosal hizo temblar los cristales de la ventana. La lluvia arreció.

Martes, 20 de octubre de 1931 – IX

*Tetté se despierta temprano. Por los postigos todavía no se filtra la luz del día.*

*Hace frío. Los demás duermen vestidos con todo lo que tienen. Tetté deja que sus ojos se acostumbren a la oscuridad y a su alrededor atisba las siluetas de los cuerpos tendidos en las yacijas.*

*Le cuesta respirar, tiene la nariz tapada por los mocos. Intenta tragar, le duele la garganta. Aparta los sacos de tela que le sirven de manta, procurando no hacer ruido. Los pies rozan el suelo helado, pero Tetté no nota el frío; la costumbre de andar descalzo le ha espesado la piel como una suela de zapato.*

*En silencio, moviéndose como un gato, llega a un rincón del cuarto y se arrima a la pared. Comprueba otra vez que todos estén durmiendo echando una rápida mirada a su alrededor.*

*Se agacha y cuenta los ladrillos de la pared. Dos, cinco, seis. Silabea los números en silencio. El ladrillo número ocho está un tanto separado de la pared. Con dos manos, muy despacio, Tetté lo aparta y lo saca de su sitio. Mete la mano en el agujero y recupera un cucurucho. Junto con el cucurucho de la pared sale una cucaracha enorme, Tetté se estremece por la sorpresa y el asco, la aplasta con el pie descalzo.*

*Sosteniendo el cucurucho de papel de periódico con la mano izquierda, usa la derecha para abrirlo. En su interior hay un pedazo de pastel endurecido y picoteado. Tetté lo mira y sonrío con ternura. Al cabo de un momento, se sirve una migaja y hace ademán de llevársela a la boca.*

*Nota que una mano gruesa se le cierra alrededor del cuello y aprieta con fuerza. No puede respirar, abre la boca para coger aire. Lo vuelven y lo colocan de espaldas a la pared. Ante él Amedeo, el mayor de todos, rechina los dientes con furia, los ojos enrojecidos por el sueño. A sus espaldas están los otros cuatro. Amedeo afloja un poco el apretón, Tetté respira ruidosamente.*

*—¿Qué pasa, tartaja de mierda? ¿No podías respirar? A lo mejor te está bien empleado. A lo mejor tendría que ahogarte con mis propias manos.*

*Amedeo sisea como una serpiente. Nadie lo oye al otro lado de la puerta, pero para los oídos de Tetté sus palabras suenan como el rugido de un león. Sacude la cabeza, desesperado.*

*—No, ¿eh? ¿No quieres morir? ¿Y por qué, para qué vas a vivir, quieres decírmelo? ¿Por qué deben vivir los que son como tú? ¿No será mejor que lo mate, vosotros, qué decís?*

*Los mellizos se ríen. Uno de ellos, el desdentado, que está en primer término, dice que sí, dale, Amede', mávalo, por favor. Retuércele el pescuezo hasta que se le*

salten los ojos de la cara como hiciste esa vez con el gato rojo.

Sin apartar la vista de la cara de Tetté, Amedeo le da una patada en la barriga al mellizo, que rueda por el suelo sin un solo lamento y se echa doblado en dos en la yacija.

—Calla, imbécil. Ya te he dicho que no tienes que hablar nunca de estas cosas. Ni siquiera cuando no hay nadie. Vamos a ver, tartaja, volvamos a lo nuestro. ¿Qué escondías en la pared? Déjame ver o te arranco esa mano de bastardo.

No le suelta el cuello y otra vez Tetté no puede respirar. Se le nubla la vista, ve un montón de lucecitas en el aire. Tiene la sensación de estar durmiéndose, de estar soñando.

Sobre el brazo de Amedeo se posa la mano de Cristiano, el último huésped de Santa Maria del Soccorso.

—Basta, Amedeo. Lo vas a matar. ¿No ves que no respira? Para de una vez.

—¿Ah, sí? Y quién me lo ordena, ¿tú? ¿Quieres tu ración? ¿Una buena patada en los huevos como al imbécil ese o es que tengo que reventarte a ti también?

Cristiano se mantiene a distancia, pero sabe cómo manejar a Amedeo.

—Piénsalo. Si lo matas, perdemos un montón de cosas, ya lo sabes. Además, ya tiene el miedo en el cuerpo, verás que no vuelve a equivocarse.

Amedeo observa a Tetté con asco; le suelta el cuello y con un gesto veloz le arranca el cucurucho de la mano. El mellizo que sigue de pie da un paso al frente, cauto, para ver de qué se trata, pero Amedeo lo aleja de un empujón. Huele el contenido y picotea un trocito.

—¡Puaj, qué asco! Está mohoso y comido por las cucarachas. Las cucarachas son como tú, tartaja de mierda, se esconden en la oscuridad, salen corriendo arrimadas a la pared. Y si las veo, las aplasto. No se te olvide, tartaja: te aplasto.

Escupe el trozo de pastel que tenía en la boca, echa encima el resto y lo aplasta, después se da media vuelta y se marcha. El mellizo se abalanza sobre los restos, los recoge con los dedos y se pone a comer mirando a Tetté con gesto burlón.

A Tetté se le llenan los ojos de lágrimas, aunque no llora. Se levanta, se pasa la mano por el cuello. Le gustaría decir algo, pero sabe que no le saldrían las palabras. Desde lejos, Cristiano lo mira inexpresivo. Tetté le sonrío, pero el otro se da media vuelta y se aleja.

A través de los postigos empieza a filtrarse un rayo de luz grisácea.

Tras tomar nota a beneficio de inventario del idílico panorama que el cura le proponía sobre la vida del niño, Ricciardi le preguntó:

—Y usted, padre, ¿cuándo lo vio por última vez?

El padre Antonio se concentró no sin cierta dificultad.

—A ver, déjeme recordar. Sí, diría que el domingo por la noche, después del oficio de las siete. Recuerdo que estuvo presente, aunque no fue él quien hizo de monaguillo en misa. Sí, sí. Lo recuerdo bien, se sentó en el segundo banco, a la izquierda respecto del altar.

—¿Podría decirme con quién estaba, padre? ¿Al lado de quién se sentó en misa?

—Al lado de los demás chicos, creo. Con todos los demás. El domingo asisten a la misa de las siete de la tarde. Saben que yo lo quiero así.

—¿Y después? ¿Adónde pudo haber ido el niño? ¿No cenar después del oficio?

—Claro, después del oficio van a cenar. No tengo ni idea, comisario, dónde...

—Pero usted, padre, ¿no cena con los muchachos? Si estuvo con ellos, seguramente notaría la presencia o ausencia de Matteo. Son seis en total, según me dijo, ¿no es así? —lo apremió Ricciardi.

La pregunta de Ricciardi quedó suspendida en el silencio. El padre Antonio asumió una expresión apenada. Se puso de pie.

—Discúlpeme, comisario, pero ahora tengo que marcharme. Llevo alejado de mi parroquia demasiado tiempo, los fieles me necesitan. Además, como usted comprenderá, debo ocuparme del funeral del pobre Matteo y dar la noticia de su muerte a sus compañeros, ya le he dicho que era muy querido.

Como muestra de respeto, Maione se había levantado al mismo tiempo que el sacerdote, mientras que Ricciardi seguía sentado.

—En realidad, no he terminado todavía, padre. Tengo que hacerle más preguntas.

El cura no volvió a sentarse.

—Entonces habrá que posponer la conversación, comisario. Y ya que lo dice, será mejor que aclaremos unos cuantos puntos de este asunto.

—¿A qué se refiere?

—A que por más dolorosa y terrible que resulte, la muerte de Matteo fue una desgracia debida a una trágica fatalidad. Ni yo ni quienes vivían con él y lo asistían sin recibir nada a cambio han tenido la menor responsabilidad. Me refiero a que mi persona no está sometida a su jurisdicción, de manera que a menos que yo quiera y decida hacerlo libremente, no tengo que responder ante usted ni de mi tiempo ni de las cosas que sé o dejo de saber. Sobre este punto, comisario, permítame que insista: yo decido si quiero responder o no a sus preguntas. Solo yo. Y una cosa más: es mi deber informar a la curia de lo ocurrido, tanto del trágico fin de Matteo como del

hecho de que usted, sin pedir autorización a nadie, ordenó la disección del cadáver del niño.

—No, padre, lo que se le practicó al cadáver no fue una disección, sino una autopsia para comprender las causas de su muerte. Fue una investigación necesaria —protestó Ricciardi con vehemencia.

—Eso ya se verá. Y le aseguro, comisario, que la curia no está dispuesta a ver que a los siervos de Dios los tratan como a criminales comunes y son retenidos contra su voluntad en la jefatura para ser interrogados como asesinos. Creo que le conviene proceder con mucha cautela. El obispo está en contacto permanente con sus superiores.

La parrafada del cura, pronunciada con voz calma como si estuviera dando un sermón, impresionó a Maione, que, boquiabierto y sombrero en mano, seguía junto a la puerta. Pero no a Ricciardi, que no se movió ni un milímetro.

—Como guste, padre. Tome usted las medidas que considere oportunas. Pero, por mi experiencia, le adelanto una cosa: solo huye de las preguntas quien tiene algo que ocultar. No lo olvide. Y tenga presente otra cosa más: la suerte del pobre Matteo debería preocuparle más a usted que a mí. Ya puede retirarse, buenos días.

El padre Antonio saludó con una inclinación de la cabeza y salió del despacho.

En cuanto el cura se hubo marchado, Maione cerró la puerta y le comentó a Ricciardi:

—Usted perdonará, comisario, pero a mí este cura me parece muy peligroso. ¿Lo ha oído?

—A mí lo que diga ese cura para asustarme me deja indiferente, Maione —resopló Ricciardi, y añadió—: Si no supiera algo no habría montado todo este numerito, ¿no crees? Además, ese mundo de cuento de hada en el que viven los niños no me cuadra mucho con el hecho de que Matteo desapareciera y él asomara por aquí dos días más tarde.

Maione restregó el suelo con un pie, como hacía cuando no estaba del todo de acuerdo con Ricciardi.

—Pero en una cosa sí tiene razón el cura. Si fue una desgracia, ¿a qué vienen tantas preguntas? Y si me permite la sinceridad, comisario, a mí también me extraña todo esto. La autopsia, la investigación, las inspecciones, que nosotros no nos tomamos tantas molestias ni cuando encontramos a alguien con un tiro en la frente. A mí me parece que nos estamos exponiendo demasiado.

Ricciardi hizo un gesto negativo con la cabeza.

—¿Tú también te estás volviendo diplomático? ¿Desde cuándo nos dejamos amedrentar por amenazas y hemos dejado a medias una investigación?

—Comisario, que no es cuestión de amedrentarse o de diplomacia, aquí la cuestión es otra bien distinta. Vendrá Mussolini a Nápoles. Ya están empapelando la

ciudad con carteles, ¿o no se ha dado cuenta? Y eso hace que todos se pongan nerviosos y corran de acá para allá. El primero que corre es Garzo, y usted ya sabe la importancia que ese imbécil le da a relacionarse con la gente de altos vuelos. Cuando ocurrió el homicidio de la cartomántica, ¿se acuerda?, y estaban implicados los duques de nosecuántos, faltó poco para que nos mandara a la cárcel por miedo a recibir quejas. ¡Imagínese si le telefonea el obispo el día antes de que llegue su Magna Excelencia!

Ricciardi no estaba dispuesto a olvidar el asunto.

—¿Y? Si el niño murió envenenado, tenemos el deber de...

—No, comisario, cuidado, el niño se envenenó solito, lo ha dicho hasta el mismísimo doctor Modo. No hay elementos para abrir una investigación. La autopsia en sí, ya se lo he dicho varias veces, fue una exageración. Hágame un favor personal, solo por esta vez, dejemos las cosas como están. Después, si acaso cuando su Magna Excelencia se haya ido, vamos juntos a la parroquia y vemos en qué condiciones viven esos niños. Yo soy el primero que no soporta ciertas cosas, le consta. Pero ahora tenemos que dejar el asunto como está.

Ricciardi se levantó y fue a la ventana. Bajo la lluvia, no muy lejos del lugar donde la niña muerta le pedía a su madre que recogiera la peonza, atisbó un perro sentado, como si esperara algo. Sin volverse dijo:

—Quiero hablar con Garzo. Hazme el favor, llama a Ponte y pídele una cita.



Rosa observaba a Enrica, rígida como si acabara de tragarse una escoba, sentada en el sofá con una taza de café en la mano. No había tomado ni un sorbo.

Llevaba así unos cinco minutos, sin decir palabra, la vista baja, las piernas juntas, en precario equilibrio, sin reclinarsse en el respaldo. Rosa se preguntaba cómo romper el silencio, que comenzaba a resultar embarazoso.

Cuando llegaron, la muchacha se había detenido en el umbral, con las bolsas de la compra en la mano, chorreando agua en el rellano. La tata se apresuró a invitarla a pasar, pero la chica titubeaba, como si temiera algo; al final se decidió y entró, avanzando con la vista baja en dirección a la cocina, donde depositó la compra sobre la mesa, sin mirar a su alrededor, aterrada de parecer indiscreta. Rosa le pidió que pasara al salón mientras preparaba café. A las protestas de Enrica, que entre balbuceos decía que no quería molestar, la tata le indicó, expeditiva, dónde estaba el sofá; si quería convidarla con un café no había lugar a réplicas de ningún tipo.

Por su parte, Enrica estaba en pleno tumulto interior. Todo el coraje y la decisión acumulados durante dos días, en los que no había hecho más que repetirse que la única manera de salir de aquel punto muerto era ponerse en contacto con la tata de Ricciardi, en cuanto se vio frente a aquella puerta, se habían derretido como un helado en pleno agosto. Había pensado tanto en ese momento, había soñado tanto con él que ahora se sentía aterrada: el fantasma de una posible decepción, de que le dieran malas noticias, enterarse quizá de que él estaba comprometido o algo peor, le atenazaba la garganta y, literalmente, la ahogaba. Por eso seguía allí, en medio del templo de su corazón, agonizando en silencio con una tacita en la mano, esperando caerse muerta.

Rosa, ajena a estos pensamientos, pero consciente de la dificultad de la muchacha, dijo al fin:

—Señorita, si espera un poco más, habrá que tirar ese café. Mire que es muy bueno, me sale muy bien.

Enrica dio un respingo y a punto estuvo de derramar sobre la alfombra gran parte del buen café antes descrito; de un solo sorbo, quemándose la lengua, se bebió casi la mitad.

—Muy bueno, magnífico, gracias. Muchas gracias, yo solo quería ayudarla a subir la compra.

Rosa parpadeó; la situación era peor de lo que le había parecido en un primer momento. Enrica estaba realmente angustiada, le iba a resultar muy difícil conseguir que se sintiera cómoda.

—A ver, cuénteme, ¿a qué se dedica? ¿Se ocupa de la casa, estudia, trabaja?

—No, yo... me he diplomado, soy maestra, pero no enseño. Bueno, sí, enseño,

pero en mi casa, a niños que vienen a mi casa, no en la escuela. Los preparo y ellos luego se examinan en la escuela.

Pensó que estaba quedando como una perfecta idiota. Debía espabilar, pues, en caso contrario, sería su fin.

—Pero también trabajo en casa. Le echo una mano a mi madre, la ayudo. Lo que más me gusta es cocinar, mi padre dice que se me da muy bien, y también me gusta bordar.

Rosa apreció el arrebato de orgullo y sonrió satisfecha. Una mujer de su casa sabe reconocer a otra. Es como una cofradía.

—¿Sí? Me alegro. Aquí vive mi señorito, ¿sabe usted? Yo solo lo atiendo, el dueño de casa es él.

La referencia directa al objeto de sus pensamientos quebró el incipiente equilibrio de Enrica como hace el vendaval con un arbolito joven y tierno. Volvió a balbucear:

—Ah, ¿de veras? No lo sabía... bueno, lo sabía, pero... es lógico, vivo enfrente, he visto un hombre, pero no creía que..., no es que haya mirado expresamente, pero como vivo justo enfrente...

Rosa temió que la muchacha se echara a llorar allí delante de ella. Se jugó el todo por el todo, echando mano de la franqueza decidida de su pueblo natal.

—Señorita, ya sé que lo sabe. Y también sé que el señorito Luigi Alfredo, que es mi patrón, sabe muy bien quién es usted y dónde vive. No creo que no se haya dado cuenta de que desde no sé cuántos meses, si no son años, todas las noches después de cenar se acerca a la ventana de su dormitorio, que está detrás de esa puerta de ahí, para verla a usted bordar. Y si está hoy aquí, seguramente es porque lo sabe, y a usted tampoco le molesta que él la mire. ¿No es así?

Enrica se sintió como una niña a la que sorprenden con las manos en el frasco de mermelada. Le entraron ganas de levantarse, echar a correr y no parar hasta llegar más allá de la orilla del mar. Pero enseguida se dio cuenta de que él tampoco había sido capaz de ocultar su interés a la tata, y eso la tranquilizó bastante.

Esbozó una sonrisa tímida y suspiró. Después levantó la vista y los hombros, y se ajustó las gafas en el puente de la nariz.

—Sí, señora —dijo—. Es así. Y ni siquiera sé por qué estoy aquí. Tal vez porque necesito ayuda. Que usted me ayude.

Satisfecha, Rosa se acomodó mejor en el sillón. La muchacha no era llamativa, en realidad, tras el primer vistazo resultaba más bien insignificante. Pero ahora que la veía de cerca, comprobó que tenía una figura graciosa, las piernas largas, un buen busto y rasgos regulares; detrás de las gafas de miope, sus ojos también le parecieron inteligentes y avispados.

—Le escribí una carta. No sé si llegó a entregársela, pero se la escribí. Estoy segura.

—Sí, me la escribió y la recibí anteayer. No es que... En fin, no es que se comprometa. Me pregunta si me molesta que me salude, eso es todo. Me puse muy contenta, pero ahora no sé bien qué debo hacer.

Pensativa, Rosa se pasó un dedo por debajo de la barbilla.

—Señorita, yo nunca me casé. Cuando era joven y no una vieja escacharrada como ahora, hubo alguien que me dio a entender que podía interesarle, pero yo lo mandé a hacer gárgaras. Porque tenía al señorito, su madre me lo confió, murió joven. Y a él le dediqué mi vida entera. Debe usted saber que es un poco cerrado de carácter, cómo se dice..., reservado, tímido. En fin, no es de los que toman la iniciativa con facilidad. Para mí que tiene miedo de que lo rechacen. Pero hay algo que sí puedo decirle: en todos estos años yo nunca lo había visto así, como es con usted. Esta historia de la ventana, de la carta, es algo importantísimo.

Enrica creyó estar soñando; estaba allí, en la casa de él, abriéndole su corazón a aquella anciana desconocida, con acento de una provincia lejana, hablando de algo que no habría confesado ni a sus padres aunque la torturaran. Sin embargo dijo:

—Lo entiendo. Porque yo también soy así, no soy de esas mujeres atrevidas, que dan a entender a un hombre lo que sienten. Más bien espero a que él, no sé, le pida a mi padre si me puede invitar a salir. Así que llevo un año poniéndome a bordar en la ventana y él me mira, pero no ocurre nada. Después, en primavera, me citaron en la jefatura para hacerme unas preguntas y me encontré con él cara a cara. No sé, no me pareció correcto. Entonces reaccioné mal, respondí con brusquedad y no quise volver a verlo, ni siquiera a través de la ventana.

Rosa asintió, seria.

—Ya me acuerdo de esa época. Él se sintió muy mortificado, pensó que yo no me daba cuenta, pero yo lo veía, imagínese si no iba a verlo. ¿Y entonces, qué pasó?

—Vino a verme una señora rubia muy guapa, Lucia, la esposa del sargento que trabaja con él. Me dijo que la vida pasa, y que lo que pasa no vuelve. Que ella, por el dolor de haber perdido a un hijo, estaba perdiendo también a los otros y a su marido. Que no hiciera tonterías, me dijo, que no le diera la espalda al amor. En una palabra, me convenció, y yo volví a bordar cerca de la ventana. Y a esperar. Después, a mis padres se les metió en la cabeza... En fin, que me presentaron a un pretendiente, pero yo les dije que no quería saber nada y que pensaba en otro. Mi madre protestó, dijo que me quedaría para vestir santos, y a lo mejor tiene razón. Pero si no puedo tener a quien quiero, no quiero a nadie más en mi vida.

Rosa escuchaba las palabras de Enrica; le gustaba el sonido apacible y emocionado de su voz. Cuanto más la conocía, más se convencía de que lo que Ricciardi veía en ella era lo que buscaba.

—Yo creo que hizo usted bien, señorita. La cuestión es que con alguien tan cabeza dura hay que tener un poco de paciencia. Tiene que conseguir que se anime

poco a poco, como si fuera idea suya. Cuando era niño y yo quería que... no sé, que se lavara, porque siempre estaba jugando en el jardín y se ponía perdido, si le decía: «Vaya a lavarse», no había manera. Pero si yo le decía: «Ay, mi madre, qué feos son los hombres sucios, solo los niños pequeños están sucios, los grandes, no», entonces él iba corriendo y se metía en la bañera. Yo creo que los hombres son todos iguales, les gusta pensar que deciden por sí solos, pero somos nosotras las que tenemos que hacer que decidan lo que nosotras queremos.

Enrica se rio, luego le preguntó:

—¿Y usted qué cree que debo hacer ahora?

—Tiene que responderle con una bonita carta —contestó Rosa, y añadió—: Decirle que le gusta que la salude, y que usted también lo saludará. De alguna manera, que tendrá usted que averiguar, porque yo solo sé los números, tiene que darle a entender que no está prometida, que no tiene a nadie a la vista, pero que quiere formar una familia en el futuro. Así él entenderá que debe ponerse manos a la obra. Ya lo ve usted, yo estoy vieja y no quiero pensar que cuando me haya ido él se quedará solo sin nadie que se ocupe de él. Usted ni se lo imagina, señorita, es como un niño, no sabe hacer nada él solo.

Enrica tendió la mano y, en un impulso, acarició la de la anciana:

—Señora, usted vivirá cien años. Lo sé, lo intuyo. Y seremos amigas, vendré a verla todas las tardes, cuando estemos seguras de que él no está, y le haré compañía. Así me enseña a cocinar mejor.

Rosa se dio una palmada en la frente.

—¡Ay, Virgen santa, tiene razón! ¡Fíjese, yo aquí charlando, y la comida por hacer! Venga, acompáñeme a la cocina, así le explico cómo le gustan los garbanzos al señorito. ¿Conoce la cocina de Cilento?

Ponte se asomó por la puerta del despacho y, mirando el retrato del rey, dijo:

—Cuando quiera, comisario, el subjefe de policía dottor Garzo lo espera.

Ricciardi suspiró molesto. Desconocía la naturaleza del temor reverencial que inspiraba a aquel hombrecito, pero el hecho de que nunca lo mirase a la cara, lo sacaba de quicio como nadie.

—De acuerdo, Ponte. Hazme el favor de avisar a Maione, me gustaría que él también viniera. Nos vemos en el despacho de Garzo.

Con visible alivio, Ponte interpretó el comentario como una autorización para que se retirara, y escondiendo la cabeza como la tortuga en su caparazón cerró la puerta.

Ricciardi no se alegraba de tener que ver «al subjefe de policía dottor Garzo», como decía invariablemente con ostentación Ponte. Lo consideraba un hombre tonto y vanidoso, concentrado en su propia persona y su carrera, incapaz de desempeñar el papel de coordinador del trabajo de investigación. Pero, reflexionó, tal vez se tratara de un puesto para gente así, un intermediario entre los políticos y los operativos como él; el propio jefe de policía, al que había visto muy raras veces, de hecho no era más que un hombre del gobierno. La lucha contra los delincuentes, que muchas veces lo eran no por su propia culpa, la llevaban adelante los policías de a pie.

Sin embargo, esta vez debía hablar con él. Conseguir que entendiera que en aquel asunto era necesario llegar hasta el fondo para descubrir qué le había ocurrido realmente al niño. Lógicamente, no podía hablarle del verdadero motivo de su convicción; mientras avanzaba por el pasillo, a punto estuvo de sonreír al pensar en la cara que habría puesto Garzo de haberse enterado de que Ricciardi quería continuar con una investigación porque no veía el fantasma del muerto. Pero era justo así, y él tenía que encontrar la manera de descubrir por qué habían movido el cadáver, desde dónde y, sobre todo, qué querían ocultar.

Delante de la puerta del despacho del subjefe de policía lo alcanzó un Maione jadeante, que le lanzó una última mirada de súplica:

—Comisario, todavía estamos a tiempo. Dejémoslo correr. Como máximo, si usted quiere, lo comento por ahí y vemos qué sale, pero a escondidas, no permitamos que este idiota nos ponga freno, ya sabe usted que no lo soporto.

Ricciardi tranquilizó a Maione estrechándole el brazo y llamó a la puerta.

Garzo estaba sentado a su escritorio, con la pluma en la mano y una hoja de papel delante. Maione sospechó enseguida que se trataba de una puesta en escena, porque las gafas para leer estaban encima de la mesa. El funcionario levantó la vista. Estaba un tanto preocupado por la revolución en el ritmo habitual de las cosas: en general, era él quien mandaba llamar al comisario para que lo pusiera al corriente de las investigaciones en curso. Pero en este caso era el comisario quien le solicitaba una

reunión. ¿Qué diablos querrá?, se preguntó.

No le gustaba encontrarse cara a cara con ese hombre. Sus ojos parecían escarbar en su interior. Además, tenía siempre un aire de superioridad, o por lo menos de falta de reconocimiento de su autoridad, detalle que le resultaba insoportable.

—Ah, aquí están. ¿Qué ocurre, Ricciardi? Me ha dicho Ponte que necesitaba hablar conmigo.

Ricciardi trató de ir enseguida al grano:

—Dottore, sé que está muy ocupado y no quiero entretenerlo demasiado, pues me consta que no le sobra tiempo...

A Garzo le pareció imposible que se le notaran la importancia y la naturaleza de sus ocupaciones.

—Así es, mi querido Ricciardi, así es. La inminente visita del Duce, con todos los funcionarios del Ministerio del Interior, recae enteramente sobre nuestros hombros. Al menos desde el punto de vista de la imagen que ofrece la ciudad, se entiende. Usted no se hace una idea de la cantidad de cosas que es necesario controlar, y volver a controlar, para estar seguros de que Su Excelencia no se lleve una impresión distorsionada del orden y la tranquilidad que logramos conquistar. Por suerte, la visita se produce en un momento en que no hay grandes investigaciones en curso, ¿no?

Ricciardi notó que encima del escritorio de Garzo se hallaba expuesto un pomposo juego para escritura en plata: bandeja para el correo con base de espejo y topes laterales, tintero con adornos historiados, plumero y portapapel secante en forma de barca. Todo estaba immaculado y reluciente, brillaba casi con luz propia. Pensó en el pisapapeles hecho con una esquirla de granada de la Gran Guerra, única concesión a la estética de su despacho, y en lo distinto que, por suerte, era del subjefe de policía.

—Precisamente de eso quería hablarle, dottore. En realidad, la situación no es como la pinta usted. Hay un asunto que, en nuestra opinión, se debería investigar más a fondo.

A Garzo se le formó enseguida una arruga transversal en la frente.

—¿A qué se refiere? No me consta nada. Déjeme mirar... —Cogió una pila de informes que guardaba en un cajón, lejos de los ojos inquisidores, y mientras iba hojeando, siguió diciendo—: Ya lo ve, no hay nada. Asuntos de tramitación corriente, una pelea con un par de contusos en una taberna, dos turistas víctimas de un atraco en Mergellina, pero el ladrón, un pescador, fue detenido de inmediato y se recuperó lo robado. Tres carruajes sin licencia que prestaban servicio de transporte desde la estación. Pero estamos en una gran ciudad, resultaría extraño si no se produjeran estos pequeños incidentes, ¿no?

Ricciardi estaba que se lo llevaban los demonios. ¿Cómo era posible que Matteo no constara siquiera entre los informes de tramitación corriente?

—Tenemos el hallazgo de un niño muerto en Capodimonte, dottore. Yo mismo le trasladé el informe ayer.

A esas alturas a Garzo no le quedó más remedio que ponerse las gafas, abrir otro cajón y sacar una carpeta.

—Ah, sí. Aquí está: Matteo Diotallevi, reconocido por el padre Antonio Mansi, de la parroquia de Santa Maria del Soccorso. Pero ésa es otra cuestión, aquí no tenemos nada que ver. Se trata de una muerte accidental, según dice el parte del médico forense, su amigo, el doctor Modo... Por cierto, ¿no es un tanto, cómo decirlo, disidente? En fin, es algo que no nos concierne. Por eso el informe no está en el otro cajón.

Maione negó con la cabeza; como si el hecho de que una hoja estuviera guardada en un cajón y no en otro cambiara el fondo de la cuestión. Este subjefe es un imbécil, pensó.

Ricciardi apeló a su paciencia y prosiguió con calma:

—Dottore, el niño murió envenenado con estricnina. Creo que es preciso que averigüemos cómo y dónde le fue suministrada e impedir así que la desgracia se repita. Estoy seguro...

Garzo dio una fuerte palmada sobre el escritorio. El ruido fue como una explosión, seguida del prolongado tintineo de todos los objetos de plata colocados recientemente en exposición.

—¿Qué quiere decir con eso de que «yo creo» y «estoy seguro»? ¡Somos la policía y nos basamos en hechos, caramba! Y los hechos constan aquí por escrito: muerte accidental a causa de la ingesta de cebos envenenados para pequeños animales. ¡Veneno para ratas! ¡Simple veneno para ratas! ¿Y se atreve a venir aquí a molestarme cuando estoy ocupado tratando de presentar una ciudad en orden nada menos que a Su Excelencia, el Duce, para inventarse unas investigaciones inexistentes?

El comisario no se mostró en absoluto impresionado por el arrebató de Garzo. Lo tenía previsto.

—Verá, dottore, no me invento nada. Sencillamente creo que cuando la causa de un hecho no está clara es preciso comprobarla, no hay más. Ahora bien, si el hecho de que se trate de un huérfano, por quien se interesa...

Garzo se sonrojó hasta la raíz del pelo.

—¿Cómo se atreve a decir algo semejante? ¡Tengo dos hijos, que lo sepa! —Y señaló la fotografía de su familia en un marco de plata, momentáneamente trasladada del escritorio al estante de la librería para dar una imagen de mayor eficiencia—. ¡Para mí la infancia es lo primero! Pero también tengo en cuenta los hechos, y los hechos dicen que se trata de una muerte por completo accidental. Por lo que he leído en la primera inspección ocular no se hallaron signos de violencia, de modo que me

pregunto, y le pregunto, ¿por qué motivo se pidió la autopsia?

Maione restregó el suelo con el pie.

—Consideré que era lo que se debía hacer. Precisamente la falta de signos de violencia planteaba dudas sobre la forma en que murió el niño —respondió Ricciardi.

—¿Dudas? ¿Y usted, Maione, también tuvo las mismas dudas?

Maione abrió la boca, la cerró y volvió a abrirla.

—Yo voy con el comisario, dottore, y cuando el comisario toma una decisión, no debo discutirla.

Garzo se rio, malicioso.

—Una respuesta muy elocuente. Ni siquiera el sargento se anima a decir abiertamente que está de acuerdo con usted; una novedad que no responde a la norma. Y tampoco el doctor Modo, en su informe sobre la investigación necroscópica hace la más vaga referencia a que la muerte fuese inducida. Nada de nada. Esta vez, Ricciardi, la respuesta es bien sencilla y encuentra su fundamento en la documentación: no. No puede seguir investigando esta desgracia, porque se trata precisamente de una desgracia. Le prohíbo que pierda su tiempo, por otra parte en un momento de tanta importancia para la ciudad y la jefatura de policía, para ponerse a hurgar en el vacío.

Maione tenía la vista clavada en el suelo. Ricciardi negó con la cabeza despacio; ya había previsto una total cerrazón por parte del funcionario.

—Tiene razón, dottore. Probablemente estoy un poco cansado, ésa es la verdad. Por ello solicito su permiso para tomarme una semana de vacaciones. Así no echaré a perder el momento con mi malhumor.

A Garzo le sorprendió la petición; que él recordara, Ricciardi nunca había estado de baja ni de vacaciones, ni siquiera en verano. Era uno de los misterios que hacían que aquel hombre le cayera cordialmente antipático. Ante la incertidumbre hizo lo que mejor se le daba: desconfió.

—¿A qué se debe esa petición ahora? ¿No será porque tiene algo en mente, verdad? Ricciardi, le advierto que aunque esté de vacaciones seguirá siendo comisario de la real jefatura de policía, y cualquier actuación suya sería punible con sanciones disciplinarias, incluso graves, es más, gravísimas. Me siento inclinado a no concederle, las vacaciones. Tal vez sea mejor mantenerlo vigilado.

Pero Ricciardi también había previsto esa reacción, y sabía qué fibras del alma de Garzo tocar.

—Como usted quiera, dottore. No sabe cuánto lo lamento, porque me veré obligado a decirle a la señora Vezzi que no podré estar a su disposición. Me había pedido que la ayudase con unas compras y la lista de invitados de no sé qué recepción que está organizando para dentro de unos días. Según parece se trata de una ocasión importante.



El subjefe de policía se irguió enseguida en la butaca. Cambió de tono, pero mantuvo la incertidumbre:

—Ah, algo había oído comentar sobre esa recepción. ¿Y cómo se encuentra la encantadora señora Vezzi? ¿La ha visto últimamente?

Maione disimuló una risita con un golpe de tos. Ricciardi contestó:

—Últimamente, sí. Entonces, dottore, ¿qué me dice de esas vacaciones?

Garzo dio unos golpecitos con la pluma en la hoja en blanco.

—De acuerdo, Ricciardi. Pero una semana nada más, y la obligación de mantenerme informado sobre la recepción de la señora Vezzi. No se le escapará que debemos estar siempre informados de lo que ocurre en la ciudad. Sobre todo en lo que se refiere a algunos acontecimientos en los que podrían participar personas de relieve. Debemos garantizar su seguridad.

Maione dio un paso al frente.

—Dottore, si me permite, en vista de la ocasión, ¿podría tomarme también algún día de vacaciones? Así aprovecho para arreglar unos asuntillos personales.

Garzo resopló, molesto.

—No, Maione, usted no. Estos días necesito contar con todos los efectivos. Además, ya ha hecho vacaciones. Y tengo la sensación de que Ricciardi no necesitará ayuda para lo que vaya a hacer durante las suyas. ¿Me equivoco, Ricciardi?

El comisario pasó por alto la alusión.

—De acuerdo, dottore. Nos vemos dentro de una semana, aquí, en el despacho, o antes si se presenta otra ocasión. Que tenga usted un buen día.

Garzo sonrió de oreja a oreja.

—Eso, eso, en alguna otra ocasión. Hasta la vista, Ricciardi. Y cuidado, no quiero tener noticias suyas, sobre todo en relación con la muerte de ese pobre niño.

Maione siguió a Ricciardi hasta su despacho y entró con él. Se quedó de pie, con el sombrero en la mano, mientras el comisario recogía los papeles de su escritorio para que pareciera ordenado.

Al cabo de un rato, al ver que el sargento no se decidía, Ricciardi dijo:

—De acuerdo, ¿qué tienes que decirme?

Maione dejó de mirarse la punta de las botas.

—Comisario, lo ha visto, he intentado tomarme unas vacaciones, quería echarle una mano. Lo que no entiendo es en qué podría echarle una mano. ¿Qué quiere buscar, qué quiere averiguar? Yo siempre estoy de su parte, ya lo sabe. Pero no puedo ayudarlo si no me dice qué busca.

Ricciardi observó a aquel hombre, tan grueso y tan perplejo, y se enterneció. Se sentó y trató de explicarle, aunque solo fuera parcialmente:

—Verás, Raffaele, Modo también me preguntó lo mismo. No tengo una respuesta concreta, ya has visto que no he podido dársela tampoco a Garzo. Lo único que puedo decirte es que ayer por la mañana, cuando se llevaban el cadáver vi algo. Algo en aquella pobre cabecita que colgaba, cuando depositaron el cuerpo de aquella manera, que me recordó a un cordero en Pascua. Y pensé que estaba muy solo y que no tenía a nadie que le importara si estaba vivo o muerto. Y pensé que no era justo. Que del mismo modo que deberíamos ocuparnos de los niños cuando están vivos, no deberíamos permitir que pasen por esta vida sin dejar rastro. Y así, siguiendo un impulso, pedí la autopsia. Después descubrí lo de la estricnina y pensé que había que investigar dónde la tomó para que no se repitiera. Es todo.

Maione lo miraba a la cara sin perderse una sola palabra. No se hacía ilusiones, sabía que era ignorante; pero él también tenía el instinto desarrollado, vaya si lo tenía, y el instinto le decía que era otra cosa bien distinta la que impulsaba a Ricciardi a agarrarse a la muerte de Matteo y a no soltarla.

Sabía asimismo que no le sacaría ni una palabra más al comisario, por lo que asintió muy serio.

—Entiendo —dijo—. Entonces, comisario, saquemos partido del hecho de que el infame de Garzo quiere tenerme aquí. A medida que avance en las pesquisas, usted me comenta cómo van y qué necesita. Desde aquí, aprovechando que estoy de servicio, le puedo echar una mano, ¿no?

Ricciardi estuvo a punto de sonreír.

—De acuerdo, Raffaele. Te aseguro que si me hace falta, y casi seguro que será así, te mandaré llamar. Y hay algo que sí puedes hacer por mí ahora mismo: procura estar al tanto y enterarte si llegan quejas de la curia. Algo me dice a mí que en cuanto nuestro padre Antonio me vea aparecer a lo lejos, irá corriendo a la catedral a hablar

con el obispo.

—Descuide, comisario. Y ahora le pido que me haga una promesa: si ve una situación peligrosa, no se lance de cabeza. Espere a que llegue el sargento Maione, que es afortunado y con él no le puede ocurrir nada.

Antes de que Ricciardi pudiera rebatir, llamaron a la puerta; tras ser anunciada por el agente de guardia, entró Livia Lucani, viuda de Vezzi, envuelta en su habitual nube de perfume especiado que provocaba mareos. En el sombrero cloché gris, con una enorme flor de tela al costado, se vislumbraban las perlas de lluvia que habían burlado la protección del gracioso paraguas cerrado ya y colgado de su brazo. Lucía un largo abrigo negro con amplio cuello de zorro plateado, a tono con el sombrero. Tenía el semblante alegre.

—¡Buenas tardes a todos! ¿Cómo está usted, mi querido sargento? ¡Siempre fascinante!

Como solía ocurrirle en presencia de Livia, Maione se sintió como si fuera un campesino cavando la tierra.

—Mi querida señora, buenas tardes. Qué sorpresa, aquí dentro no estamos acostumbrados a tanta belleza.

Livia soltó una carcajada cristalina.

—Qué galante. Es una pena que esté usted comprometido, porque de lo contrario lo cortejaría descaradamente. Hola, Ricciardi. Entiendo que tú también te alegras de verme, pero disimula el entusiasmo, si no, qué pensará el sargento.

Ricciardi siguió sentado, confundido por lo inesperado de la visita; luego se puso de pie.

—Hola, Livia. Una sorpresa, sin duda. No te esperábamos. ¿Ha ocurrido algo?

Livia se estaba quitando los largos guantes negros.

—¿Acaso debe ocurrir algo para que yo venga a verte? No, nada. He ido de compras, el pobre chófer espera abajo en el coche, sepultado de paquetes. ¿Qué puedo hacer si en esta ciudad tenéis tiendas tan *charmant* y no puedo resistirme? Me iba para casa y pensé que me apetecía un poco de tristeza, y me dije: voy a visitar a Ricciardi, que estará elucubrando en la jefatura de policía, y aquí me tienes.

Se acomodó en una de las dos sillas enfrente del escritorio, desabrochándose el abrigo para dejar ver un traje chaqueta elegantísimo. Cruzó las piernas, sacó un cigarrillo del bolso y Maione se apresuró a darle lumbre.

—Gracias, sargento. Podría darle alguna lección de galantería a algunos que yo me sé, que tienen mucho que aprender. Bien, ¿en qué andáis?

Ricciardi se sentó también.

—Qué oportuno que hayas venido. Debo decirte que hace un momento he utilizado tu nombre sin tu permiso. Encontramos a un niño muerto en la calle y...

Lo interrumpió la entrada de Garzo, con las gafas en la punta de la nariz y un

papel en la mano. Maione y el propio Ricciardi supieron enseguida que el funcionario había llegado a la carrera tras ser advertido de la presencia de Livia; no era necesario ser un lince para deducirlo, porque hacía unos cuantos años que el subjefe de policía no se aventuraba a entrar en los despachos de la planta inferior. El sargento lanzó una mirada relampagueante a Ponte, que miraba lleno de curiosidad desde la puerta y, al verse sorprendido, desapareció de inmediato.

—Ricciardi, he aquí su permiso de vacaciones. ¡Qué dichosa coincidencia! ¡La señora Vezzi en persona! ¿Sabía, señora, que hoy hablábamos precisamente de usted?

Livia le tendió la mano a Garzo para que se la besara, lanzando una mirada curiosa a Ricciardi.

—Sí, dottore, eso mismo me estaba comentando Ricciardi. Si no es indiscreción, ¿puedo preguntar en relación con qué?

—En relación con las vacaciones que el comisario acaba de pedir para ayudarlo en no sé qué fiesta que está usted organizando. ¿O acaso me ha engañado por algún oscuro motivo? ¡Dígamelo, señora, porque en tal caso, lo haré encarcelar!

Su intento por mostrarse ocurrente fue recibido por el sombrío silencio de Maione y Ricciardi; Livia sonrió.

—En efecto —dijo—, debo decirle que Ricciardi me resulta de gran ayuda haciéndome de Virgilio en su caótica y hermosa ciudad. ¿Sabía que elegí la casa con su ayuda? No muy lejos de aquí, en la via Sant'Anna dei Lombardi, así puedo vigilarlos fácilmente a todos.

Garzo sonreía, acariciando con el dedo su bigote, con la esperanza de que la señora se fijara en él.

—Entre las muchas bellezas con que cuenta nuestra ciudad ahora también está usted. Hay que darle las gracias a Ricciardi, pues. También por la ayuda que le prestará para organizar esa famosa recepción de la que tanto se habla.

Livia paseó la mirada entre Garzo y el incómodo Ricciardi, y pensó que aquella ocasión le venía como anillo al dedo.

—Sí, dottore, será una fiesta importante. Y para mí será un placer contar con su presencia y la de su señora esposa. Por lo demás, asistirá también el jefe de policía, que es todo un caballero, de modo que estarán ustedes entre amigos. La invitada de honor será mi amiga Edda, la hija del Duce. Y tal vez Su Excelencia pueda darnos una sorpresa. Tenga usted la bondad de ordenarle a Ricciardi que me ayude y asista a mi fiesta. Ya sabe cómo huye de las ocasiones sociales.

Garzo brillaba como iluminado por el sol. Con voz temblorosa de felicidad, dijo:

—Señora mía, no se imagina usted cuánto le agradecemos mi esposa y yo esta maravillosa invitación. Mi querido Ricciardi, le ordeno que se ponga al servicio permanente y a plena disposición de la señora Vezzi. ¡Y sin más dilaciones, por favor!

Livia se levantó.

—Y ahora tendrán que disculparme, pero tengo que marcharme. ¿Me acompaña hasta el coche, dottore? Con estos tacones me da miedo bajar las escaleras, aunque del brazo de un hombre como usted... Buenas tardes, sargento. Adiós, Ricciardi, y, por favor, obedece las órdenes que te han dado.

Y salió dejando en el despacho una nube cargada de perfume especiado e inquietud.

Todos los días de la semana, sin importar el tiempo que hiciera, Rosa se despertaba a las cinco, costumbre que conservaba de su pueblo cuando debía ocuparse de los animales de la granja donde vivía antes de trasladarse a la casa de los Malomonte.

No le pesaba, porque de ese modo podía rezar, organizar con tranquilidad las tareas del día, y verlo marchar al trabajo, asegurarse de que todo estaba en orden, de que fuera bien vestido. Era tan distraído. La de veces que tuvo que correr detrás de él para abrocharle la chaqueta, atarle un zapato; de niño y ahora.

Ese día se sorprendió al verlo todavía en camisa de dormir a las siete. Enseguida le preguntó si se encontraba bien, tenía una cara tan sombría que de inmediato se preocupó. Él la tranquilizó.

—Me encuentro muy bien, deja de preocuparte. Me he tomado unos días de vacaciones para atender unos asuntos. Así estaré un poco más en casa.

Rosa, que sabía mejor que nadie del completo desinterés de Ricciardi por sus asuntos, se quedó perpleja. Que ella recordara, a no ser por el entierro o la boda de algún pariente lejano de los que todavía quedaban en Fortino, Ricciardi jamás había faltado al trabajo. Ahí había gato encerrado, estaba dispuesta a jurarlo. Tendría que estar ojo avizor. Además, el reciente encuentro con Enrica, que enseguida le había caído en gracia, había puesto en marcha una estrategia, de modo que cuanto más vigilado lo tuviera, tanto mejor.

Por su parte, Ricciardi quería investigar el caso del niño, por lo que había decidido visitar el lugar donde vivía: la parroquia de Santa Maria del Soccorso.

La iglesia se encontraba a unos pocos centenares de metros de su casa, en dirección a Capodimonte. Esa mañana, como venía ocurriendo últimamente, hacía un tiempo pésimo. No llovía aún, pero unos nubarrones negros y pesados se cernían como un techo bajo y los truenos se acercaban.

Al llegar a su destino, Ricciardi descubrió que no había misa. La iglesia no era grande, constaba de una única nave y algún altarcito lateral; unas cuantas ancianas rezaban el rosario en los primeros bancos, los más próximos al altar principal. Olía a incienso y velas, había mucha humedad.

Entrevió al fondo una puerta que probablemente daba a la sacristía y la abrió. Una de las ancianas le lanzó una mirada hostil. Al trasponer el umbral, un estrecho pasillo conducía a un cuarto iluminado, en el que encontró al padre Antonio guardando una estola en un armario.

La reacción del cura fue interesante: amusgó los ojos, como si no estuviese seguro de lo que veía; hizo un gesto de abatida resignación, y por último adoptó una expresión decididamente irritada, si bien su tono fue de fría cortesía.

—Comisario, qué gusto verlo por aquí. Porque, si no me han informado mal, pertenece usted a la parroquia, ¿no es cierto? Tengo entendido que vive cerca de aquí. Aunque me parece que no lo he visto muy a menudo en la iglesia.

Ricciardi quiso dejar claro el motivo por el que estaba allí.

—Así es, padre. Vivo aquí cerca, pero no tengo muchas ocasiones de venir a la iglesia. Soy uno de los convencidos de que Dios está en todas partes. ¿Usted no?

El padre Antonio cerró el armario con un golpe.

—Sin duda. La que no está en todas partes es la comunidad. Rezar es una cosa, rezar juntos es otra. Pero si no ha venido a rezar, ¿puedo preguntarle el motivo de su visita?

—Le aclaro que no vengo en visita oficial, padre. Que no hay ninguna investigación en marcha. Pero como ya hemos dicho, tanto a usted como a mí nos urge que una desgracia como la de Matteo no se repita. De modo que me gustaría averiguar, tal vez hablando con alguno de los otros chicos o echando un vistazo al lugar donde dormía y tenía sus cosas, dónde pudo haber cogido esos bocados envenenados que lo mataron. Prometo no estorbar sus actividades parroquiales.

El padre Antonio lo escrutaba, tratando de adivinar las verdaderas intenciones del comisario ocultas tras sus palabras.

—Comprendo. Está claro que, como usted ha dicho, yo también quiero que no se repita una desgracia como la del pobre Matteo. Le permito que haga eso que usted ha dicho que no es una investigación. Pero me gustaría que ésta fuera la primera y última visita para eso; no toleraré más intromisiones en la vida de mi parroquia, porque supondría un estorbo para todo lo que debo hacer. En caso contrario deberé informar a la curia, como ya le he dicho.

Ricciardi mostró una seguridad que no tenía.

—De acuerdo, de acuerdo, lo comprendo perfectamente. Pero verá que no será necesario, padre. Me basta con echar un vistazo y hablar un momento con alguno de sus amigos. Es todo.

—Bien, comisario. Espere aquí. Voy a ver si encuentro a alguno de los muchachos. Todos hacen prácticas para aprender un oficio y salen temprano por la mañana. Con su permiso.

El cura salió y Ricciardi miró a su alrededor. El cuarto era angosto, una pared de armarios, una silla, un reclinatorio, una mesita con un misal y una Biblia. Lo que uno esperaba encontrar en una sacristía, crucifijo incluido. Al cabo de unos minutos el cura regresó acompañado de un muchacho de unos trece años, de piel muy oscura, negros ojos vivarachos, cabello cortado casi al cero.

—Éste es Cristiano; como le he dicho, todos queríamos mucho a Matteo, pero quizá Cristiano era el que estaba más unido a él. Cristiano, saluda al comisario Ricciardi.

El muchacho clavó los ojos en la cara de Ricciardi, más con aire de desafío que de curiosidad. No me extrañaría que el detalle de presentarme como comisario, pensó, fuera adrede. El cura continuó:

—Por favor, comisario, pregunte.

Ricciardi no tenía la menor intención de hablar delante de él, sabía que sus respuestas se verían influenciadas por su presencia.

—No quiero importunarlo, padre. Cristiano podría acompañarme hasta donde dormía Matteo, y de paso aprovecho para hacerle algunas preguntas. Así no le hago perder más tiempo.

El cura se mostró indeciso; miró a Cristiano con una vaga preocupación, luego sacó el reloj del bolsillo de la sotana y, un tanto contrariado, dijo:

—De acuerdo, es que dentro de unos minutos celebro otra misa. Pero, por favor, comisario, aténgase a lo que hemos acordado. Y no se demore demasiado con nuestro Cristiano, que tiene que encargarse de limpiar la habitación, hoy le toca a él.

Ricciardi lo saludó con una inclinación de la cabeza y salió con el chico.

Al costado de la iglesia había un patio al que daba una construcción baja con aspecto de almacén. El chico se adelantó a Ricciardi y fue a la puerta; el comisario notó que vestía prendas parecidas a las que llevaba Matteo cuando lo encontraron, una vieja camisa de tela, unos pantalones atados a la cintura con un pedazo de cuerda, un par de zuecos al final de unas piernas azules por el frío, plagadas de cicatrices, picaduras de insectos y sabañones.

Una vez dentro, Ricciardi miró a su alrededor. Una única estancia, de unos seis metros de largo por cuatro de ancho, al final de la cual una mampara de madera ocultaba una letrina en un rincón y un lavabo en el rincón opuesto. Arrimados a las paredes había dos catres medio desvencijados y cuatro yacijas con el forro agujereado en varios puntos. La impresión era de completo abandono.

Cristiano se detuvo en medio de la habitación y señaló con la mano una de las yacijas. En el centro se notaba el hueco dejado por el cuerpo del pequeño Matteo.



Miércoles, 21 de octubre de 1931 – IX

Los muchachos se preparan para ir a trabajar a los talleres de los artesanos donde hacen de aprendices por unos céntimos a la semana; todos menos Cristiano; el zapatero lo echó por haberle faltado al respeto. Cristiano contesta siempre. Cristiano no está por la labor.

La puerta se abre de par en par y entra el padre Antonio, descompuesto por la rabia. La puerta golpea la pared con un estrépito semejante a un disparo; Tetté, que se está lavando, da un salto de sorpresa.

El cura avanza a grandes zancadas hasta el centro de la habitación y aúlla:

—¡Os quiero a todos aquí enfrente, ahora mismo!

Los muchachos se apresuran a obedecer. Amedeo y Saverio, que son los mayores y por eso tienen derecho a usar los dos catres, se colocan los primeros de la fila. Tetté descubre la mirada que intercambian y le entra el miedo.

Cuando todos han formado fila, el cura pregunta:

—¿Sabéis qué ha pasado? Faltan tres manzanas. Tres manzanas de la despensa. ¡Y estoy seguro de que faltan porque yo mismo las puse ayer, y las conté una por una!

Los seis muchachos clavan los ojos en el suelo. Saben por experiencia que deben callar, porque digan lo que digan acabarán pagándolo todos. Tetté estruja contra el pecho desnudo la camisa que no ha tenido tiempo de ponerse. Las cabezas gachas están todas rapadas al cero para ahuyentar los piojos.

El padre Antonio continúa:

—¿Quién ha sido? Os lo preguntaré una sola vez. Si el que lo hizo confiesa, será el único castigado; pero si no confiesa el que robó en la casa de Dios cometiendo un pecado mortal, entonces seréis castigados todos. Porque cuando uno sabe quién cometió un pecado y no lo dice, igualmente acabará en el infierno. Os dejaré sin comer durante dos días. Ya sabéis que si lo digo, lo cumplo. Y el culpable será castigado, tenedlo por seguro. Será castigado.

El terror se palpa como una ráfaga de viento. Todos saben lo que le ocurrirá al culpable. El cuartito. Lo encerrarán en el cuartito.

En la oscuridad y el frío. Entre mil cosas sin nombre que caminan por tu cuerpo con patitas veloces. El que termina encerrado en el cuartito sale con el cuerpo cubierto de ampollas, y después se pasa días y días rascándose, y el picor no se calma con nada. Y todo está negro como la noche más negra, y no te puedes mover porque no hay espacio ni para respirar. Es terrible, el cuartito.

Se oyen las respiraciones. Tetté también oye su propio corazón que le late en los oídos. Se mira los pies plantados en la tierra batida. Están violáceos de frío. Pasa un

minuto. Pasan dos. Y Amedeo da un paso al frente.

*El padre Antonio lo mira.*

*—Habla, si tienes algo que decir.*

*La metamorfosis de Amedeo delante del cura es pasmosa. Encaja la cabeza entre los hombros, se hace pequeño, dobla las rodillas. Cambia incluso de voz, se le vuelve fina como la de un niño.*

*—Perdóneme, padre. Yo no quiero ser chivato, pero tengo que decírselo porque tampoco quiero irme al infierno.*

*Silencio. Los ojos de todos siguen clavados en el suelo, menos los de Cristiano, que miran furibundos a Amedeo un instante para volver a fijarse en el suelo.*

*—Habla, pues —dice el padre Antonio.*

*Sin levantar la cabeza, Amedeo señala a Tetté con un dedo tembloroso.*

*—El tartaja. Ha sido el tartaja. Él creía que no lo veía nadie, pero yo lo vi. Y esta noche se ha comido las manzanas. Esta noche, en la cama.*

*La serpiente del horror se alza en el estómago de Tetté, va subiendo y se le enrosca en la garganta. Él ni siquiera ha visto las manzanas. Levanta la mirada, trata de hablar pero no puede. La serpiente aprieta.*

*—¿De veras? ¿Y sabes lo que ocurre cuando se acusa a alguien sin pruebas? ¿Lo sabes?*

*La voz del padre Antonio retumba amenazante. Nanni, el sacristán, acaba de cruzar la puerta; se restriega las manos. Le gusta cuando reparten castigos. Todos saben que le gusta.*

*Amedeo mira por fin al cura y asiente. Luego se da media vuelta y va hacia la yacija de Tetté. La levanta con ademán seguro y recoge algo; luego se planta otra vez delante del cura y abre la mano. El cura coge el objeto y se lo enseña a todos: el corazón de una manzana, limpio hasta el último fragmento. Dos hormigas caen al suelo.*

*Tetté quisiera gritar desesperado: ¡yo no he sido, padre! ¿No se da cuenta de que yo no he sido? ¡Ni siquiera entré en la cocina! ¡Pregúntese quién ayudó a preparar la cena de ayer y sabrá quién ha sido! Por favor, padre, el cuartito no. ¡Tengo miedo de la oscuridad y de los bichos que hay ahí dentro!*

*Pero la serpiente se ha enroscado con fuerza a su garganta y de su boca solo salen unos sonidos guturales. Uno de los mellizos no puede reprimir la risa de alivio al verse a salvo y al oír a Tetté que balbucea y no logra hablar, y el sacristán le asesta un puñetazo en la nuca. Esta vez nadie se ríe, mientras el mellizo se restriega el pelo rapado, como cuando los piojos lo martirizan.*

*El padre Antonio se acerca a Tetté. Lo mira severo.*

*—Otra vez. Y mira que tú no deberías robar. Porque a ti te hacen regalos. Porque tienes suerte.*

*Tetté quisiera decirle al cura que no tiene ninguna suerte. Que cada vez que regresa, se lo quitan todo. Todo, hasta la última miga. Pero la serpiente aprieta y él siente que se ahoga.*

*Un rápido ademán y el cura le agarra la oreja izquierda entre los dedos, y retuerce con todas sus fuerzas. A Tetté se le escapa un gemido que estremece a todos. Cristiano mira a Amedeo, que sigue con los ojos clavados en el suelo. El niño agita la mano, tratando de zafarse del apretón del cura, pero éste no suelta la oreja, roja como el fuego.*

*Tetté es sacado a rastras de la habitación, al frío y la lluvia. Todos lo siguen a él y al cura como un séquito que se dirige a una ejecución. En el rincón opuesto del patio hay una puerta que da al cuartito, un agujero oscuro de un metro de lado. Mientras sigue teniendo al niño asido de la oreja, el padre Antonio saca una llave del bolsillo de la sotana y abre la puerta, echa dentro a Tetté y vuelve a cerrarla.*

*Primero llega el alivio de notar la oreja libre, luego en oleadas un dolor terrible, desgarrador. Tetté se masajea la oreja con fuerza. De ese lado no siente nada, solo un silbido ensordecedor. Se encoge en un rincón, tanteando la pared, agarra un trapo y con él se tapa la cabeza. Nota cómo corren las patas de animales que no ve. Patea para alejarlos. Quisiera llorar, gritar, pero tiene la garganta cerrada.*

*Ante sí ve a su ángel. Oye su voz, cuando pasa algo feo piensa en mí, en mi sonrisa. Piensa, Tetté. Piensa con fuerza, y verás que todo pasa.*

*Piensa con mucha fuerza, los ojos apretados bajo la manta mugrienta, yo no he sido, yo no he sido, grita en silencio para sus adentros. Te lo ruego, dime que me quieres. Dime que me quieres, ángel mío, aunque sea una sola vez.*

*El trueno sacude la puerta del cuartito. La lluvia golpea sobre el tejado y se cuela para dentro. Tetté patea cuando nota unos morros fríos que lo tocan. Sabe que si se duerme, los morros y las patas se animarán y despertará con los mordiscos.*

*Oye arañar la puerta, una, dos veces. Se arrastra, encuentra una rendija y respira a través de ella. Ve algo cerca de la abertura, tarda un instante en comprender que es el morro de un perro.*

*Consigue sacar un dedo y acaricia el morro.*

*Solo debe esperar.*

*En la habitación Amedeo y Saverio se sientan en los catres y de debajo del colchón sacan una manzana para cada uno. Intercambian una mirada cómplice, le pegan sendos mordiscos y se ríen.*

*Cristiano aprieta los puños y después piensa: No te metas donde no te llaman.*

Ricciardi se acercó a la yacija de Tetté con las manos en los bolsillos, la mirada fija en una leve depresión que indicaba dónde dormía el pequeño. Aquí era, pensó. Donde soñabas; aquí donde pensabas, pequeñeces, no serían grandes ideas, ni grandes esperanzas. Algo que comer, quizá. Tal vez imaginabas la cara de tu padre, la caricia de tu madre. Probablemente ni eso, porque nunca habrás sentido esas caricias.

Con la punta del pie tocó la yacija y una cucaracha salió disparada en una carrera zigzagueante. El comisario y Cristiano la vieron correr pegada a la pared hasta que se coló por una rendija.

—¿Matteo era tu amigo? —le preguntó Ricciardi al chico.

No respondió. Cristiano se encogió de hombros con un gesto de indiferencia, la vista clavada al frente.

Ricciardi se acercó a un mueblecito colocado junto a la cama, hecho con madera de las cajas de fruta. Lo abrió y se agachó para ver qué había dentro.

Pocas cosas. Unas prendas. Dobladas con esmero. Ropa mejor de la que llevaba puesta, una especie de muda para días de fiesta: una casaca de marinero, un sombrero, un par de pantalones. Prendas gastadas por el uso, pero imaculadas. Había también un par de sandalias con suela de cartón prensado.

Un viejo libro con ilustraciones de coches, las hojas unidas apenas por algún hilo de algodón. Y las marcas de mil dedos, a saber la de veces que lo habrás hojeado en busca de tus sueños, pensó Ricciardi. Una maqueta hecha de madera, rota y reparada en varios sitios. Con ruedecillas metálicas a modo de neumáticos. Pintada con lápices de colores, al volante iba una mujer de rubios cabellos.

Un pañuelo blanco de mujer, doblado en triángulo, finamente bordado con un monograma difícil de interpretar, quizá dos letras entrelazadas.

Ricciardi suspiró, lo dejó todo en su sitio y se levantó. Durante un buen rato miró a Cristiano a la cara y luego le preguntó:

—¿Dónde están los otros muchachos? ¿Qué están haciendo?

El chico volvió a encogerse de hombros y miró hacia el rincón por el que se había colado la cucaracha. Siguió así un rato, luego Ricciardi decidió que era hora de cambiar de tono:

—Escúchame bien, soy comisario de la policía. Puedo detenerte y acusarte de lo que sea, solo tengo que elegir el delito, y mandarte a la cárcel, de donde no sé si volverás a salir. Y lo haré si decido que me quieres ocultar algo. Así que creo que te conviene hablar.

Mira que tener que amenazar a un chico: qué bajo había caído. Pero intuía que, por desgracia, era el único idioma que Cristiano entendía. Poco después, el muchacho habló.

—¿Qué quiere saber?

—Empieza por contestar a la pregunta que acabo de hacerte: ¿dónde están los otros muchachos y qué están haciendo?

—Trabajan de aprendices por ahí. Somos seis... ahora cinco. Están trabajando, yo no porque el desgraciado del zapatero me echó.

Habló en voz baja, con rabia contenida. Tenía los pulgares metidos en la cinturilla, las piernas separadas, los pies bien plantados en el suelo. En una palabra, parecía preparado para huir o atacar.

—¿Eras amigo de Matteo?

Se encogió de hombros otra vez. Lo pensó mejor y contestó:

—Tetté no tenía amigos, yo tampoco. Pero me daba pena, era pequeño y tartaja, tardaba una hora para decir media frase, así que estaba callado, no hablaba. Aquí dentro, cuanto menos hablas, mejor.

Ricciardi quería saber más.

—¿Y qué hacéis cuando os veis?

—Por la noche, cuando terminamos de trabajar, si no es que alguno se va por ahí a lo suyo. Pero como por la noche comemos, y fuera hace frío, volvemos todos. Cuando hace buen tiempo, algunos prefieren dormir en la calle y no aquí. Hace mucho calor aquí dentro.

—¿Y no hacéis nada más?

Cristiano pensó, luego dijo:

—El colegio. Dos veces, martes y jueves. Vienen las dos señoras, la vieja y la joven, y nos cuentan cuentos, tratan de hacernos leer y escribir. Yo me hartó, me quedo un rato y después me voy, menos cuando de premio traen algo para comer, aunque nunca me toca.

—¿Y a Tetté, cómo le iba?

—Ya se lo he dicho, era tartaja, no podía hablar bien, menos cuando se emocionaba. Pero era bueno escribiendo, y dibujando todavía más. A veces ganaba el premio, aunque daba igual porque después los más grandes se lo quitaban y nos lo comíamos todos. Aquí dentro la cosa funciona así.

Interesante, pensó Ricciardi. Todo ese amor que destilaba el cura, al final era puro cuento. No es que se lo hubiese tragado.

Además de lo declarado por el padre Antonio o por otros, quedaba por averiguar dónde había muerto Tetté.

—¿Te enteraste de cómo murió Matteo?

Cristiano negó con la cabeza con gesto de adulto.

—Era tonto de remate el tartaja ése. Chico y tonto.

—¿Por qué lo dices? ¿Tonto, en qué sentido?

El muchacho sonrió con tristeza.

—A ver, ¿cómo llamaría usted a alguien que come veneno para ratas?

Ricciardi echó un vistazo a su alrededor: ni rastros del fantasma de Matteo. Dondequiera que hubiese muerto, no había sido allí. Para el caso, tampoco en la iglesia o la sacristía.

—¿Tienes alguna idea de dónde pudo conseguir los cebos envenenados?

Cristiano se encogió de hombros. Y luego dijo de repente:

—A lo mejor sí. Y puedo llevarlo, si quiere. ¿Qué me da si lo llevo?

—Que no te meto en la cárcel, eso te doy. Y no me parece poco.

Cristiano suspiró, le hizo un gesto con la cabeza y echó a andar. Ricciardi lo siguió, pasando por el patio al que daba la puerta cerrada del cuartito oscuro.

Como desconocía su existencia, no pensó en mirar dentro.

Desde el escritorio que había dispuesto en la alcoba, Livia contemplaba la ciudad a través de la lluvia. Los tranvías se cruzaban con alegres bocinazos, los carritos no se detenían por el agua, seguían adelante tirados por los vendedores ambulantes que voceaban invitando a ver la mercancía cubierta por lonas.

Por la puerta entreabierta llegaba el canto de la criada que estaba en la cocina, en el otro extremo de la casa:

*Voy a perderte, lo sé,  
siento que de mí te alejas,  
llegará la mañana y ya no estarás,  
a mi lado ya no regresarás...*

Livia adoraba esa predisposición al sonido y el canto. En las demás ciudades dominaba el silencio; si algo se oía eran los ruidos de los motores, los relinchos de los caballos, pero no los sonidos, no la música.

Intentó concentrarse en la lista que estaba preparando. No era una empresa sencilla, el número de invitados debía ser reducido, aunque no quería contrariar a demasiadas personas. Al mismo tiempo quería tener cerca al menos a quienes le resultaban simpáticos.

Suspiró y su mirada se detuvo en las cartas que sus amigas no dejaban de enviarle para criticar su decisión y averiguar quién era su nuevo amor. Amor. Absurda palabra.

¿Se había enamorado? No sabía decirlo. Evidentemente, para ella se trataba de una situación nueva: cortejaba a Ricciardi, sin preocuparse de que su comportamiento la pusiera en evidencia. Se preguntó si en Roma habría hecho lo mismo, como presentarse en la jefatura de policía a última hora de la tarde, para saludarlo. Si, en

presencia de todos sus conocidos, arriesgándose a encontrarse con una decena de sus queridísimas cotillas, se habría o no aventurado a personarse en el puesto de trabajo de él sin el menor pudor.

Se contestó que sí. No era una mujer hipócrita que no se atrevía a mirar sus sentimientos de frente.

Claro que él no le daba demasiada cuerda; también en esta ocasión se había mostrado más incómodo y sorprendido que emocionado. Pero eso le confería una mayor fascinación en lugar de restársela. Eso sí, cuando se sentó, se dio cuenta de que le había mirado las piernas y parpadeado varias veces antes de apartar rápidamente la vista. Estaba segura de gustarle; ¿por qué no se lo demostraba entonces?

Hizo un esfuerzo por centrarse en la lista; escribió el nombre de Garzo, indicando que asistiría con su esposa. No le caía bien, aunque era un precio mínimo que debía pagar para atrapar a Ricciardi.

Debía terminar la lista para las siete de esa tarde. Recordó las palabras de la secretaria de Edda Mussolini al teléfono, esa misma mañana: un hombre pasaría a recoger la lista para someterla a la aprobación de un organismo de seguridad cuyo nombre no mencionó.

Esa historia de la seguridad, pensó Livia, se estaba convirtiendo en una auténtica obsesión colectiva. Ahora la policía secreta se empeñaba nada menos que en controlar las invitaciones a una fiesta privada, a la que no asistiría el Duce sino su hija, que quizá ni siquiera iría acompañada de su marido.

Pasó un tranvía debajo de la ventana y tocó la bocina haciéndole de contrapunto a la criada que cantaba:

*Si vuelven las hojas  
que octubre marchita,  
si todo renace, dime:  
¿qué primavera me queda a mí?  
Cuanto más llora mi corazón  
más lo siento enamorado.  
Si este presentimiento  
nos separa ahora,  
¿por qué me aferro a ti?*

Livia se puso a escuchar la canción, pensando que en aquella ciudad resultaba francamente difícil concentrarse en nada.

Incluso cuando no lucía el sol.

Ricciardi seguía a Cristiano por la via Nuova Capodimonte. Empezó a llover otra vez.

Durante el trayecto comprobó que en el barrio el muchacho era más conocido que un diputado: los tenderos, las porteras atareadas con la limpieza de los zaguanes, los niños asomados a los balcones lo llamaban a voces y lo saludaban con afecto, aunque enseguida cambiaban de expresión en cuanto se percataban de que el comisario lo seguía a poca distancia. Un jovenzuelo le preguntó a Cristiano en dialecto cerrado si tenía algún problema, dando a entender que en caso de que así fuera estaba dispuesto a echarle una mano.

La lluvia cambiaba la geografía de las actividades urbanas. Aquélla era una ciudad acostumbrada a actuar en la sombra, pero al aire libre. Los anchos huecos de los portones, con arcos de piedra que permitían entrever unos patios con arriates llenos de plantas, prestaban refugio a los carritos de los vendedores ambulantes gracias a la tolerancia retribuida de los conserjes de librea. Falsos monjes, vendedoras de cerillas y flores, gariteros de timbas diminutas, compuestas de un solo tenderete de madera montado sobre un trípode, procuraban no interrumpir su actividad a pesar de la lluvia, y se disputaban los mejores espacios bajo las cornisas.

Por su parte, la calzada y las aceras descubiertas gozaban de la ampliación provisional de la superficie utilizable, acogiendo raudos automóviles y caballos de pelambre reluciente que tiraban de carros y carruajes lanzando a su paso columnas de agua sobre enjambres de granujillas extasiados ante las inesperadas cascadas. Los escasos peatones se afanaban entre los pequeños lagos que se formaban, tratando de proteger el calzado y los pantalones y de repararse bajo los paraguas de tela, encerados con esmero la noche anterior con la coladura de las velas.

Cristiano, como el propio Ricciardi, no hacía caso de la lluvia, chancleteaba en los charcos con sus zuecos, provocando las palabrotas ocasionales de la víctima de sus inundaciones. El comisario mantenía la vista al frente, aceptando los saludos de los muertos como el muchacho aceptaba los de los vivos: se reencontró con la pareja de adolescentes y el deudor suicida del puente de la Sanità y conoció a otra, una anciana decorosa vestida de negro, aplastada por la carga mal sujeta de un carro. La amplia depresión del tórax hundido y el brazo izquierdo destrozado, que seguía sujetando el bolso, no dejaban dudas sobre cómo había muerto y por qué. Al paso de Ricciardi dijo: «Hace dos meses que mi nieto no viene a verme». Quién sabe si asistió a tu funeral, pensó Ricciardi mientras Cristiano recibía la amenaza benévola de un vendedor ambulante de fruta y verdura. Cada cual tiene sus amigos, reflexionó con amargura el comisario.

Llegaron a la altura de un portón de madera, que estaba cerrado. Cristiano se detuvo y esperó a Ricciardi. No se encontraban muy lejos del Tondo di Capodimonte,



la plaza desde la que arrancaba la escalinata monumental donde habían encontrado a Tetté.

Sin mirar al comisario a la cara, Cristiano dijo:

—A veces venimos aquí a buscar algo. Es un almacén de comestibles. No venimos mucho porque el propietario monta guardia a escondidas y una vez cazó a uno de los mellizos, le dio una soberana paliza y el mellizo estuvo en cama no sé cuánto tiempo, vomitaba sangre y pensamos que se moriría.

Ricciardi observó el cerrojo atravesado en el pesado portón.

—¿Y cómo hacéis para entrar? Por lo que veo está bien cerrado.

Cristiano sonrió con aire de suficiencia y le indicó a Ricciardi que lo siguiera. Tras doblar la esquina, se coló por un portón y desapareció de la vista del comisario, que se quedó inmóvil y desorientado en la húmeda penumbra hasta que oyó un susurro y comprendió que el muchacho se había metido por una crujía que él no había visto. Entró con dificultad y se encontró en un espacio estrecho que separaba los dos edificios, una especie de corredor donde apenas se cabía de perfil. Al final, tras unos pocos metros, el espacio se abrió en un amplio local repleto de sacos y cajas. Estaban en el almacén.

Ricciardi observó el lugar, sumido en la luz grisácea que se filtraba por las altas ventanas; en su mayoría se trataba de cereales y legumbres, según indicaban los sacos; pero en un rincón vio recipientes metálicos, pedazos de pescado y cecina, piezas de queso y otros artículos comestibles. Cristiano parecía muy atemorizado; estaba quieto, con las orejas erguidas como un animal que acecha su presa.

Indicó en silencio a Ricciardi una serie de pequeños objetos colocados en el suelo en semicírculo, cerca de la mercancía; al parecer se trataba de pequeñas hogazas. Cogió una y se la tendió al comisario: una bola de pan y pedacitos de queso, inodora. Cristiano tocó el brazo del comisario y con la cabeza le indicó el rincón opuesto del almacén donde había una enorme rata muerta. Ricciardi sopesó la albóndiga que sostenía en la mano: veneno. Así había muerto Tetté.

Miró con más atención a su alrededor, pero no vio a nadie; el niño no había muerto en el almacén. No tenía importancia, porque podía haber cogido algo y huir luego para comérselo en otra parte; pero allí no estaba.

Cristiano se mostraba cada vez más inquieto; tiró a Ricciardi de la manga hacia la abertura por donde acababan de colarse. El comisario se disponía a seguirlo cuando de la penumbra surgió un brazo musculoso que aferró del cuello al muchacho.

Antes de que Ricciardi pudiera impedirlo, el hombre asestó dos bofetones en la cara a Cristiano. El muchacho chillaba tratando de soltarse, mientras el otro gritaba:

—¡Maldito ladrón, maldito, por fin te agarro, ya no comerás más a costa mía!

Ricciardi reaccionó al fin y aulló:

—¡Alto! ¡Suéltelo de inmediato! ¡Policía!

El grito consiguió que el hombre se detuviera un momento, pero no soltó la presa; Cristiano aprovechó para hincar los dientes en la mano que hacía un instante lo apretaba con furia; el hombre soltó un juramento y lanzó una patada al chico, pero éste ya estaba fuera de su alcance.

Ricciardi avanzó.

—¡Quieto, he dicho! ¿Quién es usted?

—¿Quién soy yo? ¡Quién es usted! Si es de la policía, ¿por qué está en mi almacén? ¿Cómo han entrado y por qué no llamaron a la puerta como hacen las personas respetables?

El comisario había recuperado el control de la situación; Cristiano se parapetaba detrás de él, a salvo, y se masajeaba el cuello mirando al propietario del almacén con aire desafiante.

—Disculpe por la forma en que hemos entrado, pero era necesario. Se trata de una investigación policial, soy el comisario Ricciardi de la Real Jefatura de Policía de Nápoles. Tenga la amabilidad de indicarme su nombre y apellido.

Sin dejar de mirar a Cristiano con ojos amenazantes y sujetándose la mano ensangrentada, el hombre contestó:

—Me llamo Vincenzo Lotti. Soy el dueño de este almacén. Me paso todo el santo día luchando con estos sinvergüenzas, que son peores que las ratas y las cucarachas, se cuelan por debajo de las puertas y roban todo lo que encuentran. He presentado dos denuncias, precisamente donde usted trabaja, en la jefatura, y nadie me ha contestado, no ha pasado nada y ellos siguen robando sin ser castigados. ¡Son una plaga! ¡Una auténtica plaga!

Ricciardi trató de mostrarse conciliador:

—Tiene razón. Le indicaré por dónde hemos entrado y así ya no tendrá que preocuparse de los chicos. Aunque sí de las ratas. ¿Cómo se las arregla para combatir las?

Señaló el cuerpo de la rata tirado en medio del espacio que había entre el portón y la mercadería. Lotti, un hombretón gordo en mangas de camisa y anchos tirantes, fue cambiando de tono a medida que se le pasaba la rabia.

—Entonces tendría buena parte de la batalla ganada, comisario. Librarme por lo menos de los muchachos, quiero decir. Ya sé que tienen hambre, yo también a su edad comía a todas horas, pero no puedo cargar con ellos sobre mis hombros. No son hijos míos, ¿no es cierto? En cuanto a las ratas, ahora les pongo un veneno que compro en la farmacia y, como ve, parece que empieza a funcionar. Pero eso también cuesta dinero, tengo que comprar harina y queso para preparar las albóndigas envenenadas. Probé con trampas, pero cazas a dos y las demás enseguida aprenden y se las ingenian. Ratas y granujas son lo mismo. Enseguida se las ingenian para robar.

Ratas y granujas son lo mismo; no son hijos míos; Ricciardi recibió aquellas

frases como una bofetada. Vio nuevamente la nuca de Tetté, fina como la de un cordero, mientras se lo llevaban como un pedazo de madera del que deshacerse, y notó una punzada en el estómago.

—Por su bien espero que tenga todos los papeles en orden —dijo con tono duro—, permisos, suministros, aduana, todo. Que la mercancía provenga toda de compras en regla y que sus ventas también lo estén. Ya sabe usted que las denuncias tienen dos sentidos, de ida y de vuelta. ¿Se ha enterado de que a pocos metros de aquí, el lunes por la mañana, al pie de la escalinata del Tondo encontraron a un niño muerto? Las investigaciones revelaron que murió envenenado. ¿Qué veneno usa usted para las ratas?

Lotti se quedó boquiabierto; su mente intentaba elaborar lo más deprisa posible la información que le pedían.

—¿Yo... las licencias? Las licencias están en regla, las tiene mi cuñado que es contable, yo no sé leer muy bien, solo me sé los números. El niño muerto..., sí, me enteré, según dicen era uno de los de Santa Maria del Soccorso. Lo lamento, serán ladrones, pero criaturas de Dios al fin al cabo. Además, yo tengo seis hijos, imagínese, comisario. ¿El veneno? Me lo venden en la farmacia, cuesta carísimo. No sé qué veneno es, ahora le busco el papel del farmacéutico, espéreme un momento.

Se alejó y cruzó una puerta de la parte trasera. Ricciardi le preguntó a Cristiano cómo estaba, el muchacho se encogió de hombros con aire de suficiencia, como dando a entender: Hace falta mucho más para asustarme a mí. Lotti regresó con un sobrecito de papel como los que se usaban para guardar sellos y una receta, y se los tendió a Ricciardi.

—Tenga cuidado, comisario, el farmacéutico me dijo cien veces que me pusiera guantes para tocar esto. Es muy venenoso, ya lo ha visto —dijo, indicando la rata muerta.

Al comisario le bastó un vistazo para ver la palabra que buscaba: estriknina.

—¿Dónde pone los cebos envenenados? Piénselo bien, Lotti, es muy importante que me lo diga.

—Aquí dentro nada más, comisario, se lo juro. No tendría sentido ponerlos fuera, son caros, sería tirar el dinero. A mí lo único que me importa es proteger la mercancía; si sigo teniendo mermas, no me quedará otra que cerrar el negocio; por eso me metí en estos gastos, debe creerme.

Ricciardi lo miró a la cara y sintió pena por él.

—Acompáñeme, le indicaré por dónde entran los muchachos. No tarde en cerrar el hueco, así estarán todos tranquilos: usted, que no tendrá más mermas, y ellos, que no acabarán como las ratas.

Por una curiosa casualidad, a un kilómetro de la casa de Livia, Enrica también estaba sentada al escritorio de su alcoba, mirando la lluvia golpear su ventana; y, cosa curiosa, pensaba en la misma persona.

Había decidido seguir el consejo de Rosa y contestar a la carta de Ricciardi. Era un paso adelante importante.

Sonrió al pensar en la tata: conocerla había sido bonito y estimulante. Eso quería decir que en la vida había momentos en los que era preciso tomar la iniciativa, ser valiente. Ella había sido valiente de un modo que jamás habría imaginado, y había recibido su recompensa.

Se estremeció al verse en su recuerdo bajar corriendo la escalera, bajo la lluvia, llegar a la tienda de don Gerardo sin tener nada que comprar (¿qué habría dicho si le hubiesen preguntado qué deseaba? Algo habría inventado, pensó), esperar a que Rosa terminara de hacer su pedido, ofrecerse a ayudarla con las bolsas.

Lo que le parecía más increíble era haber podido hablar de sus sentimientos con aquella mujer que, a todos los efectos, era una extraña.

Sin embargo, mientras lo pensaba y a través de la lluvia contemplaba la ventana del que ahora sabía que era del dormitorio de Rosa, nada le pareció más natural que verse sentada en el sofá de la casa de él, tomando un café. Y notar en el aire el aroma de su loción para después del afeitado, y observar las baldosas de mármol por donde caminaba, la enorme radio de madera que escuchaba. Incluso la puerta de su dormitorio. No se había atrevido a pedirle que le mostrara la ventana, esa ventana, e imaginarse a sí misma bordando, a cinco metros de distancia.

Esos cinco metros no volverían a ser nunca los mismos; ahora que podía imaginar, ahora que sabía cuáles eran los objetos y las distancias que sus ojos recorrían. La barrera había sido abatida más por su visita que por la carta de él.

La carta, pensó, mojando por enésima vez la pluma en el tintero azul. La carta a la que debía responder.

Su mente lo imaginó en el momento de abrir el sobre con su respuesta. Vio su confusión, el nerviosismo de sus manos, el mechón caído sobre la frente. ¿Qué impulsaba a un hombre como él a aferrarse a una soledad tan completa? ¿A no compartir nada con nadie jamás?

Sentía, siempre había sentido que en aquellos silencios y detrás del muro que alzaba a su alrededor había una dulzura infinita, una inesperada ternura por el prójimo. No tenía motivos para pensarlo, pero lo pensaba; y hablar con Rosa se lo había confirmado. Si lograba conquistarlo, si conseguía estar a su lado y amarlo como sentía que quería amarlo, esa dulzura afloraría a la superficie y él sería un hombre distinto.

Sonrió a la lluvia. No había tenido experiencias, siempre había sido reservada, poco inclinada a las relaciones con los hombres; ahora sabía, estaba segura de que, en realidad, llevaba toda la vida esperando a un hombre así. El tiempo de las indecisiones y las incertidumbres había tocado a su fin con la carta de él y su visita a Rosa.

Con una determinación que jamás había soñado tener, se inclinó sobre la hoja en blanco y escribió: «Apreciado señor».

A última hora de la tarde Livia oyó que llamaban educadamente a su puerta. Tras recibir su permiso, la doncella, una graciosa muchacha con delantal negro y cofia blanca, asomó la cabeza.

—Disculpe, señora. Hay un señor que pregunta por usted. No ha querido decirme cómo se llama. Dice que usted lo espera, que ya sabe quién es.

Tras un instante de desconcierto e irritación, Livia recordó que esperaba una visita: la del miembro del cuerpo de seguridad que debía ver la lista de los invitados a la recepción.

Tras lanzar un vistazo de reojo al espejo para comprobar que su aspecto era el adecuado, fue al salón donde la esperaba un caballero de mediana edad, distinguido y anónimo, de cabello gris, con el sombrero en la mano y el sobretodo mojado de lluvia.

—Buenas tardes, soy Livia Lucani Vezzi. ¿Usted es...?

El hombre inclinó levemente la cabeza y sonrió.

—Mucho gusto, señora. Es usted tan encantadora como me habían dicho. Me disculparé que no le diga mi nombre. Puede llamarme como prefiera, escoja un apellido cualquiera.

—¡Curioso! Ni siquiera puedo saber quién viene a mi casa. Por suerte, como bien sabe, no tengo nada que ocultar.

El hombre adoptó una expresión dolida.

—Me hago cargo, señora. Pero como ya sabe, es el procedimiento. No quisiera que pensara que es una falta de respeto hacia usted. Es que el cuerpo..., o mejor dicho, la organización a la que pertenezco hace de la confidencialidad una obligación moral. En su propio interés, señora. Hagamos una cosa, llámeme Falco. Es un nombre en código que no se aleja demasiado del mío verdadero. ¿Cómo está? ¿Se encuentra a gusto en nuestra ciudad?

A pesar de que seguía sintiéndose incómoda en su presencia, aquel personaje despertó la curiosidad de Livia.

—Bien, muy bien, gracias. Aunque este mal tiempo de los últimos días limita mucho mis movimientos. La secretaria de la señora Ciano me advirtió con antelación de su visita. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

El hombre miró a su alrededor con admiración.

—Bonita casa; un salón realmente amplio, ideal para una fiesta con muchos invitados importantes. ¿Ha preparado la lista que se le solicitó? Si todavía no la tiene, puedo volver cuando usted me diga.

—No será necesario. Aquí la tiene.

El hombre abrió el sobre y sacó la hoja.

—He echado un vistazo al edificio, una elección muy acertada. Céntrico, aunque alejado del bullicio del tráfico y los mercados. Desde el punto de vista de la seguridad, que es lo que nos interesa, estamos tranquilos: una única entrada que se puede vigilar desde la calle. Y ventanas que dan al interior.

Livia estaba impresionada.

—¡Vigilar, nada menos! ¿Considera que hay verdadero peligro? Y, además, hasta el punto de tener que vigilar mi casa. ¿Debo preocuparme, entonces?

—Señora, son tiempos difíciles. El Duce y el partido están llevando a cabo una obra de consolidación que dista mucho de estar terminada. Los disidentes son muchos y se van organizando, fraguan pactos y cierran acuerdos. No debe excluirse la posibilidad de que una acción demostrativa se concrete en manifestaciones o, peor aún, en atentados. Nápoles dispone de pensadores, intelectuales que en múltiples ocasiones se han expresado de forma abiertamente antifascista. Nada excluye que entre ellos haya anarquistas y comunistas dispuestos a todo.

La mujer intentó desdramatizar.

—¡Me está usted asustando! Con franqueza, no he captado ese ambiente desde que estoy en la ciudad. Es más, tengo la impresión de que por todas partes se ve un apoyo incondicional al régimen. Por otra parte, ¿quién cometería la locura de no aceptar el destino de bienestar que el Duce está construyendo? Además, la policía de Nápoles es extraordinariamente capaz y atenta, ¿no cree?

El supuesto Falco se encogió de hombros.

—La policía hace de policía. Se ocupa de asuntos normales, de la evidencia: ladrones, violadores, asesinos. Cuestiones fáciles de encontrar, de entender. Nosotros nos ocupamos de cosas distintas, subterráneas, ocultas. Un profesional de lo más íntegro, un hombre que llevaba una vida normal, corriente, con familia e hijos; un obrero que todas las mañanas va en bicicleta a la empresa ILVA de Bagnoli y regresa por la noche, se va a su casa enseguida a dormir; una lavandera que canta a voz en cuello sacudiendo las sábanas junto a una fuente del Vomero. Personas que pasan a su lado por la calle, la rozan, la saludan quitándose el sombrero. Ésos son nuestros enemigos, posibles terroristas, disidentes. Gente dispuesta a levantar la mano armada contra el gobierno, contra el Duce. O contra la hija del Duce, para el caso. Nuestra organización, señora, busca a esas personas y la forma de defenderse de ellas.

—No me lo puedo creer, Falco. Me parece imposible que existan situaciones

como las que describe.

—Sin embargo, señora mía, los tres ejemplos que acabo de citarle son ciertos: tres situaciones que se produjeron en el último año y en esta ciudad. Tres personas que ahora están en la cárcel, lejos de aquí, y que confesaron haber participado en reuniones sediciosas contra el régimen.

Livia se quedó boquiabierta.

—¿En serio? ¿Y cómo... de qué manera lograron descubrirlas? ¿Cómo lo hicieron?

—Como le decía, señora. Con mucha, mucha discreción. Disponemos de una red de informadores que usted ni siquiera imagina. Decenas de personas fieles al régimen que cubren toda la ciudad, vendedores ambulantes, tenderos, maestros, estudiantes. Personas normales, como las que le he descrito, que recogen confidencias, impresiones, hasta imprecaciones. Nosotros cribamos sus denuncias, sus informes y hacemos nuestras averiguaciones; buscamos confirmaciones, sumamos indicios. Luego procedemos a efectuar uno o dos interrogatorios. Nos hacemos una idea. A nadie le interesa enviar a un inocente al destierro o a la cárcel, ¿no le parece?

Livia se estremeció a su pesar. Una ráfaga de lluvia sacudió la ventana.

—Me parece. Imagino que también su organización es necesaria. En fin, que mi lista está completa.

El hombre leyó velozmente los nombres escritos en la hoja.

—¡Hummm! Sí, diría que coincide con lo que esperábamos. Hay alguna pequeña sorpresa... Garzo, el subjefe de policía, por ejemplo. Se trata de alguien de escasa importancia entre tantas personalidades destacadas. Pero, si es su deseo, puede invitarlo. Muy bien, señora. Examinaremos más a fondo su lista, y si no hubiera contraindicaciones, mañana mismo por la tarde puede despachar las invitaciones. Entre los invitados habrá dos de los nuestros, se dejarán reconocer por usted con mucha discreción, le aseguro que no le causarán molestia alguna. Pero, como usted comprenderá, es una medida necesaria para prevenir situaciones desagradables que pudieran presentarse. Incluso en la mejor sociedad hay quien se emborracha o se toma libertades inaceptables.

A Livia no le gustaba demasiado la idea de que en su casa entraran extraños para vigilar su comportamiento y el de sus amigos; pero consideró que no podía hacer nada al respecto. Confió en que toda esa atención fuese motivada por la presencia de Edda, pero a partir de ese momento se sentiría constantemente observada.

El hombre se despidió e iba a retirarse cuando, siguiendo un impulso, ella lo retuvo.

—Perdone, Falco, hay alguien..., un hombre que probablemente asista a la fiesta, pero al que no he incluido en la lista porque me gustaría transmitirle la invitación de viva voz. Se trata de una persona a la que estaría dispuesta... que me gustaría tratar

en el futuro. En una palabra, un hombre que me interesa. ¿Usted podría pasarme un informe sobre él? Sé que se trata de una petición insólita, pero de veras me gustaría saber más de él.

—Por supuesto, señora. Una mujer tan conocida como usted, y con sus amistades, nos tiene a su entera disposición. Si se trata de un hombre que vive en la ciudad es muy probable que tengamos algo en nuestros archivos. ¿Cómo se llama?

Livia suspiró, vacilante. Luego dijo de un tirón:

—Luigi Alfredo Ricciardi. Es comisario en la jefatura de policía, en via San Giacomo.

—En efecto, lo conocemos. Recientemente ha tenido un par de reuniones con mi jefe. No creo que haya problemas, señora. Cuento con darle algún dato más mañana mismo. Buenas noches.



Ricciardi y Cristiano cubrieron el breve trayecto hacia la parroquia en silencio. Cuando se marcharon del almacén el muchacho se había limitado a decir:

—¿Era necesario que le dijera por dónde nos colábamos? Si hubiera sabido que se lo iba a decir, no lo habría llevado hasta allí.

—¿Y vosotros hace falta que robéis? ¿No has visto lo que puede pasar? La historia de Matteo debería haberte enseñado algo, me parece. Además, con tanto vigilar la mercancía, tarde o temprano ese hombre habría terminado matando a otro de vosotros.

Por toda respuesta Cristiano se encogió de hombros, al parecer el gesto que más repetía.

—El tartaja era tonto, ya se lo dije. Si no hubiera muerto por el veneno de las ratas, habría acabado atropellado por un coche o un carruaje. Y el del almacén, ni vigilando con una pistola es capaz de matarnos. Nosotros no vamos nunca a esta hora, porque sabemos que está él. Vamos por la tarde, a última hora.

Por la tarde, a última hora. Coincidió con la hora probable de la muerte de Tetté.

—Además, nosotros no nos comemos las cosas de ése. No nos conviene, ¿qué quiere que comamos, alubias crudas? Lo que hacemos es venderlas —concluyó Cristiano.

Ricciardi cubrió el resto del trayecto pensando que valía la pena hablar otra vez con el cura, y además a cara de perro. En su opinión, dejaba que los chicos vivieran demasiado a su aire. Al hacerlo, procuraría no exponer a Cristiano a represalias; tendría que ir con pies de plomo.

El padre Antonio había terminado de decir misa y estaba leyendo en la sacristía. Ricciardi entró sin llamar.

—Comisario, veo que está otra vez por aquí. ¿Ha terminado con su reconocimiento a fondo? ¿Está satisfecho ahora?

—Por ahora he terminado, padre. Pero no estoy satisfecho, ni mucho menos.

—¿De veras? ¿Cómo es eso?

El comisario pasó por alto la ironía.

—Éstas no son condiciones en las que puedan vivir los niños. Y dejarlos que estén en la calle, expuestos a los peligros, incluso a riesgo de sus vidas, no me parece un modelo de asistencia.

El padre Antonio se levantó de un salto. Estaba realmente furioso.

—Ah, ¿es eso lo que piensa? ¿Y por qué no se dedica usted a asistir a la infancia? ¿Por qué no se mezcla con estas pobres bestezuelas acostumbradas a disputarse la comida con los perros callejeros y las ratas? ¿Sabía acaso que si cerrase esta casa la gran mayoría de los muchachos probablemente moriría de tifus o de cualquier otra

enfermedad antes de finales de año? ¿Sabía acaso que si no existieran párrocos como yo, los que consiguieran sobrevivir se convertirían en criminales y acabarían con una cuchillada en el vientre o en sus cárceles?

Ricciardi no se dejó impresionar por el estallido de ira del sacerdote.

—No, no lo sabía. Lo que sé es que los tiene en un cuarto frío y mugriento. Que dos días después de su desaparición, no se había percatado de la ausencia de Matteo. Y que, según lo que he averiguado en el barrio, los muchachos pasan el tiempo robando por ahí y revendiendo lo que consiguen. Se trata de un asunto más bien serio, no sé si lo sabe, padre. Estoy convencido de que es una de esas cosas que causarían bastante revuelo en la curia.

Los dos hombres se miraron fijamente a los ojos, negros y enfurecidos los del cura, verdes e impasibles los del comisario. Al final el sacerdote fue quien cedió.

—Ya lo veo. Ahora, encima, me chantajea. Está bien, comisario. Dígame, ¿qué quiere saber?

—Hábleme de los demás chicos y de la relación que tienen entre ellos. Y se lo ruego, padre, sea sincero.

—No se comportan de la misma forma en mi presencia. Es natural, ¿no? Los mayores someten a los pequeños, mandan y los demás obedecen. Por ejemplo, hay dos catres, los habré visto; los donó el hospital. Teóricamente deberían ser para los mellizos, que tienen la columna torcida, pero se los apropiaron Amedeo y Saverio, los dos que llevan más tiempo aquí. Veo algunas cosas y trato de ponerles remedio. Aunque no siempre estoy presente y puedo intervenir. No es fácil sacar adelante la parroquia, ¿sabe? En cuanto a Nanni, el sacristán, es un inútil, no se puede contar con él.

Ricciardi consideró lo que acababa de decir el cura.

—¿Y con qué fondos saca esto adelante, padre? Dudo que las limosnas de la misa le alcancen, ¿verdad?

—¿Las limosnas? Con eso no hay ni para empezar, apenas cubren la limpieza de la iglesia. Algo recibimos de la curia, no mucho; después están las donaciones de las Damas de la Caridad, que vienen dos veces por semana a dar clase a los chicos. Los regalos que reciben, dulces y ropa, no pasan por mis manos. Lo reparten ellas directamente.

Ricciardi quería aclararse las ideas.

—Y esas damas de la caridad, ¿se van alternando o son siempre las mismas? ¿Y cuántas son?

—Ojalá fueran muchas y pudieran alternarse. No son más que dos, si quiere conocerlas, puede venir mañana por la mañana, es jueves y tienen clase. Han sido informadas de la muerte de Matteo; una de ellas, especialmente, le tenía mucho apego al niño. Esperemos que siga viniendo de todos modos, sería una tragedia perderla.

¿Qué estoy buscando? ¿Qué diablos estoy buscando?

Ricciardi se lo preguntaba de regreso a su casa. Para variar, llovía, y la temperatura iba bajando hora tras hora a causa del persistente viento del norte.

No sabía qué estaba buscando; o sí, lo sabía pero no podía aceptarlo.

El Asunto, el maldito Asunto, su condena, lo perseguía por primera vez incluso cuando no se producía. Mejor dicho, precisamente porque no se producía. El pobre Matteo, Tetté, el sobrenombre burlón que le habían puesto por ser tartamudo, había muerto y eso era un hecho. Modo había hallado restos de estricnina. Y acababa de averiguar dónde podía haberla encontrado, a pocos metros del peldaño de la escalinata donde la lechera de la cabra lo había visto, con su perro.

El perro. Fue pensarlo y automáticamente echó un vistazo al otro lado de la calle; lo vio caminando indiferente bajo la lluvia. Ricciardi se estremeció al comprobar que el animal se materializaba en cuanto se quedaba solo. De haber podido interrogarlo, tal vez le habría ofrecido los datos que necesitaba.

Pensó otra vez en el niño. Lo imaginó caminando de noche, bajo la lluvia, con el frío; lo imaginó hablándole al perro con la voz del corazón, sin tartamudear, con calma. Tenías un amigo, Tetté. Uno que sabía escucharte sin necesidad de que completaras las palabras.

Cristiano también le había inspirado ternura: la soledad que había intuido tras su fanfarronería, su fingida seguridad. Sus ojos aterrados cuando el dueño del almacén lo había asido por el cuello cortándole la respiración. Niños que se obstinaban en no hacerse mayores frente a la vida.

Él también había sido un niño solitario, pensó, mientras notaba cómo los regueros de lluvia le bajaban por la cara. Pero de él se había ocupado alguien, y se seguía ocupando. Sonrió en la oscuridad, acompañado por el rumor de sus propios pasos en la calle desierta. Mi vieja y querida Rosa, que siempre has estado presente, con tus pesadísimos platos, con tu olor a lavanda. Mi vieja y querida Rosa, que eres el calor, el pan fresco y las mantas de lana. Mi vieja y querida Rosa, que te pasarás una hora rezongando al verme empapado, y correrás a buscar unas toallas, y te quejarás del dolor de huesos y me lo vaticinarás a mí también, cuando me haga viejo. A saber si llego a viejo.

El Asunto y sus reglas, pensó. ¿Y si en esta ocasión no valiera esta regla? ¿Y si Tetté hubiese muerto de miedo, antes de que la estricnina hiciera efecto? Entonces no lo vería, y estaría buscando algo que no existe. El fantasma de un fantasma. Buscar para no encontrar.

Quizá esté buscando un motivo. Quizá lo esté buscando por mí, y no por el pobre Tetté. Estaba sumido en esta reflexión, cuando al fin bajo la lluvia divisó la esquina de su casa; el motivo por el que esta noche hay niños al amor de la lumbre y otros que castañetean los dientes y no saben si contarán con un sitio seco donde dormir.

Con el rabillo del ojo vio avanzar bajo la lluvia una pelambre manchada de marrón. ¿Tú qué opinas, chucho? Hay niños que esperan en un cajón a que los sepulten. Su recuerdo no desaparecerá mientras tú estés aquí, chucho, siguiéndome e insistiendo para que busque el porqué.

Con un gesto que ya se había convertido en costumbre, antes de cruzar el portón levantó la vista hacia la ventana de la cocina de la casa de los Colombo; había luz. Y pensó: Amor mío, ¿has leído mi carta? ¿Qué futuro tienes tú y qué futuro tengo yo, sabrías decírmelo? ¿Qué niños hemos sido y qué niños seremos? ¿Habrá niños a los que sabremos garantizar amor y seguridad? ¿Cómo serían nuestros niños? ¿Qué verán?

Se apartó el mechón de pelo mojado que le caía sobre la frente y empezó a subir las escaleras.

*Jueves, 29 de octubre de 1931 – x*

La primera mañana de frío tiene un sabor y un color del que carecen todas las demás mañanas. Porque el frío llega siempre por la noche, cuando todos duermen, para tomarnos por sorpresa; y viene en alas del viento.

Llega cambiando el sabor de la lluvia, que antes sabía a mar y ahora sabe a hielo, y se transforma en agujas que penetran la ropa y las miradas, y hace que la luz vire del negro y el amarillo a un gris uniforme.

La primera mañana de frío nos vestimos en la cama, y seguiremos haciéndolo el resto del invierno, retorciéndonos debajo de las mantas para retener hasta el último instante el calor de la noche, peleándonos con la camisa de franela que se resiste pegándose a las sábanas, dejándonos los calzoncillos de lana largos hasta la rodilla, poniéndonos los calcetines con las ligas que la noche anterior colocamos lo más cerca posible de la cama.

Y luego nos vamos corriendo hacia la cocina a lavarnos en la pila, atravesamos el gélido corredor, mientras madres y esposas se afanan en calentar las demás prendas en la estufa, mientras envidian a los pocos afortunados que disponen de cuarto de baño en sus casas cuando en el rellano, ante la letrina, aumenta la cola para hacer las primeras necesidades. Quien tarde llega a la posada, tiene mala cena y peor cama.

Las madres despiertan a los niños, preparan los mitones que permitirán que los dedos ateridos puedan escribir. Lavarán a los niños, todavía dormidos, destapando únicamente y de una en una las zonas que restriegan con grandes pedazos de jabón de Marsella, los mismos que usan para la colada. Harán pipí en el orinal, que luego vaciarán circunspectos desde el balcón, cuando no pase nadie, para no entorpecer el camino a quienes han de ir a trabajar sin falta esta mañana, la primera de frío.

Las estufas funcionan a plena potencia esta mañana. La leña de la que hicieron acopio estos últimos días, a la espera del primer frío, arde por fin. Se calientan las manos pegándolas al tubo cubierto con un paño de lana cuyo olor se propaga por la casa. Se rescatan de los armarios y los cajones los uniformes más pesados para luchar en esta guerra de la primera mañana de frío; nadie piensa en los colores o las formas; esos pensamientos se dejan para el calor, para la tibieza de la primavera, para los baños estivales. Ahora se lucha, porque es la primera mañana de frío. Y por desgracia llueve; de modo que la guerra comenzará por los zapatos, una suela de madera y una vieja empella clavada con paciencia, huérfana desde hace años de su originaria suela de cuero; y quien se ha comprado zapatos recientemente, valora la propia riqueza y los examina con detenimiento, sentado en el borde de la cama, completamente vestido, para examinarlos y descubrir el menor arañazo, la más pequeña imperfección; y si se encuentra alguna marca del uso, se maldice contra el zapatero o

el remendón inútil, sin recordar el tiempo transcurrido desde su compra, porque hace años que son «los nuevos».

La primera mañana de frío, aunque largamente temida y esperada, llegará sin previo aviso, y cogerá por sorpresa a los ancianos, con dolores nuevos y la certeza de que ese será para ellos el último invierno. El chal negro se cerrará a la altura del cuello con un broche, el sombrero raído no se quitará ni dentro de casa, en los ojos habrá una nueva melancolía. Y un estremecimiento recorrerá las espaldas no solo por culpa del tiempo.

La primera mañana de frío trae malos pensamientos.

Garzo tenía un presentimiento. Lo tenía casi todas las mañanas desde que le habían comunicado la visita del Duce.

El presentimiento era hijo de las pesadillas que amenizaban las noches agitadas del subjefe de policía: su imaginación no cesaba de parir monstruosidades como la llegada de Su Excelencia en un horario imprevisto, con el consiguiente patinazo y caída por las escaleras enjabonadas de la jefatura a causa de una limpieza fuera de horario, o como la avería del motor del coche que lo transportaba, y él debía empujar el automóvil en subida hasta el palacio de gobierno, rodeado de una multitud burlona.

Invariablemente el despertador lo pillaba con los ojos abiertos de par en par, clavados en el techo, el corazón en la boca y un mal presentimiento: ocurriría algo que lo echaría todo a perder.

De camino al despacho, en el tranvía repleto de pasajeros mojados y muertos de frío, pensó que pese a todo algo bueno había ocurrido: de un solo golpe se había librado del peligro que suponía Ricciardi, que con su imprevisible predilección por los líos podía constituir un problema, y había conseguido que lo incluyeran en la restringida lista de invitados a la recepción que la viuda de Vezzi iba a organizar en su casa. De un solo golpe magistral. Lo cual no impedía tener esa latente sensación de inquietud, como si una desgracia estuviera al caer.

Tras llegar al despacho, no había terminado de poner a secar el sobretodo en la percha cuando oyó que llamaban a la puerta. Ponte se asomó con el semblante más afligido de lo normal; llevaba un sobre en la mano. Garzo lo cogió. En el sobre constaba su nombre escrito con abundantes ringorrangos. Enseguida pensó en la invitación a la recepción, que esperaba recibir de un momento a otro, después vio el elaborado emblema impreso en relieve; lo conocía bien, recordaba la nutrida correspondencia intercambiada en los días frenéticos del Concordato. La curia arzobispal de la ciudad de Nápoles. Largo Donnaregina, cerca de la catedral. Arrugó la frente.

La desagradable sensación fue en aumento con cada segundo que tardó en llegar a su escritorio y coger el abrecartas de plata con manos temblorosas. Sacó la carta y la

leyó. Luego la releyó. Y la releyó otra vez. A medida que se le formaban en la cara y el cuello las célebres manchas violáceas, de ese tono que el personal de la jefatura definía en voz baja como «color Garzo cuando se enfurece».

Al final, se levantó y, con paso vacilante, fue a la puerta, la abrió y gritó en el pasillo desierto:

—¡Maione!

Subiendo por la via Santa Teresa con el viento y la lluvia de frente, Ricciardi llegó a la parroquia. Ironizó pensando que en los últimos días había ido más veces a la iglesia que en los últimos tres años.

Qué frío hacía esa mañana, pensó. No le disgustaba: venía de una zona de montaña y el frío le traía recuerdos de su pueblo. Además, la experiencia le había enseñado que el calor y el buen tiempo invitan a salir, a ver gente y a experimentar sentimientos: amor, envidia, celos. Todo combustible para las pasiones y, por tanto, para los delitos.

En cambio, el frío apaciguaba la sangre: la gente tendía a quedarse en casa, encerrarse y esperar. Se aferraba a lo que tenía, por poco que fuera; no deseaba tanto las posesiones ajenas, dinero, joyas, ropa, mujeres, maridos. Tenía menos ganas de salir de cacería. Con el frío los delitos entraban en letargo. Algunos, no todos.

Llegó a la sacristía y encontró al padre Antonio escribiendo pegado a una estufa enorme, con una bufanda alrededor del cuello y un gorro de lana. Llevaba mitones y se soplaba la punta de los dedos.

Al ver a Ricciardi se sorprendió, y eso puso al comisario sobre aviso: ¿acaso el día anterior no habían quedado en encontrarse?

—Buenos días, padre. Veo que padece usted el frío.

El cura lo sorprendió una vez más con una suave sonrisa.

—Querido comisario. No pensaba verlo esta mañana, con este tiempo de perros: lluvia, viento helado, no es el ideal para venir aquí desde la jefatura.

—Vengo directamente de mi casa; como le dije, vivo cerca de aquí. Además, a mí el frío no me molesta especialmente. Recordará usted que ayer quedamos en que hoy vendría para ver a las damas de la caridad y a los demás muchachos de la casa. Será un momento nada más, no lo molestaré.

—Sí, imagino que no habrá problemas. Están allí dentro, en clase. Por desgracia, solo ha venido una de las señoras. Parece ser que la más joven, la que le tenía más apego a Tetté, ha sufrido una indisposición. Tal vez por el dolor de la pérdida.

Ricciardi levantó la mano para detener al cura que se levantaba de la silla.

—Un momento, padre. Aprovecho para preguntarle algo más. Me dijo que los muchachos trabajan de aprendices con diversos artesanos. ¿Tetté también? De ser así, ¿podría decirme dónde vive el artesano con el que trabajaba y cómo se llama?

El padre Antonio negó con la cabeza, amargado.

—Lo lamento, comisario, no lo sé. Como le he dicho, los muchachos eligen el oficio que quieren aprender y, en caso de necesidad, intervengo yo para recomendarles alguno. Tetté no me lo pidió, de modo que imagino que iría con algún vendedor ambulante. Hacía apenas unos meses que salía a trabajar, no gozaba de buena salud, pobrecillo. Y ahora, si me permite, lo acompaño al aula. Tengo que seguir escribiendo mi sermón del domingo.

La que el padre Antonio había definido pomposamente como «el aula», en realidad era una habitación más pequeña que la sacristía, con cuatro bancos desvencijados, una mesa que servía de cátedra y una pizarra atravesada en diagonal por una grieta. Era como una nevera. Había cinco chicos, dos eran mayores que el resto, cada uno de ellos ocupaba un banco, los otros tres se apretujaban en otro para calentarse. Ricciardi notó que todos llevaban el pelo cortado al cero y vestían varias camisas, una encima de la otra, sin duda, todo el guardarropa del que disponían.

La mujer que les daba clase era una señora rubicunda de unos cincuenta años, llevaba un pesado abrigo, con cuello de pieles y gruesos guantes de cuero. Al entrar el cura sonrió e invitó a los chicos a ponerse de pie, pero la expresión dichosa se disipó al ver a Ricciardi; el comisario comprendió al instante que había sido debidamente presentado a la dama de la caridad.

—Buenos días, señora De Nicola —dijo el padre Antonio con dulzura—. Sentaos, sentaos, niños. El señor que viene conmigo es el comisario Ricciardi, de la jefatura de policía. Precisa alguna información sobre el pobre Matteo y la desgracia que nos lo ha quitado. Una trágica fatalidad, como ya sabemos. Por favor, comisario, mantenga la promesa de no restarle demasiado tiempo a la clase.

Dicho lo cual se marchó. Ricciardi notó que al salir el cura algunos de los muchachos se miraron velozmente antes de volver a bajar la vista. Ninguno había abierto la boca ni se había sentado. El comisario se dirigió a la mujer.

—Buenos días, señora. Estoy tratando de aclarar algunos aspectos de la vida de Matteo para entender las circunstancias de su muerte.

—Buenos días, comisario. Me llamo Eleonora De Nicola Bassi, pertenezco a las Damas de la Caridad de Capodimonte; ayudamos a estos niños, tratamos de apoyar al pobre padre Antonio, un santo en todos los sentidos. He de decirle que no sé mucho de la vida de Matteo, porque nuestra tarea consiste en su mayor parte en las donaciones y en las dos clases semanales que impartimos y que, por desgracia, no surten grandes efectos. Los muchachos solo vienen por los dulces que damos como premio —e indicó los *amaretti* que había sobre la mesa—, pero usted pregunte, que trataré de contestarle.

—Preferiría hablar en privado, si no le importa.

La mujer asintió y, tras ordenar a los chicos que guardaran completo silencio,



salió.

—Veamos, señora, ¿desde cuándo conocía a Matteo?

Pese a contestar con educación, la mujer no lograba disimular su hostilidad hacia un hombre que ponía en duda la santidad del padre Antonio; tal vez ni siquiera intentaba disimularla.

—Desde hacía poco. Hace apenas unos años que vengo a la parroquia y me relaciono principalmente con el padre Antonio para ayudarlo en la administración y muchas otras cosas que hace por su comunidad. Las clases las empezamos hace unos meses. El niño, ya se lo habrán dicho, era muy tartamudo. Yo no tengo paciencia para estas cosas, y cuanto más me impacientaba, más tartamudeaba él. Por eso la que más se ocupaba de él era mi amiga, que hoy no ha venido. Es la señora Carmen Fago di San Marcello. La noticia de la muerte de Tetté la ha trastocado; es joven y no puede tener hijos, ¿sabe usted? Se había encariñado mucho con el niño, lo cuidaba y lo mimaba. En nuestra opinión, incluso demasiado. Hoy no se ha sentido con ánimos de venir, está en su casa llorando. Una calamidad.

Ricciardi trató de volver al grano.

—Una calamidad, sí. Sobre todo para el niño. ¿Notó usted alguna hostilidad entre los chicos, tal vez con los mayores? ¿Algún episodio, peleas o...?

—Comisario, son chicos —lo interrumpió la mujer—. Los muchachos son así, se pelean y se burlan sin parar. Tetté es..., era el más pequeño, y para colmo tartamudeaba tanto que era incapaz de terminar una frase. Es natural que los otros lo pincharan un poco, ¿no le parece? Pero sin malicia. Aunque ya le digo, yo a él no conseguía tenerle paciencia. Lo veía apenas una hora, una vez por semana. La mayor parte del tiempo estaba con mi amiga.

—¿Y con los adultos? ¿Qué relaciones tenía con el sacristán, por ejemplo, con el padre Antonio?

La mujer se crispó visiblemente.

—El que sea incapaz de tener buenas relaciones con el padre Antonio es porque guarda algo muy sucio en el alma, se lo digo yo. Es un santo, y él también está muy apenado por la muerte del niño. Aparte del sacristán, que no habla con nadie, no vi a más adultos con Tetté. Ni con los demás muchachos. Los que nos ocupamos de ellos no somos muchos, sabe.

Ricciardi asintió. En eso estaba de acuerdo con la mujer, por antipática que le cayera. La señora De Nicola concluyó, expeditiva:

—¿Hemos terminado, comisario? Me gustaría volver con los muchachos. Estoy sola y tengo que acabar temprano. El chófer pasará a recogerme dentro de una hora.

Desde la puerta del aula Ricciardi lanzó una mirada al interior: los muchachos no se habían movido. Pero los dos *amaretti* habían desaparecido.

El comisario salió de la parroquia un tanto desanimado. Cierto que aún debía hablar con la otra dama, la más encariñada con Tetté, pero no era menos cierto que seguía dando palos de ciego.

A menos que, pensó inevitablemente, no hubiese nada que ver; que se estuviera volviendo loco por culpa del Asunto y sus consecuencias.

La mujer, la tal Carmen Fago di San Marcello no tenía hijos y por eso le tenía tanto apego a Tetté. Niños sin madre, niños con madre; madres auténticas y madres falsas; madres que abandonaban a sus hijos, madres que buscaban uno. Sin motivo aparente pensó en la suya mientras iba hacia su casa empujado por el viento y la lluvia.

A saber si la misma locura que lo estaba afectando a él había matado a su madre. La recordaba con el pelo encanecido pese a ser joven, en la cama del hospital donde moriría a causa de lo que el diagnóstico expeditivo había calificado de fiebre nerviosa. Vio otra vez su mirada hundida en las ojeras, adormilada por los sedantes que le administraban continuamente. Recordó su mano delgada, ligera, que sostenía la suya; parecía de papel.

¿Y ahora, pensó, qué hacemos, mamá? ¿Tiramos al pobre Tetté, con su perro raro y su nuca flaca, para que se pierda en la nada que lo rodeaba? No, se contestó. Debo saber. Debo entender. Aunque sea lo último que haga, antes de que me internen en el mismo hospital que a ti. Porque sé, mamá, que debería haber visto su imagen si hubiese muerto donde lo encontramos. Igual que lo hubieras sabido tú, de haber estado en mi lugar.

Bajo el portón, mientras intentaba desmañadamente resguardarse de la lluvia y el viento, entrevió una silueta familiar: la del sargento Maione, muy incómodo y muy mojado.

Exactamente a la hora del almuerzo el portero del edificio de Livia sopló ruidosamente en el interfono. La criada se asomó al balcón para preguntarle qué quería, irritada porque la lluvia la mojó de la cabeza a los pies en un momento; luego entró en el salón comedor y anunció:

—Señora, el portero dice que ha venido el mismo señor de ayer. Ha preguntado si puede subir, pero que si está usted almorzando viene más tarde. ¿Qué le digo?

Livia se limpió la boca con la servilleta y respondió:

—No, Maria, dile que lo haga subir. Ponme a calentar el almuerzo, terminaré después.

Cuando entró en el salón, Falco ya estaba allí, como si no se hubiese movido desde la tarde anterior. Sonrió y saludó del mismo modo, inclinando levemente la cabeza.

—Buenos días, señora. Me disculparé por la hora. He decidido aprovechar un hueco en el trabajo para traerle el informe del que hablamos. No obstante, he de pedirle que tenga la amabilidad de leerlo en mi presencia. No se lo puedo dejar, ya comprenderá usted por qué. Pero tómese su tiempo, yo espero sin problema.

Livia cogió la delgada carpeta que el hombre acababa de sacar de un portafolio de piel. Notó que su invitado no estaba mojado, a pesar de que llovía a cántaros. Seguramente se desplazaba en coche.

—Muchísimas gracias. Espero no haberle causado excesivas molestias.

—De ningún modo, señora. Me limité a pedirle el expediente al señor..., a mi superior, que aceptó sin problemas. Léalo, por favor.

Livia se sentó en la butaca, indicando al hombre que se pusiera cómodo; él rehusó con cortesía, se acercó a la ventana y se puso a mirar la lluvia para no tener que verla a ella mientras leía. Una vez más, no pudo dejar de apreciar esa discreción que en Falco parecía su segunda piel.

El informe constaba de dos páginas mecanografiadas, más una nota manuscrita en una tercera hoja.

En él se hablaba de Luigi Alfredo Ricciardi, cuarto barón de Malomonte, nacido en Fortino, provincia de Salerno, el primero de junio de 1900, residente en Nápoles, en la via Santa Teresa degli Scalzi, número 107. Soltero. Livia se enteró de que vivía con Rosa Vaglio, de setenta y un años, que había sido su niñera y ahora le hacía de ama de llaves; que tenía el cargo de comisario y trabajaba en la Real Jefatura de Policía desde 1923, tras incorporarse al cuerpo inmediatamente después de obtener la licenciatura en derecho en Nápoles con la nota máxima y una tesis en derecho penal.

El redactor del informe incluía unos datos concisos sobre la niñez de Ricciardi; había estudiado en un colegio de jesuitas de Nápoles, luego otra vez en Fortino

cuando tenía quince y su madre murió joven, antes de cumplir los cuarenta; el padre había fallecido cuando él era niño. Livia se enteró con enorme sorpresa de que, además del título nobiliario, del que jamás le había comentado nada, Ricciardi poseía una auténtica fortuna en inmuebles y tierras de cultivo, de las que no se ocupaba en absoluto, según se indicaba con claridad. De la administración de sus bienes se encargaba Rosa Vaglio y algunos parientes del pueblo, que rendían cuentas directamente a esta última.

Su rendimiento escolar y universitario había sido impecable, con notas muy altas. En el informe se indicaba abiertamente la perplejidad que causaba la vida social casi inexistente de Ricciardi; no se le conocían relaciones femeninas ni siquiera ocasionales, y tampoco había motivos para sospechar que fuera homosexual. Sus relaciones de amistad se limitaban a Raffaele Maione, sargento de la jefatura (casado con Lucia Caputo, cinco hijos vivos y uno fallecido, cfr. informe con su nombre), y a Bruno Modo (soltero, oficial médico en la guerra del Carso, cfr. informes 127 y 15B), médico del hospital dei Pellegrini; pero se debían principalmente a su trabajo. Al lado de la nota sobre su vida sentimental y social había una raya roja trazada a lápiz.

Livia levantó instintivamente la mirada hacia Falco, que no había movido un solo músculo y seguía mirando fuera. Como si hubiese estado leyendo por encima de su hombro, dijo:

—Significa que es algo raro. Un hombre sin mujeres, hombres, amigos. Que solo vive para su trabajo. Que no tiene vicios. Raro, ¿no le parece? Por eso está la línea roja.

La mujer volvió a fijar la vista en las hojas. Aquel hombre la inquietaba profundamente.

Se citaban algunos casos resueltos brillantemente por Ricciardi, entre los que reconoció el homicidio de su marido. Se dejaba constancia de que en la jefatura era visto con hostilidad por sus colegas, tal vez por envidia profesional, por lo que había corrido la voz de que relacionarse con él traía mala suerte.

Se consideraba que se encontraba entre los elegidos para futuros ascensos, pero no constaba que él hubiese presentado ninguna petición en ese sentido, como hubiera sido habitual.

La última nota del informe se refería a ella misma. Constaba que en los últimos meses, de forma esporádica, había frecuentado el trato de Livia Lucani, viuda de Vezzi, y que, probablemente, a raíz del citado trato ella había decidido trasladarse a Nápoles y fijar su domicilio en la via Sant'Anna dei Lombardi, número 112.

Al leer estas últimas líneas, Livia experimentó una mezcla de sentimientos encontrados; por una parte sintió indignación por lo que consideraba una intolerable intromisión en su vida personal; ¿cómo se atrevían esos espías a decidir que «probablemente, a raíz del citado trato» ella había decidido cambiar de ciudad? ¿Qué

sabían ellos de su soledad, de los efectos de la pérdida de su hijo, ocurrida hacía unos años, y de su marido, el invierno anterior?

La otra emoción fue la de descubrir que era la única mujer en la vida de Ricciardi. Aunque era cierto que «en su corazón» estaba la otra; pero no en su vida, en caso contrario la misteriosa organización de Falco la habría descubierto sin falta para incluirla con todo lujo de detalles en el informe, dando quizá motivos para borrar la raya roja.

Cogió la última hoja, la que estaba manuscrita. La breve nota decía: «Prestar especial atención a las relaciones de amistad con Bruno Modo, médico del hospital dei Pellegrini, abiertamente disidente y sospechoso de actividades sediciosas contra el Estado».

Levantó la vista y descubrió que los ojos de Falco, despojados de su expresión cordial, estaban clavados en los suyos.

—Señora, fue mi superior quien quiso que con el informe le trajera esta nota. Le seré sincero, le manifesté a mi superior mi reparo a que usted la leyera, pero se empeñó. Dice que su comisario, al que conoció en persona, le parece un buen hombre y que este trato podría acarrearle daños. Graves daños. Por ello decidió arriesgarse y ponerla al tanto, para que pudiera usted..., cómo decirlo..., apartarlo. Como es lógico, estará usted obligada a no hablar con nadie de lo que acaba de leer en ese informe, de su existencia, de la mía y de la organización a la que pertenezco. ¿Estamos de acuerdo?

Livia se sintió muy turbada. Asintió con la cabeza y le devolvió la carpeta. Falco se despidió con su reverencia de siempre y fue a la puerta; con la mano en el picaporte, se volvió.

—Ah, casi se me olvida —dijo—. Su lista es de lo más acertada, incluido Ricciardi; puede despachar las invitaciones de inmediato. Recuerde que habrá dos personas más, una entre los invitados, otra entre los sirvientes. No le causarán ninguna molestia. Buenos días, señora. Y le pido otra vez disculpas por haber interrumpido su almuerzo.

Tras asegurarse de que Ricciardi había salido de casa, Enrica cogió el abrigo y bajó en precario equilibrio con el paraguas en una mano y una fuente envuelta en un trapo de cocina en la otra. Cruzó el portón de enfrente y con el corazón agitado subió corriendo las escaleras y llegó a la segunda planta, donde llamó a la misma puerta hasta la que había acompañado a Rosa el día anterior.

La mujer espío por la rendija que permitía la cadena, luego abrió con una amplia sonrisa y plantó dos ruidosos besos en las mejillas enrojecidas de la muchacha.

—¡Señorita, qué gusto! ¿Cómo está usted? Pase, pase, no se quede ahí en la puerta que se enfriará. ¡Qué frío hace esta mañana, el invierno ha llegado de un día

para otro! Como suele decirse, por Todos los Santos, sombreros y mantos. Entre, por favor.

A Enrica le encantó aquella buena acogida; se habían gustado, ya lo sabía, pero no contaba con semejante efusividad.

—Señora, me he tomado la libertad de... Como a mi padre le gusta mucho esta tarta que le hago, ayer me puse a preparar una y de paso hice un poco más. Quiero decir que no es que haya sobrado, sino que preparé más expresamente, pero no ha sido ninguna molestia. Le ruego que antes la pruebe usted, y si le gusta, entonces se la puede dar a probar a... a él.

Rosa quitó el trapo de cocina y miró la tarta sonriendo.

—¡Pero qué dice! Si ése es un lobo, come todo lo que le ponen por delante, seguro que le gustará. Es un *migliaccio*, ¿no? Requesón y sémola... Espere que ahora corto un pedacito y lo probamos. Póngase cómoda, enseguida vengo. Ya conoce el camino, ¿no?

Mientras esperaba que Rosa regresara con la tarta, observó que la puerta del dormitorio de Ricciardi estaba entreabierta. Vio una parte de la cama, el escritorio, la jamba de la ventana. Se lo imaginó de pie, mirándola a ella, al otro lado de la calle; o escribiéndole otra carta. Al pensar en la carta se le aceleró otra vez el corazón.

Rosa sirvió dos generosas raciones de su tarta.

—La he probado, señorita. De veras es usted buena cocinera. Suelen ponerle demasiado requesón, para darle más sabor, pero el auténtico *migliaccio* es como éste. La felicito.

Y se pusieron a charlar como dos viejas amigas, al fin y al cabo el tema preferido de las dos era el mismo.

Inconscientemente, Enrica se enteró por boca de Rosa de las mismas cosas que Livia había leído en el informe frío y pormenorizado de la policía secreta; pero la inmensa ternura y el amor que la tata le tenía a su señorito hilvanaron un relato muy distinto de la vida, la familia y el pasado de Ricciardi.

La muchacha hizo un largo y detallado viaje por la infancia de ese niño de grandes ojos verdes, condenado a una soledad marcada primero por la riqueza y luego por su carácter. Conoció a las baronesas de Malomonte, la madre que había apartado a Rosa de su familia de campesinos, y la nuera, esbelta como una niña y con los ojos llenos de tristeza. Fue a la escuela, durante años y años estudió sin un amigo, y estuvo en la habitación del hospital, sosteniendo la mano delgada de esa mujer de blancos cabellos que abandonaba la vida tan joven. Vio a la misma Rosa a la que se le confiaba el destino de un hombre al que no comprendía, pero amaba con todo su corazón. Supo de la historia de un apellido antiguo, y de riquezas suficientes para permitir una vida y una presencia en la sociedad, aunque desdeñosamente rechazadas.

De entre los pliegues del largo y sentido relato surgió un hombre próximo y a la

vez alejado del que se había acostumbrado a soñar, y en su corazón crecieron la ternura y las ganas de conducirlo de la mano por la vida; justamente ella, que tan poco esperaba de la vida.

Cuando miró el reloj y vio por la hora que él podía regresar en cualquier momento, se levantó, besó a Rosa, y comprobó que tenía lágrimas en los ojos y las mejillas, y vio otras tantas surcar las arrugas de la tata. Prometió regresar, y antes de salir, le dejó un sobre para él.

Ricciardi se detuvo delante de Maione, que parecía un sauce llorón pese a ser grueso como un roble. El sargento apartó la vista, restregó el suelo con el pie, como queriendo dibujar algo, suspiró y volvió a levantar la vista.

—Buenos días, comisario —dijo—. ¿Qué tal las vacaciones?

Ricciardi consideró la pregunta con seriedad.

—Perdona, Raffaele, pero ¿vienes hasta aquí arriba desde la jefatura, bajo toda la lluvia que te ha caído encima, y te arriesgas a pillar una bronquitis solo para preguntarme en medio de la calle qué tal las vacaciones, cuando no ha pasado ni un día desde que nos despedimos? Ven, sube a casa para que puedas, en primer lugar, secarte un poco. Después me cuentas lo que ha pasado, que por la cara que pones parece que estuvieras en tu propio funeral.

Maione empezó a decir que no quería molestar, luego estornudó y se resignó. En cuanto entró en el apartamento, una Rosa especialmente charlatana se ocupó de él e hizo que se quitara la chaqueta y la camisa; dado que las medidas de Maione se aproximaban más a las de la tata que a las de Ricciardi, mientras esperaba que sus prendas se secaran un poco en la estufa de hierro, el sargento tuvo que soportar la mortificación de ponerse una bata vieja de color rosa.

Verlo así, melancólico y chorreando agua, las grandes botas asomando debajo de la bata floreada de mujer en varias gamas de rosa y una taza humeante en la mano, preocupó a Ricciardi.

—¿Vas a contarme qué ha pasado?

El sargento echaba chispas por los ojos.

—¡Comisario, yo a ése lo estrangulo con mis propias manos!

—¿A quién quieres estrangular?

—A Garzo, comisario. A él y a ese chivato infame de su lacayo, el maldito Ponte.

—Vamos a ver, Raffae', si quieres que entienda algo, tendrás que contármelo todo desde el principio. Si no, no me aclaro.

Maione lanzó un profundo suspiro.

—Está bien, comisario. Esta mañana llego a la oficina, tan atontado que ni me acordaba de que usted no vendría, como no estoy acostumbrado a que no esté..., imagínese hasta fui a su despacho a llevarle una taza de sucedáneo de café.

—Es lo único bueno que me pasa hoy, me he ahorrado ese brebaje. Sigue contando.

Maione puso cara de ofendido.

—¿Cómo que brebaje? ¡Pero si preparo el mejor café de toda la jefatura! En fin, que al cabo de un rato oigo a Garzo cacarear mi nombre como una gallina: ¡Maione, Maione! Yo me hago el sordo, porque ya sé cómo funcionan las cosas ahí dentro y,



dicho y hecho, a los dos minutos se presenta Ponte con la lengua fuera. Pero sargento, ¿no ha oído que Garzo lo llama? No, le dije. No lo he oído, ¿por qué, tienes algo que decirme?

Ricciardi intentó reconducir la conversación hacia los hechos principales.

—Por favor, Raffaele, a mí Ponte no me interesa cuando lo tengo delante, imagínate ahora que lo tengo a dos kilómetros. Ve al grano, ¿qué quería de ti Garzo?

—Comisario, tiene que dejar que lo cuente a mi manera, si no, pierdo el hilo y se me olvidará algo importante. En fin, que Ponte me lleva a ver a Garzo. Y desde ya le adelanto que yo nunca lo había visto así. La cara toda llena de manchas rojas, parecía que hubiera pillado la escarlatina, ni hablar podía. Yo pensé, deja que Dios haga su trabajo, ahora le dará una ataque de apoplejía y nos quitamos todos una preocupación de encima. Pero él va y me dice: «Maione, Maione. ¿Qué voy a hacer con ustedes dos?».

Ricciardi estaba despistado.

—¿Veía doble?

—Comisario, usted está delirando. Pero él no deliraba, no. Cuando dijo ustedes dos, éramos usted y yo. Le dije, no lo entiendo, dottore. Y él me empezó a agitar un sobre delante de la cara. Y pensé: si se acerca más y me pega en la cara, le hago tragar entero ese sobre.

—¿Y qué había en el sobre?

—Lo abre y lee la carta. Estimado dottore Angelo Garzo, subjefe etcétera etcétera. Sirva la presente para solicitarle respetuosamente etcétera etcétera. Nos consta que con fecha de hoy etcétera etcétera...

Ricciardi empezó a impacientarse.

—Vamos a ver, Raffaele, estás consiguiendo que me ponga nervioso, y eso no está bien. ¿Puedes ir al grano de una vez? Te lo pido por favor.

Maione lanzó un profundo suspiro.

—Está bien, comisario. Si usted me lo pide, yo lo hago. Era una carta de la curia arzobispal y, si lo entendí bien, firmada por un monseñor secretario directo del obispo Ascalesi. Pedían información sobre una posible investigación iniciada con motivo de la muerte de un joven huésped, así mismo lo llamaban, de la parroquia de Santa Maria del Soccorso en Santa Teresa. Señalaban que, según les constaba, el párroco de la citada parroquia, el padre Antonio Mansi, había sido interrogado en varias ocasiones. Que si había sido realmente así, constituía una manifiesta violación de los artículos tal y tal de los acuerdos bilaterales firmados por el Estado italiano y la Santa Sede, con fecha tal y tal. En fin, que se quejaban de nosotros.

Ricciardi se rascó la barbilla.

—Ahora veo por qué esta mañana el cura se sorprendió al verme, se figuró que la carta ya había llegado a la jefatura y que me habrían impedido ir a verlo. Sigue

contando.

—¿Y qué más quiere que le cuente? Que se volvió loco. Dijo que él había dicho con claridad que la investigación no debía comenzar. Dijo que él no había autorizado nada, y que se trataba de una insubordinación, que ya veríamos la que nos esperaba a los dos.

—¿A los dos? ¿Y tú qué tienes que ver?

Maione adoptó una expresión belicosa.

—¿Por qué, en la primera inspección ocular no estaba yo también? ¿Y con el doctor, en el hospital? ¿Y cuando hablamos con el sacerdote en la jefatura? De hecho, yo le dije que aparte de las preguntas de rigor, las que suelen hacerse, nosotros no hicimos nada más.

Ricciardi se preocupó.

—Tú no tienes nada que ver en esta historia, y voy a decírselo enseguida. Es algo que no te concierne, dejaste el caso cuando debías dejarlo y no se hable más.

Maione experimentó una recuperación de dignidad, parcialmente invalidada por la bata rosa que vestía.

—Comisario, mire, he venido a decirle que estoy dispuesto a pedir una baja por enfermedad para ayudarlo con la investigación. Le seré sincero, pensaba y pienso que la pobre criatura se murió porque iba por ahí solo y abandonado buscando algo que echarse a la boca, y que se comió lo que encontró. Pero hace demasiados años que trabajo con usted para no saber que si hay algo que a usted no le cuadra, es porque tiene razón. Así que aunque el imbécil de Garzo me mandó aquí a decirle que si se le ocurre hacer algo que provoque el más mínimo suspiro de la curia, lo destituye, estoy aquí para echarle una mano.

De pie en el umbral de la cocina, Rosa exclamó:

—¡Bravo!

Ricciardi la miró.

—¿No era que te estabas quedando sorda? Anda, vete a la cocina y ocúpate de tus cosas. No, Raffaele, ya te lo he dicho. Me resulta más cómodo si sigues en la jefatura y así me ayudas a no levantar sospechas.

—¡Entonces pídamle que haga algo, comisario! Si no puedo echarle una mano, no hago más que darle vueltas a la cabeza. Además, estos días están todos ocupados lustrando los cobres para la visita del Duce, y estoy mano sobre mano. Y cuando estoy mano sobre mano, engordo y eso no me conviene.

—No te conviene, no. Tal vez podrías conseguirme un par de datos que el cura no quiso darme. Primero: dicen que Tetté trabajaba de aprendiz con alguien, un artesano, un vendedor ambulante. Necesitaría saber quién es y a qué se dedica. Luego me gustaría saber algo más sobre el señor párroco. Me parece que su falta de colaboración es un tanto excesiva, es posible que esté ocultando algo y quiero saber

qué es. Pero te lo pido por favor: usa los canales externos, nada que pueda meterte en líos en la jefatura.

—Ahora empezamos a entendernos, comisario. Ya me encargo, no se preocupe. Esta misma noche tendrá la información. Podemos encontrarnos en la piazza San Ferdinando, en el Gambrinus, cuando termine mi turno, ¿le parece bien a las ocho y media? Tenga cuidado, que si Garzo nos ve juntos no tardará en atar cabos, será tonto pero no hasta ese extremo. Ahora, si me permite, me marcho, mi ropa estará seca, con esa estufa tan grande aquí dentro debe de haber cuarenta grados por lo menos.

Ricciardi asintió.

—Mientras tanto, yo me iré dando un paseo a ver a un viejo amigo nuestro. Veamos si consigo arrancarle alguna información interesante.

Maione se dio una palmada en la frente.

—A propósito, comisario, casi se me olvida. Esta mañana vino la señora Vezzi, la viuda, preguntaba por usted; quería que la acompañara a elegir un traje para la velada que usted ya sabe. Se había olvidado de que usted no estaba. Yo no le dije nada, claro.

Ricciardi lanzó una mirada inquieta hacia la cocina.

—¿Y qué dijo ella?

—Nada, nada. Dijo que ya se arreglaba sola, que incluso era mejor, así le daba una linda sorpresa. Si me lo permite, comisario, hay que reconocer que es una mujer realmente hermosa. Cuando aparece, todo el mundo, desde el cabo hasta el último ordenanza y el último conserje, busca cualquier pretexto para pasar mil veces por donde se encuentre. Además es la única capaz de quitarnos de encima a Garzo. Para mí que usted tendría que pensárselo, porque está obsesionada con usted.

Ricciardi fue al grano.

—Muy bien, muy bien, tú no te preocupes. Lo importante es que no le hayas dado mi dirección.

—¡Ni se me habría ocurrido!

—Has hecho bien. Ahora vístete y vete a hacer lo que te he pedido. A Garzo le dices que no me has encontrado, que me he ido al pueblo a arreglar unos asuntos de familia. Ah, Raffae', gracias. Gracias por todo.

Maione hizo una reverencia que, sumada a la bata, le dio un extraordinario parecido con un luchador de sumo.

—De nada, comisario. ¡Siempre a sus órdenes! Pero ándese con cuidado, especialmente con ese cura.

A poca distancia, una tata con el oído de repente finísimo elaboraba los datos de los que acababa de enterarse con expresión muy preocupada.

Corría por las calzadas y los callejones. Corría descalzo, esquivando automóviles y carruajes, tranvías y carros. Corría por el mercadillo, saltando obstáculos y chocando contra señoras gordas que elegían las manzanas. Corría por las aceras y, al pisar los charcos y salpicar a los empleados que iban a sus trabajos y procuraban no mojarse los pantalones, recibía sus maldiciones.

Cristiano corría sin cuidarse de lo que encontraba a su paso, ni de la lluvia helada y fina que lo calaba; mientras corría se calentaba y le gustaba aspirar el agua.

Corría porque buscaba a alguien y pasaba por todos los sitios donde ese alguien podía encontrarse. Hasta que dio con él.

Cosimo Capone trabajaba de jabonero. Un oficio que incluía muchos otros, como le gustaba decir siempre. En teoría se basaba en el trueque, cosas viejas por cosas viejas, y el balance se pagaba con piedras de jabón oscuro de forma irregular, tan difíciles de manejar como de disolver. En teoría. En la práctica, Cosimo charlaba.

Charlaba con todo el mundo, en especial con las mujeres. Sabía que con su hermosa sonrisa y su labia resultaba irresistible, y que unos pocos cumplidos bien dichos abrían el corazón de las amas de casa y las lavanderas; y aparte del corazón, invariablemente abrían también sus monederos. Además, si al confortante carrito repleto de cacharros de cobre y prendas gastadas se añadía una hermosa canción, era el no va más.

Según Cosimo ir acompañado de un niño desharrapado era una gran idea para alguien de su oficio, y cuanto más flaco y consumido pareciera el niño, tanto mejor. Las mujeres son madres, o quisieran serlo; un niño en malas condiciones constituye un reclamo que despierta la piedad y, por tanto, la generosidad. Además, si el niño aparenta menos edad de la que tiene, no logra decir dos palabras seguidas porque es muy tartamudo y va acompañado de un perro vagabundo más maltrecho que él, es miel sobre hojuelas.

Tetté era para Cosimo una auténtica mina de oro; según se terciara, daba a entender que era hijo suyo y que la madre había muerto en el parto, o que lo había recogido de la calle, o que era hijo de un compañero de armas, muerto en la guerra. Poseía una gran habilidad para comprender los matices de dolor en la vida de la mujer que se acercaba al carrito y sabía como nadie tocar las fibras más íntimas; los regateos se suavizaban y la recaudación era siempre mayor de lo que hubiera cabido esperar.

No era ése el único motivo por el que Tetté resultaba el ayudante ideal; para el otro motivo, el más importante, habían sido necesarios meses de adiestramiento. Una inversión de tiempo y esfuerzo que había comenzado a dar frutos hacía poco, y que Cosimo, como escrupuloso emprendedor que era, no estaba dispuesto a perder con

fácil resignación.

Cuando Cristiano, calado hasta los huesos y sin aliento, lo alcanzó, Cosimo estaba persuadiendo a una dama recelosa de mediana edad que asomaba a medias por la ventana del bajo.

—Señora, qué espectáculo verla esta mañana. Ha sido posarse mis ojos en usted y quedar deslumbrados de tal manera que luego no puedo recorrer las callejuelas porque corro peligro de estamparme con mi carrito contra la primera pared. Dígame, ¿cómo consigue mantenerse así de lozana?

La mujer, dotada de barba y bigote como un cadete y pesada como un cargamento de ladrillos, guiñó los ojos.

—Hoy no me va a liar usted, Cosimo. Que tengo estos dos trapos que aquí ve y necesito una piedra grande de jabón. Si me la quiere dar, bien; si no, aparte el carrito de mi ventana que me quita el aire.

—Doña Carme' —lloriqueó él—, ¡usted me quiere arruinar! Una piedra grande vale tanto como una camisa en buen estado, o al menos una cazuela sin agujeros. ¿Qué hago yo con estas dos prendas que más que prendas parecen trapos? ¡Acompáñelas al menos de cinco céntimos, que así me marchó contento! ¡No se aproveche de que estoy enamorado de usted!

La mujer era un hueso durísimo de roer: treinta años la separaban del último cumplido sincero y no se dejaba tomar el pelo.

—Ni hablar. Decida de una vez que tengo cosas que hacer.

En ese momento Cosimo advirtió la presencia de Cristiano que, tras recuperar el aliento, le dijo:

—¡Don Co', trabajo para usted, voy yo a las casas, que el tartaja no va a venir más!

Doña Carmela cerró los ojos como dos ranuras y con aire aún más receloso preguntó:

—¿Qué dice, la criatura? ¿A qué casas debe ir?

El brazo del trapero salió disparado con la velocidad de una serpiente de cascabel y aferró a Cristiano por el hombro con un apretón descomunal. El chico se calló enseguida.

—A saber con quién me habrá confundido, doña Carme'. Yo a este granuja no lo he visto en mi vida. Y usted ya sabe que yo solo tengo a mi ahijado Tetté. Se acuerda de él, ¿no?

La cara huraña de la mujer se iluminó.

—Claro que me acuerdo, ese niño tan guapo y tranquilo, el del perrito blanco y marrón. Siempre tan educado, me hace una reverencia cuando le doy una galleta. ¿Cómo es que hoy no va con usted?

Cosimo puso cara de preocupación, sin soltar el hombro de Cristiano.

—Está malito, tiene fiebre. Si no se siente bien, no voy a dejarlo salir con este tiempo, ¿no le parece? ¿Usted también tiene hijos, no, doña Carme'? Así que ya me entiende.

La mujer volvió a mostrarse recelosa, pero al pensar en Tetté se ablandó un poco.

—No tengo hijos, nunca me casé, porque no había nadie que me gustara. Pero tengo sobrinos, y su niño me recuerda a un sobrinito mío que murió hace años. En fin, no perdamos más tiempo, tenga los trapos y los cinco céntimos, deme el jabón y váyase, que tengo que hacer.

Concluida la transacción, la mujer cerró la ventana con un ruido seco. Cosimo escupió en el suelo con rabia, y al doblar la esquina empezó a sacudir a Cristiano.

—¿Y a ti quién te ha dicho que abrieras la boca? ¿Cómo te atreves a venir a hablarme? ¡Tendría que retorcerte el pescuezo con mis propias manos!

El chico estaba muerto de miedo.

—Ya sabes que soy capaz, ¿eh? Lo sabes bien —susurraba Cosimo—. ¿Dónde está tu amigo? ¿Por qué hace tres días que no se les ve el pelo a él y a su perro sarnoso? ¡Si se presenta y va buscando comida, le parto los huesos de uno en uno, lo juro por Dios!

Cristiano se armó de valor.

—Don Co', el tartaja no va a venir más, se murió —dijo de un tirón—. Comió veneno para ratas y se murió, lo encontraron en el Tondo di Capodimonte. Yo quería ocupar su puesto con usted, que con el zapatero no quiero volver. ¡Soy rápido, corro mucho, y del trabajito de las casas me puedo encargar yo mejor que él!

Cosimo palideció como un muerto; miró a su alrededor alarmado y, tras asegurarse de que nadie lo oyera ni lo viera, agarró a Cristiano por el cuello.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo que murió? ¿Quién lo ha dicho? ¿Y qué quieres decir con eso del trabajito de las casas? ¿Qué sabes tú, con quién has hablado?

Cristiano se estaba realmente asustando, no había previsto esa reacción del traperero, y en el callejón al que lo había llevado no había nadie a quien pedir auxilio.

Como buen animal callejero que era supo reconocer la fría determinación en los ojos del hombre y comprendió que su vida peligraba.

—No, no, suélteme, yo no le digo nada a nadie. Y no lo sabe nadie, a mí me lo dijo el tartaja, que a veces cuando lo acompañaba en sus rondas, se colaba en las casas y pillaba algo mientras las mujeres estaban de palique con usted. Pero solo me lo contó a mí, se lo juro, y yo no se lo cuento a nadie. Suélteme. Le dije al cura que venía a hablar con usted un momentito y que enseguida volvía a la parroquia.

Cosimo pensó rápidamente y soltó al chico. En la garganta de Cristiano se veían las huellas moradas de sus dedos. Se pasó la mano por la cara para escurrirse la lluvia; había estado en un tris de matarlo.

—Vuélvete ahora mismo con el cura. Y que no te vea nunca más por aquí. Pero

recuerda bien una cosa: si alguien se entera de algo, voy a buscarte donde sea y acabo lo que empecé esta mañana. ¿Lo has entendido? ¡Y ahora largo de aquí!

Cristiano no se hizo rogar, echó a correr resbalando en la calle mojada.

Cosimo se dejó caer en el carrito con un estrépito de cazuelas de cobre. Así que está muerto, pensó. Está muerto.

¿Y ahora qué hago?

Ricciardi entró en la iglesia de San Ferdinando con el ánimo bien distinto del que llevaba en la visita a Santa Maria del Soccorso. Casi le divertía todo ese deambular por las iglesias, algo tan alejado de su carácter; en esta ocasión se alegraba de ver a un viejo conocido.

A decir verdad, no tan viejo; conoció al padre Pierino, el vicepárroco de la hermosa iglesia del centro, con motivo de la investigación del homicidio del marido de Livia, el tenor Arnaldo Vezzi. El asesinato, ocurrido seis meses antes, había causado un enorme revuelo en la ciudad, sobre todo entre los numerosos amantes de la música lírica. El padre Pierino era uno de ellos; estuvo presente en el teatro San Carlo la noche en que se produjo el delito.

Los dos hombres no podían ser más distintos: tal vez por eso habían simpatizado. Al profundo materialismo de Ricciardi el padre Pierino oponía una fe simple y absoluta, que se manifestaba en el ámbito social con una acción constante en favor de los más débiles; en ese aspecto, y por caminos opuestos, llegaban a las mismas y desconsoladas conclusiones sobre lo que ocurría en el vientre blando de la ciudad.

A Ricciardi no le gustaba la ópera y, por lo general, procuraba ahorrarse la representación de falsas emociones, consciente de lo devastadoras y letales que podían ser las pasiones auténticas; el padre Pierino era un gran amante de la lírica y la música, cuya belleza le parecía un testimonio del amor de Dios por el género humano. El pequeño cura había sido un utilísimo guía en el curso de la investigación del comisario, que sin él no habría conseguido resolver el enigma.

En la semipenumbra de la nave, Ricciardi distinguió la silueta del vicepárroco saliendo del confesionario. El padre Pierino era bajito, con una barriga que se iba haciendo prominente, si bien no le impedía estar en movimiento continuo y ser dinámico y ágil como un niño inquieto. Se le notaba cansado, pero fue ver a Ricciardi y la cara se le iluminó de alegría.

—¡Comisario, dichosos los ojos! Hacía mucho tiempo que no se acordaba de su amigo, ¿eh? Está empapado, ¿sigue lloviendo? Llevo tres horas confesando, por fin ya no queda nadie.

Ricciardi le estrechó la mano.

—¿Cómo está usted, padre? Lo veo cansado. ¿Cómo es posible que ustedes también se sientan agotados de vez en cuando?

El padre Pierino juntó las manos sobre el vientre, un gesto habitual en él.

—Pregúntele a cualquier cura, comisario, y le dirá que nada cansa más que confesar. Hay que asomarse al infierno que cada cual lleva dentro, leerlo, comprenderlo y perdonar en nombre de Dios. Un perdón que muchos no quieren porque tampoco querrían darlo a los demás. Es pesado, y a veces atroz, créame.



Cuénteme cómo le va a usted. ¿Cómo se encuentra? Cuando pienso en usted, y lo hago a menudo en mis oraciones, recuerdo que me prometió que me dejaría llevarlo una noche a la ópera.

Como siempre, Ricciardi hizo una mueca de exagerado fastidio.

—Lo sé, padre, se lo prometí, pero debe creerme que me lo impide la ópera que esta ciudad consigue llevar a escena a diario. Precisamente por eso, además del placer de venir a saludarlo, estoy aquí esta tarde.

El padre Pierino se puso serio.

—Conozco la piedad y la compasión que siente por los pobres; por ello lo ayudo de buena gana. Si solo se tratara de mandar a alguien a la cárcel no estaría tan contento de hablar con usted. Son tiempos extraños y difíciles, comisario, quién mejor que usted para saberlo, hay personas a las que llaman criminales que son más inocentes que quienes las persiguen.

Ricciardi asintió.

—Lo sé, padre. Lo sé bien. De lo que no cabe duda es que algunas víctimas son completamente inocentes. Se habrá enterado ya de que el lunes por la mañana encontraron a un niño...

—Sí, en el Tondo di Capodimonte, me he enterado. Una de las pobres criaturas de Santa Maria del Soccorso. Me lo contó una de mis parroquianas, que trabaja en una tienda de esa zona. Qué pena.

—Sí, padre. Una verdadera pena. Me gustaría terminar de aclarar unos cuantos puntos oscuros de esta historia. No se trata de dudas sobre la forma en que murió el chico, que quede claro. Comió veneno para ratas.

—El hambre. El hambre maldita. Estas cosas nunca deberían ocurrir; y a los niños, jamás de los jamases.

Ricciardi estaba de acuerdo.

—Es así, padre. He hecho unas averiguaciones para enterarme cómo vivía este niño, más que nada para que no se repita. Pero me sorprendió encontrarme con bastante resistencia por parte del párroco de Santa Maria del Soccorso.

El padre Pierino se mostró asombrado.

—¿A qué venían esas preguntas, comisario? ¿Piensa acaso que..., que alguien haya podido...? Perdóneme, pero no puedo creerlo. Un niño pequeño, pobre, huérfano...

Ricciardi agitó la mano.

—No, no, padre. Sobre eso no hay ninguna duda. Seguramente se trató de una desgracia. Lo que me habría gustado entender mejor es cómo y por qué un niño así puede verse en la situación de tener que entrar de noche en un almacén, sin duda para robar algo de comida, y hallar la muerte tras ingerir un bocado envenenado, como si fuera una rata de albañal. Mis preguntas iban por ahí.

—Ahora comprendo. Conozco al párroco de Santa Maria, el padre Antonio Mansi. Durante un tiempo estudiamos en el mismo curso. Era un estudiante aventajado. Diligente y... también diplomático. Uno de los que saben gustar a los maestros. Después nos perdimos de vista, pero de vez en cuando nos cruzamos en la calle y charlamos un poco.

Ricciardi temía ser indiscreto.

—Padre, no quiero ponerlo en un compromiso. Y nada más lejos de mi intención que hablar mal del padre Antonio, al que apenas he visto en un par de ocasiones. Pero su reticencia me pareció rara. De hecho pidió la intervención de la curia para impedir que investigara. ¿No le parece absurdo?

—No, no me lo parece. He de decirle que, vistos desde fuera, todos los curas parecemos iguales. Pero no lo somos. Somos seres humanos, cada uno con sus defectos, algún vicio, alguna obsesión. Yo, por ejemplo, siento una gran pasión por la música, ya lo sabe usted. A veces esa pasión me lleva a hacer cosas que no debería, como cuando nos conocimos, me encontró usted escondido en las escaleras de servicio del escenario del San Carlo, ¿lo recuerda?

El comisario esperaba con paciencia a que el padre Pierino cumpliera con las obligaciones de su conciencia antes de referirle las perplejidades que le causaba el padre Antonio.

—En ocasiones se trata de vicios graves, y los superiores intervienen para poner remedio: alguno se enamora de una mujer, algún otro sufre una crisis de fe; son cosas que te impiden ser sacerdote, y es justo que te alejen durante un tiempo, ¿no le parece? Pero los hay que tienen cierta... inclinación, cierta habilidad que podría ser considerada como defecto, pero que a otros les viene bien. Es todo.

—¿Y cuál es esa habilidad en el caso del padre Antonio? —dijo Ricciardi.

El padre Pierino miró pensativo el techo de la iglesia cubierto de frescos.

—El padre Antonio es un magnífico administrador. Muy competente llevando las cuentas. En su parroquia se concentran importantes donaciones, hasta el punto de que ha conseguido ser económicamente independiente, y, por lo que sé, la curia le está muy agradecida. Mantiene excelentes relaciones con familias ricas de la zona y superiores del arzobispado, es apreciado y respetado por todos. En fin, que tiene muchísimos amigos.

—¿Y entonces? ¿Por qué a usted eso le parece un defecto? Porque si lo conozco un poco, sé que le parece un defecto.

El padre Pierino se rio.

—Sí, me conoce. Pienso que si en estos tiempos uno trabaja en esta ciudad, y con niños, para más señas, el dinero que entra también debe salir. Es todo.

—Pero él saca ganancia.

El cura protestó vivamente.

—No, no, comisario, yo no he dicho eso. El padre Antonio es un excelente sacerdote, que rescata a los niños de la calle y, en muchos casos, a usted y a mí nos consta, que eso supone salvarles la vida. Solo que cuando una familia adopta a uno de los niños o, para limpiarse la conciencia, hace una importante donación a la iglesia, él utiliza ese dinero para contribuciones a la curia en lugar de mejorar la vida de los niños mayores que no son adoptados, y eso es lo que a mí personalmente no me gusta. Solo eso. Pero le repito, es importante lo que hace por ellos, eso cuenta.

—Ya. Eso cuenta. Muchas gracias, padre. Siempre es agradable hablar con usted.

—Para mí también, comisario. Pero permítame que le haga una pregunta. ¿A qué viene tanta atención? Si se trata de una desgracia, ¿cómo es que a un comisario de la jefatura le da por ir por ahí haciendo tantas preguntas? Noto algo en su expresión, como un dolor, una tristeza. ¿Qué ocurre?

Ricciardi guardó silencio un momento y luego respondió.

—Padre, usted sabe tan bien como yo que cuando uno recorre la ciudad y es testigo de lo que pasa, resulta imposible no estar triste. El día que ya no me entristezca ver a un niño tan pequeño muerto y eliminado como un traje viejo; el día que ya no me cause dolor pensar que con siete, ocho años se puede morir de hambre o, como en el caso de este niño, por tener tanta hambre que acabó comiendo cebos envenenados; el día que ya no me importe entender por qué un niño deambulaba de noche, descalzo y solo bajo la lluvia; el día que para mí sea algo normal encontrar al alba un cadáver sentado en una escalinata, velado únicamente por un perro, le juro, padre, que ese día dejo este trabajo y me vuelvo a mi pueblo.

Ricciardi musitó su parrafada en el silencio frío y húmedo de la iglesia de San Ferdinando, aunque al padre Pierino le pareció que la había gritado a voz en cuello. No pudo hacer otra cosa que posar una mano en los brazos de su amigo, cruzados sobre el pecho, como si tuviera un fuerte dolor en el abdomen.

—¿Sabía, comisario, que es usted la única persona de la que aprendo algo cada vez que la veo? Y es más cristiano usted, que dice no creer, que muchos que llenan estos bancos todos los domingos para lucir sus trajes nuevos ante los congregados. Solo le digo una cosa, vaya con mucho cuidado. El padre Antonio cuenta con amigos poderosos en la curia, precisamente por el flujo de dinero que consigue. Puede causarle muchas, muchas molestias.

Esa noche, el Gambrinus estaba abarrotado. La lluvia y el frío impedían usar las mesitas al aire libre y a la gente le apetecía tomar algo caliente.

Ricciardi llegó a la cita con Maione antes de la hora acordada y tuvo que esperar para ocupar su mesa de siempre, un tanto apartada, delante de la cristalera que daba a la via Chiaia; veía pasar un flujo constante de personas que, tratando de refugiarse de la lluvia, regresaban a casa de las tiendas y las oficinas del centro.

Casi fuera de su campo visual, sentada en el suelo, vio a una mujer, andrajosa y empapada, que pedía limosna con la mano tendida. Detrás de ella había un niño debajo de una cornisa, envuelto en una manta. La madre, suponiendo que lo fuera, farfullaba una petición a cada transeúnte. Ricciardi no oía lo que decía; eran muy pocos los que le dejaban alguna moneda sin detenerse siquiera.

De pie, a unos metros de allí, un joven elegante, ataviado con un traje blanco, se burlaba ruidosamente mientras por un desgarrón del chaleco la sangre negra manaba a borbotones. Decía: «A ver si te atreves, a ver si te atreves a hacerlo». Ricciardi recordaba la riña ocurrida dos meses antes: el joven había sido asesinado a puñaladas por su mejor amigo; se había hartado de que se burlara de su excentricidad en el vestir y de su supuesta bellaquería. Entre camorristas una forma civilizada como cualquier otra de manifestar un desacuerdo sobre la elegancia masculina.

Si algo afligía a Ricciardi en relación con el Asunto era el tener que ser consciente de la inutilidad de algunas muertes. No es que hubiese muertes útiles, desde luego; en eso estaba completamente de acuerdo con Modo. Pero la futilidad de algunos motivos para asestar una cuchillada o cometer un suicidio lo ofendían profundamente.

Mientras esperaba a Maione para pedir algo, reflexionó sobre el contraste que se ofrecía a sus ojos: la forma desesperada con que aquel niño se aferraba a la vida, temblando bajo la manta, junto a su madre, que quizá sacaba partido del espectáculo de sufrimiento de su hijo para apiadar a los transeúntes, y la carcajada a mandíbula batiente, signo de exclamación con que había concluido la vida del camorrista acuchillado. Vida por la que se lucha, vida tirada a la basura. Pero era siempre la misma vida. O no.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por la llegada de un Maione mojado y circunspecto, que miraba a su alrededor como un adúltero sorprendido en flagrante.

—Buenas noches, comisario. Debemos ser muy precavidos, en la jefatura el ambiente es cada vez más irrespirable. Lo único que nos faltaba era la carta del secretario del arzobispo. Si viera a Garzo y a Ponte, parecen dos bailarinas del San Carlo: saltan de puntillas, no paran, se abren las puertas de los despachos y uno entra y el otro sale.

Ricciardi se encogió de hombros.

—Me alegro de no estar, pues. Siéntate, te esperaba para pedir algo. ¿Qué tomarás?

—No, comisario, no se moleste, que tengo que irme a casa a cenar, Lucia y los niños me esperan. Aunque... pensándolo mejor no estaría mal picar algo. Traiga tres buñuelitos, una *sfogliatella* de crema y una copita de rosado, gracias.

—Bien, así te queda sitio para el ragú de tu mujer, ¿eh? Yo me tomaré una *sfogliatella* y un café, gracias.

Al retirarse el camarero, Ricciardi le preguntó:

—¿Has conseguido averiguar algo de lo que te pedí?

—La duda ofende, comisario. ¿Acaso le consta que alguna vez no haya conseguido averiguar lo que me había pedido? Le cuento. Me acordé de que el cabo Antonelli tiene un hijo mayorcito que va mucho por Capodimonte; la muchacha que le gusta vive por esa zona. Los mandé llamar, a él y a la muchacha, y les hice unas preguntas sobre la parroquia y Tetté. Al niño lo conocía todo el mundo, inspiraba ternura, siempre estaba con su perro, lo veían ir de acá para allá; al principio pensaron que era mudo porque nunca lo oían hablar, pero luego se dieron cuenta de que tartamudeaba tanto que con el único que conseguía mantener una charla era con el perro. La muchacha, que trabaja en una tienda cerca de la iglesia, me contó que precisamente por ser tartamudo los demás chicos de la casa se metían con él, se burlaban y le pegaban. La vida del pobre niño debió de ser un verdadero infierno.

Ricciardi asintió.

—Eso sospeché desde el momento en que el cura me dijo que todos lo querían mucho. Detalle que nadie le pidió. Sigue.

—A pesar de eso, el chico nunca reaccionaba. Tenía hambre de afecto; la muchacha recuerda que buscaba la mirada de los otros para conseguir una sonrisa, una manifestación de amistad; y por eso mismo lo trataban peor. Ya se sabe, a veces los chicos pueden ser muy malvados. Averigüé también con quién trabajaba Tetté; fue otra bonita sorpresa. Era aprendiz de Cosimo Capone, un viejo conocido nuestro. Es jabonero, o sea, hace de traperero, va por ahí con uno de esos carritos cargados de mercancía, ya sabe usted, por aquí los trapos, por aquí el jabón. Pero ha visitado nuestras dependencias en varias ocasiones, lo recuerdo muy bien. Lengua viperina, elegante, una sonrisa como un sol: un bellaco de la peor calaña. Comentan por ahí que de jovencito mató a un hombre, y aunque nunca fue formalmente acusado, él se jacta de esa leyenda para meter miedo a los más tontos que él. Ah, gracias, déjelo por aquí.

Cuando el camarero se alejó, Maione siguió con su relato.

—En fin, que Tetté no era un aprendiz propiamente dicho. Capone lo usaba para causar pena a las señoras, enredarlas y subir más los precios. Cuando llegamos a esta

parte, la noviecita del joven Antonelli se mostró evasiva, entonces yo me fui a ver a los colegas que se encargan de tramitar las denuncias de esa zona, entre Capodimonte y la Sanità. Me enteré de que se habían presentado tres o cuatro quejas por pequeños hurtos durante el día, y que en esas quejas nombraban a nuestro amigo Capone. En fin, que aquí hay algo; es posible que el niño encontrara el veneno cuando «trabajaba» para ese señor, y que se lo comiera por casualidad.

—¿Crees que utilizaba al niño para robar?

Maione contestó con la boca llena, esparciendo azúcar por todas partes.

—Ya sabe usted, comisario, lo que pasa con las plantas bajas de los callejones. Si a mí se me da bien charlar, consigo la atención de las señoras, y un niño pequeño y rápido puede entrar y salir con facilidad sin que nadie se dé cuenta. Rápido e indoloro, como dice el doctor Modo, ¿no? Tal vez, y solo digo que tal vez, el desgraciado de Capone trabajaba así. De lo contrario no entiendo qué oficio podía aprender Tetté, ni qué ayuda podía prestar a ese hombre. Hablar no podía porque era tartamudo, tampoco podía cargar pesos porque era enclenque y no tenía fuerza. Lo único que podía hacer era dar pena.

El comisario asintió mientras miraba a través de la cristalera al niño envuelto en la manta raída y empapada de lluvia.

—Tienes razón. Solo podía dar pena. Habrá que hablar con el tal Capone, quizá apremiarlo un poco para que se asuste, y comprobar si la muerte accidental del chico tiene alguna relación con él.

Maione negó con la cabeza, se zampó un buñuelo casi sin masticarlo.

—Aunque yo, para serle sincero —dijo—, creo que Capone no tiene nada que ver, comisario. Por dos motivos: primero, es de los que le gusta hablar pero no haría daño a nadie, es demasiado cobarde para eso; segundo, vive en el Vomero, lejos de donde encontramos a Tetté; baja todas las mañanas para trabajar, si es que puede llamarse trabajo, por la tarde sube hacia su casa y tarda casi dos horas, y los domingos no viene. El doctor Modo dejó bien claro que la muerte del chico se produjo a última hora de la tarde del domingo. Si Capone hubiese estado dando vueltas a esa hora y en un día tan insólito para él, alguien del barrio lo habría visto, pero nadie le vio el pelo. Lo he comprobado.

Ricciardi tomó un sorbo de su tacita mientras reflexionaba.

—Ese Cosimo Capone me parece un personaje al que hay que vigilar. No está claro que no tenga nada que ver. Y sobre la vida de la parroquia, ¿hay algo más? —dijo.

Maione estaba concentrado en recoger con los dedos los restos mortales de la *sfogliatella*, crema incluida.

—Sí, comisario. La noviecita del hijo de Antonelli, como le he dicho, trabaja en una tienda que tiene como cliente precisamente a la parroquia. Me habló largo y

tendido sobre el padre Antonio y en general de la vida que llevan ahí dentro.

—El hecho de que en esta ciudad nadie se ocupe de sus asuntos tiene su lado positivo —ironizó Ricciardi—. Uno puede estar tranquilo porque si algo ha de saberse, tarde o temprano se sabe.

—Así es, comisario —asintió Maione, filosófico—. En fin, que parece que el cura se empeña en revisar personalmente todas las cuentas, comprueba el peso de la mercancía, etcétera. Por lo que me contó la chica, se ve que le tiene un apego enorme al dinero. Y también me comentó que impone unos castigos tremendos, los muchachos le tienen pavor. Parece ser que cuando alguno hace algo indebido, lo encierra en un cuartito que hay en el patio, donde en verano no se puede respirar y en invierno hace un frío que pela y, además, está lleno de ratas e insectos. En cuanto el cura mienta el cuartito, aunque sea como amenaza, todos se portan bien. A mí también me resultaría útil tener un cuartito así en mi casa, porque a mis hijos, cuando les hablo, lo que les digo les entra por un oído y les sale por el otro. En resumidas cuentas, ese cura es un fascista, aunque no utilice aceite de ricino.

Ricciardi pensó que la personalidad del padre Antonio se enriquecía cada vez más con detalles curiosos. Echó un vistazo a la cristalera y comprobó que el perro de Tetté estaba sentado sobre las patas traseras entre la mendiga y el camorrista muerto; lo miraba. Ricciardi se estremeció.

—¿Se ha resfriado, eh, comisario? No me extraña, con toda el agua que le cae encima estos días, sin paraguas ni sombrero. La muchacha me dijo algo importante casi al final, cuando ya se iba. Había un motivo principal por el que los demás muchachos maltrataban a Tetté: era el preferido de una dama de la caridad, que se lo llevaba con ella de paseo en su coche. Me contó que esa mujer, pues la chica no sabe cómo se llama, da tanto dinero a la parroquia que el cura la deja hacer lo que le da la gana, y como la mujer no tiene hijos, se ve que Tetté era como una especie de hijo.

—Lo sé, más o menos lo mismo me dijeron el cura y la otra dama de la caridad, una señora de una simpatía que mejor no hablemos, dejando de lado las donaciones en metálico que hace a la parroquia, claro.

—Es evidente que los demás muchachos le tenían mucha envidia; pero no pasaban de recochinearse de él y de zarandearlo un poco de vez en cuando, porque el niño compartía con todos lo que la mujer le daba y al cura le convenía que el idilio continuara por el dinero que recibía. A saber cómo se las arreglará ahora para que la gallina de los huevos de oro no abandone el gallinero, creo que tendrá que cambiar de niño.

—Así es, vi muy preocupado a nuestro amigo de la sotana. Con esa señora también me gustaría hablar.

—Creo que hablará con ella muy pronto, comisario. Esta tarde ha telefoneado el doctor Modo. Le manda saludos y dice que disfrute de las vacaciones; también me ha

hablado de un lugar que quería aconsejarle para pasar el rato, pero mejor no se lo digo. Pues nada, que dice que mañana por la mañana será el funeral del niño, algo de lujo, pagado por cierta señora que creo que es la misma de la que estamos hablando, y que si quiere ir usted.

Ricciardi se quedó pensativo mientras miraba fuera. El flujo de gente que regresaba a sus casas había mermado y, tras recoger la manta y el niño como si fuera un fardo, la mendiga se había perdido por los callejones. El risueño camorrista muerto y el perro se quedaron a vigilar la calle.

—Pues muy bien. Seguiré el último paseo en carruaje de Matteo Diotallevi, para los amigos, Tetté. Lástima que no tuviera amigos.

De espaldas a la cristalera, Maione dijo con un suspiro:

—Aparte del perro.

Como si respondiera a una señal, el que había sido el único amigo de Tetté, se levantó y se alejó bajo la fría llovizna.



*Tetté corre.*

*Corre como si el diablo le pisara los talones, con los zuecos en la mano para no caerse.*

*Corre y arriesga la vida, que perderá de todos modos, rozando las ruedas de los coches y carruajes, que tocan la bocina con fastidio.*

*Corre y esquiva los bastones de los señores que lo ven venir y temen ser embestidos y lo golpean por haber tenido que apartarse.*

*Corre, y sin querer pisa los charcos y salpica a las nodrizas que empujan los altos cochecitos y éstas lo increpan con palabras incomprensibles pronunciadas en dialectos desconocidos.*

*Corre, y otros granujillas intentan zancadillearlo para reír con su aparatosa caída, pero él lo sabe y salta, no cae.*

*Corre, y a su lado corren los escaparates, donde las dependientas visten unos maniqués que lo miran sonrientes.*

*Corre, y dos niños con guardapolvos y carteras, asidos de la mano de su madre lo miran, y envidian su libertad.*

*Corre y se mete por el callejón, y el perro detrás de él, ligero, sin esfuerzo, con las orejas ondeando al viento como pañuelos agitados desde un tren a punto de partir. El perro se desvía por donde va el muchacho, elige las mismas trayectorias como si conociera de antemano el trayecto, como si se hubiesen puesto de acuerdo.*

*Corren, el perro y el niño: las mismas costillas marcadas, los mismos ojos concentrados, las mismas bocas entreabiertas por el esfuerzo.*

*Corren, y confían en llegar a tiempo.*

*Cosimo espera con su carrito en una plazoleta donde confluyen cuatro callejones, en los Quartieri Spagnoli. El recorrido es siempre el mismo, por eso Tetté sabe dónde encontrarlo a esa hora. Una vez que fue bueno con él le explicó que así, pasando en horarios fijos, las mujeres lo reconocen mejor y lo esperan, y le reservan las mejores prendas y cierra buenos tratos.*

*De hecho, algunas veces Cosimo es bueno con él. En esos momentos, sobre todo cuando ya está oscureciendo y el negocio ha ido bien, se pone a contarle cuentos. Tetté lo escucha y piensa que Cosimo podría ser su papá, y él su pequeño. Una vez Cosimo incluso le regaló una moneda muy, muy brillante, y Tetté no se la gastó nunca, la guardó en un bolsillo del pantal*

Todo aquél que hubiese entrado en el despacho del final del pasillo de la segunda planta de la jefatura se habría encontrado con un solícito subjefe de policía a punto de espulgar unos informes en un ambiente reluciente, donde todo era orden y limpieza. Un auténtico himno a la eficiencia y a la devoción por el trabajo del nuevo Estado fascista.

La realidad era un tanto diferente. Los ojos recorrían las líneas mecanografiadas, pero la mente seguía otros derroteros y volaba en alas de negros pensamientos.

Garzo echó una fugaz mirada de reojo al aparato de teléfono plantado sobre su escritorio. Oyó nuevamente la odiosa voz nasal del jefe de policía que le advertía de la inminente llegada de un funcionario de una organización sin identificar; ante la próxima visita del Duce el hombre debía recibir de Garzo algunos datos relacionados con la seguridad y, más en general, con las investigaciones que en ese momento se llevaban a cabo en la jefatura y, por supuesto, referidas a los delitos comunes, que eran de su competencia.

Aquello no le gustaba, no le gustaba ni medio. Y por varios motivos. Primero: ¿cuál era esa organización? ¿No tenía nombre? ¿Se trataba de una estructura del Ministerio del Interior? ¿De una rama del ejército? Segundo: ¿qué significaba «por supuesto, referidas a los delitos comunes»? ¿Cuáles eran los otros delitos bajo observación para los cuales la jefatura de policía carecía de competencia? Tercero: ¿la seguridad objeto de la entrevista era la del Duce y de su séquito? ¿Y quién era ese funcionario? ¿Cómo lo reconocería si no le habían dicho su nombre?

El subjefe de policía era de los que no soportaban los imprevistos, le daban una sensación de desorden, le impedían planificar. Le gustaba ceñirse al surco trazado por el procedimiento, cuando cada hecho contaba con un precedente al que referirse y un esquema que seguir al pie de la letra. Y que él recordara, esa visita, anunciada y no anunciada, no contaba con precedente alguno.

Mientras recorría con la vista el informe sin leerlo, oyó un discreto golpe de tos a su derecha. Dio un brinco espectacular; la pluma salió volando de su mano y trazó en el aire una estela de tinta dejando caer una llovizna de negras gotas sobre su escritorio; se le cayeron las gafas, que por suerte no se rompieron, y de su boca salió un grito en falsete un tanto mortificante.

De pie, ante él, con el sobretodo colgando del antebrazo y un paraguas cerrado en la mano, vio a un hombre de mediana edad, con algunas canas y un traje oscuro más bien corriente.

—¿Quién... quién diablos es usted? ¿Y qué hace aquí dentro? ¿Cómo ha entrado? ¡Ponte! ¡Ponte!

El desconocido esbozó una leve sonrisa.

—Cálmese, dottore. No hay problema. Ponte no está, recibió orden de tomarse un descanso antes de que yo llegara. Una orden que usted le dio y que nos hará el favor de confirmar. Soy la persona que estaba esperando. Puede llamarme Falco. Pertenezco a la organización que prepara lo necesario para la visita del Duce.

Garzo no había recobrado el aliento y seguía mirando al supuesto Falco con ojos desorbitados:

—¡Pero... pero... éstas no son formas! ¿No acostumbra usted a llamar a las puertas? ¡Podía haberme dado un ataque!

Falco no dio señales de disculparse.

—No podemos demorarnos demasiado en los pasillos, dottore. A veces, ello supone un acto de aparente falta de educación. Vayamos a lo nuestro, si le parece. Imagino que ya le han anticipado lo que nos interesa saber.

Tras recuperar un mínimo de control, Garzo trató de pensar lo más rápido posible. Esa especie de espectro que se le había plantado delante pertenecía, sin duda, a la policía secreta; en todas las jefaturas de policía y en los periódicos sediciosos impresos clandestinamente y lanzados a escondidas sobre la multitud se contaban historias de todo tipo. Eso implicaba que debía ir con pies plomo; había oído decir que algunas personas e incluso familias enteras habían desaparecido de la noche a la mañana sin dejar rastro. Era preciso complacerlos.

Se calzó otra vez las gafas.

—Siéntese, por favor —dijo—. Usted dirá.

Al cabo de más de tres horas habían planificado de manera minuciosa cada instante de la visita del Duce, evaluado trayectos alternativos a los que se anunciarían, las personas presentes en los encuentros, institucionales y privados. Cuando Garzo manifestaba su preocupación por la escasa disponibilidad de hombres, Falco lo pasaba por alto diciendo:

—No supondrá ningún problema. No se preocupe.

El jefe de policía comprendió que un contingente bien dotado, de paisano y uniforme, haría de muro de contención. En vez de tranquilizarlo, ese detalle lo inquietaba; pero comprendía que tratándose de prudencia más valía que sobrar y no que faltara.

Al final Falco le preguntó:

—Y ahora, dottore, dígame cuáles y cuántas son las investigaciones por delitos graves que tiene en marcha en este momento. Como habrá comprendido ya, nos gusta tener toda la situación bajo control y no queremos que salga algo en la colada precisamente cuando están presentes los más altos cargos del Estado después del rey y los principales funcionarios del ministerio, ¿no le parece?

Garzo sostuvo orgulloso la mirada del hombre.

—Por supuesto que no. A Dios gracias recientemente no se han producido

incidencias, y las investigaciones en curso se refieren a delitos menores y contra el patrimonio. Esta ciudad, mi querido señor, se mantiene en perfecto orden.

Falco lo miró fijamente durante un buen rato, momento incómodo tras el cual en el cuello de Garzo se formó la famosa mancha roja que comenzó a extenderse hacia el norte. Al final asintió.

—De acuerdo —dijo—. De hecho, es lo que nos consta. ¿Y toda la plantilla está en su puesto?

Garzo cogió los registros de personal y los hojeó delante de su invitado.

—Hemos suspendido los turnos de vacaciones. El único ausente es el comisario Luigi Alfredo Ricciardi, que ha pedido unos días de descanso pero que se reincorporará al servicio la víspera de la visita del Duce. Consideramos oportuno autorizarlo porque frecuenta..., quiero decir, es amigo de una persona cercana a la familia de Su Excelencia, una amiga de su hija, que organizará una recepción a la que asistirá doña Edda.

Falco adoptó un aire pensativo.

—Ah, la señora Ciano. Ése es otro problema que, sin embargo, no le concierne directamente. Por desgracia, la señora es mucho menos controlable que Su Excelencia. No soporta ningún tipo de vigilancia y es muy dinámica y emprendedora. Hay que protegerla sin que se entere.

Garzo dedujo de inmediato que cualquier comentario podría ser utilizado en su contra, de modo que guardó silencio. Falco continuó.

—Lógicamente estamos al corriente de esa recepción. Y sabemos quién es el tal Ricciardi, y conocemos su amistad con la señora... Vezzi, ¿es así? La viuda de Arnaldo Vezzi, que llegó a esta ciudad hace poco. Una mujer hermosísima, muy apreciada en Roma. Su comisario Ricciardi es un hombre afortunado.

Garzo creyó intuir un mensaje entre líneas y comentó entusiasmado:

—Es uno de nuestros mejores hombres, créame. Capaz y fiable, para mí una ayuda indispensable. No sé cuántas veces, por supuesto con mis indicaciones, ha conseguido cerrar investigaciones complicadísimas.

Falco asintió.

—Ya, ya. Eso también me consta. Pero no todas las personas con las que se relaciona son tan apreciadas; algunos personajes cercanos a él nos causan cierta perplejidad, todo sea dicho. Modo, el médico forense, por citar uno. Un hombre que no pierde ocasión para lanzar a los cuatro vientos pesadas críticas contra el régimen. Lo cual, como imaginará usted, no nos gusta.

Garzo boqueó como un salmonete a punto de morir, tras lo cual dio un giro de ciento ochenta grados francamente espectacular.

—¡Ah, pero fuera del trabajo yo no tengo ninguna relación con Ricciardi! Es más, le diré una cosa, excelencia, ciertos aspectos oscuros de ese hombre no me gustan

nada. En el futuro, me propongo vigilarlo mejor, quédese tranquilo.

Falco se levantó.

—No exageremos, Garzo. Y no me llame excelencia. Es más, tendrá usted la bondad de olvidarse de este encuentro y de no reconocerme en el caso, por lo demás improbable, de que nos crucemos en la calle. Buenas tardes, y que usted y su señora disfruten de la recepción en casa de la viuda de Vezzi. Y pierda usted cuidado que la velada transcurrirá alegre y sin imprevistos.

Salió tan silencioso como había entrado.

Al quedarse solo Garzo empezó a temblar; ni siquiera podía encenderse un cigarrillo. Se sentía como quien ha estado a punto de morir y lo descubre con culpable retraso. Abrió el cajón y echó un vistazo al sobre de la curia que contenía la carta en la que le solicitaban aclaraciones sobre la presunta investigación de la muerte del niño; se pasó la mano por el pelo y se desabrochó el cuello de la camisa, soltando un prolongado suspiro.

Era necesario, absolutamente indispensable que nadie soñara siquiera con volver a importunar al párroco de Santa Maria del Soccorso. Se ocuparía de ello en persona si hacía falta.

Dio gracias al cielo porque la organización de Falco no estuviera al corriente de aquella carta.

*Viernes, 30 de octubre de 1931 – x*

Ricciardi llegó al hospital muy temprano. Quería ver a solas al doctor Modo y hablarle con tranquilidad antes del funeral de Tetté.

Para variar, llovía, aunque esa mañana la lluvia también estaba de entierro. Leve, constante, teñía de gris el aire, las almas. El color adecuado, pensó el comisario. A lo largo del trayecto no vio al perro; pero no se sorprendió. Lo encontró en el lugar que esperaba, el patio que daba al depósito de cadáveres del hospital, a una distancia discreta, echado en un entrante de la tapia. Fumando debajo de la marquesina estaba Modo, que lo miraba.

—Ese perro me pone nervioso. Lo veo mucho por aquí, desde que llegó el niño. De vez en cuando se va, como si respondiera a una llamada; aunque después vuelve. El otro día hice el turno de noche y no se movió en todo el rato. Le di algo de comer, pero no se acercó. Esperé a que me alejara, y después se lo zampó todo en un visto y no visto.

—Ya. Últimamente yo también me lo he encontrado. Recorre las mismas calles por las que iba con Tetté —asintió Ricciardi.

—Conque Tetté, ¿eh? Tanto investigar, tanto investigar, te has encariñado con el niño después de muerto. Por lo demás, es algo que te pega. El sombrío Ricciardi siente más apego por los muertos que por los vivos. A lo mejor te has equivocado de oficio, deberías dedicarte al mío. O al de éstos de ahí —dijo Modo.

Indicó con la cabeza el blanco carruaje fúnebre tirado por dos caballos, en el que dos hombres fumaban y zapateaban para quitarse el frío.

—No han reparado en gastos ¿te has fijado? Quien haya pagado el entierro quiso uno de buen nivel. Nada exagerado, nada pomposo, pero de buen nivel. El último viaje lo hará en carruaje, tu... ¿cómo lo has llamado? Tetté. Pocos años, pero su salida de escena será digna de mención.

—Por cierto, Bruno, ¿quién paga el funeral? El cura no me pareció muy propenso a los gastos de representación.

—¡Qué va! Esos cobran también por la ilusión del Paraíso, imagínate si van a soltar un céntimo para enterrar a un huerfanito. El cura ése no, seguro. Se lo pregunté a los enterradores; el funeral lo pidió y lo pagó una tal señora Fago di San Marcello que, según parece, era dama de la caridad e iba a la parroquia de Santa Maria del Soccorso. Se ve que le sobra el dinero. Podía haberlo gastado mejor dándole de comer al niño, así no se habría visto obligado a zamparse los cebos envenenados y ahora seguiría vivo, jugando con su perro.

—Siempre cínico y materialista. Sin embargo, es bonito que al menos ahora que está muerto tenga quien lo llore. Estuve preguntando por ahí y me pareció entender

que a nadie le importaba un rábano este niño —dijo Ricciardi negando con la cabeza.

—En una palabra, un fantasma. Uno de los miles, tal vez de los centenares de miles de fantasmas de esta ciudad. Ésos a los que nadie ve.

Serás tú, pensó Ricciardi. Hay alguien que, por desgracia, sí ve a esos fantasmas.

—Así es, Bruno. Pero por lo menos después de muertos tienen derecho a obtener una respuesta.

Modo aspiró una bocanada de humo del cigarrillo.

—Por eso el comisario Ricciardi, caballero de las almas perdidas, se pone a investigar el caso. Pero ojo, ten en cuenta que tu jefe máximo, botas y uniforme negro incluidos, está a punto de llegar y querrá encontrarlo todo en orden. Verás cómo acaba agarrándote de la oreja y a fuerza de patadas y aceite de ricino te explica lo contrario, que todo va bien, que la ciudad es maravillosa y está en orden, y que el rancho es excelente y abundante.

—Te estás haciendo viejo, Bruno. Y con la vejez te entran unas feas obsesiones. Todos tus comentarios conducen siempre a la política. ¿Es que no te das cuenta de que así no resultas muy distinto de aquéllos a los que odias? Ellos también hablan siempre y únicamente de política. A mí la política no me interesa nada. Lo que me interesa es hacer lo que puedo. Si todos hiciéramos lo mismo, a lo mejor ya nadie hablaría de esos grandes temas. Por fin —respondió Ricciardi.

—Luigi Alfredo Ricciardi, alias san Francisco. ¡Bravo! Mándalo todo a paseo, dejémoslo en manos de esa gente. Total, ya son amos y señores.

Ricciardi se encogió de hombros.

—Basta, basta, te lo pido por favor —dijo—. He aprendido la lección: debo darte la razón enseguida, así podemos cambiar de tema. Hablando de cambiar de tema, aparte de la forma en que murió, el otro día comentaste que el niño estaba muy deteriorado. ¿Me lo explicas mejor?

Modo aplastó la colilla en el suelo y exhaló la última bocanada de humo.

—Déjame que haga memoria... Estaba flaco, esquelético, tú también lo viste. La capa de grasa debajo de la piel era una delgada película. Excoriaciones en las rodillas, moretones en las piernas, producidos días y semanas antes, no en el momento de la muerte. Una quemadura en un brazo, más bien grave, pero antigua, de hace uno o dos años. Bastante profunda. Una fea cicatriz. Como detalle raro, unos moretones en el cuello de tres o cuatro días antes de la muerte, porque las marcas eran azuladas, no rojas; alguien lo agarró del cuello. Esos chicos sostienen unas peleas tremendas para sobrevivir, a menudo entre ellos. Pero él no devolvía los favores: tenía las manos en condiciones, las uñas no estaban rotas, no había morados en los nudillos. Aguantaba y punto. No obstante, la piel de la planta de los pies era gruesa como una suela por su costumbre de andar descalzo.

—O sea, nada que fuera muy reciente. Nada que lleve a pensar en un forcejeo

anterior a la muerte —apostilló Ricciardi.

—No, ya te lo he dicho. La ingestión de los cebos fue voluntaria, no forzada. La cavidad oral, el esófago, el interior de las mejillas: todo en orden. Las que acabo de mencionarte son heridas de guerra, la guerra que un niño como ese entabla a diario para vivir en esta tu hermosa ciudad fascista.

—Que es también la tuya, por cierto. Por lo menos hasta que vengan a llevarte dos hombres de negro y no volvamos a saber nada más de ti.

Modo se restregó las manos para calentárselas.

—Me dicen que muchas veces el exilio es en lugares cálidos, de playa. Aunque el mayor premio será no tener que volver a verte la cara.

Se interrumpieron cuando llegó el pequeño cortejo de la parroquia de Santa Maria del Soccorso: a la cabeza iba un afligido padre Antonio, con paramentos sacerdotales y sombrero saturno; detrás iban los cinco muchachos, que lucían sus mejores ropas y aun así estaban bastante raídas, sus cabezas rapadas brillaban con la lluvia; cerraba el cortejo el sacristán, la gorra de paño con visera calada hasta las orejas y las manos en los bolsillos. El párroco cruzó unas miradas con Ricciardi y Modo y los saludó con una fría inclinación de la cabeza antes de entrar en la capilla del hospital.

Instantes más tarde hizo su entrada en el patio un Fiat Torpedo color crema, conducido por un chófer con librea. El hombre se apeó y, tratando de no embarrarse, abrió la portezuela posterior por la que descendió la señora De Nicola Bassi, majestuosa como el automóvil, con abrigo marrón; detrás de ella iba otra mujer, más joven, completamente de negro. Ricciardi observó con curiosidad su figura: esbelta y muy elegante, bajo el sombrero con velo negro se vislumbraba la piel clara. Caminaba inclinada hacia adelante, cubriéndose la boca con un pañuelo; parecía la alegoría del sufrimiento.

Las dos mujeres entraron en la iglesia. Modo y Ricciardi las siguieron y se quedaron de pie en el fondo de la nave. En el centro, sobre un catafalco, un ataúd blanco de pequeñas dimensiones; dentro del cajón Tetté parecía más diminuto.

Los muchachos se apretujaban en el mismo banco; trataban de mantenerse lejos del cajón, como si la muerte fuese contagiosa. Al pasar cerca para ocupar la primera fila, sostenida por la señora De Nicola, la otra mujer estalló en desconsolados y roncros sollozos. El padre Antonio se le acercó para sostenerla y acompañarla hasta su asiento.

El oficio fúnebre fue breve y solemne. Ricciardi tuvo la impresión de que el padre Antonio no se lo tomaba con auténtico interés, aunque habló muy bien; atribuyó esa impresión a su propio prejuicio. Durante todo el oficio Carmen Fago di San Marcello, así se llamaba la otra dama de la caridad, no dejó de sollozar y toser. Un dolor así no se fingía: el comisario sintió de inmediato una fuerte afinidad con ese sufrimiento tan profundo.



Al final entraron los enterradores y se llevaron el ataúd para depositarlo en el carruaje. Entretanto habían llegado algunas coronas de flores en cuyas cintas se indicaban como remitentes a la señora De Nicola y la organización de las damas de la caridad. En una, la más hermosa, solo ponía: a Tetté, con todo mi amor. La señora Fago se acercó, sacó una rosa blanca, la besó y luego la depositó con cuidado sobre el pequeño ataúd mojado de lluvia. Ricciardi fue hasta donde ella estaba y tras una leve inclinación de la cabeza, le dijo:

—Señora, me llamo Ricciardi. Siento mucho esta pérdida. No conocí al niño, pero lo lamento en el alma y la acompaño en el sentimiento.

La mujer se subió el velo, dejando al descubierto unos ojos enrojecidos e hinchados y una cara hermosa atormentada por el dolor.

—El comisario, sí, me han hablado de usted. Yo soy Carmen Fago; gracias. La pérdida es de todos, era imposible no querer a Tetté.

—No me cabe duda. Le pido disculpas por molestarla en estas circunstancias, pero para mí sería muy conveniente hablar con usted un momento, luego..., al finalizar la ceremonia.

La señora De Nicola, que se había acercado para avisar a Carmen de que el cortejo fúnebre se disponía a partir, fulminó a Ricciardi con la mirada.

—¿Le parece a usted que es momento para esto? Es usted un insensible, no tiene corazón. ¿No ve lo desesperada que está mi amiga?

La señora Fago apoyó una mano enguantada en el brazo de su amiga.

—No, Eleonora, te lo ruego, quiero hablar con el comisario. Él quiere entender, yo también.

La otra trató de protestar.

—Carmen, ya te lo he dicho, no hay nada que entender. Fue una desgracia, una terrible desgracia. ¿Por qué quieres seguir atormentándote?

La más joven negó con la cabeza, decidida.

—Yo lo vi apenas dos días antes. Lo vi y estaba bien, ¿lo entiendes? Estaba bien. Era mi niño, el que me permitió sentir la ternura que me niega la naturaleza. No puedo, no quiero dejar que se vaya así.

Se dirigió otra vez a Ricciardi.

—Comisario, estaré con usted enseguida, en cuanto Tetté... cuando lo hayamos dejado. Le ruego que me espere.

El carruaje se puso en marcha, salió del patio del hospital y se internó en el concurrido barrio popular della Pignasecca.

Pese a la llovizna el mercado era un bullir de mil sonidos, reclamos, riñas, ruidosos regateos; cuando el blanco carruaje apareció cayó un silencio espectral y la multitud se partió en dos columnas para darle paso. Los caballos conocían su oficio y, aunque la carga era ligera, adoptaron unos andares acompasados y majestuosos.

El padre Antonio abría el cortejo, con su hisopo, seguido de los mellizos vestidos de monaguillos; su aspecto, por completo idéntico siempre que el desdentado no abriera la boca, resultaba muy coreográfico.

Seguía Carmen, que no dejaba de llorar, sostenida por una Eleonora seria y matronal.

Los otros tres chicos caminaban con la cabeza gacha; Cristiano lanzó una veloz mirada a Ricciardi, tras lo cual clavó los ojos en el suelo y no volvió a levantarlos. Un paso por detrás de ellos iba el sacristán, vigilando sus movimientos como un carcelero.

Ricciardi y Modo, el primero con la cabeza descubierta, el otro con el sombrero bien calado, cerraban el séquito. Detrás de ellos, rugiendo como una pantera dispuesta a atacar, el Fiat Torpedo en el que habrían llegado las dos mujeres.

Los hombres se descubrían o hacían un saludo militar; las mujeres se persignaban, hubo quien llegó a sacar un rosario y se puso a rezar en silencio. Muchos preguntaban con curiosidad a la persona que tenían a su lado quién era el muerto: a un pobre no lo enterraban con tanto fasto, carruaje y flores, y cuando moría un niño de buena familia, de inmediato se corría la voz.

Al llegar a la esquina de la basílica dello Spirito Santo, cuando la calle se juntaba con la via Toledo, Carmen abrió su bolso negro, sacó un puñado de confites blancos y los lanzó hacia los costados como quien siembra. Cual enjambre, los niños descalzos y desharrapados, se abalanzaron en silencio para recuperar las golosinas y empezaron a disputárselas.

Ricciardi y Modo se miraron, conocían la costumbre; aquellos confites representaban todas las fiestas que el niño muerto ya no celebraría: la comunión, la confirmación, el matrimonio. Observaron a aquellos niños, alegres y hambrientos, que iban detrás del cortejo fúnebre. La muerte y la vida entrelazadas por toda la eternidad.

Saverio, uno de los muchachos de Santa Maria del Soccorso, obedeció a su instinto y se abalanzó sobre un puñado de confites para disputárselos a dos granujillas, pero el sacristán lo agarró por el pescuezo con un rápido ademán y lo devolvió a su sitio.

El cortejo mantuvo la formación hasta la piazza Dante, donde se disolvió. Uno de los enterradores se acercó a Carmen, que sacó un sobre de su bolso; el hombre se tocó el ala del sombrero y volvió al carruaje, que partió en dirección al cementerio de Poggioreale. Ricciardi esperó aparte con Modo, mientras el padre Antonio se detenía a saludar ceremonioso a las dos damas. Al comisario no se le escapó la elegancia y la rapidez con que ocultó entre los pliegues de la sotana el otro sobre que Carmen sacó del bolso.

Tras dedicar unos minutos a intercambiar las condolencias al uso, el cura se fue hacia Capodimonte, seguido de los muchachos y el sacristán. Antes de marchar se volvió en dirección a Ricciardi y lo miró brevemente a los ojos. El comisario le sostuvo la mirada, hasta que el cura apartó la suya.

Modo se acercó a Ricciardi y lo aferró del brazo.

—Hasta la vista, amigo mío. Después de haber acompañado a un muerto voy a ver si puedo hacer algo bueno por algún vivo, que a lo mejor no lo seguirá siendo por mucho tiempo. Vete con cuidado. Estoy preocupado por ti, aunque este Ricciardi que investiga por su cuenta no me disgusta.

Ricciardi lo obsequió con la mueca que tenía por sonrisa.

—Siempre ponemos fin a nuestros encuentros recomendándonos mutuamente ir con cuidado. Hay algo que no funciona.

Se acercó a las dos mujeres. Eleonora lo miró de reojo con cierta hostilidad y se dirigió a Carmen:

—Si quieres te espero en mi coche. Cuando hayas terminado te llevo a tu casa.

—No, vete tranquila. Le pediré al comisario que me acompañe a casa. Vivo aquí cerca, a pie son diez minutos, y no llueve demasiado. Me vendrá bien tomar un poco el aire. Gracias, Eleonora. Más tarde te telefono.

Sin dejar de escrutar con gesto torvo al impasible Ricciardi, Eleonora dijo:

—De acuerdo, si así lo quieres. Recuerdos para tu marido. Hasta luego.

Y se marchó sin saludar.

—Me temo que no le caigo muy bien a su amiga. Interpreta mis preguntas acerca de la vida de Matteo como una duda sobre la forma en que el padre Antonio ayuda a los muchachos, sensación que él también comparte —comentó Ricciardi.

—¿No es así, comisario? Si no es ése, ¿cuál es el motivo de sus preguntas? —contestó Carmen con la voz aún ronca por el llanto.

Echaron a andar y recorrieron la via Toledo en sentido contrario al cortejo fúnebre. Carmen había abierto un gracioso paraguas para protegerse de la lluvia. Ricciardi comprobó que era joven, quizá no tendría más de treinta años, pero sus ojos reflejaban un dolor insoportable.

—No, señora —contestó—, no tengo dudas sobre el padre Antonio. Pero considero que se podría hacer algo más; aunque lo que hace ya es mucho. Tampoco

tengo dudas sobre la trágica casualidad de la muerte de Tetté, dicho sea de paso. Lo que quiero saber es cómo evitar que eso le ocurra a algún otro niño, si fuera posible. Y para saberlo tengo que averiguar más cosas sobre la vida del niño, es todo.

Carmen se sonó la nariz con el pañuelo que guardaba en el guante.

—Comprendo. Verá, comisario, yo soy estéril. Desde niña he soñado con una sola cosa: tener un hijo mío. Vengo de una familia sencilla; mi padre era maestro, mi madre, ama de casa. Yo la miraba y ansiaba llegar a ser como ella con mi hermanito: una madre, solo una madre. Después conocí a mi marido, y con él me hubiera gustado tener diez, doce hijos. Una familia numerosa de esas sanas y alegres. Pero no hubo manera, los hijos no llegaron.

Ricciardi percibía la incesante oleada de melancolía en la voz de la mujer: un flujo como la resaca del mar, tranquilo y terrible.

—He perdido la cuenta de los médicos a los que consultamos, de los santuarios que visitamos. Mi marido es rico, ¿sabe? Muy rico. Habría podido adoptar cien niños, pero yo no quise. Yo quería sostener entre mis brazos a la carne de mi carne, el fruto de mi amor, no el de los otros. Al cabo de diez años nos resignamos. Envejeceremos solos, con nosotros desaparecerá el apellido de mi marido. Yo me he dedicado a las obras de caridad. Esta ciudad las necesita con desesperación, comisario.

Ricciardi asintió; lo sabía perfectamente.

—Un año más tarde, más o menos, conocí a Tetté. Era el más pequeño, tartamudo, ni siquiera conseguía hablar. Pero tenía una sonrisa, comisario, una sonrisa que me deshacía el nudo que llevaba en el pecho sin saberlo. Lo recuerdo..., disculpe...

Carmen tuvo un acceso de llanto. Ricciardi esperó a que se le pasara.

—Nos entendimos enseguida con solo mirarnos. Él no hablaba con nadie, su defecto impacientaba a los adultos, incluso a Eleonora, y los demás chicos le tomaban el pelo. Yo nunca he ido sobrada de paciencia, pero con él no se me agotaba nunca. Nos pasábamos horas juntos, él dibujaba y yo le hablaba con dulzura, al final conmigo ya casi no tartamudeaba. Era capaz de hablarme de su mundo, de sus cosas. Yo le contaba mis cosas, él me contaba las suyas. Era como si nuestras dos soledades se hubiesen encontrado, tras haberse esperado durante mucho tiempo.

Ricciardi escuchaba en silencio.

—¿Lo veía a menudo, señora? —le preguntó—. Quiero decir, aparte de las clases que le daba dos veces por semana.

Carmen suspiró.

—Iba a recogerlo al menos una vez por semana. Le encantaba mi coche, no cabía en sí de gozo cada vez que podía venir. Le había comprado unos trajes que le guardaban en la parroquia, y se los ponían solo cuando salía conmigo. Lo llevaba a comer, pero con poca cosa se llenaba, porque tenía el estómago pequeñito. Me lo

llevaba a pasear sin el chófer, a él le encantaba asomarse a la ventanilla para que el viento lo despeinara, y en verano bajaba la capota y qué manera de reírnos, cuánto nos reíamos. Para él y para mí eran los momentos más felices. Era el hijo que no había tenido, comisario. Por fin Dios me lo había dado.

Viernes, 23 de octubre de 1931 – IX

*En el cuarto hace un frío tremendo. Es temprano todavía, aunque Tetté lleva rato despierto, arrebujado bajo una pila de sacos que le sirven de manta.*

*La lluvia que golpetea en los postigos cerrados y la humedad deberían entristecerlo; pero Tetté sonrío feliz. Ése es el día más hermoso de la semana. El día de su ángel.*

*Tetté sueña despierto y espera. Cuando Nanni abre la puerta y grita arriba todos, salta de la cama y se pone a doblar las improvisadas mantas, saca de debajo de la yacija los pantalones y la camisa. Se estremece al ponérselos, son de hielo sobre la piel desnuda.*

*Tras asegurarse de que incluso los más recalcitrantes se han despegado de las mantas, el sacristán se acerca a Tetté y le indica por señas que lo acompañe a la otra habitación. Tetté lo sigue, embargado por la alegría. Los demás chicos lo miran, y los mellizos intercambian un guiño cómplice.*

*En la otra habitación hace más frío aún, porque allí no duerme nadie; es un cuarto minúsculo que el sacristán mantiene cerrado con llave. Hay una mesa, dos sillas y un armarito de hierro cubierto de herrumbre, también cerrado. El sacristán saca la llave del bolsillo y lo abre. Tetté no puede disimular la sonrisa, y Nanni le lanza una mirada ceñuda.*

*El hombre saca del armario unos pantalones cortos y una blusa de marinerito, un sombrero y un par de zapatos negros de cuero. Las prendas están immaculadas, perfectamente planchadas. Nanni las despliega sobre la mesa como si fueran una reliquia y se sienta a ver cómo se cambia Tetté.*

*A Tetté no le gusta la mirada del sacristán porque en ella no se lee nada. Siempre tiene los ojos enrojecidos; Tetté sabe, como todos los chicos, que por las noches se emborracha en una taberna del puerto. Muchas veces, en verano lo han visto tirado en la calle, roncando con la boca abierta.*

*Te estás haciendo mayor, dice Nanni mientras lo mira. Mayor de verdad. Tetté se apura, quiere terminar de ponerse la ropa limpia; con las prisas pierde el equilibrio y a punto está de desgarrar el pantalón. El hombre salta como un resorte y le suelta una bofetada.*

*Tartaja imbécil, le dice: estos pantalones valen mucho más que tú. No tienes idea de lo que te hará el padre Antonio si llegas a romperlos. A Tetté le zumba el oído en el que acaba de recibir el golpe, pero se traga las lágrimas. Quiere terminar enseguida y salir del cuarto.*

*Nanni sigue hablando: recuerda que conozco tu secreto, tartaja. El secreto que solo sabemos tú y yo. Y recuerda que puedo contarlo, y si lo cuento, lo pierdes todo,*

*tartaja tonto. Te quedarás sin nada, incluso sin esos bonitos paseos en coche con la señora y tu ropa nueva.*

*A Tetté le gustaría contestar: querría decirle no, yo no quiero ese secreto, ¡quédatelo! Yo solo quiero estar con mi ángel y nada más. ¿Por qué no me dejas en paz?*

*Le gustaría; pero la serpiente ha subido desde su estómago y se le ha enroscado en la garganta, cortándole el aliento. Y, como siempre, le impide hablar.*

*El hombre se ríe, abre la boca llena de dientes podridos. A Tetté le llega el aliento a vino. Tetté cierra los ojos y piensa: total dentro de dos minutos yo ya me habré ido de aquí. Dentro de dos minutos estaré en la calle, el padre Antonio me llevará de la mano, y así vestido con mi ropa nueva esperaré a que llegue el coche y me lleve.*

*Con mi ángel.*

Carmen se detuvo cerca del portón de uno de los edificios más hermosos de la via Toledo, poco antes del largo della Carità.

—El hijo que no tuve. No sé por qué me encariñé tanto con él. Habría podido elegir un niño más pequeño aún, y... sano, sin defectos. Quizá una niña, para educarla y vestirla como a una muñeca. Muchas lo hacen, ¿sabe usted, comisario? Muchas de mis amigas tienen un pupilo con el que dan rienda suelta a su instinto maternal. Pero yo no quería un juguete, y Tetté no lo era.

Ricciardi recordó el intercambio de sobres blancos y le preguntó:

—He visto que el padre Antonio, en el hospital y al terminar la ceremonia, se acercó a usted. Me dijo que le preocupaba que usted no volviera a ver a los demás chicos ahora que Tetté ha muerto. ¿Es cierto?

Carmen esbozó una amarga sonrisa. Poco a poco, siguiendo un proceso que Ricciardi tenía la desgracia de conocer a fondo, el dolor sordo fue dando paso a una muda tristeza que tardaría mucho tiempo en desaparecer y que tal vez no desaparecería nunca.

—El dinero. Al padre Antonio le preocupa el dinero, ¿cree acaso que no lo sé? Lo sé muy bien y no me importa. Dispongo de mucho más dinero del que necesito. Y él, como usted mismo ha dicho, al menos hace algo por esos niños. No sé si conseguiré volver a la parroquia. No me siento con ánimos de ver ese lugar sin...

Rompió a llorar otra vez. Algunos viandantes se volvieron a observarla; su traje negro hablaba de un luto reciente, de modo que la gente le echaba miradas de conmiseración. Carmen se calmó y siguió diciendo:

—Jamás volveré a encariñarme con ningún niño, comisario. De eso estoy segura. Le acariciaba la cabeza, y él la apretaba contra mi mano para no perderse un solo momento. Nunca más podré acariciar a otro niño.

Ricciardi sentía una gran pena por aquella mujer a la que la naturaleza primero y la suerte después había privado del único sentimiento que le habría gustado experimentar.

—Señora, no debería hablar ahora, con la pérdida tan reciente. Espere. En eso estoy de acuerdo con el padre Antonio. Son tan pocas las personas que hacen algo por esos niños perdidos. No puede renunciar.

Carmen no escuchaba, estaba sumida en sus recuerdos.

—Le había comprado un traje de marinerito. Cuando iba a recogerlo para dar nuestros paseos, le pedía al padre Antonio que se lo pusiera. Estaba guapísimo, y se lo veía tan feliz. Me di cuenta de que solo le ponían esa ropa cuando salía conmigo, porque no se le estropeaba nunca. ¿Cómo pudo haber ocurrido, comisario? ¿Tan hambriento estaba para comerse los cebos para ratas? ¿Cómo es que no me lo dijo a



mí que podría haberle dado de todo?

—No lo sé, señora. Estoy tratando de averiguarlo. Antes hablaba con el doctor Modo, que se ocupó de..., de practicar los estudios necesarios en el cuerpo del niño; encontró muchas marcas, morados, equimosis. Aunque nada vinculado al momento de la muerte o inmediatamente anterior.

Carmen abrió los ojos como platos.

—No tuve valor para verlo muerto, comisario —dijo—. Eleonora me lo contó..., estaba escandalizada. Dijo que era atroz, ensañarse así con el pobre cuerpo de un niño muerto. Yo..., yo no sé qué pensar, la verdad. No consigo hacerme a la idea de que no lo veré más. Pero, dígame, ¿qué marcas tenía? ¿De qué eran esas heridas que tenía?

—No, señora, no se trataba de heridas propiamente dichas. Más bien marcas de malos tratos. Por ejemplo, alguien lo había agarrado del cuello un par de días antes.

La mujer se tapó la boca con la mano para ahogar un grito.

—¿De veras? Del cuello... ¿Acaso querían matarlo? Entonces su muerte podría ser... ¡Ay, Dios mío!

Ricciardi levantó una mano para detener el flujo de tales pensamientos.

—No, señora, no. No es así. Le repito que la muerte fue por completo accidental. No hay señales de ingestión forzada. Tetté comió voluntariamente esos cebos. Me gustaría saber si últimamente él le había hablado de algún maltrato. De algún enfrentamiento violento. En una palabra, si había alguien que la hubiera tomado con él.

Carmen trató de hacer memoria.

—Sé que la vida en la parroquia no era fácil. No le gustaba hablar de ello, quizá temía que yo me quejara al padre Antonio y que tomasen represalias con él. Los demás chicos le gastaban bromas pesadas porque era tartamudo, se desquitaban con él porque era el más pequeño, el más indefenso. Una vez apareció con un morado en la cara, pero no me quiso decir cómo se lo había hecho, dijo que se había caído, aunque no le creí. Se lo dije al párroco y me prometió que se ocuparía del asunto, luego ya no supe más.

Ricciardi aprovechó la ocasión.

—¿Le habló alguna vez de las personas con las que tenía tratos, de lo que hacía? De su trabajo de aprendiz, por ejemplo, del sacristán, del propio padre Antonio; si visitaba algún sitio, si iba a algún sitio, no sé, tal vez con ese trapero llamado Cosimo Capone, o con otras personas.

Carmen se pasó una mano temblorosa por los ojos, tratando de recordar.

—No lo sé, la verdad, en este momento, creo que no... Me hacía daño pensar en él abandonado a sí mismo, y él lo sabía, por eso no me contaba demasiadas cosas. Ese hombre, el trapero con el que hacía de aprendiz, por ejemplo, un día me los encontré

juntos por casualidad, primero vi a Tetté; me dio una pena inmensa, tan desharrapado, con ese perrito. Pero sonreía, no me pareció infeliz. El hombre era raro, llevaba un frac mugriento y un sombrero deformado, recitaba una poesía, me parece recordar, rodeado de gente que se reía. Me marché para que Tetté no me viera, a él le gustaba mucho ir pulcro y bien vestido cuando me veía. El trapero no me pareció mal hombre y, le repito, Tetté sonreía.

Ricciardi insistió.

—Aparte del recorrido que hacía con el trapero, ¿iba a otros sitios? Por las noches, por ejemplo, ¿iba a algún sitio?

Carmen arrugó la frente, esforzándose por hacer memoria.

—No, comisario. Eso sí que me parece raro, Tetté en la calle por la noche, lo encuentro absurdo. Le tenía mucho miedo a la oscuridad, no le gustaba; no lo veo yo recorriendo las calles en noches de lluvia, con rayos y truenos. Y mucho menos en sitios insólitos, distintos de los que estaba habituado a recorrer. Por Dios, comisario, no quiero ni pensarlo, que su muerte hubiese podido evitarse.

Ricciardi pensó que era mejor terminar la conversación; la mujer parecía al borde de un ataque de nervios.

—Señora, dejémoslo aquí por ahora. Necesita usted descansar. Si se acordara de algo, en la jefatura encontrará al sargento Maione. Yo estaré ausente unos días, pero él sabrá dónde localizarme.

Carmen asintió, aún pensativa, y se dirigió hacia el portón. Luego se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—Comisario, quiero decirle algo. Tal vez piense que si lo hubiese querido como le cuento, habría adoptado a Tetté para que estuviera conmigo.

—Señora, yo...

La mujer lo interrumpió levantando una mano enguantada.

—Sé que lo piensa. Yo también lo pienso. Y ésa era mi intención, a Dios pongo por testigo. Pero ha de saber que mi marido está enfermo, muy enfermo. La enfermedad lo ha dejado completamente inválido, y llevar un niño a casa, estando él en esas condiciones, le hubiera hecho daño.

A Ricciardi lo turbó esa confidencia.

—Por favor, señora, ¿quién soy yo para pensar nada ni para juzgar? Lo único que pretendo es descubrir si en esa desgraciada muerte puede haber algo que la explique. Es todo.

Carmen asintió.

—Pero yo me sentiré condenada para siempre, comisario. Condenada por la idea de que si hubiese estado conmigo esa noche y no abandonado a su propio destino, ahora tal vez Tetté estaría vivo. Y yo habría tenido una posibilidad de ser feliz.

Dio media vuelta y se marchó, cargando sobre sus hombros un inmenso dolor.

Ricciardi sintió pena por ella; lo que había dicho era verdad.

Viernes, 23 de octubre de 1931 – IX

*Tetté suelta la mano del padre Antonio y sube al coche. Entorna los ojos: el olor a cuero de los asientos, a aceite caliente del motor, a gasolina. El ruido de la velocidad, la leve brisa que entra por la ventanilla.*

*Hola, amor mío, dice su ángel. Él le sonrío, enamorado. Adora cada momento que pasa con ella, no importa dónde estén ni adónde vayan. Le apena un poco haber dejado al perro, pero sabe que él lo entiende porque se lo ha explicado: solo será un rato, nada más, le susurró acariciándolo, una hora, como mucho dos.*

*Ella le acaricia el pelo, él sostiene la gorra en la mano. ¿Adónde quieres ir?, le pregunta. ¿Qué tal una buena pastelería? Sí, contesta él. Claro que sí.*

*Piensa que los demás niños no disponen de un momento así. Sueñan con él, eso sí. Una de las primeras veces le pidieron que les contara, venga, tartaja tonto, cuéntanos adónde fuiste con la señora Carmen. Y a él le hubiera gustado contarles, pero la serpiente le subió desde el estómago y ya no pudo; entonces le pegaron, los mellizos lo aguantaban, Saverio le daba patadas en el estómago y Amedeo reía. Cristiano salió, para no ver.*

*Cristiano le cae bien a Tetté. Piensa que hasta podrían llegar a ser amigos, si él pudiera hablar. Es el único que a veces lo protege, el único que se interpone.*

*Desde aquella paliza, cada vez que salen, le ruega al ángel que le deje llevarse algo, un pastel, una galleta, unas pastas. Así puede dárselas, ellos comen y él se ahorra los golpes.*

*Todos la tienen tomada con él porque su ángel lo quiere. Pero como todos reciben algo a cambio, dejan que se quede con eso, y no lo muelen a palos ni le cuentan a ella mentiras, algo feo.*

*Mientras el coche llega a la pastelería y se detiene, Tetté piensa en lo que Nanni, el sacristán, le ha dicho. Piensa en esa cosa fea que está ocurriendo, ese secreto que él no quería, piensa que si el ángel llegara a enterarse, como ha dicho Nanni, no querría volver a verlo.*

*Tetté podría perderlo todo. Hasta al perro podría perder, y él lo quiere con locura, es su único amigo. Jamás renunciaría a esos momentos en compañía del ángel. Jamás.*

*Ahora han entrado en la pastelería, el propietario hace una reverencia, les asigna un camarero que los acompaña a una mesa. El ángel le pregunta qué quiere, él señala un pastelito de crema.*

*Come, no se lo termina porque no puede más. El ángel ríe, dice, será posible que tengas tanta hambre, seas tan flaquito y comas como un pajarito. Él se ríe, ¡cómo un pajarito! Le ruega al ángel que pida que le envuelvan el pastelito sobrante, así se lo*

*lleva a los otros chicos. Ella se conmueve y, enternecida, le dice que eso está muy bien, que es muy bueno por pensar en los niños menos afortunados. Tetté piensa, sí, claro, así nadie me aporrea como un tambor en la fiesta de Piedigrotta.*

*Piensa que a lo mejor consigue guardar un pedacito para dárselo al perro, pero debe buscar otro sitio donde esconderlo, ahora que ya saben lo del ladrillo suelto de la pared.*

*Su ángel le pregunta lo de siempre. ¿Cómo estás? ¿Cómo te tratan en la parroquia? ¿Alguien te hace daño? ¿Y el trapero?*

*¿Qué debería contestar, Tetté? ¿Acaso debería estropear esos momentos que tanto espera, que tanto anhela? ¿Debería hablar del odio, de los desprecios, de las burlas? ¿No es mejor, piensa Tetté, separar las dos vidas y disfrutar de esos momentos en el cielo?*

*No. Dice que no con la cabeza y sonrío. Va todo bien, ángel mío.*

*Todo bien, si tú estás a mi lado.*

Livia decidió pasar por la jefatura para enterarse de dónde estaba Ricciardi y qué hacía; ella había contribuido de un modo determinante a que le dieran vacaciones y luego no había vuelto a saber de él.

Las noticias recibidas a través de la organización de Falco, con la lectura del informe, habían dado lugar a una larga reflexión tras la cual la fascinación que el comisario ejercía sobre la mujer fue aún mayor.

De modo que era noble y rico; disfrutaba de una posición que le habría permitido desempeñar un papel importante en la vida de la alta sociedad. No era homosexual, eso confirmaba lo que el instinto le había sugerido. No tenía una mujer. Había elegido vivir con modestia, en compañía de su vieja tata, en una zona no elegante y apartada. Incluso su amistad con Modo, por peligrosa que fuese, indicaba que Ricciardi tenía unos valores que prescindían de la utilidad personal.

Aquel hombre era un auténtico misterio. Fascinante, pensó Livia, y se apeó mientras el chófer le mantenía la portezuela abierta. Muy fascinante.

En el zaguán se materializó Ponte, el servil ayudante de Garzo, que vigilaba la entrada a la espera de novedades.

—Bienvenida, señora. El dottor Garzo estará encantado de recibirla. Por favor, sígame, que la acompañaré a su despacho.

Livia no estaba allí por Garzo, como era lógico.

—No, gracias. En realidad me gustaría ver al comisario Ricciardi.

Ponte la aferraba por el codo y no la soltaba.

—Pero el comisario no está, señora. Ha tomado vacaciones, ¿no se acuerda? Es más, me parece que quizá estos días lo vea usted más que nosotros, ¿no? Venga, pase. Es solo un momento, el dottore la saluda y luego se marcha. ¡Si se entera de que ha venido y no la he llevado a verlo, ya sabe usted cómo se enfada!

Sin dejar de charlar, la condujo escaleras arriba, hasta el despacho de Garzo, que la vio llegar por la rendija de la puerta.

—¡Mi querida señora! ¡Por fin un rayo de luz en este día oscuro y húmedo! ¡Por favor, póngase cómoda, pase, pase!

Livia estaba francamente arrepentida de haber tenido la idea de pasar por la jefatura.

—No, dottore, no quiero hacerle perder el tiempo, con lo ocupado que estará. He pasado solo para..., quería comentable algo a Ricciardi, pero su ayudante acaba de decirme que no está, de manera que...

Garzo hizo que se sentara casi a la fuerza y cerró la puerta a su espalda.

—Cinco minutos no son una pérdida de tiempo y menos si se emplean en hablar con usted y, sobre todo, en verla. ¿Cómo está? ¿Cómo van las cosas?

—Bien, muy bien, gracias. Voy completando mi organización doméstica.

Garzo intentaba resultar fascinante y mundano, pero a los ojos de Livia era más soso que nunca.

—Hablando de organización, ¿qué tal va la de la recepción? En la ciudad no se habla de otra cosa. Personalmente, me cuido muy mucho de comentar que hemos hablado de ello y que usted ha manifestado su deseo de invitarnos a mí y a mi esposa, pero escucho los comentarios con gran atención.

—Sí, sé que la gente se ocupa demasiado de estos pequeños acontecimientos mundanos. Para mí no es más que una oportunidad de ver a una antigua amiga y presentarle a mis nuevos conocidos, es todo.

El subjefe de policía adoptó un aire conspirador.

—Hablemos claro, señora. Su papel y su presencia en la ciudad están bajo observación. Bajo atenta observación.

Siguió un momento de silencio. Livia miraba al funcionario con nuevos ojos; ¿acaso era posible que ese hombre insignificante, ese burócrata vanidoso estuviera al tanto de la actividad de la misteriosa organización a la que pertenecía Falco? En el fondo se trataba de una especie de policía, y la jefatura podía estar al tanto. En tal caso, tal vez en su afán por complacerla, Garzo podría darle algún dato que le aclarara hasta qué punto Ricciardi estaba sometido a su vigilancia. Por extraño que pareciera, Livia sentía que podía proteger al comisario.

Decidió darle a entender que estaba al corriente de la vigilancia de la policía secreta y ver si así conseguía que Garzo le hiciera alguna confidencia.

—Claro, dottore; sé muy bien que la hija del Duce y, de paso, esta insignificante amiga suya, debemos ser vigiladas. Son tiempos difíciles, quién mejor que usted para saberlo. Pero como no tenemos nada que ocultar, resulta tranquilizador sentirnos protegidas. En especial cuando quien nos vigila tiene la gentileza de informarnos. En cuanto a la recepción estará rodeada de las máximas medidas de seguridad, de modo que, como invitado, puede estar tranquilo.

A Garzo se le iluminó la cara: oír que lo incluían explícitamente entre los invitados y descubrir al mismo tiempo que Livia estaba al corriente de la vigilancia de la policía secreta y que se alegraba de ello, era más de lo que podía esperar.

—Señora, yo también lo sé y estoy muy contento. Lo ha dicho usted muy bien, cuando no se tiene nada que ocultar, ser vigilados resulta tranquilizador.

No era verdad; los dos lo sabían. Corrían demasiados rumores sobre personas inocentes y poco advertidas que eran conducidas a lugares secretos para someterlas a procedimientos que, de manera inevitable, desembocaban en condenas; pero la desconfianza que ambos se tenían les impidió expresar esos temores.

—Dottore, yo venía para tener noticias de Ricciardi, al que no veo desde la última vez que estuve aquí. ¿Sabe usted algo? ¡Es un artista de la fuga!

Acompañó el comentario con una carcajada alegre, para disimular la preocupación que empezaba a embargarla.

—No sé nada, señora —dijo Garzo—. Es más, debo decirle que me gustaría enterarme de sus movimientos. Ya que estamos hablando en confianza, le comento que a veces toma iniciativas personales con las que corre el riesgo de meterse en aprietos. Algunos de sus comportamientos y de las personas que frecuenta podrían dar lugar a interpretaciones nada convenientes. Como sus amigos, usted y yo deberíamos presionarlo para que tuviera más cuidado.

Livia captó al vuelo que Garzo disponía de la misma información que le habían dado a ella. ¿Sabría algo más?

—Fíjese usted, eso mismo haré en cuanto se digne a dejarse ver. Pero usted, dottore, ¿tiene alguna idea de los compromisos que lo han llevado a tomarse estas vacaciones? ¿Dónde puedo localizarlo para hablar con él?

El subjefe de policía no tenía la menor intención de revelar nada más. Toda precaución era poca: ¿y si la propia Livia fuese una informante de Falco y su gente? No había que olvidar que venía de Roma, era imposible saber con certeza si la habían enviado para averiguar cosas sobre él y la jefatura.

—La verdad, no sabría decirle. La última vez que lo vi estaba usted presente. Además, ya sabemos que con Ricciardi uno nunca puede estar seguro de nada. Confío en que no se meta en ningún lío que exceda mi capacidad de protegerlo. Lo digo porque ha de saber usted, mi querida señora, que pese a mi afecto y simpatía personal, jamás haría nada que se opusiera ni por asomo a la voluntad del régimen.

Livia contuvo una mueca de disgusto. Qué ruin era ese hombre, sospechaba que ella era una informante.

—De eso no me cabe la menor duda, dottore. Gracias. Y ahora sí debo marcharme, que aún me queda mucho por hacer.

Garzo se levantó para acompañarla a la puerta.

—Claro, claro, me hago cargo. Hasta pronto, mi querida señora. Espero entonces una carta suya.

—La recibirá sin falta. Que tenga usted buenas tardes —dijo Livia.

Mientras el automóvil salía del edificio, Livia entrevió la silueta maciza de Maione. Le pidió al chófer que parara, bajó y fue hacia el sargento.

—Sargento, buenas tardes. ¿Cómo está? Acabo de ser secuestrada por su dottor Garzo, que no sabe nada de Ricciardi. ¿Por casualidad sabe dónde se ha metido?

Maione miró a su alrededor; parecía en apuros.

—No, señora. ¿Cómo voy a saber yo lo que hace el comisario? Está de vacaciones, ya lo sabe usted, dichoso él. Mientras nosotros seguimos aquí, trabajando.

Livia pasó por alto la reticencia del sargento con un rápido ademán.



—No me venga con numeritos, sargento. A usted y a mí nos preocupan el bienestar y la salud de Ricciardi. ¿Puede saberse en qué lío se ha metido? Un hombre no desaparece así de la noche a la mañana, y sé que usted no estaría mucho tiempo sin saber nada y él sin informarle. De manera que dígame, ¿qué está pasando?

Maione era un hombre casado, por lo que conocía de sobra la fuerza de la obstinación de las mujeres y sabía que no disponía de recursos suficientes para resistir. Será mejor que le diga algo, así le bailamos el agua a la señora, pensó.

—No sé si se acordará de que la última vez que se vieron yo estaba presente, el comisario le habló de la muerte de un niño de Capodimonte. Un huerfanito, pobrecito mío. Pues la última vez que hablé con él estaba investigando el caso, quería terminar de aclarar unos cabos sueltos. Le pidió al doctor Modo que hiciera unos estudios del cadáver, para establecer cómo había muerto, en fin, ese tipo de cosas. Es todo lo que sé. Y ahora, señora, tendrá que perdonarme pero me tengo que ir. He terminado mi turno y antes de irme para casa debo hacer una gestión. Hasta pronto, señora.

Y después de tocarse la visera del sombrero, abrió un paraguas enorme y se marchó bajo la lluvia.

Al oír el nombre del médico, Livia se preocupó todavía más. Esperó con todas sus fuerzas que Ricciardi no se estuviese metiendo en un buen embrollo.

Por enésima vez Enrica pasó delante de la ventana y echó un vistazo al otro lado de la calle. Oscuridad. En la casa de Ricciardi no se veía una sola luz encendida. Era angustiante, porque no tenía manera de saber si había leído o no su carta de respuesta.

Había elegido un tono cortés, cordial pero no afectuoso, mediante el cual informaba a Ricciardi que no le disgustaba en absoluto que la saludara, y que para ella era un placer verlo y retribuir sus saludos. Se refirió a las relaciones de buena vecindad y a la educación recibida. Con aparente desenvoltura, hacia el final de la hoja escrita con prolija caligrafía de zurda, a la que ni siquiera las monjas habían podido corregir, había dejado caer el comentario de que no había nadie que pudiera ofenderse si la saludaba, y que esperaba que en su caso ocurriera lo mismo.

Ahora estaba muy preocupada. Temía que aquella mención de la inexistencia de un prometido y de una prometida pudiera interpretarse como una advertencia y diera a entender que ella aspiraba a una relación seria y definitiva. ¿Y si llegaba a pensar que su condición de seguir soltera a esa edad la convertía en una cazadora a la búsqueda desesperada de una boda? Y si no le escribía nunca más, ¿qué haría?

Suspiró; para alguien tan paciente como ella, esa ansiedad de la espera era una situación nueva y difícil de soportar. Decidió que si al día siguiente no recibía una respuesta, volvería a ver a Rosa para tener noticias.

Subiendo la cuesta con la lengua fuera, maldiciendo la lluvia que a pesar del paraguas se le colaba por el cuello del abrigo, Maione pensaba, y cuanto más pensaba, más se preocupaba. Las preguntas de Livia, la creciente tensión que se respiraba en la jefatura, la terrible inclinación de Ricciardi a meterse de cabeza en camisa de once varas contribuían a que se angustiara por él.

Lo que más lo afligía era no descubrir el motivo que impulsaba al comisario a hurgar en la vida de aquel pobre niño. Con el paso de los años se había acostumbrado a no poner en tela de juicio las intuiciones de Ricciardi, pues aunque no lograba seguir sus deducciones lógicas, éstas a menudo eran corroboradas por los hechos. Los análisis, los procesos mentales que tanta desconfianza inspiraban en los demás policías, que evitaban llevarle la contraria a su superior, y que, rencorosos, no perdían ocasión de definirlo como gafe, para Maione eran verdades reveladas, fruto de una misteriosa capacidad que no habría osado discutir ni en sueños.

Pero en esta ocasión, pensó mientras atacaba el último tramo de la cuesta, el riesgo era muy grande; la protesta semioficial del arzobispado, recibida en un momento tan delicado como el de la próxima visita de Mussolini, ponía en manos del imbécil de Garzo un arma demasiado peligrosa. ¿Qué había visto Ricciardi en el trágico fin del huerfanito? ¿Qué pequeño indicio, qué sensación tenía de que el hecho ocultaba algo más?

No acababa de entenderlo, y precisamente porque no estaba habituado a discutir lo que Ricciardi le ordenaba, estaba decidido a acompañarlo en aquel peligroso recorrido, y que todo lo demás se fuera a freír pimientos.

Miró con desconsuelo el empinado tramo de escaleras que debía acometer; el comisario le había pedido que buscara información, y él había puesto a trabajar al mejor informador con el que contaba. Y si este último tenía la excéntrica costumbre de dar audiencia única y exclusivamente en su domicilio, que se encontraba nada más ni nada menos que en lo alto de las escaleras situadas en lo más alto de la cuesta más empinada de Nápoles, las subiría.

Un sargento exhausto, empapado por la lluvia y el sudor, con un hambre canina, fue el que llamó a la puerta de Nenita.

Muy pocos conocían el verdadero nombre de este peculiar personaje, pero el sobrenombre por el que era universalmente famoso en los callejones más sórdidos derivaba de una canción de Raffaele Viviani, muy en boga en los últimos años, cuya protagonista era una prostituta hermosa y enamorada. Quien abrió la puerta, envuelta en un quimono de seda de colores chillones, pintarrajeada a más no poder, tenía unos rasgos hermosos y quizá también estuviera enamorada, aunque la capa de maquillaje no lograba disimular del todo la incipiente y negra barba que contribuía al equívoco

suscitado por su altura y la anchura de sus hombros.

—Eh, sargento, ¡qué sorpresa más grata con este tiempo de perros! A estas horas ya pensaba que no vendría. Pase, pase, póngase cómodo, por favor. Como si estuviera en su casa.

La voz grave, de garganta, era masculina, pero la modulación, dulce y afectada, no dejaba lugar a dudas sobre la completa feminidad de quien hablaba. Nenita caminaba, respiraba y vivía perfectamente a sus anchas al borde de una delgada línea fronteriza, algo solo posible allí, en la ciudad más tolerante del mundo. Estaba tan integrada en ese ambiente que, por su natural tendencia al cotilleo, era capaz de saberlo todo de todos casi al instante y, en nombre de una extraña y peculiar amistad entre dos personas que no podían ser más distintas, el sargento Raffaele Maione era destinatario único y exclusivo de ese cúmulo de información.

—Nenita, tengo que decirte que entre todos tus defectos, éste de querer hablar conmigo solamente en tu casa, en lo alto de una montaña, es el que menos soporto. El día menos pensado, por tu culpa me dará un infarto y llevarás mi muerte sobre tu conciencia.

Maione se dejó caer en un silloncito de mimbre, que gimió bajo su peso, se desabrochó el cuello de la camisa y se abanicó con el pañuelo. Nenita se sentó frente a él, recogiendo coquetamente las piernas embutidas en unas medias transparentes.

—Ay, lo único que nos faltaba, que nos vieran juntos charlando en un café. Y así luego a mí me rajan el vientre con un cuchillo, y a usted, como mínimo, van y le cuentan a su señora que lo vieron con la cabaretera más despampanante de Nápoles, y entonces ella también le rajará el vientre.

Maione fue recuperando el aliento.

—No te falta razón, por eso vengo hasta aquí. Pero habría otra posibilidad, te detengo y así podemos hablar cómodamente cuanto me venga en gana, sin tener que subir escaleras. ¿Qué te parece?

Nenita batió palmas.

—Estupendo, mi sargento, qué idea más maravillosa. Así yo tengo cama y comida gratis y usted se tendrá que conformar con la información que pueda conseguir en chirona. ¿Qué le parece, le va bien así?

Maione resopló.

—De acuerdo, por ahora te dejo libre. Veamos si lo que tienes para mí es suficiente, si no, después decido. ¿Qué me cuentas?

Nenita volvió los ojos al cielo, como para traer a la memoria los datos.

—Veamos, ¿qué quería saber? Ah, sí, Cosimo el trapero. Pero ¿para qué le interesa? Si es un pobre pelagatos que no tiene ni arte ni parte, ¿qué puede haber hecho ése?

—A ver si te enteras, Nenita, tú conmigo tienes que cumplir. Pero solo conmigo,

porque si no ya no serás útil y no me quedará otra que enchironarte.

—¡Ay, mi madre, qué arisco! Es que a mí los hombres de uniforme me vuelven loca y, claro, no puedo decirle que no. A ver... hablábamos de Cosimo. Tenía usted razón, me lo confirmó una compañera mía que sirve en el edificio de la esquina de San Giovanni Maggiore con la via Sedile di Porto y lo vio en acción. En efecto, sargento, Cosimo roba. El método es simple: él va dando charla, que para eso tiene un pico de oro, se inventa las historias, reparte cumplidos y así tiene a las mujeres distraídas. Es que nosotras, las mujeres, somos bobas, nos dejamos encandilar por el primero que pasa y nos suelta un cumplido.

Maione consideró la sombra de barba y pelos hirsutos que asomaban por el quimono que la manaza de Nenita procuraba cerrar sobre el pecho.

—Tienes razón —dijo—. Vosotras, las mujeres, sois así. Sigue.

—Total, que mientras él hablaba, el crío que iba con él y que era precisamente el pobre niño que encontraron muerto en Capodimonte, se metía a hurtadillas en las casas y birlaba algo. Cositas con las que iba redondeando el sueldo. A ver ahora cómo se las arregla sin el niño.

Maione se rascó la cabeza.

—De modo que en vida el niño se dedicaba al delito, menor pero delito al fin. Aunque por experiencia sé que los ladrones difícilmente son asesinos.

Nenita se enderezó en la silla.

—¿Asesino? ¿Por qué, cree que al chico lo asesinaron? Ay, Virgen Santa, ¿y según usted ha sido Cosimo?

—No, Nenita, ¡cálmate, por favor! No he dicho eso. Además, ya te he comentado que el niño murió tras haber comido sin querer veneno para ratas. Solo intento explicarme por qué el comisario me ha pedido que buscara esta información, es todo.

Nenita suspiró.

—Ese comisario suyo cada vez que duda de algo al final resulta que tenía razón. Madre santa del cielo, ¡qué hombre más apuesto! Lástima que tenga mal carácter y sea un gafe..., lagarto, lagarto... Si no me lo pensaba, en vista de que usted no me quiere.

Maione protestó.

—¡Claro que no te quiero, Nenita! Yo estoy aquí para evitar que te detengan, ya lo sabes, que tu oficio no se puede ejercer como haces tú en plena calle. Y que no te vuelva yo a oír eso de que el comisario es gafe, porque con información o sin ella, te enchirono y sanseacabó.

Nenita cogió un abanico y empezó a abanicarse con coquetería.

—¡Ay, pero cómo se enciende usted por cualquier cosita! De acuerdo, no volveré a decir que es gafe, aunque en la jefatura lo diga hasta el último mico. En cuanto a mi oficio, sargento, yo no tengo la culpa si los burdeles solo son para las que están

apuntadas en el registro civil como hembras. Que yo, para vivir, me las tengo que ingeniar, ¿no?

Maione agitó las manos en señal de rendición.

—Está bien, me rindo, tienes razón, me basta con que sigas hablando. ¿Te has enterado de algo más?

Nenita siguió contando.

—Verá usted, Cosimo es un miserable; como mucho puede enfadarse, pillar una cogorza y molestar a alguna mujer por la calle, pero a mí me parece que no le haría daño a nadie. Va diciendo por ahí que mató a un tipo cuando era jovencito, pero es sabido que no fue él sino otro que después se largó a América. Pregunté por ahí sobre la vida en la parroquia, y me confirmaron lo que le dijeron a usted. Además, me enteré de que el padre Antonio presta dinero a interés. No en grandes cantidades, un poquito por aquí, un poquito por allá, y a todo aquél que no se lo puede devolver, lo amenaza con contarle a los cuatro vientos. No tiene usted idea de lo que soporta la gente con tal de que nadie se entere de que pasa hambre. También se comenta que compra y vende casas, apartamentos, tiendas y los pone a nombre de testaferros que le cobran los alquileres y se los dan a él. En fin, un especulador que se dedica al sacerdocio como pasatiempo.

Maione negaba con la cabeza, disgustado.

—Vaya con el cura. Pregona vino y vende vinagre, está clarísimo. ¿Qué más?

Nenita sonrió, orgullosa.

—Una compañera mía que peina a las viejas de la zona de Santa Teresa me contó otra buena noticia. Dice que el sacristán, un borrachín llamado Nanni, además de beber tiene el vicio de ponerle las manos encima..., encima, ya me entiende... a las mujeres y, óigame bien, también a los muchachitos. En una palabra, que está obsesionado con eso. A mi compañera se lo contó una vejistoria que lo puso en su sitio, pero esa compañera mía dijo que más le hubiera valido aceptar, porque con lo vieja y fea que era, algo así no le volverá a pasar nunca más. Dicen también que en plena borrachera lo vieron tratando de abrazar a uno de los chicos más grandes, y que el chico le dio una patada y salió corriendo. No sé si le servirá de algo, pero yo se lo quería contar.

Maione asumió un aire pensativo.

—Gran ambiente el de la parroquia del Soccorso. Vaya asco, en esta ciudad levantas la tapa de cualquier alcantarilla y las alimañas te salen a puñados. Bien, con esto me arreglo, gracias, Nenita. Si necesitara algo más, te aviso. Mientras tanto, hazme un favor, pórtate bien y no te dejes acuchillar por nadie.

Nenita se puso de pie para acompañarlo a la puerta.

—Sargento, ya sabe que aquí siempre tiene la puerta abierta. No hay ningún peligro de que lo vean, porque si me preguntan, diré que es un cliente fiel.

Maione le lanzó una mirada arisca.

—Tú prueba a decir algo así y si no te mato, te mando treinta años a la sombra, ¿entendido?

—Entendido, entendido. Entonces diré que viene de incógnito para que nadie se entere, ¿le parece?

Maione tiró la toalla, derrotado.

—¡Di lo que te dé la gana! Si te enteraras de algo más, avísame.

Cuando el sargento estaba en el rellano, Nenita lo llamó.

—Por cierto, casi se me olvida. Quería contarle que uno de mis clientes que trabaja de vendedor ambulante de fruta, un muchacho honrado que va corto de dinero porque tiene seis hijos y entonces yo se lo hago a mitad de precio porque me da pena, vio al niño, el que murió, dice que andaba por ahí con un perro, ¿es cierto?

Maione asintió.

—Sí. ¿Y qué más?

—Que lo vio no muy lejos de la parroquia el sábado pasado. Mi cliente se quedó sorprendido porque siempre lo había visto solo, a él y al perro, y alguna vez le regalaba una nuez o una cereza en mayo, le daba pena porque, como le he dicho, él también tiene hijos pequeños. Pero esa vez el niño no iba solo.

—¿Y con quién iba? ¿Con los demás muchachos, con el sacristán?

—No, no —dijo Nenita negando con la cabeza—. Con un hombre alto, elegante, un señor. Y a mi cliente le llamó la atención, porque no caminaba bien, cojeaba un poco. Y mi cliente pensó: mira tú, un tartaja y un cojo. Linda pareja.

Nada mejor que la cena de Rosa si llegas con jaqueca, pensó Ricciardi; es una bomba con un poder tan destructor que el estómago, en su ímproba tarea de digerir, exige la máxima atención y cualquier otro malestar pasa a un segundo plano. Y cuidadito con no comer, se pondrá de morros y el ambiente de casa se volverá irrespirable.

Esa noche, con el pretexto de que entrara en calor, le había infligido una sopa de boda: en un cuenco con las dimensiones de una plazoleta flotaban salchichas, tocino, alubias, apio y otros ingredientes no identificables. El ajo y la cebolla dominaban, tal como se podía percibir desde el zaguán del edificio. Ricciardi calculaba que tardaría al menos cuarenta y ocho horas en completar la digestión de aquello, siempre y cuando no feneciera antes.

Los pensamientos no lo habían abandonado ni un instante mientras se peleaba con el mejunje bajo la atenta mirada de la cocinera que, como tenía costumbre, vigilaba que comiera desde el umbral de la cocina. Las caras del padre Antonio, de Carmen y Eleonora, los ojos gachos de los chicos, la figura ambigua del sacristán desfilaban por su cabeza, alternándose con el misterioso trapero, el propietario del almacén de comestibles, los mil ojos desconfiados y malévolos que lo veían pasar desde la

penumbra de los callejones, como los del jovenzuelo que le había preguntado a Cristiano si necesitaba ayuda. No lograba hacerse una idea cabal de la vida del niño muerto: algo se le seguía escapando.

Empezaba a comprender la muda e intensa necesidad de afecto que impulsaba a Tetté a complacer a cuantos lo rodeaban y a éstos a aprovecharse de esa necesidad para perseguirlo; excepto Carmen y el perro. Al pensar en el animal sintió un escalofrío mientras escuchaba en la radio las filigranas de una orquesta de jazz. Todavía no se acostumbraba a encontrárselo a pocos metros, silencioso, apenas visible bajo la lluvia. Por extraño que pareciera, tenía la sensación de que era aquel chucho mestizo, de pelambre manchada y una sola oreja erguida, el que le encargaba la investigación.

Tosió, notó un pinchazo en la garganta. Exceso de lluvia y viento frío, preludio de un resfriado. Notaba ese cansancio en el cuerpo que anticipa la fiebre.

Con dolorosa ironía pensó que lo habría tranquilizado ver el fantasma del niño, quizá en un callejón de la zona donde había muerto.

Tal vez un hombre, al regresar tarde del trabajo, se había encontrado con el cadáver delante de la puerta de su casa, bajo la lluvia, y para no verse implicado en la investigación policial, para no tener que responder sobre algo que no sabía, lo había llevado en brazos hasta la escalinata, donde lo había depositado con respeto y ternura.

Tal vez una mujer lo había encontrado muerto en el zaguán de un edificio, no había tenido el valor de avisar a nadie y lo había llevado a un sitio donde pudiera descubrirlo el primer viandante.

Quizá sus mismos compañeros de correrías lo habían llevado lejos de donde habían robado algo juntos. En el fondo, Cristiano lo había conducido enseguida hasta el almacén para enseñárselo.

Pero allí no vio la imagen del Asunto. Tampoco la vio en el dormitorio de la parroquia, ni en la calle que llevaba al Tondo di Capodimonte, ni en ningún otro de los lugares que había recorrido en los últimos días, siguiendo las huellas de la vida de Tetté.

El pensamiento lo condujo hasta la imagen de la nuca colgando, hasta el dolor que desprendía su soledad. Aunque resulte paradójico, pensó, habría sido tranquilizador volver a experimentar una vez más el mal extremo del Asunto y percibir las últimas y afligidas palabras pronunciadas por el niño al abandonar su vida terrenal. Verlo presa del intenso ardor del veneno, de las convulsiones, contemplar la baba amarillenta colarse de su boca, los miembros rígidos en un último espasmo. Lo habría observado, habría clavado los ojos en sus ojos muertos. Habría oído sus últimas palabras que, incoherentes con el momento final, constatarían una vez más cómo al morir se va hacia la nada mirando atrás.

Pero al menos habría sabido y se habría resignado. Se habría acercado al perro, le

habría dado algo de comer y después, cada uno por su lado. Cada uno con sus recuerdos insoportables.

El locutor anunció que un tónico digestivo ofrecía a los oyentes la siguiente canción, «Polvo de estrellas», y la orquesta atacó una melancólica melodía.

Se levantó del sillón, la cabeza en llamas, la garganta en llamas, el estómago en llamas. Ajeno a todo, seguido por dos ojos escrutadores que lo espiaban desde la cocina, vio en la repisa del vestíbulo un sobre cerrado que hasta ese momento le había pasado inadvertido. Lo cogió, indeciso, imaginó de inmediato de quién se trataba y le entró un miedo atroz.

La respuesta de Enrica. Ella también le había escrito.

Sintió un mareo que llegó acompañado de náuseas; disimuló el malestar, para ahorrarse la tisana terrible de la zona de Cilento de la tata, pues habría sido el golpe de gracia a su precaria condición. No tenía la menor intención de perder las escasas posibilidades de no vomitar.

—¿Quién ha traído esta carta? —le preguntó a Rosa, y añadió—: No ha llegado por correo ordinario, no lleva matasellos.

La tata, que no se había perdido un solo movimiento de Ricciardi, fingió un sobresalto.

—Madre santa, qué susto me ha dado, creía que se había dormido en el sillón. ¿Esa carta? ¿Y qué sé yo quién la habrá traído? Me la encontré en el buzón, en el zaguán del edificio.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo miras tú lo que hay en el buzón?

Rosa adoptó el aire belicoso que sacaba a relucir siempre que se sentía entre la espada y la pared.

—¿Por qué, acaso no puedo mirar lo que hay en el buzón? ¿Y las cuentas que llegan del pueblo, las facturas y todos los papeles necesarios para sacar adelante las tierras, quién los mira, acaso el señorito? Yo ya no puedo arreglármelas sola, estoy vieja, los ojos no me funcionan más y me duelen todos los huesos.

Comprendido el error, Ricciardi se retractó enseguida.

—Olvídalo, por favor. Haz de cuenta que no he dicho nada. Claro que puedes mirar en el buzón, solo faltaba que no pudieras hacerlo. Me preguntaba quién pudo haber dejado la carta, es todo.

Consideró una posible complicidad entre Rosa y Enrica, pero desechó enseguida la idea: no era posible que la tata supiera que la miraba desde la ventana, y mucho menos que le había escrito. Había puesto el máximo cuidado, no podía haberse dado cuenta. Quedaba por completo descartado.

Afectando indiferencia, se sentó otra vez en el sillón. Le temblaban las manos; no quería correr el riesgo de rasgar la carta al abrir el sobre. Cuando se hubo calmado, lo abrió. Nada más ver la letra se enterneció, inclinada del lado contrario: era zurda y no



la habían corregido. Por absurdo que pareciera, pensó que había sido capaz de conservar ese rasgo de su personalidad, y ni que decir tiene que le gustó.

No se decidía a leer. Vio la firma al final, una sola cara, «cordialmente suya, Enrica Colombo». No era muy extensa; por otra parte, la suya tampoco. Tuvo miedo: no hay nada más breve de expresar que un rechazo.

Llevaba más de un minuto dándole vueltas a la hoja cuando Rosa le dijo:

—¿A qué espera? Yo cuando quiero enterarme de lo que dice, leo.

La voz de la tata sonó como el disparo de un fusil, y Ricciardi dio un brinco.

—Leo, leo. Es para mí, algo de..., algo del trabajo. Cosas de la oficina, no te preocupes. Anda, vete a dormir, que es tarde. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó la tata, arisca.

Pero se fue sonriendo para su alcoba.

Ricciardi leyó al fin, de un tirón; luego releyó, y al final volvió a leer, saboreando las palabras una por una, desmenuzándolas en la boca, pronunciándolas en voz baja, como si memorizase un poema. En aquellas líneas encontró la imagen que se había hecho de ella, y le pareció perfecta, serena, dulce, seria pero de sonrisa fácil.

Sabía ahora lo más importante, que no tenía novio, no se había comprometido con nadie. Sabía que algún día quería tener una familia, una casa propia en la que moverse con naturalidad, pausada y tranquilamente.

Que él no le resultaba molesto ni le provocaba disgusto por su brusquedad, por su incapacidad para relacionarse con la gente. Que sus ojos, acostumbrados a observar el dolor y a reconocer su sonido, le resultaban gratos.

Como le ocurría siempre que pensaba en ello, su parte racional le ordenaba que se alejara, que rompiera aquella carta, que cerrara los postigos y no volviera a verla nunca más; que no soñara con un futuro en el que transmitiría el Asunto a sus hijos inocentes, en el que se vería obligado a compartir su condena con la persona que más amaba.

Pero su otra parte, la que ansiaba cada día más llevar una vida normal, esa cotidianidad que solo a él le era negada, lo impulsaba a correr a la ventana, a abrirla de par en par y a llamar a Enrica a voz en cuello.

Como era obvio, se decantó por una solución intermedia: se levantó del sillón, apagó la radio y la luz, entró en su alcoba y fue a la ventana; al otro lado de la calle vio una luz encendida, como todas las noches; saludó con un leve ademán, la muchacha de las gafas que bordaba con la mano izquierda retribuyó el saludo con una graciosa inclinación de la cabeza.

Sonrió, indeciso, y le enseñó la carta que sostenía con mano temblorosa. Ella se sonrojó y apoyó un momento el bordado sobre el regazo. Luego se puso a bordar otra vez, sonriendo.

Ricciardi pensó que seguramente tenía fiebre.

*Sábado, 31 de octubre de 1931 – x*

Desde hacía unos días a Maione se le hacía cada vez más cuesta arriba ir a trabajar. En eso pensaba tratando de no resbalar en las losas de piedra negra, relucientes de lluvia, mientras bajaba la larga cuesta que llevaba de su casa a la jefatura.

En primer lugar, no estaba acostumbrado a la ausencia de Ricciardi. El comisario no era una gran compañía, desde luego, ni siquiera él, el único que sentía aprecio por su superior, habría podido sostener algo semejante. No obstante, era siempre un constante punto de referencia, un centro de gravedad alrededor del que giraba la jornada del sargento.

Por otra parte, no le gustaba el ambiente que en los últimos días se respiraba tanto en la jefatura como en la ciudad: una especie de euforia amenazante, un estado de excitación constante por la inminente visita del Duce. A medida que las paredes de los edificios se iban cubriendo de retratos y letreros, y las autoridades iban fijando carteles en los que se ensalzaba a Mussolini y los grupos de holgazanes comenzaban a recorrer las calles cantando agarrados del brazo, Garzo se ponía más histérico y, de paso, contribuía a que todo el personal tuviese los nervios a flor de piel. No solo era un fastidio, sino un auténtico peligro: en ese estado de inflamabilidad bastaba una chispa para que estallara el caos, de hecho en las últimas horas se habían producido peleas en varios puntos de la ciudad, con llamadas y carreras de las patrullas a las que, con frecuencia, no les cabía más labor que tomar nota de los daños.

Por último, y no menos fastidioso que los demás factores, estaba el mal tiempo. Llovía, desde hacía dos semanas llovía sin parar, con breves intervalos nubosos. Chubascos, lloviznas intermitentes, lluvia con rachas de viento. El agua se infiltraba y provocaba inundaciones, desprendimientos, caídas, accidentes de tráfico. Para un policía no había nada peor que la lluvia.

Sumido en esos negros pensamientos, mientras ponía cuidado de no caer, Maione estuvo a punto de no percatarse de la silueta que lo esperaba, de pie, bajo una cornisa en la esquina de la via della Tofa, a pocos metros del edificio de la jefatura de policía.

—¡Comisario! ¿Qué hace por aquí a estas horas? ¡Qué coincidencia, pensaba en usted y me lo encuentro delante! ¿Cómo se siente? ¿Está usted bien?

Ricciardi no tenía buen aspecto: estaba pálido, tenía los ojos enrojecidos. Parecía afiebrado.

—Me siento bien, gracias. Me duele un poco la cabeza, pero se me pasará. Quería hablar contigo antes de que llegaras al trabajo; si te parece, te invito a un café.

Maione miró a su alrededor, quería asegurarse de que no hubiera ojos indiscretos que los viesan y le fueran a Garzo con el cuento. No estaba de humor para enfrentarse a un interrogatorio del subjefe de policía sobre la forma en que Ricciardi pasaba sus

vacaciones.

Siguió al comisario hasta un pequeño local que ya estaba abierto a esas horas; se sentaron y pidieron, Maione, como siempre, algo de comer, Ricciardi, un vaso de tinto. El sargento lo miró con sorpresa.

—Comisario, creo que si no se siente bien no debería andar por la calle con esta lluvia. Me parece que tiene fiebre, y la verdad es que un vaso de vino tan temprano por la mañana no ayudará a que se cure.

—Así entro en calor. Tengo escalofríos, esta maldita humedad que no se va nunca. Y ahora, cuéntame, ¿qué has averiguado?

Maione le refirió con todo detalle la información que le había pasado Nenita sobre el trapero, el cura y el sacristán; todo cuadraba con la idea que se habían hecho de la vida real del niño, más allá de las halagüeñas descripciones de los interrogados.

—Son todas personas violentas, que en un arranque de ira pueden hacer daño, sí, pero de forma burda. Pueden ser, y seguramente serán, los responsables de las marcas que el pobre Tetté llevaba en el cuerpo, morados, cortes, incluso la quemadura del brazo; pero no los veo planificando su muerte con premeditación. Además, ¿por qué iban a querer hacerlo? —dijo Ricciardi pensativo.

—Y de hecho no lo hicieron, comisario —intervino Maione con fuerza—. Ninguno de ellos mató al pobre niño. Incluso usted lo admitió, ¿no? Y también el doctor Modo lo dijo, si no me equivoco. Yo todavía no entiendo qué estamos buscando.

Ricciardi consideró que algo debía contarle a Maione, aunque solo fuera para justificar las investigaciones que le encargaba.

—Raffae', tengo motivos para pensar que el cadáver de Tetté fue trasladado. No quiero decir que alguien lo matara, ojo; pero dudo que muriera donde nos lo encontramos.

Maione abrió bien los ojos; estaba francamente sorprendido.

—¿En serio? ¿Y por qué lo piensa? ¿Qué signos vio?

Ricciardi tenía la respuesta preparada.

—Signos propiamente dichos, como pruebas, por ejemplo, no hay, de lo contrario las habrías visto tú también o te las habría comentado enseguida. Pero, veamos, en primer lugar y según dijo Modo, la muerte por ingestión de estricnina produce convulsiones, y dudo mucho que morir con convulsiones te deje sentado tan tranquilo, con las piernas rectas y las manos sobre el regazo como encontramos a Tetté, con los ojos tristes mirando al vacío. Se habría caído, ¿no crees? Lo habríamos encontrado tirado en el suelo, bajo la lluvia. Y después está el perro.

Maione estaba cada vez más perplejo.

—¿El perro? ¿Qué tiene que ver el perro, comisario? ¿Y a qué perro se refiere?

Ricciardi tamborileó con el índice en el vaso vacío.

—¿No te acuerdas del perro que encontramos cerca del niño? Todas las personas con las que hablamos nos contaron que Tetté no se separaba nunca de él. De modo que también le daba de comer, ¿no? ¿Cómo es entonces que el perro seguía vivo? Él también tendría que haberse envenenado, ¿no crees? Pero no, estaba echado tan tranquilo, cerca del cadáver del pobre chico.

Maione asintió, pensativo. No acababa de convencerse del todo.

—Sin duda, es algo raro. Pero también es posible, comisario, que el niño entrara solo en el almacén, se llevara comida, y como estaba oscuro y no veía nada, por desgracia se llevó también uno de los cebos envenenados, solo uno. El doctor Modo dijo que bastaba una pequeñísima cantidad de veneno para matar a un niño tan pequeño. Además, lo de las convulsiones..., el niño ya estaba muy débil, a lo mejor se murió en el acto de un ataque al corazón, y no le dio tiempo a sufrir. Sería lo mejor, ¿no?

Ricciardi asintió.

—Claro que sería lo mejor. Pero hasta que esté seguro, me gustaría encontrarle una explicación. No dispongo de pruebas, se trata solo de un palpito que tengo. Ya me conoces, si algo no me cuadra, quiero verlo bien claro. Es todo.

—Huy, si sabré yo lo tozudo que puede llegar a ser —dijo Maione—. Está bien, comisario, sigamos adelante; incluso porque por la información que nos pasó Nenita, que como usted sabe es de fiar, sabemos que el mundo en el que viven estos niños es realmente asqueroso. Todavía tengo que contarle el dato más importante que me pasó, se refiere a un verdulero ambulante que es su cliente; le dijo que vio al niño una semana antes en compañía de un extraño personaje.

Y le refirió a Ricciardi el encuentro con el hombre alto y elegante, que caminaba con una cojera, y discutía con Tetté. De inmediato, el comisario prestó más atención.

—¿Y cómo discutían? ¿Se estaban peleando o solo hablaban? ¿Cómo era esa persona? ¿Qué edad tendría? ¿Cómo era de alto?

Maione extendió los brazos.

—¿Cómo voy a saberlo, comisario? —dijo—. Estamos hablando de algo que vio de pasada un vendedor ambulante, hace ya una semana, en plena calle. Bastante hemos hecho con enterarnos gracias a Nenita, que parece el centro de información de la ciudad. Yo creo que los periódicos deberían contratarlo, sería capaz de escribirlos todos de cabo a rabo él solo sin ayuda de nadie, de la primera a la última página.

Ricciardi se pasó la mano por la frente, la notó muy caliente.

—Debemos averiguar quién era este señor. Se trata de algo insólito ocurrido la víspera de la muerte, un hecho importantísimo. Así las cosas, creo que será necesario hablar directamente con quienes no hemos interrogado: el vendedor de jabón y el sacristán. También deberíamos interrogar a Cristiano, el chico, que además es el hueso más duro de roer.

Maione terció con decisión.

—Entonces nos los repartimos, comisario. Usted podría encargarse del sacristán y yo del traperero y el muchacho, si ven un uniforme les entra más miedo. Ya sabe usted que el miedo suelta la lengua más que un vaso de vino.

—De ninguna manera —protestó Ricciardi—. Ya sabes los vientos que soplan en la jefatura. Solo faltaría que te acusaran de insubordinación y te metieran en chirona. Deja que me ocupe yo, gracias.

Pero cuando Maione tomaba una decisión, no había quien lo apeara del burro.

—No, comisario. Esta vez lo haremos como le digo yo. En primer lugar, porque me parece que usted no está en condiciones de pasearse por la ciudad bajo la lluvia; en segundo lugar, porque no me fío de ir a la jefatura con el loco de Garzo que está a la que salta. Y, por último, porque lo más seguro es que tengamos que volver a hablar con Nenita, y ya sabe usted que él solo habla conmigo. Así que tómesele con calma y, por una vez, haga usted lo que yo digo, y no al revés.

Ricciardi levantó las manos.

—Está bien, me rindo. Puedes proceder, yo hablaré con Nanni, el sacristán. Y démonos prisa, tengo la sensación de que cuanto más tiempo pase, menos descubriremos.

Sábado, 24 de octubre de 1931 – IX

*Tetté está contento porque ha conseguido colar sin ser visto el pedazo de pastel que no se comió el día anterior en la pastelería; ahora ha salido con el perro, se guarece de la lluvia en el zaguán de un edificio.*

*Con las manos parte en trocitos el pastel endurecido, se come uno y le da dos al perro, que se los zampa con voracidad.*

*De pronto algo le quita la escasa luz al colocarse entre ellos y el portón. Tetté levanta la vista, sorprendido, y ve al señor cojo. Contiene el aliento, está aterrado. Le tiene mucho miedo a ese hombre.*

*Hola, niño, le dice. Siempre habla en voz baja, mira a su alrededor, como si quisiera salir huyendo de un momento a otro y nunca le ha hecho daño; pero a Tetté de todos modos le da miedo. Se lo encuentra delante como un fantasma, cuando menos se lo espera, y nunca cuando está en casa, en la parroquia.*

*Hola, niño, repite. ¿Qué haces, coméis tú y el perro? ¿Quién te ha dado esa comida?*

*La serpiente ha subido rauda y se le ha anudado a la garganta, Tetté ni siquiera intenta contestar. Niega con la cabeza sin saber por qué.*

*Entonces el hombre mira a su alrededor, le dice, levántate, salgamos de aquí. Tetté no quiere moverse, porque no sabe adónde quiere llevarlo ese hombre; entonces el hombre lo agarra del brazo y lo levanta en peso.*

*En cuanto el perro ve que el hombre le ha puesto la mano encima a Tetté, se levanta y gruñe con fuerza. El hombre lleva un bastón para andar, lo levanta y le asesta al perro un golpe seco en el lomo. Tetté y el perro gimen al unísono, casi con el mismo tono. El animal se aleja unos metros, sin dejar de gruñirle al hombre cojo y de soltar gañidos de dolor.*

*Si os portáis bien, no os haré nada, dice el cojo. Ni a ti, ni al perro. Lo sabes. Pero debéis hacer lo que os digo. Tú, por ejemplo, debes contestar cuando te pregunto. Si no, ya sabes qué pasa.*

*Tetté lo sabe, vaya si lo sabe; Nanni se lo ha repetido cien veces, desde la semana anterior, cuando fue a buscarlo y lo llevó fuera, a la vuelta de la esquina, donde los esperaba el cojo. Si le cuentas a alguien, a quien sea, de este encuentro, que el cojo viene a hablar contigo, voy y se lo digo a la señora rubia. Y no la vuelves a ver más, nunca más. Le voy a contar unas cosas que cuando las oiga, saldrá corriendo para no volver ni siquiera a darte clase. Pero si vas a hablar con el cojo, yo no le digo nada a nadie. Es un secreto, tartaja tonto, un pequeño secreto. Lo sabes tú y lo sé yo, y si no lo sabe nadie más, todo irá bien. De lo contrario, el único que saldrá perdiendo eres tú.*

*El cojo lo arrastra del brazo, y con la otra mano apoya el bastón en el suelo; de vez en cuando la contera resbala en el suelo mojado, pero el cojo no se cae. Tetté camina deprisa, porque si no el cojo lo levanta en peso y le hace daño en el brazo.*

*El perro los sigue a distancia. No deja de gruñir, por suerte camina sin problemas, el cojo no le ha hecho demasiado daño, piensa Tetté.*

*Se meten en un callejón y se detienen. El cojo vuelve a ser amable, sonrío, le acaricia la cabeza. Así me gusta, le dice, eres un niño muy bueno. ¿Quieres un caramelo? Mira, te he traído un caramelo de miel. Tetté lo acepta y se lo guarda en el bolsillo. Da las gracias muy serio, como le ha enseñado el ángel. ¿No te lo comes?, pregunta el cojo. Después, contesta él, me lo como después.*

*El cojo se pone a hacerle preguntas con tono tranquilo: siempre lo hace así. Qué haces, qué comes, cuántos años tienes, cuánto hace que vives en esta parroquia. Y, después, como tiene por costumbre, se pone a hurgar en los recuerdos que Tetté no tiene: ¿sabes quién te ha llevado allí? ¿No conservas nada, un traje, una sábana? ¿Qué recuerdas de cuando eras pequeñito, pequeñito? ¿Cómo es posible que no te acuerdes de nada?*

*Aunque la serpiente se le enrosca en la garganta, Tetté contesta. El cojo no tiene paciencia, pero espera. Pone cara amable, pero le aprieta el brazo.*

*Empieza por las preguntas que más miedo le dan: ¿quién viene a verte? ¿Hay alguien en la iglesia que te mire con más atención que el resto? Y cuando sales con ella, con la señora rubia, ¿adónde vas? ¿Adónde te lleva? ¿Qué te dice? ¿De qué habláis? Y tú, ¿qué le dices?*

*Tetté no quiere contarle al cojo sobre lo que hace cuando está con su ángel. Teme que de algún modo lo prive de esos momentos, y además tiene celos, son cosas suyas y de su ángel, no quiere contarle nada.*

*Entonces el cojo se da cuenta de que no quiere responder y se enoja. La mano que empuña el bastón se cierra con fuerza, Tetté ve que los guantes blancos se llenan de pliegues, los labios se cierran con fuerza y se ponen blancos, los ojos del hombre se vuelven dos rendijas.*

*La otra mano le aprieta el brazo, con fuerza, cada vez con más fuerza: Tetté ya no se siente la mano y se queja.*

*El perro da un paso al frente, gruñe, y el cojo levanta el bastón hacia él. El perro se detiene, pero no deja de gruñir, los pelos del lomo erizados, la cola quieta, las orejas gachas; parece a punto de atacar, con bastón o sin él.*

*Habla, le ordena el cojo. Habla, tartaja idiota, deficiente mental.*

*Aprieta demasiado: Tetté suelta un prolongado lamento en el preciso instante en que por la calle en la que desemboca el callejón pasa un verdulero con su carrito. El hombre oye el lamento y se vuelve, entrecierra los ojos para ver en la oscuridad.*

*¿Quién anda ahí?, grita. ¿Qué está pasando?*

*El cojo se vuelve y cambia enseguida de expresión. Suelta a Tetté y le acaricia la cabeza. Pobres niños, le dice al vendedor ambulante. Se las ingenian todas con tal de conseguir una moneda. Con la gorra calada hasta los ojos, de pie entre las varas del carrito, el hombre le echa una mirada torcida. No dice nada. Tiene niños en casa, y no le gusta cuando los señores se internan en los callejones a hacer cosas raras.*

*El cojo advierte que el verdulero no se marchará hasta que él no lo haya hecho. Mira fijamente a la cara a Tetté, le lanza una sonrisa aviesa y luego se lleva el índice enguantado a los labios, abriendo los ojos de par en par. «Cuidado —susurra—. Mucho cuidado».*

*Y se aleja renqueando, y su bastón resbala sobre las piedras mojadas.*



Al terminar la misa Maione se fue a esperar en la esquina de la parroquia de Santa Maria del Soccorso. Había calculado el tiempo que tardaría Cristiano en salir e irse a dar una vuelta tras haber hecho de monaguillo.

Con puntualidad milimétrica, el chico pasó con las manos en los bolsillos, la vista clavada en el suelo, silbando una melodía en boga. El sargento dio un paso al frente, salió de la sombra y plantó ante él su considerable mole. Cristiano estuvo a punto de llevárselo por delante.

Su primer impulso fue salir corriendo; Maione lo había previsto, saltó como un resorte y lo agarró del brazo. Cristiano trató de soltarse, pero Maione no aflojó la presión.

—Si te quedas quieto, terminamos enseguida y te dejo marchar. Si no, te llevo a la jefatura y hablamos allí. Tú decides.

El plan, susurrado a la cara del muchacho como una bofetada, surtió el efecto esperado. Cristiano se calmó y miró con descaro al sargento.

—Yo no he hecho nada. ¿Qué quiere de mí?

—¿Desde cuándo hace falta que hayáis hecho algo para que os lleven a la jefatura? —dijo Maione—. No te preocupes, que si es por eso, el motivo lo encuentro. Bastará con que pregunte por ahí. Solo quiero charlar un poco contigo, con calma.

Cristiano miró a su alrededor con circunspección; en su mundo, no era nada bueno que lo viesan hablando con un policía. Maione notó la tensión; inclinó la cabeza para indicarle el callejón oscuro al cual, una semana antes, el cojo había arrastrado al aterrorizado Tetté.

En cuanto estuvieron al reparo de miradas indiscretas, Cristiano reconquistó la arrogante seguridad que solía exhibir.

—Yo no he hecho nada y no sé nada, ya se lo dije a su colega. No tengo nada que decir.

Maione le sujetó la barbilla entre los dedos y apretó, sin que Cristiano pestañeara.

—Escúchame bien, bonito, mi colega, que no es un colega sino un comisario, es demasiado blando con vosotros, que sois carne de acera. Yo os conozco bien, y sé cuándo decís la verdad y cuándo contáis mentiras. Pero sobre todo, sé cómo hay que hacer para que nunca más volváis a estar tranquilos. Así que te lo pediré una sola vez, ¿cuéntame cómo pudo ocurrir que tu amigo se muriera envenenado? Y no me digas que no sabes nada, porque te juro que te quito de la circulación por una buena temporada.

Cristiano sopesó a su interlocutor con ojo crítico; tenía pocos años pero llevaba en la calle desde hacía tanto tiempo que sabía valorar muy bien a quién tenía enfrente,

las oportunidades y los riesgos que determinada situación podría suponerle. Esta vez, su valoración no lo condujo a nada bueno. Le pareció que Maione se había distraído un momento y fintó hacia un lado, pero el sargento movió veloz una pierna y le puso una zancadilla; antes de que tocara el suelo, lo agarró por el cuello de la camisa y lo puso otra vez de pie.

—Cuidado, que te vas a caer. ¿O es que no ves por dónde caminas? Inténtalo de nuevo y ya no volverás a casa por tu propio pie, ¿entendido?

Cristiano volvió a mirarlo, masajeándose el cuello. Ya lo sabía, pero debía intentarlo.

—¿Qué quiere de mí, si puede saberse? ¿Qué tengo que decirle?

—Ya te lo he dicho. ¿Qué le pasó a tu amigo?

—¿A mi amigo? El tartaja tonto no era amigo mío. Era uno de la casa, el más pequeño. Nada más.

Maione no le quitaba la vista de encima.

—¿En serio? Pero alguien nos contó que tú eras el único con el que hablaba de vez en cuando. El único que no se metía con él.

—¿Hablabas? El tartaja no hablaba. Cuando lo intentaba se bloqueaba y decía siempre lo mismo: ma-tte-tte-tte... Por eso lo llamaban Tetté. Pero nosotros le decíamos el tartaja tonto.

—¿Por qué lo llamabais así?

—Porque era tartaja y porque era tonto. Se lo creía todo, alguien le decía, ve para allá que te están llamando, y él iba. No se avivaba ni a tiros, siempre se lo tragaba todo. Y los demás lo pisoteaban, se divertían haciéndole de todo.

—¿Qué le hacían?

Cristiano se encogió de hombros.

—Bromas. Le metían animales muertos en la cama, le robaban la comida del plato. Le llenaban los zuecos con mierda de perro. Cosas así.

—¿Y tú? ¿Qué le hacías tú?

Le lanzó otra de sus miradas de desprecio.

—Yo no perdía el tiempo haciéndole bromas al tartaja. Una broma sirve para que todos vean que alguien es tonto, pero si eso ya se sabe, ¿para qué sirve? Además, me daba pena el tartaja.

—¿Por qué te daba pena? —le preguntó Maione.

—Ya se lo he dicho, porque se creía todo lo que le decían. No sé cómo explicárselo, buscaba a alguien que no le hiciera daño. Buscaba, miraba con esos ojos, sin decir nada. Me parecía inútil meterme con él.

Un razonamiento simple. Maione asintió.

—Está bien. Y ahora hablemos de la noche anterior, de la última vez que viste a Tetté. ¿Qué me cuentas?

—¿Y yo qué sé? Yo no era su guardián. El tartaja iba a la suya y yo a la mía. Parece ser que después salió y no lo vi más, es todo.

Maione creyó percibir una vacilación:

—Haz memoria, te conviene. ¿Había ocurrido algo raro, distinto de lo habitual? ¿Ese día o el día anterior?

—No me acuerdo. Creo que no —dijo Cristiano.

—Crees que no, ¿eh? Fíjate tú que a mí me parece que sabes algo y no quieres contármelo. Yo diría que el aire de la jefatura le viene de perlas a la gente como tú. Nos vamos para allá y seguimos hablando, vamos. Es un aire que ayuda a recordar lo que se olvida.

Cristiano se soltó.

—Pero ¿qué quiere de mí? El tartaja era tonto y punto. Se murió porque era tonto. ¡La culpa la tuvo él, solo él!

Maione trataba de ponerlo entre la espada y la pared.

—Pues, mira, yo creo que sabes algo. Cuéntame lo del veneno para ratas. Dime cómo es posible que uno de vosotros, que os conocéis las calles hasta la última piedra, se equivoque y coma un cebo envenenado, ni que fuera un animal vagabundo.

El muchacho comenzó a mostrarse exasperado.

—¿Y yo qué sé? Todos sabían que en el almacén había cebos envenenados. Todo el mundo. Incluso uno de los otros los cogía y se los hacía comer a los gatos para ver cómo saltaban antes de estirar la pata. Lo sabíamos, pero no nos los comíamos. No sé si el tartaja también lo sabía, porque no venía con nosotros; él era un señorito, era el ojito derecho de la maestra, que se lo llevaba a la pastelería de la via Toledo a comer pasteles. Y si no lo sabía, si no sabía que los cebos mataban, entonces era más tonto de lo que parecía.

Maione insistió.

—¿Y tú no viste nada raro? ¿Cómo es posible que no te acuerdes de cuándo salió y por qué?

Cristiano lo miró desafiante.

—Sargento, métame en la cárcel si quiere, porque yo no sé adónde fue el tartaja esa noche. Y tampoco sé por qué se comió el veneno para ratas, a lo mejor se lo comió porque quería morirse, o porque era tonto. Yo no le tenía manía al tartaja. No era malo, y además era pequeño, y los que se meten con los más pequeños son unos cobardes, y a mí me dan asco. Por eso yo no le hacía daño. ¿A usted qué le parece, que los que se meten con los más pequeños no son cobardes?

Maione lo miró durante un buen rato. Después le soltó el brazo con cara de disgusto.

—Anda, lárgate. Pero que no se te olvide que yo sigo buscando. Y si llego a enterarme de que me has contado mentiras, voy a buscarte a la iglesia si hace falta.

Cristiano corrió a la entrada del callejón, se detuvo, dio media vuelta, miró hacia donde estaba Maione, le hizo una ruidosa pedorreta y echó a correr.

Al sargento le resultó imposible no soltar una carcajada.

Sábado, 24 de octubre de 1931 – IX

*La lluvia se ha tomado un momento de descanso.*

*Los muchachos se han reunido en las inmediaciones del almacén de comestibles y granos, que está cerrado.*

*Va oscureciendo. Es esa hora en la que los colores desaparecen antes que la luz: todavía se ve, pero todo es gris. Del bosque del palacio real sopla un viento cargado de olor a plantas, a humedad, a invierno.*

*Un poco apartados están Tetté y su perro. El niño lo acaricia, le susurra al oído. Amedeo hace un gesto brusco con la cabeza y Saverio va hasta pasado el portón, donde se encuentra el pasadizo que da acceso al interior. Los demás esperan. Uno de los mellizos da saltitos, en parte por los nervios, en parte para entrar en calor. El otro lleva un saco en la mano.*

*Al cabo de un rato Saverio aparece por el portón: lleva algo en la mano.*

*Se oye un trueno descomunal: pronto lloverá otra vez. Pasa un carrito tirado por un caballo, la carga cubierta por una lona mojada. El cochero duerme con el sombrero echado sobre la cara, envuelto en un viejo abrigo mugriento. En el aire flota el olor a la leña que se quema en las estufas. La oscuridad desciende a medida que pasan los minutos.*

*Amedeo coge un par de bolitas que le tiende Saverio: son los cebos envenenados que Lotti, el propietario del almacén, ha colocado para matar a las ratas que se comen su mercancía. A la señal de Amedeo, el mellizo abre el saco y saca un gato esquelético y despeluchado, atado por el cogote con un bramante. El gato intenta soltarse frenéticamente; no lo consigue, porque el muchacho lo tiene agarrado por el cogote. Tetté se ha puesto de pie, una de sus manos sigue en la cabeza del perro.*

*Amedeo le ofrece al gato uno de los cebos. El gato lo olfatea y aparta el morro. El muchacho ríe malicioso, y por señas pide ayuda a Saverio. Cristiano sigue la escena con mirada torva, cruzado de brazos, apartado del grupo, del lado opuesto al que ocupan Tetté y el perro. A lo lejos se oye un automóvil que se aproxima cada vez más, pasa y sigue su camino sin detenerse.*

*Saverio sujeta al gato por la cabeza y Amedeo lo obliga a tragarse el cebo. Luego lo dejan y se alejan un poco, sin soltar la punta del bramante que el animal lleva atado al cuello.*

*El gato da dos pasos, cómicamente, como un juguete mecánico. Amedeo se echa a reír, los demás también ríen, menos Tetté que cierra la mano sobre la cabeza del perro inmóvil, menos Cristiano, que mira para otro lado.*

*El gato cae al suelo y comienza a contraer el cuerpo, a saltar panza arriba. Amedeo, Saverio y los dos mellizos ríen a mandíbula batiente, dándose sonoras*

palmas en la espalda. Al gato empieza a salirle una espuma amarillenta por la boca.

Las convulsiones duran un minuto, luego cesan. El gato se levanta, desorientado, da unos pasos hacia la calle, como si quisiera huir, luego se le agarrotan otra vez las patas y vuelve a desplomarse. Los muchachos estallan en carcajadas hasta que el animal, en una última y terrible contracción, cae muerto con las patas al aire.

Todos siguen riendo unos minutos, luego callan. De lejos se oye cantar a una mujer. Retumba otro trueno, esta vez más cerca.

Amedeo le pide a Saverio los otros cebos envenenados y va hacia Tetté. Tartaja de mierda, le dice, tráeme aquí a ese juntapulgas que te sigue a todas partes.

Tetté lo mira e intenta suplicarle, no, le diría, te lo pido por favor, él no es como un gato, es mi amigo. Es el único amigo que tengo. Le diría: yo le hablo, ¿sabes? Y él me escucha. Él también habla conmigo, y entiendo lo que me dice. Conoce mis caricias, me lame la mano, nos repartimos la comida que encontramos, cuando vosotros me obligáis a daros mi ración.

Eso le diría si pudiera hablar; si la serpiente no hubiese trepado desde el estómago y no estuviese tratando de asfixiarlo desde dentro.

Tetté hablaría, y le saldría una sola letra gutural, y todos se reirían de él y harían lo que les viniera en gana, como siempre. Pero esta vez no, esta vez Tetté no quiere.

Mira a su alrededor con desesperación: no pasa nadie. Saverio amaga con acercarse a él, pero Amedeo lo detiene: no, dice. Deja que lo traiga él, con sus propias manos. Y él le dará los cebos al juntapulgas, si no a nosotros nos muerde. Muévete, tartaja tonto, date prisa, tenemos que solucionar el problema antes de que se ponga a llover otra vez.

Tetté mira a Cristiano con ojos suplicantes, pero Cristiano aparta la vista, se pone a escrutar la noche en dirección al bosque.

Finalmente interviene y dice: es mejor que lo dejéis estar, porque cuando al perro le dé el ataque os morderá o incluso os meará encima. Amedeo se vuelve hacia él, y le pregunta si quiere una buena ración de patadas. Tengo una idea mejor, dice, hagamos lo siguiente: tartaja, si no nos traes al perro y le das el veneno, te lo tendrás que comer tú. Lo he decidido: o muere el perro o mueres tú.

Así veremos qué ruido hace un tartaja cuando come veneno. Yo creo, dice, que se entendía mejor lo que decía el gato.

Ríen otra vez, todos menos Tetté y Cristiano.

Cristiano se dirige a Tetté: vamos, tartaja, no seas más tonto de lo que ya eres. Dale el veneno a ese maldito perro inútil y larguémonos, que pronto empezará a llover.

Cuando comprende que nadie lo defenderá, Tetté aleja al perro de una patada. Sorprendido y triste, el perro lanza un gañido y se aparta unos metros. Entonces Tetté

*levanta una piedra y se la lanza, y el perro da media vuelta y echa a trotar pegado a la pared, en dirección a Santa Maria del Soccorso.*

*Tetté se vuelve hacia Amedeo y lo mira desafiante. No puede hablar, porque la serpiente lo asfixia, pero lo mira a la cara de todos modos.*

*Amedeo echa un vistazo a su alrededor y dice: entonces ahora te los comes tú, tartaja de mierda. Los cebos te los comes tú.*

*Tú, o tu maldito perro.*

Nanni entró en la iglesia por la puerta de la sacristía, arrastrando los pies ruidosamente, empuñando un escobillón en una mano y un cubo metálico lleno de agua en la otra. Caminaba observando el suelo y murmurando, ceñudo, los hombros encorvados.

Al llegar al rincón al final de la nave, cerca del portón que daba a la calle, se percató de que en las sombras un hombre esperaba de pie, con las manos en el bolsillo, el cabello pegado a la frente. Se percató de su presencia porque había visto sus ojos brillar en la oscuridad, como los de un gato. Ojos verdes.

—Tú eres el sacristán, ¿no? Nanni, te llamas. Tengo que hablar contigo, sal.

Lo reconoció; era ese comisario de policía que se emperraba en hacer preguntas sobre el niño tartamudo. Se asustó, el policía estaba pálido y tenía ojeras de color violáceo. Parecía un muerto.

—¿Buscaba al padre Antonio? ¿Quería hablar con él? Voy a llamarlo, está descansando, dentro de dos horas dice misa.

—No quiero hablar con el padre Antonio. Quiero hablar contigo. Salgamos.

El tono era frío, despojado de emoción. Nanni se sintió incómodo. Aquel hombre le daba cada vez más miedo.

Fuera el aire era húmedo, la temperatura había bajado más, los nubarrones aumentaron anunciando otra noche lluviosa. Aquella lluvia parecía no tener fin. Salieron de la iglesia, se apostaron en la escalera, bajo la cornisa de madera que mantenía seca la entrada.

Ricciardi fue enseguida al grano.

—Escúchame bien, no tengo tiempo que perder. Quiero más información sobre la vida de Tetté, sobre lo que hacía aquí, con quién se encontraba.

Nanni soltó una risita nerviosa.

—Esas cosas no me las tiene que preguntar a mí, yo soy el sacristán, no veo a nadie y no hablo con nadie. Tiene que preguntarle al padre Antonio, él es quien pasa más tiempo con los muchachos. Yo no sé nada.

A Ricciardi no se le movió un solo músculo de la cara.

—Ya te he dicho que no tengo tiempo que perder. Ya he hablado con el cura, ahora estoy hablando contigo. Te diré más, el cura no tiene que enterarse de lo que hablemos. Ni una palabra.

Nanni restregó el suelo con los pies, cada vez más angustiado.

—Comisario, hágase usted cargo, yo no puedo..., el padre Antonio es el que me da trabajo, como comprenderá...

Ricciardi no cambió el tono de voz, susurraba como si siguieran en la iglesia. Nanni debía esforzarse para oír lo que le decía.



—Entonces no me he explicado bien. Si el padre Antonio te da trabajo, yo soy el que te permite seguir libre y no acabar en chirona. Intenta ocultarme lo que quiero saber, y esta noche duermes en compañía de veinte tipos peores que tú, que te recibirán encantados. Tú decides.

Nanni volvió a reír socarronamente, como si acabaran de contarle un chiste.

—¿En chirona, yo? ¿Se puede saber por qué, si no he hecho nada?

—Conque nada, ¿eh? En un santiamén puedo conseguir al menos tres denuncias de mujeres a las que molestaste cuando estabas borracho. Y de hombres, si es necesario. En los tiempos que corren, ni siquiera hace falta una condena, basta con correr la voz. Y aunque te dejen salir de la cárcel al día siguiente, no vuelves a trabajar, y mucho menos en un puesto como el que tienes. Hasta es posible que te topes con una nutrida pandilla de esos tipos que llevan botas de caña alta y te maten a palos para mantener las calles limpias. ¿Qué quieres hacer?

El sacristán se pasó la lengua por los labios agrietados, mirando a su alrededor como en busca de ayuda. Se encontraba en un estado transitorio de sobriedad y sabía que el comisario tenía razón: si se lo proponía, podía causarle graves problemas.

—¿Qué quiere saber, comisario?

—Que hables, que me cuentes lo que hacía Tetté que no hicieran los demás chicos, todo, lo que sea, incluso lo que no te parezca importante. Y date prisa.

Nanni volvió a pasarse la lengua por los labios, en un gesto que le era habitual y resultaba especialmente repulsivo.

—El tartaja..., el niño era bueno, nunca hacía nada malo. Pero los demás se metían con él, le gastaban bromas pesadas por ser tartamudo. Todo tipo de perrerías, le hacían.

—Eso ya lo sé. Sigue.

—Él era el preferido de una de las dos señoras, la más joven. Le había regalado ropa nueva. El padre Antonio la guardaba en un armarito, bajo llave, se ponía esa ropa únicamente cuando salía con ella. La señora estaba obsesionada con ese niño. Lo acariciaba, lo besaba. No lo entiendo, ¿por qué no tenía uno suyo?

—Eso es algo que no me interesa, y a ti tampoco —dijo Ricciardi pasando por alto el comentario—. Sigue.

—El padre Antonio se aprovechaba de eso, de la obsesión de la señora. Porque la señora es rica, muy rica, y cuando el padre Antonio huele dinero, se prende y ya no se suelta más. Hablaba con ella, le decía que el niño necesita esto, que el niño necesita lo otro, y ella le daba dinero. Una vez me hizo un regalo a mí también, cuando el chico tuvo fiebre, para que me ocupara de él, para que le diera los medicamentos.

Ricciardi escuchaba sin pestañear, para no perderse una sola palabra.

—¿Cómo se comportaba el padre Antonio con él? ¿Cómo trataba al niño?

—Al cura ése lo único que le interesa es el dinero. Los niños le importan un

bledo. Para él, el tartaja era uno más, yo creo que apenas sabe diferenciarlos. Pero a través del niño conseguía dinero, así que lo castigaba menos. Solo cuando era necesario, si no, los demás lo mataban, al tartaja, por envidia.

—¿Por qué, no lo envidiaban ya? Por lo que la señora hacía por él, los regalos, los paseos, ¿o es que no lo envidiaban por eso?

—Claro que lo envidiaban por eso; pero les convenía, porque el niño siempre les traía algo. Ahora el tartaja se murió y ellos ya no comen.

Aquello debió de parecerle divertido, porque se echó a reír. La mirada gélida de Ricciardi lo hizo enmudecer.

—Ahora tienes que contarme algo más. Tienes que hablarme del cojo, del hombre que venía a ver a Tetté.

Entre ambos se hizo un silencio tan frío como el aire que los rodeaba. Nanni miraba a Ricciardi sin respirar, con los ojos abiertos de par en par. ¿Cómo se habría enterado el condenado policía de lo del cojo? ¿Con quién había hablado, si el tartaja estaba muerto y él mismo no le había contado nada a nadie? Trató de ganar tiempo.

—¿De qué habla, comisario? No lo entiendo.

Ricciardi calló. Luego dijo todo seguido:

—Está bien. Vamos a recoger tus cosas. Tendrás que acompañarme.

El sacristán se puso pálido y se bamboleó, como si acabaran de abofetearlo.

—Comisario, por favor, no me lleve a la ruina. Si me echan de aquí, adónde iré.

—Entonces tienes que conseguir que no te echen. Bastará con que me cuentes lo que sabes del cojo. Vamos, date prisa.

El hombre bajó la vista al suelo. Con la lengua se mojaba una y otra vez los labios.

—Como diez días antes de... de la muerte del tartaja, ese hombre me paró aquí fuera. Un señor elegante, llevaba bastón con empuñadura de hueso. Me dio dinero para que le llevara al niño.

—¿Qué niño? ¿Ese o uno cualquiera?

—No, no, ése, ése, el tartaja. Yo creía que... a veces pasa que un señor, y a veces incluso una señora, ven a un niño y lo quieren. Me dicen que es para hacer unos trabajitos, eso sí, yo no me lo creo, pero ¿a mí qué me importa? Si les dan regalos, dinero, y me dan algo a mí también, todos contentos, ¿no? Yo pensé que para eso quería al tartaja. Y se lo llevé al señor del bastón. Le llevé al tartaja. Pero después ya no supe nada más.

Ricciardi pensó que rara vez se había encontrado frente a alguien más repugnante y siniestro que el sacristán.

—¿Cuántas veces lo llevaste con él? ¿Cuántas veces vio a Tetté el hombre del bastón?

Nanni intentó recordar.

—Tres o cuatro, que yo sepa. No más. Después se murió.

Después se murió. Ricciardi se estremeció; cada vez con mayor frecuencia pensaba que los muertos daban menos miedo que los vivos. El hombre era despreciable, pero no lo consideraba lo bastante audaz para hacerle daño a nadie.

Era necesario esclarecer lo antes posible quién era el cojo y qué quería de Tetté.

Se dio media vuelta y se alejó, dejando en la escalera al sacristán cargado de nuevos miedos. El comisario, por su parte, estaba cada vez más perplejo.

Maione localizó a Cosimo, el jabonero, a última hora de la tarde, tras hacer un par de preguntas por ahí con el fin de averiguar su trayecto. Fue cosa sencilla, el personaje era bastante conocido.

Lo encontró en las inmediaciones de un edificio señorial, encima de Montecalvario, mientras arengaba a un grupo formado por media docena de mujeres. Lo observó un rato de lejos, sin hacerse notar: exhibía modales falsamente afectados, gesticulaba mucho para subrayar las tonterías que soltaba; vestía una chaqueta de frac viejísima y raída, un sombrero de copa torcido y un tanto abollado. Ofrecía su mercancía como si se tratara de auténticas joyas y, en cierto modo, conseguía resultar más atractivo que ridículo. Maione pensó una vez más que aquella era una ciudad de actores.

Esperó a que las mujeres se hubiesen alejado, muchas de ellas llevando algo en la mano, una cazuela o una prenda. Quedó solo una, y Cosimo adoptó un aire de confianza; tras echar una mirada furtiva a su alrededor, de un hueco de su carrito sacó un envoltorio del que asomó un objeto metálico, tal vez un cubierto, que soltó un destello bajo la luz gris. Maione escogió ese momento para ir a su encuentro.

—Buenas tardes. ¿Qué está pasando aquí?

Al ver al sargento, la mujer, una joven coqueta, abrió los ojos como platos.

—Buenas tardes, comisario. Si me disculpa, yo ya me marchaba, que a mi señora le gusta cenar temprano. Adiós, Cosimo. Nos vemos la próxima vez que pases.

El traperero se debatía entre las ganas de continuar con el trato que estaba a punto de concluir y el miedo al policía; tras un instante de indecisión, ganó el miedo.

—¡Mi querido sargento, qué honor recibir sus saludos! Ya iba a terminar mi recorrido y estaba aquí entretenido con esta joven y guapa señorita, para que estos ojos míos tan cansados se quedaran con su hermosa imagen. Pero como ella misma nos decía, se aproxima la hora del descanso, de manera que será mejor que me vaya yo también, el día ha sido largo y duro. Si me permite...

—No te permito, Cosimo Capone. Tu descanso tendrá que esperar un poco; antes tú y yo tenemos que conversar.

La mente del traperero registró que el enorme sargento, al que no conocía de nada, lo conocía a él por el nombre y el apellido. Un prolongado estremecimiento le recorrió la espalda; la humedad no tenía nada que ver.

—¿Nos conocemos, sargento? Yo no me acuerdo, y le puedo asegurar que una persona de su categoría e importancia se me habría quedado grabada en la memoria. Se ve que me estoy haciendo viejo.

—Te conozco, con eso es suficiente, Capone. Te conozco a ti y a los de tu calaña. Yo trabajo con gente como tú, igual que tú trabajas con las cacerolas de cobre y las

lavanderas.

Capone adoptó un aire perplejo.

—Sargento, no lo entiendo. Yo soy un trabajador que se desloma todo el santo día, empujando este carrito de acá para allá por Nápoles, para ganarme el sustento. En el Vomero tengo una familia que mantener. ¿Qué quiere usted decir?

—Yo también tengo una familia que mantener; todos la tienen, pero para mantenerla no se quedan con lo ajeno.

El trapero puso cara de escandalizado.

—¡No sé quién ha sido el infame que le ha dicho algo así, pero es falso! ¡Sargento, le juro por mi honor que jamás se me ha pasado por la cabeza robar nada! Me acusaron en el pasado, pero fue por la envidia podrida de algún hijo de buena madre que quiso arruinarme. Lo llevaré a hablar con mis clientas, que me aprecian y me compran mercancía desde hace años, ya verá cómo le dicen...

Maione lo interrumpió con un gesto seco de la mano.

—Capone, a mí no me embaucas, tú eres un ladrón. Y de los peores, porque no pareces ladrón. Yo aprecio a los que salen de noche, con sus ganzúas, vestidos de negro; nosotros los atrapamos y los enchironamos; nosotros trabajamos de policías y ellos, de ladrones. No lo niegan y, cuando ven que no han podido salir por piernas, se resignan. Son ladrones. Es su oficio. Pero los tipos como tú son la ruina de este lugar. Se fingen honrados y son unos corruptos.

Capone empezaba a estar realmente espantado.

—Sargento, no lo entiendo. ¿Por qué me dice estas cosas? ¿De qué me está acusando?

Maione se encogió de hombros:

—No me costaría nada encontrar un motivo para meterte en la cárcel. No está descartado que cuando termine con lo que estoy haciendo ahora no vaya a buscarte para registrar a fondo ese carrito tuyo.

Dio una patadita a la altura del hueco del que el trapero había retirado el envoltorio para enseñárselo a la muchacha. El interior emitió un tintineo metálico. Capone palideció, y tentó a la suerte jugándose la carta equivocada:

—Sargento, no me lleve a la ruina. Soy padre de familia. Aquí dentro llevo mercancía de valor. Hagamos lo siguiente, yo le doy una parte y usted... la devuelve por mi cuenta. ¡Y cada cual por su camino!

Maione no daba crédito a sus oídos. ¡Aquel gusano trataba de sobornarlo! Guiñó los ojos y contó hasta diez. Luego tendió la mano, aferró a Capone del brazo y apretó con todas sus fuerzas. El hombre soltó un lamento de sorpresa y dolor.

—Escúchame bien, vil gusano, te rompo todos los huesos y después te mando a la cárcel y digo que opusiste resistencia. Total, para mentiras me gusta más la mía. Tú ni siquiera eres digno de mirarme a la cara, ¿lo has entendido o no? Imagínate si vas a

hacer negocios conmigo.

El trapero empezó a balbucear.

—Pero... sa... sargento, pe... pero ¿qué ha entendido? Jamás se me habría ocurrido... ¡Suélteme, que me romperá el brazo!

Maione aflojó la presión y suspiró profundamente, tras lo cual recuperó el tono sosegado.

—Entonces terminemos de una vez, no sabes el asco que me da tener que hablar contigo. Tú no me interesas, vales demasiado poco. Yo quiero noticias del niño, y será mejor que me digas lo que quiero saber ahora mismo.

Capone se cayó de espaldas.

—¿El niño? ¿Qué niño?

—Tetté, el de Santa Maria del Soccorso. El niño que llevabas contigo, el que se murió.

El trapero estaba francamente desorientado; oscurecía y aquel sargento enorme parecía loco y le daba miedo.

—Claro que me acuerdo. Era como un hijo para mí. Me echaba una mano y yo le enseñaba el oficio y...

El sargento apretó con fuerza.

—Vamos a ver, Capone, ¿tú sigues pensando que me puedes tomar el pelo? ¡Te he dicho que quiero la verdad! Ya sé lo que hacías, cómo usabas al crío, sé que lo mandabas a robar en las casas mientras tú atontabas con tus charlas a esas cretinas de tus clientas. Yo lo sé todo.

Cosimo se sentía en una pesadilla.

—Pero si ya lo sabe todo, ¿qué quiere de mí? ¡Le pido perdón, le juro que no lo haré nunca más! Si me deja marchar...

—Pero antes tienes que hablarme del niño. De lo que sabes de él, de lo que le hiciste.

El trapero se puso tieso, estaba aterrado.

—Pero ¿qué se piensa, sargento? ¡Eso sí que no, no le permito que piense eso! ¡Además no sabía nada, me contaron que el crío comió veneno pero yo no tengo nada que ver!

Maione lo miraba fijamente, serio.

—Habla. Quiero saber cómo era el niño. Y no me vengas con el cuento de que era como un hijo para ti, porque a los hijos no se los manda a robar.

Capone comprendió que le convenía contar las cosas tal cual eran y tratar de poner fin a la pesadilla.

—Era un niño, sargento. Un niño igual a ésos que se encuentran a millares por las calles. No hablaba, si lo intentaba, tartamudeaba; pero era pequeño, enternecía a las mujeres y por eso me resultaba cómodo. Yo... yo le decía que si se lo contaba a

alguien, le haría daño, pero nunca, nunca le hubiera hecho nada. Además, no me convenía, ¿no le parece? Ahora que le había enseñado a... a hacer lo que hacía, ¿cómo iba a perderlo?

Maione estaba asqueado, pero creyó lo que le decía.

—Háblame de los últimos días. ¿Cuándo lo viste por última vez? ¿Notaste algo raro, fuera de lo normal? ¿Lo viste en compañía de alguien? ¡Habla!

—No, sargento, yo al niño no lo veía desde el jueves. Pensé que había enfermado; el pobre estaba en los huesos, era debilucho, parecía siempre a punto de caerse al suelo, no tenía fuerzas. No supe nada, pero tampoco fui a buscarlo porque no tuve tiempo. Después, anteayer, viene un amigo suyo, Cristiano, el otro muchacho de la parroquia, y me dice que Tetté se ha muerto y si puede trabajar conmigo en el puesto del chico. Y así fue como supe que se había muerto. Con él nunca había nadie, solo ese perro mestizo que lo seguía a todas partes. ¡Y no sé nada más, se lo juro!

El sargento lo miró durante un buen rato. Quería que su desprecio le quedara en el cuerpo a aquel hombre, como una amenaza; si llegaba a saber que le había mentado, si llegaba a encontrárselo alguna vez por la calle, si llegaba a enterarse de que había vuelto a robar o engañar, sería su fin. Capone lo entendió y bajó la vista.

—Te encuentro, Capone. Como te he encontrado hoy, te encuentro otra vez. Que no se te olvide. Y ruega a Dios no haberme mentado.

—No le he mentado, sargento. Una cosa es robar y otra muy distinta matar, o permitir que se mate. No sé nada de lo que le pasó al niño, tampoco sabría a quién preguntar. Se lo he dicho, era un niño igual a éstos que se encuentran a millares por las calles.

Mientras iba hacia la jefatura, Maione no conseguía quitarse de la cabeza el eco de las últimas palabras del jabonero: un niño igual a éstos que se encuentran a millares por las calles. Con un escalofrío se dio cuenta de que él también había pensado lo mismo cuando no lograba explicarse el porqué de la obsesión de Ricciardi por esa muerte.

Aquello lo aterraba: un niño como tantos otros. ¿Y si él también hubiese muerto como Luca, su hijo policía, acuchillado por un delincuente? ¿Sus hijos, sus pequeños habrían terminado así, «igual a éstos que se encuentran a millares por la calle»?

Para variar, pensó, el comisario tenía razón. Los niños de la calle son hijos de alguien, mejor dicho, de todos. Y él, Maione, se avergonzaba de no haberlo entendido desde el principio. No se liquida la vida de un niño en dos palabras escritas en un informe. Hay que comprender bien. Tal como indicaban las investigaciones, en la vida breve de Tetté habían ocurrido cosas extrañas y oscuras.

Al pasar por la esquina de la via della Tofa, donde esa mañana lo había esperado Ricciardi, oyó un susurro suave, se volvió instintivamente; en las sombras vio a

Nenita con un pañuelo en la cabeza, arrebujado en un abrigo vuelto un par de veces.

—Nenita, ¿eres tú? ¿Qué haces por aquí? ¿A qué has venido?

El travesti tenía una expresión seria que Maione no recordaba haberle visto nunca, con dos profundas arrugas en las comisuras de la boca.

—Buenas noches, sargento. Tengo que hablar con usted.



—¿Señora? Señora, ¿cuál le gusta más?

Livia abandonó sus pensamientos y por enésima vez trató de concentrarse en los dos trajes que la modista le proponía. Se la había recomendado su nueva amiga napolitana, la marquesa De Luca di Roccatagliata, y estaba satisfecha con las pruebas que le había hecho, pero no conseguía decidirse.

Su mente vagaba sin orden ni concierto, iba con frecuencia a la ventana surcada por la lluvia. Las pocas palabras arrancadas a Maione la habían dejado en un estado de nervios y preocupación por Ricciardi, sobre todo por lo que se refería a sus contactos con el doctor Modo, al que la policía secreta vigilaba de cerca.

Había ido a la jefatura para avisar a Ricciardi, sin decírselo abiertamente, que frecuentar al médico constituía un riesgo muy serio; en esos tiempos bastaba el pretexto más nimio para acabar en el exilio.

Pero después Maione le había hablado del niño muerto, y aquello le partió el corazón. Ella había sido madre, aunque por poco tiempo, pues una enfermedad se había llevado a su hijo; el hecho de que un hombre se ocupara con tanto empeño en averiguar los motivos de la muerte de un huérfano la acercaban aún más, si cabía, a Ricciardi.

Además del repiqueteo de la lluvia y del ruido de los coches que circulaban, llegaban desde la calle los gritos alegres de los granujillas que jugaban en los charcos. Quien siente amor por los niños tiene mucho amor que dar, pensó. Y le sonrió a la modista.

—Son una preciosidad, me llevo los dos.

En el mismo café pequeño donde se había reunido con Ricciardi, Maione ocupaba una mesa con Nenita, que se calentaba las manos sosteniendo una taza de té. Le preocupaba la expresión de su informante; en general estaba alegre y se mostraba irónica, vulgarmente afectuosa, con tendencia a la broma y el recochineo, pero ahora la veía seria, sombría, pensativa.

—¿Se puede saber qué pasa, Nenita? Siempre dices que es peligroso que nos veamos en la calle, y ahora te pones a esperarme nada menos que en la esquina de la jefatura para hablar conmigo.

Nenita dejó la taza y con sus largos dedos de uñas pintadas cogió una servilleta.

—Sargento, se trata de la muerte del niño, el chiquillo de Santa Maria del Soccorso. Me enteré de un detalle y, como me pareció una información interesante, he venido a contársela. ¿He hecho mal?

—No, no, has hecho bien. Pero es que tienes una cara..., en fin, que no es tu misma cara fea de siempre.

Nenita hizo una mueca.

—Lo sé, he salido de casa tal como estaba, sin retocarme el maquillaje. Pero si una es guapa, es guapa siempre, sargento.

—Tú lo has dicho, si una es guapa. Anda, cuéntame, ¿de qué te has enterado?

—Preste mucha atención, sargento, esta mañana ha venido ese cliente mío, el verdulero ambulante que me contó que había visto al niño con ese hombre elegante, el cojo, ¿se acuerda?

Maione asintió.

—Sigue —dijo.

—La vez que me lo contó, ya me había dicho que le había parecido que el hombre y el chiquillo estaban discutiendo, que el cojo lo tenía agarrado del brazo y lo zamarreaba, en fin, que lo sacudía un poco. Tal es así que pensó incluso en intervenir, porque le había parecido que el niño necesitaba ayuda.

—Sí, ya me lo contaste. ¿Y qué más?

—Hoy me dijo que volvió a ver al cojo —prosiguió Nenita con paciencia—. Salía de un edificio en Santa Lucia, el número doce; y preguntó quién era ese señor. El portero, que es amigo suyo, le dijo que el cojo vive allí, y que se llama Sersale, Edoardo Sersale. Se trata de un noble, de no sé qué antigua familia, mi cliente no se enteró muy bien. A mí ese nombre me sonaba de algo, y cuando el verdulero se fue, bajé a hablar con una compañera que trabaja justo encima de un burdel de la Torretta.

Maione abrió los brazos.

—No hay caso, tú tienes compañeras que trabajan en todos los rincones de esta ciudad, eso sí, siempre se trata de sitios asquerosos. Burdeles, tabernas, garitos de todos los rincones.

—Cierto, sargento. Y fue una suerte que, como siempre, lo recordara; mi compañera me había hablado de un cliente del burdel que estaba encaprichado con una de las chicas, a la que conozco pero de vista nada más, es guapa, para qué negarlo, pero yo la encuentro un poco vulgar, tiene unas tetorras así de grandes y una boca...

Maione la interrumpió con vehemencia.

—¿A ti te parece que tengo que estar aquí contigo, arriesgándome a que alguien me vea y después se chotee de mí el resto de mis días, solo para enterarme cómo tiene las tetorras una puta del burdel de la Torretta? ¿Por qué no vas un poquito al grano?

—Tiene razón, sargento, perdone, pero yo soy así, me distraigo. En fin, que el cliente de la amiga de mi compañera responde a la descripción, cojo, elegante, etcétera. Entonces le pedí a mi compañera que me llevara a hablar con la chica; perdone, pero el nombre no se lo digo porque me hizo jurar por la Virgen de Pompeya, y ya sabe usted lo devota que soy yo de esa Virgen. A lo que iba, el nombre

corresponde, y él, el tal Sersale, está metido en unos líos que ni le cuento.

Maione aguzó el oído.

—¿En qué clase de líos?

—Será noble, pero está de deudas hasta más arriba de las orejas. Le gustan las mujeres, los burdeles y la baraja. Ha derrochado su fortuna y ahora está en manos de los usureros, que lo amenazan con hacerlo picadillo si no paga sus deudas hasta el último céntimo.

—¿Y eso qué tiene que ver con el niño?

—Ah, eso no lo sé, lo tendrá que averiguar usted. La cuestión es que la chica dijo que en los últimos días a su amigo le había cambiado la cara. Reía, se divertía a lo grande como antes, en una palabra, que había recuperado la alegría. Le contó que dentro de poco iba a tener dinero para saldar todas las deudas y resolver su situación. Y cuando la muchacha le preguntó cómo, le dijo: encontré al niño. Solo le dijo eso.

Maione se quedó perplejo.

—¿Y qué significa «encontré al niño»? —dijo—. ¿Qué quería decir? El pobre Tetté era huérfano, no tenía ni para comer, y fíjate el hambre que pasaría que acabó comiéndose los cebos envenenados para las ratas. ¿Qué podía darle alguien así?

—No tengo la menor idea, sargento. Pero el corazón me dice que ese cojo de mierda tiene que ver, tiene mucho que ver con la muerte del pobre chiquillo.

Maione asintió.

—Tenga o no que ver, lo que es seguro es que esto habrá que investigarlo. Gracias, Nenita. No te equivocabas, la información era valiosa y debía llegar con urgencia. Pero ¿puedo preguntarte algo? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué te has puesto a buscar y has ido a la Torretta con esta lluvia y después has venido aquí a esperarme en la esquina, arriesgándote a no verme pasar?

Nenita tomó el último sorbo de té y sonrió con tristeza.

—Porque yo también fui huérfana, sargento. Sin padre ni madre, abandonada en las calles de esta ciudad. Ya sé que no eres nada, que si vives o mueres da igual, a nadie le importa una mierda. Tuve que ganarme la vida a mordiscos, como ese pobre chiquillo desgraciado que encontró en Capodimonte. Digamos que ha sido como poner una flor sobre la caja del niño. Una flor de parte de Nenita.

Las manos de Enrica volaban entre los platos mientras iba poniendo la mesa para la cena. Y del mismo modo que volaban sus manos, volaba su corazón, muy por encima de los nubarrones cargados de lluvia que se cernían sobre la ciudad.

Había recibido otra carta. Entregada con una sonrisa pícaro por su padre, que la había seleccionado entre las otras con gesto veloz para no ser visto por su mujer; una sonrisa cómplice que la hizo enrojecer como un tomate, antes de que lograra refugiarse en su alcoba.

Esta vez el tono era más dulce, sin salirse del surco de la discreción que ella misma había trazado con su misiva; Ricciardi se disculpaba torpemente por su timidez, quizá excesiva, que le impedía acercarse a ella de un modo directo como otros, en su lugar, no habrían dudado en hacer.

Sin embargo, no debía pensar que ella, Enrica, no ocupaba el centro de sus pensamientos; lo que sentía, y que un día esperaba animarse a decirle, era algo muy importante (aquí había tenido que interrumpir la lectura, pues el corazón amenazaba con saltársele del pecho). Pero no estaba en absoluto habituado a estas situaciones, en las que nunca antes se había encontrado.

Terminaba diciéndole que confiaba en que ella también pensara alguna vez en él, y que sus pensamientos fuesen parecidos a los suyos. Confiaba mucho en que así fuera. Y se despedía deseándole lo mejor de este mundo, de todo corazón.

Enrica no recordaba haberse sentido tan feliz. Nunca. Ni siquiera remotamente.

Solo deseaba ser capaz de transmitir toda su emoción en la carta que se disponía a escribirle: ella también se mostraría más afectuosa.

Se preguntó cuándo se decidiría a pedirle un encuentro.

A la hora de la cena la población del Gambrinus cambiaba.

Los parroquianos del aperitivo, los rezagados de la charla vespertina, los que se reunían allí para sus citas más o menos clandestinas habían regresado para fichar en casa, y ahora estarían sentados ante las mesas puestas, manteniendo conversaciones poco interesantes con desconocidos que llevaban el mismo apellido.

Los clientes de la noche, los que querían escuchar música en vivo y no la que salía de un cajita de madera llamada radio, los que deseaban conocer ojos del sexo opuesto para sentar las bases de futuras relaciones, los que querían aprovecharse del ambiente alegre para iniciar unas relaciones comerciales positivas, esos aún estaban por llegar.

La hora de la cena en el Gambrinus era tierra de nadie. Los propios camareros, los encargados de la barra, afilaban sus armas para la noche, y calculaban las ganancias y las pérdidas del día. Empezaban a sacar las cuentas de las propinas, se arreglaban los fracs descosidos, volvían a anudarse las pajaritas que, con el trajín del servicio vespertino, se habían torcido y desatado. En la monumental caja registradora el timbre de las cantidades cobradas sonaba con menor frenesí, y, en la entrada, no se alzaban tanto los sombreros cuando los que salían eran saludados.

Los olores también cambiaban a la hora de la cena en el Gambrinus. Así como por la mañana reinaba su majestad el café, y la fragancia de los tomates cocidos, la mozzarella y las berenjenas predominaban a la hora del almuerzo, y los pasteles y los canapés a lo largo de la tarde de vermut y rosolí, ahora, tras haber impregnado las sedas y los tapices por ese día, a la espera del siguiente, los aromas se mezclaban sin vencedores ni vencidos.

Los sonidos eran asimismo protagonistas en el Gambrinus a la hora de la cena. La alegre melodía de la mañana y la soñadora de la tarde evolucionaban en el teclado del hermoso piano de cola para transformarse en arpegios provisionales, un adiestramiento armónico sin significado preciso. Un regato de notas, un polvo de estrellas fugaces que acariciaba los cristales sin hacerlos vibrar, una música de espera y de leve añoranza.

El aire era extrañamente claro bajo las luces del Gambrinus a la hora de la cena. Cigarros y cigarrillos eran un recuerdo de la tarde, cuando se mezclaban con el olor de la lluvia y el sonido tintineante de las carcajadas femeninas y de las cucharillas que removían el té en las tazas; y regresarían durante la larga noche, para servir de nebuloso marco a las palabras susurradas y al tango sensual y desesperado bailado en el centro de la sala, entre las mesitas rebosantes de miradas y *sfogliatelle*. Pero a esa hora, a la hora de la cena, la luz de las enormes arañas de cristal jugueteaba entre los tonos dorados y plateados de las paredes y los mostradores, llegando intacta como

había salido de las mil bombillas.

La hora de la cena duraba poco en el Gambrinus: desde la última copa de vermut abandonada, sola y vacía en la mesa que esperaba al primer noctámbulo que entraría mirando a su alrededor decepcionado, pasaría menos de una hora. Aunque sería una hora interminable.

Porque era la hora de la cena.

Maione entró en el Gambrinus circunspecto, pero había muy poca gente; no debía temer, pues, un encuentro indeseado.

Algunas mesas estaban ocupadas, claro; por otra parte, la sala era espaciosa. Una mujer sola, el maquillaje un tanto ajado, la mirada belicosa. Un señor mayor, ojos llorosos de borracho, alguna que otra risita incongruente. Dos hombres con cuellos tiesos, concentrados en dar cuenta de un plato de comida sin mirarse a la cara. Una pareja, él leía el diario y ella miraba el vacío, no se hablaban. Qué tristeza, pensó el sargento.

Vio a Ricciardi en su mesa de siempre, con una taza humeante enfrente, las manos en los bolsillos, la mirada perdida en la calle reluciente de lluvia, surcada por las luces de las farolas. Su extrema palidez daba miedo; de vez en cuando los escalofríos hacían estremecer su labio inferior.

—Comisario, tiene muy mala cara. Cuando uno no se encuentra bien y el tiempo está como está, no debería salir a la calle. Tiene usted mucha fiebre, se nota enseguida. Pida que lo lleven a casa, hágame caso; si está enfermo no le sirve a nadie.

—No te preocupes, me encuentro bien. Soy de los que si se curan, está peor. Te he pedido una *sfogliatella* y un café. Anda, cuéntame qué has hecho hoy, que luego te cuento yo.

Estuvieron media hora intercambiando información sobre sus respectivas pesquisas. Ricciardi habló del sacristán sin poder disimular el horror que le producía ese individuo tan repulsivo; Maione habló de Cristiano y de su coraza, tan triste en un muchacho tan joven, y de Cosimo y sus mezquindades. Todos ellos podían haber cometido un delito, todos ellos tendían a la violencia; en ninguno veían un envenenador.

El sargento le contó luego lo del acecho de Nenita y las noticias sobre el cojo, que ahora, al parecer, tenía nombre, apellido y dirección.

—Comisario, no sacamos nada en claro, estamos mareando la perdiz —dijo Maione—. Lo del cojo, por ejemplo, ¿qué tenemos en concreto? Las confianzas de una puta a otra puta. Y a lo mejor no es más que un pervertido, entonces vamos, le echamos el guante y lo mandamos a la sombra, no sin antes haberle dado una buena somanta, está claro.

Ricciardi tampoco parecía convencido.

—¿A ti te parece que alguien metido en semejante lío, ahogado por las deudas y con los usureros respirándole en el cogote, alguien que necesita conseguir dinero, se pone a perder el tiempo para desfogar sus pasiones con un niño? Además, ¿qué tiene que ver ese comentario sobre el hecho de que había encontrado el dinero porque había encontrado al chico? No, esa idea del perverso no me cuadra con nada.

—Entonces volvamos al principio, comisario; la muerte accidental. Cuanto más hurgamos más asquerosidades encontramos, estoy de acuerdo con usted; cosas horribles, que dan ganas de vomitar. Insisto: hagamos limpieza. Mandemos a chirona al jabonero, al sacristán, al cojo. Y también investiguemos con lupa al cura, pero habrá que esperar a que se haya ido su magna excelencia porque hasta entonces no dejarán que nos movamos; y en cuanto se haya ido, hacemos limpieza a fondo. Pero el niño murió por accidente, en paz descansa, y ahora es un angelito en el cielo, dejémoslo tranquilo.

Ricciardi guardó silencio. Contemplaba la calle; llovía y hacía frío, pero montando guardia estaba el camorrista muerto, al que le seguía brotando sangre del corazón mientras repetía: «a ver si te atreves, a ver si te atreves a hacerlo». Pensó que las cosas permanecen así, detenidas e inmutables; algunos las ven, otros no.

—Mañana es fiesta, Raffaele —dijo Ricciardi—. Y pasado mañana es el día de los Difuntos. Tienes dos días de descanso, pásalos con tranquilidad en casa con los tuyos. Te agradezco mucho que me hayas hecho compañía en esta pesquisa loca que tal vez, mejor dicho, seguramente no es más que producto de mi obsesión.

Maione escrutaba la cara del comisario.

—Usted no se encuentra bien. Tiene una fiebre de caballo, y hace un tiempo de perros, así que si sigue dando vueltas por la calle, pillaré una pulmonía. Además, lo conozco un poco. Mejor dicho, lo conozco muy bien, y no es usted de los que aflojan en situaciones como ésta y menos a estas alturas. Prométame una cosa, comisario, tómese un descanso. No tenemos pistas calientes, por desgracia nos encontramos en un punto muerto. Hemos averiguado lo que se podía, no nos queda más que hacer. Esperemos al martes, y entonces seguimos buscando.

—Sí, me parece que no nos queda más que hacer. Quédate tranquilo.

Maione no se dejó marear.

—Tiene que prometérmelo, comisario. O no lo dejo marchar del Gambrinus. No haga nada más, no mantenga contactos hasta que nos veamos usted y yo. Será mejor para todos que lo acompañe. Se lo pido por favor, así me quedo tranquilo, mire que a mi edad las preocupaciones son malas para la salud.

—Yo nunca hago promesas, ya lo sabes. Pero te repito que no te preocupes, porque por ahora no hay nada más que hacer. Vete a casa, que yo también me iré a la mía, y en cuanto llegue me meto en la cama con una aspirina.

Durante el trayecto, sacudido por los escalofríos y con una jaqueca que ya era insoportable, Ricciardi pensó en Enrica. Y lo hizo para encontrar refugio de la imagen del niño muerto, del sacristán que se pasaba la lengua por los labios, de Nenita que le hablaba a Maione del cojo, del trapero con su carrito lleno de objetos de plata.

Mil pequeños detalles, unidos o no entre sí, y un panorama general que tardaba en cobrar forma.

Cuando cruzó el portón se dio media vuelta para mirar y vio al perro observándolo bajo la lluvia que volvía a caer.



Un domingo de lluvia es algo por completo diferente. Te enfrenta a lo impensable, a lo que nunca habrías querido. Te impide lanzarte a la calle, entre la gente, emborracharte de luz y colores, dejarte zarandear por gordas nodrizas en los jardines o por jóvenes parejas en los cafés de la galería. No te deja acercarte al mar para sentir su perfume y los gritos de los pescadores que anuncian lo que pescaron esa noche.

Un domingo de lluvia cierra las puertas. Penetra con la luz por las rendijas, inunda las paredes y el suelo, se cuele en el alma subiendo por los pies y estrujando el corazón en un puño. Un domingo de lluvia sabe ingeniárselas para jugar con la esperanza y la soledad.

Un domingo de lluvia hace que desees otra cosa distinta a lo acostumbrado. Te empuja a observar las ventanas surcadas por el agua y que todo se presente a la vista distorsionado, alterado. En sus largas horas sustraídas al paseo y a los encuentros, un domingo de lluvia te impide apreciar las imágenes de fuera.

Si eres un viejo médico con muchas heridas de guerra en el alma, un domingo de lluvia te encontrará despierto al amanecer. Te levantarás chancleteando por una casa que te queda demasiado grande, mientras las corrientes de aire frío se te meten por la camisa de dormir y los calcetines gruesos. Fumarás mucho rato, mirando de frente, sin vergüenza y con mucho miedo a tu antigua soledad, y el futuro sombrío que quizá no tengas. Pensarás en las lejanas nieblas y en las lluvias de tu adolescencia, repletas de juegos y sin frustraciones; y tal vez decidas vestirme e ir de todos modos al hospital, aunque no te corresponda. Porque los enfermos y su dolor son cuanto te queda.

Un domingo de lluvia dispone de armas propias.

Si eres una muchacha enamorada no verás la hora de que ocurra algo; pero el domingo de lluvia detendrá el tiempo en una nada que parece infinita. Leerás una y otra vez una carta, la compararás con lo que esperas, y la luz fría que proviene de las ventanas surcadas de agua te hará temer lo peor. Prepararás el almuerzo con gestos indiferentes e inseguros, tu familia percibirá tu inexplicable nerviosismo y te mirará preocupada o molesta. Tú no te darás cuenta, te acercarás sin cesar a la ventana como un pez a la pared del acuario, soñando y temiendo un mundo en el que quizá no conseguirías respirar.

Un domingo de lluvia viene cargado de miedos.

Si eres un hombre que se siente mujer, te pasarás el día pintándote las uñas, eliminando de tu cuerpo hasta el último pelo. Te dará rabia no poder salir con un vestido floreado para gritarle al mundo que eres fuerte y hermosa, a pesar de que la naturaleza no quisiera escucharte. Tal vez te vuelva a la memoria el niño que fuiste,

ése al que en la calle todos ahuyentaban y zaherían, ese niño mortificado por los mismos que hoy vienen a buscarte famélicos. Alguno vendrá furtivo a visitarte, calado hasta los huesos y sin aliento, y al llegar y al marcharse mirará a su alrededor por miedo a ser visto; pero a ti no te importa, porque eso también es amor, y si roba unos instantes, tarde o temprano, te los devuelve.

Un domingo de lluvia hace regalos raros.

Si eres una mujer hermosísima que viene de fuera, mirarás tu nueva y extraña ciudad a través de la lluvia. Pensarás que para encontrarte en la tierra del sol, llueve bastante. Pero que la lluvia también es distinta, los chubascos alternan con rayos de luz llenos de canciones. Y te dirás que vas a salir de todos modos, y recorrerás las calles desiertas en coche, disfrutarás de los edificios mudos frente al mar, de la espuma de las olas que llegará hasta la calle, del aire cargado de electricidad. En el café, pensarás que te apetece la compañía de un hombre cuando mil manos querrán encenderte el cigarrillo y mil sonrisas pondrán lívidas a las otras damas; pero a ti te apetece ese hombre, no otros, y mentalmente cultivas una esperanza a la vez.

Un domingo de lluvia acota el campo.

Si eres un sargento de asueto, para variar, remolonearás en la cama, mientras la lluvia golpea los postigos. Harás el amor por la mañana, con calma, perdiéndote en el cabello rubio, en los ojos azules y la piel suave de la mujer que has amado, que amas y que amarás sin sosiego mientras tus ojos no se apaguen. Después ella irá a prepararte el desayuno y tú acogerás a cinco duendecillos en la cama, que te escucharán con los ojos muy abiertos, mientras les cuentas las aventuras extraordinarias del heroico policía que detiene a los delincuentes. Y quizá pienses en quien ya no está y le envíes una lágrima y una sonrisa, para recordarle que en tu corazón de padre hay para él un cuarto grande, bonito y luminoso, y que siempre estará disponible.

Un domingo de lluvia tiene muchos huéspedes.

Si eres una vieja tata llena de dolores mirarás a tu señorito que se viste para salir, hoy también que es domingo, hoy también que es la fiesta de Todos los Santos, hoy también que llueve a cántaros. Y protestarás, te quejarás pero no te harán caso. Nunca te hacen caso. Escutarás sus ojos brillantes de fiebre, escucharás su tos seca. Y sufrirás por tu propia incapacidad y temerás por su dolor. Abrigarás una esperanza tras verlo escribir a escondidas y guardar una hoja arrugada en el bolsillo de la chaqueta. Cerca del corazón.

Un domingo de lluvia encuentra en las soledades alguna esperanza.

Ricciardi caminaba y sus pasos resonaban como si fuera de noche a pesar de que era de día: la lluvia obligaba a la gente a encerrarse en casa ese domingo de otoño.

Ese día él también se habría quedado entre las cuatro paredes de su hogar; estaba

hecho polvo, le quemaba la garganta, tenía la cabeza como envuelta en algodones; pero sabía que no descansaría hasta averiguar quién era el cojo y el papel que había desempeñado en los últimos días de la vida de Tetté.

El sacristán no había sido más que un intermediario; los demás chicos no podían saber nada, y habría sido difícil sacarles alguna información; seguramente el padre Antonio no estaría al corriente, y él no podía abordarlo otra vez después de la carta enviada por la curia; solo quedaba una persona a la que el niño podía haberle contado algo.

El portero del edificio de la via Toledo se mostró muy receloso: aquel extraño individuo que llegaba bajo la lluvia, sin sombrero y con aquellos ojos verdes, relucientes por la fiebre, le resultó demasiado raro para permitirle libre acceso a sus amos; y una mañana de domingo, nada menos. Le estaba diciendo que volviera otro día porque la señora no se encontraba en casa cuando ella misma lo desmintió al llamarlo por el interfono para pedirle que dejara pasar a aquel extraño visitante.

Ricciardi subió un tramo de escaleras y se encontró a Carmen esperando en la puerta, y a su lado la criada, dispuesta a ocuparse de su abrigo.

—Pase, comisario, póngase cómodo. Es una suerte que lo viera por la ventana, de lo contrario ese cancerbero de Alberto le habría impedido subir sin siquiera consultarme. Un día de estos tendré que hablar claro con ese hombre.

Ricciardi la siguió a través de unas salas hasta un cuarto de estar iluminado por una gran araña de cristal. La casa era muy amplia y suntuosa, llena de alfombras, tapices y cuadros antiguos; destilaba un bienestar con solera, fortunas de épocas anteriores consolidadas por las generaciones posteriores. Los bibelots, las estatuas, los propios muebles hablaban de viajes a países exóticos y de un gusto refinado.

—La riqueza no es mía, comisario. Viene de la familia de mi marido, ya se lo dije la otra vez. Esta casa y las otras, todo este fasto terminará con nosotros. Por culpa mía, por mi esterilidad.

El comisario la observó; el sufrimiento parecía no haberla abandonado, aunque había pasado de la fase en la que el dolor es un mar tempestuoso que grita en el alma a un sordo ruido de fondo. La cara delicada estaba enrojecida, estropeada, surcada por las arrugas del llanto; los ojos ojerosos, el pañuelo retorcido sin cesar por las manos delicadas. Vestía un traje negro, muy parecido al que llevaba en el entierro del niño, tal vez fuese el mismo.

—No puedo dejar de pensar en él, comisario. Es como si tuviera un bloque aquí, en el pecho, y me oprime cada vez que respiro. Ni yo misma me había dado cuenta de lo que ese niño significaba para mí. Aunque solo lo veía dos o tres veces por semana, la idea de estar con él me daba una fuerza que nunca volveré a tener. ¿Qué voy a hacer ahora?

Ricciardi experimentó con intensidad su misma pena, la misma e inmensa

soledad. La mujer estaba sola en medio de sus riquezas, mucho más de lo que había estado el desdichado Tetté en su vida pobre y desesperada, tan breve como un suspiro.

—Señora, no quería molestarla. Comprendo lo difíciles que son para usted estos momentos.

—He pensado mucho en lo que me dijo, comisario. Tiene razón, debería haber acogido a Tetté en mi casa. Debería haber superado los temores, las cicaterías y las mezquindades y debería haberle dado la vida y el bienestar que debe dársele a un hijo, porque para mí ya era eso: el hijo que Dios no quiso dejarme engendrar. Tuve miedo y fui castigada. Pero el castigo fue excesivo.

Ricciardi trató de reconfortarla.

—No piense eso. La muerte de Tetté es hija de la calle, del abandono de estos pobres chiquillos. Es hija de la indiferencia de todos nosotros, no solo de la suya. Al contrario, usted fue la única que sintió la necesidad de ofrecerle consuelo.

—No, comisario. Por desgracia no es así. Tal vez empecé con esa intención, pero después, Tetté se convirtió para mí en algo distinto, más profundo. A mí me interesaba él, no me interesaban los demás chicos, no todos los niños pobres que viven en la calle. No sé perdonarme por haber dejado que muriera solo.

—¿Por qué se atormenta, señora? ¿Por qué se acusa de cobardía?

Carmen se levantó.

—Acompañeme, comisario. Quiero enseñarle algo.

Ricciardi siguió a la mujer por un largo pasillo y subieron un tramo de escaleras en lo alto de la cual había una puerta. Sentado en una silla, un enfermero con bata blanca leía el periódico; en cuanto vio a la señora se puso de pie.

—No se moleste. Solo quiero enseñarle algo al comisario. Abra la mirilla.

En el centro de la puerta había una ventanilla con un pomo que permitía abrirla hacia fuera. El hombre echó un rápido vistazo en el interior y se apartó; Carmen se quedó mirando un buen rato, luego le dejó sitio a Ricciardi con expresión afligida. Y él miró.

La habitación se encontraba en penumbra, carecía de ventanas, la iluminaba la débil luz de una lámpara encajada en la pared y protegida por una malla metálica. El único mueble era una cama situada en el centro del cuarto. Un hombre estaba sentado en el colchón; vestía una camisa de dormir.

De edad indefinida, habría podido tener treinta o setenta años. De la cabeza le salían ralos mechones de pelo negro, sin vida. Sus ojos recorrían incesantes las paredes, como si siguieran el movimiento de animales nocturnos. De su boca balbuceante caía un hilillo de baba que se le escurría por el cuello y la camisa; a través de la ventanilla, protegida por un cristal, se colaba un murmullo, un flujo de palabras sin sentido. Carmen la cerró.

—Ya ha desayunado y tomado el medicamento, señora —dijo el enfermero.

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Bastante tranquilo. Dentro de poco viene a sustituirme Stefano, el enfermero de día. ¿Necesita algo más, señora?

Carmen negó con la cabeza, entristecida y con una seña le indicó a Ricciardi que la siguiera. Cuando se encontraron otra vez sentados en la sala de estar, la mujer sonrió amargamente y le enseñó al comisario una foto en un marco de plata:

—Me hubiera gustado decirle, le presento a mi marido. Aquí está como era cuando nos casamos, y ya ha visto en qué estado se encuentra ahora. Una enfermedad nerviosa, los médicos dicen que incluso puede ser hereditaria. Tal vez haya sido mejor que yo sea estéril.

En la foto se veía a un hombre sonriente, alto y apuesto, que nada tenía en común con el vegetal encerrado en lo alto del tramo de escaleras; de su brazo se veía a una Carmen más joven y mucho más feliz, vestida de blanco.

—No hace mucho de esto, comisario. Pero a mí me parece un siglo. He querido enseñárselo para que comprenda, aunque solo sea en parte, por qué no traje enseguida a Tetté a esta casa. Enfermeros, medicinas, puertas cerradas. ¿Qué lugar sería éste para un niño?, pensaba. Si no lo hubiese pensado, ahora él estaría vivo. Pero no es lo único que me atormenta. En realidad fui una egoísta, una tremenda egoísta.

—¿Por qué, señora?

—Mi marido tiene parientes. Personas ávidas, interesadas en su riqueza. Si hubiésemos adoptado, las posibilidades de esas personas de quedarse algún día con lo que nos pertenece se habrían visto reducidas. Habrían hecho de todo por impedirlo. Y estando mi marido como está, no quise causarle el dolor de verse con toda la familia en contra. Prefería hacerle donaciones al padre Antonio, darle un poco de bienestar a Tetté de esta forma indirecta. En fin, que fui una cobarde. Y ahora no me lo perdonaré nunca.

A Ricciardi le daba pena aquella mujer, pero no podía consolarla. Tenía razón, en su lugar, él también habría llevado sobre la conciencia el peso de su propio bienestar.

—Disculpe usted, señora, he venido para preguntarle algo. En los últimos días conseguimos más información y resulta que Tetté había conocido a un hombre. ¿Usted sabe algo?

Carmen parpadeó varias veces, perpleja.

—¿Un hombre? ¿Tetté? No, no sé nada. ¿Qué hombre?

Ricciardi trató de ser más exacto.

—Al parecer un hombre alto y elegante se puso en contacto con el niño a través del sacristán. Ese hombre vio a Tetté al menos en dos o tres ocasiones la semana anterior a la muerte del pequeño. Lo veía fuera de la parroquia, estoy casi seguro de que ni el padre Antonio ni los demás muchachos sabían nada. Pensé que a lo mejor

Tetté se lo había contado.

—No, no me dijo nada. Y me extraña mucho, porque me lo contaba todo. ¿Cómo era ese hombre?

—Ya se lo he dicho, alto, elegante; parece que renqueaba y se apoyaba en un bastón al andar.

Ricciardi notó el cambio súbito en la expresión de Carmen; lo miró con ojos desorbitados y se tapó la boca con el pañuelo, mientras con la otra mano se aferró al brazo del sillón con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Qué dice, comisario? ¿Está seguro?

—Sí, señora. Otros datos, que todavía debemos comprobar, indican que el hombre vive en Santa Lucia. Hoy mismo me propongo hacerlo.

Carmen se puso de pie. La voz le temblaba por la agitación y el dolor.

—Yo lo conozco, comisario. ¡Sé quién es ese hombre!

Ricciardi se levantó a su vez, mirándola a la cara con aire interrogante. La mujer prosiguió:

—Se trata de Edoardo, el hermanastro de mi marido. Se llama Edoardo Sersale. Y me odia, me odia con toda el alma.

Carmen se desplomó en el sillón y rompió a llorar desesperada. Ricciardi esperó que se calmara y luego le preguntó:

—¿Por qué cree que podría ser él, señora? He de decirle que el nombre coincide con el que averiguamos en nuestras pesquisas. No quería mencionarlo hasta no haberlo comprobado personalmente.

Carmen parecía destrozada por sus propios pensamientos.

—Es él; el hijo del segundo matrimonio de mi pobre suegra, a la que mató a disgustos. Me juró que se vengaría. Me pidió dinero, yo administro los asuntos de mi marido, ya ha visto usted en las condiciones en que se encuentra. Edoardo es un hombre disoluto, mujerzuelas, juego, caballos, tiene todos los vicios habidos y por haber. Yo dije basta, porque con él es como tirar el dinero a un pozo sin fondo. Y él me dijo: me vengaré.

Ricciardi miraba a la mujer, perplejo.

—¿Qué cree usted que hizo? ¿Qué tenía que ver Tetté?

—¿No lo entiende, comisario? Me atacó en lo único que amaba, el niño. De un solo golpe eliminó el peligro de adopción y me quitó a Tetté. Dios mío, comisario..., ha sido él, quiere decir que el niño... ¡el niño murió por culpa mía! ¡Solo por culpa mía!

Ricciardi se quedó mirando a la mujer sacudida por desesperados sollozos, no sabía cómo confortarla.

Fuera la lluvia lo cubría todo, hombres y cosas.

*Domingo, 25 de octubre de 1931 – IX*

*A la salida de misa, Tetté levanta la vista y escruta la calle. En este momento no llueve, pero el suelo está mojado y el cielo, cubierto de nubes negras.*

*¿Qué tiempo hará?, se pregunta. ¿Veré a mi ángel? A lo mejor viene a buscarme, aunque no haya avisado al padre Antonio; a lo mejor tendrá ganas de verme, llegará y pasaré con ella una hora. Pasearemos en coche, yo me sentaré detrás como si ella fuese mi chófer. Y me llevará a tomar algo rico, y me reiré, y me estrechará con fuerza.*

*Como una mamá con su niño.*

*Mientras piensa en esto, debajo de las escaleras de la iglesia encuentra al perro echado; en cuanto ve a su amo se levanta de un salto y mueve la cola. Tetté lo abraza rápidamente, luego va hacia la esquina sin que lo vean. Del bolsillo de los pantalones saca una miga de pan y se la da. El perro apenas masca y traga.*

*De repente se pone a gruñir mirando a espaldas de Tetté. El niño se vuelve y se encuentra con los ojos de Amedeo. Son ojos inexpresivos, no llevan nada dentro. Tetté le tiene pánico a esos ojos.*

*Amedeo hace una señal con la cabeza, Tetté se da cuenta de que no llega solo, lo siguen los demás, los mellizos, Saverio, Cristiano. Los mellizos avanzan y lo agarran de los brazos. Saverio le echa al perro una cuerda con nudo corredizo alrededor del cuello y tira. El animal gruñe más fuerte y muerde la mano de Saverio, un mordisco rápido, la mano sangra; Saverio maldice y tira de la cuerda. Al perro se le salen los ojos de las órbitas y tose.*

*Amedeo dice que no por señas, le suelta un sopapo a Saverio y este deja de tirar de la cuerda.*

*Amedeo se vuelve y echa a andar; lo siguen los mellizos con Tetté. El perro vacila, luego sigue al grupo sin ofrecer resistencia, la cuerda está floja, no hace falta tirar de él.*

*Cristiano da media vuelta y mira a Tetté una sola vez. Sus ojos también reflejan el miedo. Tetté quisiera gritar, pero no puede; la serpiente aprieta, apenas lo deja respirar.*

*El pequeño séquito avanza hasta un entrante de la calle, una minúscula plaza al pie de una escalera de doble tramo, por la zona del almacén de comestibles. No pasa nadie. ¿Ángel mío, dónde estás?*

*Saverio lleva al perro delante de Tetté. El perro gañe una sola vez, luego se echa. Espera. Los mellizos dejan de apretar con fuerza los brazos de Tetté, pero no lo sueltan.*

*Amedeo dice: es hora de desayunar, tartaja de mierda. ¿O has olvidado que te*

prometí un buen desayuno? ¿Qué te pensabas, que ibas a librarte? Save', trae el desayuno.

Del bolsillo del viejo abrigo que le llega casi a los pies Saverio saca los cebos envenenados. Toma, dice. El desayuno está servido. Todos, menos Cristiano, se carcajean. Amedeo se seca las lágrimas y sin dejar de reír dice: ¿y, tartaja de mierda, lo has decidido? ¿Quién se va a tomar este desayuno, tú o ese bastardo juntapulgas? Habla, te escucho. ¿O es que no puedes hablar?

Cristiano dice: dejémoslo correr, Amede'. Esto nos costará caro a todos. Y no conseguiremos nada bueno. Vamos a perder también lo que el tartaja nos trae cuando la señora lo saca de paseo.

Amedeo contesta: cállate la boca, Cristia'. Estoy hasta las narices de ti, que tienes miedo hasta de tu propia sombra. ¿O es que también a ti te gusta el tartaja? ¿Te has vuelto maricón como el sacristán? Si quieres, podéis desayunar juntos estos ricos bocados. Así parecerá que los tontos que no sabían que estaban envenenados eran dos y no uno.

Cristiano calla, da un paso atrás. Mira al suelo. En cambio Tetté mira al cielo y piensa, ángel mío, perdóname, pero no pienso dejar que envenene al perro. Es mi amigo, no dejaré que lo envenene.

En el preciso momento en que va a decir: yo, yo, el desayuno me lo tomo yo, se oye un brusco reproche: eh, ¿qué hacéis ahí? ¿Por qué tenéis agarrado al chico?

Todos se vuelven hacia la voz y en la entrada de la explanada asoma una figura alta, con expresión dura. El hombre se acerca cojeando. Con el bastón apunta a Saverio y le ordena: suelta al perro. Suelta enseguida a ese perro y deja que se vaya.

Los muchachos se miran, no saben qué hacer. Son muchos, el hombre está solo y en la placita no hay nadie. Podrían obligarlo a comerse unos cebos a él también.

Pero lleva ese bastón y es mal encarado. Comprenden que no les conviene resistirse. Amedeo le hace una seña a Saverio, y este desata al perro; el animal gruñe, retrocede unos pasos pero no escapa. Los mellizos sueltan a Tetté y esperan una orden de Amedeo. En un momento dado, uno de ellos se da media vuelta y echa a correr. El otro observa a su hermano, mira a Amedeo y se aleja retrocediendo de espaldas.

Amedeo le dice a Tetté: esto no termina aquí, tartaja. Nos vemos luego. Y se marcha altivo, seguido de Cristiano y Saverio que lanza un escupitajo al suelo.

El cojo se acerca a Tetté. El grupo de muchachos se detiene al borde de la placita y se queda mirando.



Guareciéndose de la lluvia en un portal, Ricciardi esperaba. Tal vez necesitaría horas, o tal vez unos minutos. Su trabajo requería paciencia y espera.

Le entraba la risa cuando en las películas, con el acompañamiento de las notas frenéticas de un piano desafinado, veía a sus imaginarios homólogos norteamericanos entrar de un salto por la ventana apuntando con el revólver; o cuando en las noveluchas leía sobre enfrentamientos a tiros, sobre policías que dispersaban a puñetazo limpio a las bandas de delincuentes. La mayor parte de su trabajo consistía en eso, esperar bajo la lluvia, a veces inútilmente; el resto se limitaba a rellenar informes que nadie leía.

Estornudó, de contragolpe notó un fuerte pinchazo en las sienes. Quizá debería haber cumplido con la promesa que no le hizo a Maione y pasar el domingo bajo las mantas, sorbiendo alguno de los mejunjes calientes de Rosa. Habría aprovechado para asomarse de vez en cuando a la ventana, y quizá habría visto fugazmente a Enrica. Tal vez ella le habría sonreído, y él habría sabido que su última carta la había complacido.

Sin embargo, sus pies de policía lo habían conducido bajo la lluvia hasta Santa Lucia, donde se puso a esperar a un hombre que no había visto en su vida, y que quizá ni siquiera había tenido nada que ver con lo que buscaba.

Ya. ¿Qué buscaba? El fantasma de un niño muerto que tal vez no existía. Con toda probabilidad no existía más que en su mente enferma.

Su mente enferma, pensó, y recordó el triste espectáculo que había presenciado a través de la mirilla, en casa de la pobre Carmen: un hombre loco, un vegetal humano en perenne diálogo con un mundo de fantasmas que solo él veía. En el fondo, ¿en qué se diferenciaba del marido de la señora Fago di San Marcello? En nada. Quizá únicamente en el hecho de que mientras aquel hombre no veía más que espectros, él todavía conservaba un tenue vínculo con el mundo real.

¿Qué me dirías tú, fantasma de Tetté? ¿Que acariciara a tu perro, y tal vez así dejaría de perseguirme? ¿Que por fin has encontrado comida? A saber lo que le dirán sus fantasmas al señor Fago. Deberíamos intercambiar impresiones.

El portón que vigilaba se abrió de pronto. Salió un hombre alto, más o menos de la misma edad que Ricciardi, tal vez un poco más viejo; llevaba sombrero, un abrigo elegante y bastón. Cojeaba.

Miró a su alrededor, circunspecto; cuando comprobó que en la calle no había nadie, se mostró más tranquilo y cerró el portón a sus espaldas.

Antes de que Ricciardi tuviera tiempo de moverse, de las sombras del callejón al costado del edificio del que acababa de salir el hombre, surgieron tres sinvergüenzas que lo rodearon al instante. Dos vigilaban la calle, el tercero sacó del bolsillo algo

que soltó un leve destello bajo la luz del día lluvioso. El cojo palideció, aterrorizado, y levantó el brazo para protegerse la cara.

Ricciardi reaccionó lo más deprisa que pudo: salió del portal y fue hacia el grupito gritando:

—¡Alto, policía! ¡Soltad las armas!

El hombre que miraba en su dirección gritó para avisar a sus compinches y salió por piernas, seguido de los otros. El que iba armado agitó el cuchillo hacia el cojo a modo de advertencia antes de desaparecer.

Ricciardi se acercó al hombre. Estaba pálido como el papel, apoyado en la jamba del portón cerrado.

—Me ha salvado. Gracias. ¿Ha visto? Un cuchillo. Llevaban un cuchillo.

—Soy el comisario Ricciardi, de la jefatura. Necesita tomar algo fuerte. En la esquina hay una taberna, vamos.

Sin dejar de vigilar la expresión del hombre, Ricciardi captó el alivio en su cara en cuanto se identificó. Evidentemente tenía más que temer de aquellos canallas que de la policía.

Llegaron a la taberna; a pesar de que el empedrado estaba resbaladizo, el cojo caminaba deprisa ayudándose con el bastón y lanzando miradas preocupadas hacia el callejón por el que habían desaparecido sus tres agresores. Repetía sin cesar, a media voz: a este punto, a este punto han llegado...

Se sentaron a una mesa. El hombre era conocido del propietario, que lo saludó con afabilidad, mirando con desconfianza a Ricciardi; debía de estar acostumbrado a las malas compañías de su parroquiano.

—Comisario, ha llegado usted justo a tiempo. Me habrían herido, tal vez me habrían desfigurado. Gracias de nuevo.

Ricciardi agitó la mano para restarle importancia.

—Esta zona es una mina para los ladrones. Corren tiempos difíciles.

El hombre soltó una amarga carcajada.

—Ésos no eran ladrones. Sé quién los ha mandado. Disculpe, no me he presentado. Soy Edoardo Sersale. Y doy gracias al cielo porque usted pasara delante de mi casa justo en ese momento, de lo contrario me habría visto en un serio aprieto.

—No pasaba por casualidad. Lo estaba esperando, señor. Igual que esos tres, aunque, como es lógico, con intenciones muy distintas.

Sersale estaba sorprendido pero no asustado.

—¿De veras? ¿Cómo es eso? Los agentes de policía son los únicos a quienes no debo dinero. Y nunca he estafado a nadie.

—Ha dicho que sabe quién ha mandado a esos hombres. ¿De quién se trata y por qué cree saberlo? —dijo Ricciardi.

Edoardo había pedido una jarra de vino, se sirvió un vaso y se lo bebió de un

trago.

—Está claro que no pienso decírselo, comisario. Si hubiese querido poner una denuncia, habría ido a la jefatura hace meses. Probablemente ahora estaría muerto. Solo le diré que es mala gente. A la que debo un dinero que he de pagar con urgencia. Dinero que no poseo.

—Sin embargo, hace un tiempo le confesó a una muchacha en algún lugar que pronto lo tendría. ¿Cómo piensa conseguirlo?

Sersale se mostraba cada vez más intrigado.

—¡Increíble! ¿Cómo lo sabe? ¿Me están vigilando? ¿Desde cuándo?

Ricciardi decidió explicarle por qué estaba allí.

—No, no lo vigilamos. Yo me ocupo..., digamos que estoy aclarando una situación en la que al parecer usted está implicado: la muerte de Matteo Diotallevi, un huérfano de la parroquia de Santa Maria del Soccorso en Santa Teresa. ¿Le dice algo?

El hombre dio un brinco como si acabara de recibir un golpe en la cara.

—¿Se ha muerto? ¿Tetté ha muerto? Pero cómo... ¡No es posible, lo vi la semana pasada! ¡Y estaba estupendamente! No puede ser comisario, es una broma de pésimo gusto.

—Por desgracia no es ninguna broma. Lo encontraron muerto el lunes de madrugada, en la escalinata del Tondo di Capodimonte.

Sersale se pasó la mano por la cara.

—Pobre niño... pero ¿cómo murió?

—Al parecer por ingestión accidental de veneno para ratas. Pero hay algunos aspectos no del todo claros que estoy investigando.

Sersale estaba realmente turbado.

—Siendo así, comisario, debo explicarle la situación. Le he hablado de mis deudas. Debe usted saber que mi familia...

Ricciardi lo interrumpió.

—Ya estoy al corriente de lo de su familia. He visto a..., a su hermanastro. Su esposa se había encariñado con el niño, he hablado con ella varias veces. Ella me confirmó quién es usted.

La cara de Sersale se endureció por la ira.

—Esa arpía. No pierde comba. Por favor, comisario, tenga paciencia y escuche mi versión de los hechos.

Ricciardi asintió y le indicó que siguiera.

—Me hirieron en la Gran Guerra y quedé... así, con esta pierna. Me veo obligado a usar bastón y en días húmedos como el de hoy, la herida me tiene loco de dolor. No he podido trabajar, buscarme la vida como debería. O tal vez saqué provecho de mi estado para no trabajar, como decía mi madre, que en paz descansa. Me gusta la buena vida, lo reconozco; y las mujeres hermosas. Pero eso no me convierte en

malhechor, y la familia debería ayudar cuando uno se encuentra en dificultades. Esa mujer... Desde que mi hermano está como usted lo vio, y no descarto que haya sido ella la que lo dejó así con algún maleficio, porque es una bruja, créame, me ha cerrado por completo el grifo. Todo el patrimonio de la familia, y por tanto, el mío, está en sus manos.

»Había perdido todas las ambiciones y pasé por una época francamente difícil. Hace poco entré en contacto con un soldado que estuvo a mis órdenes y que ha montado un negocio en el norte de Italia y... en fin, que puedo pensar otra vez en el futuro, siempre y cuando pudiera pagar mis deudas y hacer borrón y cuenta nueva. Ya vio usted a esos tres... no me matarán, porque si lo hicieran, no cobrarían. Pero pueden hacerme daño, marcarme; ésas son sus advertencias.

—Entonces le pidió dinero a su cuñada.

—¿Y a quién más podía acudir? Lo controla todo, la muy bruja. Y me dijo que no, que ya basta, que debía asumir mis responsabilidades, etcétera. Estaba desesperado.

Ricciardi trató de encarrilar su relato hacia el niño.

—¿Y qué tiene que ver Tetté en todo esto?

—Tiene que ver, comisario. Le ha dicho que es estéril, ¿no? Que no puede tener niños. Que su vida ha sido un infierno. Hace unos meses, mientras hurgaba en un baúl en busca de un libro, me encontré por casualidad con un paquete de cartas atadas con una cinta. El baúl venía de la casa de mi hermano, contenía ropa de mi difunta madre, de la que la muy bruja se deshizo enseguida, al poco tiempo de morir. A saber cómo fueron a parar a ese baúl las cartas, era evidente que las habían escondido demasiado bien. El remitente era el médico que se ocupó de mi hermano, datan de hace unos diez años, poco después de la guerra. En fin, que los dos mantuvieron una relación. Duró años, precisamente mientras mi pobre hermano iba perdiendo la razón. ¿Lo comprende, comisario? ¿Comprende qué vergüenza?

Ricciardi se encogió de hombros.

—Son cosas que pasan. Por otra parte, no creo que esté usted en posición de dar lecciones de moral a nadie, ¿verdad?

Sersale acusó el golpe.

—No se trata de moral. ¿Tuvo o no tuvo esa relación? ¿Fue o no fue infiel? Entonces quizá no tenga derecho a apoderarse del patrimonio de mi familia. Esas cartas eran la prueba. Entonces empecé a seguirla para comprobar si mantenía su relación con el médico o si se había echado otro amante.

—¿Y descubrió al niño?

—Lo descubrí, sí. Y me pareció raro todo ese apego. Ese gran amor por un chiquillo bastardo..., sabrá usted disculparme, comisario. Pobre niño. En fin, me convencí de que ese crío podía ser para ella algo más, algo distinto. Quizá su hijo,

fruto de la relación. Y si no era así, me quedaba la posibilidad de chantajearla con las cartas. Usted ya sabe, comisario, que en esta ciudad la calumnia mueve montañas. Habría insinuado la sospecha, basándome en la certeza de la relación.

—Entonces se puso usted a investigar.

—En efecto. Para poder encontrarme a solas con el pequeño, le hice un regalito a ese asqueroso del sacristán, un ser realmente inmundo. Lo vi unas cuantas veces, el sacristán se pensaba que yo era un perverso, a punto estuve de partirle esa cara repulsiva a bastonazos. Debo reconocer que el niño daba pena: pequeñito, más flaco que un esqueleto, y tartamudeaba tanto que daba pena, tardaba media hora en articular una frase.

Ricciardi empezó a comprender adónde apuntaba Sersale.

—Usted quería saber si la mujer tenía con el niño una actitud especial, ¿es así? En definitiva, una actitud de madre.

—Así es. Lo interrogué con buenas y con malas maneras, pero sin hacerle nunca daño, para sonsacarle algo sobre el comportamiento de ella. Aunque no pude enterarme de nada, comisario. Ella quería a ese niño, claro, si bien no le decía ni le daba nada especial. Él la llamaba señora, la adoraba, se había encariñado mucho con ella; se habría encariñado con cualquiera, como con ese perro vagabundo del que no se separaba nunca, y que a mí me daba más pena que él. Pero era porque fue la única que lo trababa bien.

—De manera que desistió usted.

—Sí. Confiaba en poder utilizar las cartas y al niño, pero me di cuenta de que solo habría conseguido cubrir de vergüenza el nombre de mi hermano, sin lograr nada a cambio. Sin embargo, no me doy por vencido. Hablaré otra vez con la bruja, y la amenazaré con hacer públicas las cartas. Sin el niño será más difícil, lo sé; máxime cuando no hizo nada para adoptarlo, ni para acogerlo en su casa.

Ricciardi pensó que ése era precisamente el motivo por el que Carmen se había condenado a un eterno arrepentimiento.

—Una cosa más, Sersale, que usted sepa, ¿quién le tenía animadversión a Tetté? ¿Había alguien que se habría visto en un aprieto, por ejemplo, si se encontraba el cadáver cerca de una casa o una tienda?

Sersale reflexionó.

—Los demás chicos no lo querían, es verdad. La tenían tomada con él y con el perro, la última vez que lo vi tuve la sensación de que se disponían a hacerle daño. Y el sacristán, le repito, me parece que es de los que venderían a su propia hermana por dos liras. ¿Pero a quién podía interesarle un niño así?

Ricciardi asintió con tristeza. ¿A quién podía interesarle un niño así?

—Vaya con cuidado, Sersale. La gente de los callejones no bromea. En una de éstas le dejan algo más que una advertencia. Si cambia de idea y decide darnos los

nombres de los usureros, ya sabe dónde encontrarme. Entretanto, y hasta que aclaremos todos los aspectos en torno a la muerte de Tetté, le aconsejo que no abandone la ciudad.

Domingo, 25 de octubre de 1931 – IX

*El cojo arrastra a Tetté hacia un coche estacionado en la esquina de la calle. El grupo de muchachos se ha alejado y observa desde lejos, quieren ver qué pasará.*

*El perro, en cambio, cruza a la acera de enfrente y se echa. Tetté piensa: vete, perro. Vete. Que si esos llegan a agarrarte, te envenenan como al pobre gato que no le hizo daño a nadie. Pero el perro no se va, sigue echado y espera.*

*El cojo lo hace subir al coche, en el asiento delantero, y después se sube él también. Tetté no se siente como cuando va en coche con su ángel, que lo hace viajar detrás, como el amo con su chófer. Y este automóvil no le gusta, huele a humo y a suciedad.*

*El cojo lo agarra del brazo y se lo retuerce, le hace daño. Vamos a ver, retardado, ¿has pensado en lo que te pregunté? ¿Qué te dice Carmen cuando la ves? ¿De qué habláis? ¿Qué te ha contado?*

*Tetté habla a pesar de la serpiente. Comprende que si no lo hace será peor. Hablamos de cosas mías, de mi vida, del colegio, dice con dificultad. Tarda mucho tiempo en decirlo. Empieza a llover, los goterones salpican el parabrisas.*

*¿Y cómo la llamas? ¿Cómo te pide que la llames? Yo la llamo señora, dice Tetté. La llamo señora, ¿cómo debería llamarla? Piensa que también la llama ángel mío, pero únicamente para sus adentros.*

*El cojo lo mira con fijeza, asiente con la cabeza, lo ha entendido.*

*¿Y qué te da? ¿Qué te regala?*

*A Tetté se le llenan los ojos de lágrimas. ¿Dónde estás, ángel mío?, piensa. El grupo de chicos no se ha movido, pese a que llueve con fuerza. Le duele el brazo, el hombre se lo aprieta mucho.*

*No me da nada, contesta en voz baja, la serpiente se le enrosca a la garganta. Nada. Cosas para comer. Una vez, quisiera contar pero no le sale la voz, me regaló un coche de madera, chiquito pero igual que el suyo; Amedeo lo vio y lo aplastó bajo los pies; entonces recogí los pedacitos de madera y traté de pegarlos, pero no pude juntarlos.*

*Y cuando fui a robar en una casa para Cosimo, quisiera contar Tetté pero no le sale la voz, vi otro cochecito en el suelo, a lo mejor era el juguete del hijo de la señora que se reía con Cosimo. Y me lo llevé, fue la única vez que robé para mí.*

*Y lo tengo guardado en el armarito, lo pinté con los lápices del colegio. No es bonito como el que me había regalado mi ángel, el que Amedeo rompió a pisotones, pero me recuerda el coche de mi ángel. Y las horas felices que pasamos juntos.*

*Eso diría Tetté si la serpiente no se le enroscara a la garganta; y si los pensamientos se le formaran en palabras y no en confusas imágenes que se mezclan*

*y se superponen en su cabeza.*

*El cojo lo mira con disgusto y dice: eres un inútil. Un ser inútil. Y además me estás apestando el coche con esa mugre que llevas encima.*

*Vete, le ordena. Qué inútil eres, me das asco.*

*Abre la portezuela, de un empujón lo tira al suelo y se aleja.*

*Tetté se levanta y ve al grupo de muchachos, con Amedeo a la cabeza; van hacia él corriendo.*

*A sus espaldas, el perro empieza a gruñir.*



Otra vez solo, otra vez bajo la lluvia, Ricciardi repasaba la conversación que había mantenido con Sersale, el cojo.

Más allá de los problemas, de la vida que llevaba y las compañías de las que se rodeaba, le había parecido sincero. Sin embargo, sabía por experiencia que la necesidad era capaz de hacer brotar pasiones extraordinarias del fondo más negro de las almas. Había visto el terror pintado en los ojos del hombre al ser agredido, y él mismo había dicho que su única fuente de recursos era el patrimonio de su hermano, que Carmen tenía bien guardado bajo llave.

Podía ser, y Ricciardi no se animaba a descartarlo, que Sersale hubiese amenazado a la mujer con hacerle daño al niño y que, al no haber surtido efecto, hubiese pasado al chantaje; la muerte de Tetté podía ser una hábil puesta en escena para impedir que alguien atara cabos y relacionara al niño con lo que suponía para su protectora y para quien la odiaba.

Se le encogió el corazón: quizá el huerfanito había sido una pieza en el tablero, con la que sostener una apuesta mezquina y material.

Se pasó la mano por la frente febril: o tal vez ninguna de esas posibilidades fuera cierta, más allá de las luchas internas de la familia Fago, la muerte del niño había sido accidental, como dijeron todos desde el primer momento, y una mano piadosa había recogido el pobre cadáver de la alcantarilla donde había muerto, y lo había colocado en una postura digna donde pudieran hallarlo fácilmente. Eso también era posible, no podía condenar a quien tuvo miedo de declarar que había encontrado a un niño muerto en la puerta de su casa.

La lluvia caía otra vez, intensa, sobre las calles desiertas. Todos pasaban el domingo entre las cuatro paredes abrigadas y acogedoras de sus casas. De los edificios antiguos y de los bajos llegaba el aroma a leña quemada y a la comida festiva, ajo y cebolla, salsas que habían borbotado en las cazuelas un día entero antes de deleitar los paladares de quienes ahora descansaban, escuchando la radio y tomando sucedáneo de café.

Pasó junto a un callejón donde una semana anterior había ocurrido una tragedia: un local del subsuelo, donde dormía una familia indigente, se inundó a causa de una marea de aguas fecales; las fuertes lluvias habían arrastrado desde la colina una rama gruesa en la que se habían enredado hojas y basuras que provocaron la obstrucción de las cloacas. Los padres y los dos hijos, sorprendidos mientras dormían, no tuvieron escapatoria; los encontraron dos días más tarde tras las arduas tareas de retirada de los desechos.

Ricciardi los veía, translúcidos bajo la lluvia, en la puerta que había sido la entrada de su casa; sus labios abiertos murmuraban sueños ininteligibles dejando ver

las lenguas negras, las bocas pugnaban en su vano intento por engullir una última bocanada de aire. Ricciardi vio que solo la niña se había despertado, pero nadie la oyó. Gritaba: «El agua, mamá, despierta, está entrando el agua». Todos estaban empapados de agua sucia.

La calle está más poblada de muertos que de vivos, reflexionó Ricciardi mientras caminaba con las manos hundidas en los bolsillos de la gabardina, y los regueros fríos le recorrían la espalda abriéndose paso entre sus ropas.

La soledad, pensó, es una enfermedad infecciosa. Yo estoy infectado, la llevo conmigo. O tal vez sea ella la que me lleva a mí.

Percibió un movimiento a su espalda; se volvió a medias y por el rabillo del ojo vio al perro de Tetté siguiéndolo a unos metros de distancia. ¿Cómo voy a detenerme, se preguntó, y tomarme el domingo libre, si mi comitente se muestra tan solícito al comprobar los progresos que hago? Lo cierto es que, como verás, perro, los progresos no son tales. Sigo todavía como al principio.

Carmen, pensó, debo preguntarle a ella. Solo ella, que lo conoce, puede decirme si Sersale la amenazó con hacerle daño al niño; si cree que su cuñado hubiera sido capaz de llegar tan lejos.

Lo asaltó un vértigo intenso y se tambaleó. La fiebre seguía subiendo; tuvo la sensación de andar en sueños. Notó que le faltaban las fuerzas. Miró a su alrededor, vio un banco y se dejó caer en él; el barrio le resultaba vagamente familiar, pero no habría sabido decir por qué. No había un alma a su alrededor. El perro también parecía haberse desvanecido, suponiendo que no lo haya soñado, se dijo.

A medida que iba perdiendo el sentido, en rápida sucesión acudieron las imágenes de su madre, Rosa, Enrica, Livia, sus soledades, y pensó que les había contagiado su enfermedad; tuvo la impresión de verse también a sí mismo, jugando solo, imaginando a los compañeros y amigos que no tenía. Pero cuando se movió para verlo mejor, el niño tenía la cara flaca y absorta de Tetté.

Después llegó la oscuridad.

Envuelta en su abrigado salto de cama, Livia fumaba dejando que sus pensamientos vagaran libremente. Siempre había temido las tardes de domingo; era el momento en que la soledad tendía los dedos, como la oscuridad, y tomaba posesión de la vida de las personas, colocando a las almas frente a sí mismas, sin posibilidad de seguir mintiéndose.

En sus años de casada había estado más sola que nunca; su marido viajaba mucho, giras interminables en las que dejaba bien claro que no quería compañía, porque de ese modo disfrutaba con comodidad junto a sus innumerables amantes. Aunque no me sentía menos sola cuando él estaba, pensó, dibujando una sonrisa irónica.

Ahora también estoy sola, reflexionó; pero el color de mi soledad es distinto. Entonces estaba desesperada, ahora estoy llena de esperanzas.

Se acercó a la ventana surcada por la lluvia, y recordó la noche invernal en que se había asomado a otra ventana, la del hotel del paseo marítimo, y había visto a Ricciardi en la calle, bajo la luz oscilante de las farolas, en medio de la espuma del mar tempestuoso. Aquel hombre provocaba en su alma la misma tempestad que agitaba el mar aquella noche. Por lo bajo se rio de sí misma, por haber imaginado verlo sentado en un banco, bajo la lluvia, justamente delante de su portón.

Luego se dio cuenta de que no se lo imaginaba: era él.

Enrica estaba inquieta. No habría sabido precisar por qué; aquel domingo había seguido los grises senderos de siempre, a misa bajo la lluvia, nada de paseos por la Villa Nazionale, la comida y la radio, la cena ligera. Todo según lo habitual.

Pero se sentía rara; notaba una vaga opresión en el pecho, como un miedo, una ansiedad. Más bien una angustia.

Había terminado su respuesta a la carta de Ricciardi. Para ser sincera, la había terminado al menos cinco veces; la había reescrito tras haber pensado que mejor decía algo más, que mejor daba a entender otro matiz, que mejor dejaba alguna frase para otra ocasión. Intuía que con su respuesta daría el impulso definitivo para que las miradas desde la ventana, los gestos de saludo y las sonrisas de lejos se convirtieran en un conocimiento pleno y pasaran a hacer realidad su sueño de paseos agarrados de la mano, de cines y cafés en los locales del centro.

¿A qué se debía entonces esa angustia?

Ahuyentó de su mente el presentimiento que empezaba a formarse. No creía en esas cosas, no le gustaba pensar en ellas. Fue a la ventana y se quedó mirando la lluvia; a través del cristal mojado entrevió el edificio de enfrente, los postigos de la casa de Ricciardi.

En una de las ventanas, la del salón que ahora conocía bien, estaba Rosa mirando fuera.

Livia secaba a Ricciardi con un amplio paño de algodón.

Entre preocupada e incómoda, la criada la observaba desde la puerta de la habitación. Había visto a su señora salir corriendo de su dormitorio, coger un abrigo del perchero y lanzarse escaleras abajo, dejando la puerta abierta. Desde su ventana la vio salir por el portón, bajo la lluvia, en pantuflas, con el salto de cama debajo del abrigo, la cabeza descubierta. La vio acercarse a un hombre, un mendigo, quizá, que dormía en un banco. La vio abrazar al hombre, hacer que se levantara. La vio sostenerlo y avanzar con paso vacilante. Y la vio entrar con él en el edificio y luego

en la casa.

Le quitó la gabardina, la chaqueta, la corbata, la camisa e incluso la camiseta, las prendas empapadas estaban ahora desperdigadas por el suelo. Y lo estaba secando, restregándole el pelo y la cabeza con un paño.

Livia se volvió hacia su criada, nerviosísima.

—Adelina, date prisa, y dile al chófer que venga, que lo necesito. Y tráeme otro paño seco. No, mejor lo calientas antes en la estufa. Y pon a secar esta ropa de inmediato. Prepara una tisana.

Se dirigió a él, mientras Adelina salía de la habitación.

—Ricciardi, contéstame..., ¿qué te pasa, por qué estabas sentado bajo la lluvia? ¿Qué te ha pasado? ¡Habla!

Él la miró como si no la reconociera.

—El niño, el niño... soy yo, ¿lo entiendes? Murió y yo no lo veo, no lo veo. Y no sé qué me dice, y el perro... ¿Qué quiere de mí el perro?

Livia se limitó a mirarlo sin tratar de entenderlo siquiera. Deliraba por la fiebre. Se estremecía y balbuceaba.

—No te agites. Quédate tranquilo, tienes muchísima fiebre. Túmbate y no te preocupes por nada. Ya me ocupo de ti.

Adelina regresó con la tisana, acompañada por el chófer, que se abotonaba apresuradamente la librea.

—Arturo, vaya a llamar al médico... ¿Cómo se llama el médico del piso de abajo? Mirante, el doctor Mirante. ¡Ya sé que es domingo, pero no importa! Dígale que es una urgencia, que necesito que venga enseguida. Y tú, Adelina, échame una mano que vamos a acostarlo en la habitación de invitados.

A pesar de la enorme preocupación por la fiebre que notaba en todo el cuerpo de Ricciardi y de no comprender qué musitaba en medio del delirio, Livia no pudo dejar de pensar que ahora ya no estaba sola. Ya no.

Ahora tenía a alguien de quien ocuparse.

El doctor Mirante acudió de inmediato; era un hombrecito de mediana edad, con bigote tupido, mechón de cabellos peinados con primor en lo alto de la cabeza para disimular la calva y vientre prominente. Ser invitado a última hora de la tarde a casa de la bella y misteriosa vecina de la que todos hablaban le puso los dientes largos y confió en que fuese por otros motivos, de manera que al verse delante del afiebrado Ricciardi, no disimuló la decepción.

Tras examinar al enfermo y suministrarle una generosa dosis de quinina, se ató el cinturón de la bata de damasco y dijo:

—Se trata de un catarro importante, tiene la laringe muy irritada. Con esto debería bajarle la fiebre y debería hacer reposo absoluto un par de días.

Livia se restregaba las manos, preocupada.

—Pero la quinina... ¿Acaso teme que haya contraído la malaria?

El médico la tranquilizó.

—De ninguna manera. Se la he dado por la función antipirética del medicamento. Quédese tranquila, señora. Su..., su amigo se pondrá bien si recibe los cuidados necesarios. ¿Piensa ocuparse usted misma y tenerlo aquí?

La posibilidad de suministrarle a la bruja de su mujer nuevo material para sus cotilleos era demasiado atractiva para pasarla por alto despidiéndose y marchándose. Livia captó el detalle y se molestó. Como siempre, reaccionó contraatacando:

—Eso espero, doctor. Si él me lo permite, lo espero de veras. Pero el comisario Ricciardi de la jefatura de policía de Nápoles, así se llama su paciente, siempre hace lo que le da la gana. Veremos qué decide. Le agradezco su amabilidad, y le pido disculpas otra vez por haberlo llamado un domingo por la tarde. Recuerdos de mi parte a su agradable esposa.

Mirante captó la indirecta.

—No tiene por qué darlas, señora. Ya sabe usted que el trabajo del médico no conoce vacaciones ni festivos. Si quiere, mañana por la mañana pasaré a echarle un vistazo a esa laringe. Transmitiré sus saludos. Buenas noches.

Ricciardi se sumió en un sueño profundo, poblado de imágenes incoherentes; la fiebre iba y venía, dejando atrás pensamientos dispersos que generaban pesadillas.

En esos sueños el perro estaba siempre presente, lo miraba de lejos y, de vez en cuando, soltaba un único y lúgubre aullido, como había hecho cuando los sepultureros se llevaron a Tetté. El niño nunca aparecía de cara, sino que Ricciardi veía la imagen de su nuca colgando y de los regueros de agua que dejaba en el suelo, y revivía la tristeza que le había inspirado desde el comienzo.

En sueños veía a Enrica bordar junto a la ventana, la llamaba pero ella no oía,

entonces iba a ver a Rosa, aunque ella tampoco lo veía, como si él mismo se hubiese convertido en un fantasma. Rosa miraba el reloj de péndulo, colgado de la pared, suspiraba y se enjugaba una lágrima. Ricciardi notaba que la tata estaba preocupada por él, pero no lograba tranquilizarla.

Después se encontraba en la via Toledo, bajo la lluvia, y veía pasar a Maione, lo llamaba y tampoco él lo oía; lo seguía tratando de llamarle en vano la atención. El sargento pasaba al lado de Sersale y no lo reconocía porque no lo había visto nunca, y Ricciardi trataba de avisarle, si bien no tenía voz. Soy un fantasma, pensaba; un fantasma y nadie me ve.

Livia le controlaba la fiebre cada media hora; a eso de la una, le pareció que le subía de nuevo, y ya no quiso abandonar la habitación de invitados. Se quitó el salto de cama y se acostó a su lado.

Los postigos estaban abiertos y por la ventana se filtraba la luz de las farolas, que le permitía entrever el perfil de Ricciardi; la expresión contraída hablaba del acoso de las pesadillas. Le habría gustado entrar en esos sueños para protegerlo, para darle paz, la paz que no se permitía cuando estaba despierto, y ver si al menos de noche conseguía la serenidad.

En la penumbra, los rasgos de Ricciardi le resultaron aún más hermosos; parecía un muchacho cuyos pensamientos iban en pos de algo más grande que él. «El niño — le pareció que murmuraba—, dile al perro que no lo veo». Seguía delirando.

Le puso un paño mojado en la frente y él se calló, tal vez aliviado. Con los dedos le recorrió los labios y el cuello. Le acarició el pecho y tuvo la impresión de que respiraba mejor. Notó una especie de languidez, una contracción en la boca del estómago. Y tras preguntarse cuándo había sido la última vez que había hecho el amor se sorprendió al comprobar que no lo recordaba.

Apartó la sábana y deslizó la punta de los dedos por el abdomen.

En el pasillo, el reloj dio la hora. Fuera la lluvia golpeaba con brío la ventana.

Ricciardi soñó que estaba en su despacho con Livia. Olía su perfume especiado, entreveía su cara, los labios carnosos, la sonrisa misteriosa y fascinante, a pesar de la penumbra. Era hermosísima, y como siempre, le inspiraba una mezcla de atracción y temor.

Ella se levantaba del sillón, se quitaba el sombrero e iba hacia él, rodeando el escritorio. Sus andares de gata, el repiqueteo de sus tacones en el suelo, los ojos negros y relucientes fijos en los suyos. Ricciardi hubiera querido ponerse de pie y alejarse, pero en el sueño no tenía fuerzas, se quedaba inmóvil, con los dedos hundidos en los brazos del sillón, mientras el corazón le latía enfurecido en la

garganta.

Al llegar frente a él, le sonreía y le acariciaba detenidamente la cara. La veía más deseable que nunca y estaba aterrorizado. No conseguía moverse, hipnotizado por la mirada de aquella mujer.

Con el pensamiento trató de llegar hasta Enrica; no lo consiguió.

Livia posó los labios en los de Ricciardi. Estaba tumbada a su lado, con la mano en el vientre de él. Notaba el calor de su cuerpo, el latido acelerado por la fiebre.

Sabía que no era justo, que debería haber respetado su voluntad, que estaba enfermo y que quizá soñara con otra, con esa otra que él decía llevar en el corazón. Pero era una mujer y llevaba mucho tiempo sola. Ella también tenía sus sueños, y ese hombre ocupaba el centro de todos ellos.

Lo besó largamente, con ternura y pasión creciente. Lo buscó en el fondo de las tinieblas, lo aferró de la mano y lo alejó de la tormenta llevándolo a aguas tranquilas. Notó que reaccionaba a su presencia con un largo escalofrío. Y al final, pronunció su nombre.

Entre las tinieblas de la fiebre y el sueño, Ricciardi vio a Livia sentarse en su regazo, las espléndidas y largas piernas embutidas en unas medias transparentes. Se sintió anegado en aquel perfume y aquellos ojos que quitaban el sentido y la respiración.

Pronunció su nombre para pedirle que se detuviera, para pedirle que siguiera. Quería ser fuerte y, a la vez, quería imponerse ser débil.

Después fue seda y terciopelo cálido bajo la piel temblorosa de su mano; fue el cristal de la nieve y el viento, fue el lento ascenso de un altiplano y desde la cima fue la visión del precipicio sin fondo, de la absurda certeza de poder volar.

A su alrededor, todos los dolores de las infinitas muertes que contaminaban su existencia se hicieron a un lado sin hacer ruido para no molestar; y por primera vez, la vida, con sus ruidos ensordecedores, guardó silencio.

Entre el sueño y la vigilia, mientras invadían su alma el perfume especiado y los suspiros de ella, conoció sus ásperos y dulces sabores y los encontró extraños y familiares a un tiempo.

Se rindió a su piel, mientras en una parte muy honda de su ser, que se empecinaba en mantenerse despierta, rogaba que solo fuese un nuevo sueño, menos doloroso que los demás, pero consciente en cada momento de que no era así.

Oír su nombre en labios de él, mientras lo besaba, le dio ánimos y la llenó de felicidad; pensaba en ella, quizá en el delirio de la fiebre, quizá en lo más profundo

del alma por fin desnuda, pensaba en ella.

Y recordó hasta el último detalle cómo ser mujer, se tomó su tiempo, pues era consciente de la fragilidad del hilo que tenía entre las manos y de que en cualquier momento podía romperse. No quería asustarlo, no quería que volviera plenamente en sí y se alejara otra vez tras reencontrar los principios y pensamientos que lo mantenían distante; no tuvo prisa. Con todas sus fuerzas deseó que Ricciardi no estuviera solo soñando, sino que no estuviera lo bastante despierto para retirarse a su mundo lejano, ahora que lo sentía hombre y que ella se sentía mujer, como hacía mucho tiempo que no le ocurría.

Se olvidó de que había sido egoísta y fatua y descubrió que podía ser generosa y maternal. Guío sus manos, su boca, su cuerpo, con calma, con dulzura. Fue nuevo para ella, que había tenido amantes, aún más que para él, que siempre se había negado todo.

Livia hizo suyo el placer con el que soñaba, el placer que le faltaba, el placer que consideraba un derecho. Hizo suyo el momento en el cielo que quería, y, al final, hundió la boca en la almohada para ahogar un sordo y largo lamento.

Después sonrió en la oscuridad, apaciguada como una tigresa ahíta.



*Lunes, 2 de noviembre de 1931 – x. Día de los Difuntos*

Al amanecer la lluvia se tomó un respiro para transformarse en infinidad de gotas suspendidas en el aire frío; como si hubiese cobrado consciencia del día luctuoso, fue tiñéndolo todo de una tristeza grisácea.

Ricciardi cruzó el portón de la casa de Livia y salió a la calle desierta. Se sentía muy débil, pero creía que ya no tenía fiebre.

Había encontrado su ropa pulcramente doblada en el sillón, junto a la cama, en la que no recordaba haberse metido la noche anterior; estaba todavía un poco húmeda, pero caliente, porque la estufa estaba muy cerca. El hueco que había visto en el colchón, junto a él, y un pelo negro en la almohada confirmaron enseguida a su mente analítica, y al fin lúcida, que lo que recordaba demasiado bien no había sido un sueño, producto de la fiebre.

Se había vestido y había salido con sigilo. Al pasar por delante de la alcoba de Livia vio su silueta tumbada en la penumbra, y sintió vértigo.

Lo embargaba el desconcierto; notaba una profunda culpa hacia Enrica, pues en su fuero íntimo sentía que la había traicionado, y también hacia Livia, por haberla hecho suya sin amarla de verdad.

¿Qué sabrás tú del amor verdadero?, pensó. ¿Lo has probado alguna vez? ¿Acaso has compartido con alguien todos tus pensamientos, deseos y esperanzas? ¿Ese sentimiento que anima a las bocas muertas de quien se ha quitado la vida o se la han quitado por amor, esa emoción que tantas veces has tachado de absurda, acaso alguna vez has experimentado el amor?

Incoherente. Mientras caminaba en aquella extraña suspensión de agua, como nadando bajo la superficie de un mar aéreo, se sentía incoherente. No había tenido fuerzas para apartar a Livia al darse cuenta de que no soñaba que las manos de ella lo recorrían, y que sus bocas estaban unidas.

Livia era más hermosa, si cabía, de lo que aparentaba cuando entraba en una estancia y se convertía en el centro de todas las miradas masculinas. Pese a que intentaba apartar de sí el recuerdo, ahora que conocía las sensaciones que era capaz de dar, era aún más consciente de que Livia tenía cuanto un hombre podía desear en una mujer: era culta, fascinante, rica, apasionada.

¿Por qué tenía la sensación de que había sido débil y que por culpa de esa debilidad había dejado que ocurriera algo por completo equivocado?

Le dio un escalofrío al pensar en Enrica, en las cartas que habían intercambiado, en la relación que fatigosamente, tras mil reflexiones y miedos por su parte, estaba naciendo entre ambos. En cómo estaba creciendo ese joven y frágil amor a despecho de lo que él había considerado siempre: que no podría compartir su condena con

ninguna mujer.

¿Qué haría ahora? ¿Cómo iba a contárselo a ella, si hasta el momento apenas habían intercambiado tímidos saludos? Y con la propia Livia, ¿cómo debía comportarse? ¿Cómo haría para fingir que no se acordaba de lo ocurrido?

En la esquina de la via Toledo, en medio de la calzada desierta a esa hora del amanecer, vio al perro de Tetté. Estaba sentado, alerta, con una oreja erguida como para oírlo pasar. Lo esperaba.

Le dio un vuelco el corazón y a la mente de Ricciardi acudieron en tropel imágenes del niño, su muerte y la conversación mantenida la tarde anterior con Sersale, el cojo; era lo último que lograba recordar, antes de lo de Livia. En sus oídos resonó el odio que el hombre sentía hacia su cuñada, que le impedía acceder a la fortuna de su hermanastro.

Ya estaba convencido de que la muerte del niño se había debido a un descuido y al hambre, vieja y obtusa enemiga; pero era posible que la misma Carmen estuviese en peligro, y él quería ponerla sobre aviso lo antes posible. Y recordó que precisamente se disponía a ir a verla para hablarle de Sersale y de su torpe intento de chantaje, y para averiguar si la mujer consideraba que su cuñado era capaz de ejecutar semejante venganza; durante la conversación le había parecido que Sersale sabía del cariño que la mujer le tenía a Tetté, el cariño de una madre.

Como una madre. Se acordó de Rosa; nunca dejaba de avisarle cuando iba a retrasarse y esta vez no lo había hecho. Confió en que se hubiese ido a la cama y que siguiera durmiendo; así podría decirle que había regresado tarde y se había marchado muy temprano; una mentira piadosa, para no darle a entender que ya no estaba en condiciones de preocuparse por él y vigilarlo. Decidió que en cuanto regresara a su casa le diría eso.

Antes quería ver a Carmen; pensó que sabía dónde encontrarla, hoy que era el día en que se conmemoraba a los difuntos. Allí la esperaría, junto a la tumba de Tetté.

Fue para el cementerio de Poggioreale, con el corazón cargado de desazón.

Rosa se despertó sobresaltada al oír el lúgubre tañido de la primera campana de la iglesia vecina. Miró a su alrededor sin comprender. Luego se acordó: se había dormido en la butaca del salón, colocada hacia la puerta de entrada, para esperar a Ricciardi, que la noche anterior no había regresado a casa.

Se daba cuenta de que ya era mayorcito, un hombre con derecho a tomarse el tiempo que necesitaba para sus cosas de hombre, y claro, por su trabajo podía verse obligado a pasar la noche fuera de casa, no era la primera vez que ocurría, pero lo que nunca había ocurrido era que no le avisara en persona o enviara a alguien a advertirla.

Su comportamiento en los últimos días era motivo de preocupación; como la visita de Maione, las frases que había captado no eran para estar tranquila. Había otra

mujer, una que tenía el descaro de ir a verlo a la jefatura. Y señora, nada menos, ni siquiera señorita.

Se levantó con dificultad de la butaca, haciendo caso omiso de las quejas lancinantes de sus huesos anquilosados. No podía hacer otra cosa que esperar noticias. Se impuso mantener a raya la preocupación: el señorito era una persona respetada y responsable, un comisario de la brigada móvil. Seguramente no corría peligro.

Fue a su alcoba con la intención de acostarse un rato; echó un vistazo por la ventana y vio que en casa de los Colombo, en su dormitorio, envuelta en una manta, alguien la observaba bajo la luz tenue y brumosa del amanecer del día de los Difuntos.

Enrica no había podido librarse de la oprimente sensación de angustia que la acompañaba desde la víspera; en su sueño inquieto se habían alternado largos momentos de vigilia en los que estuvo escuchando el repiqueteo de la lluvia en los postigos.

Era una muchacha racional, práctica, preocuparse sin motivo por algo le producía una sensación de desorden que le resultaba insoportable. Para colmo, al no encenderse la luz en la ventana de Ricciardi para su breve cita vespertina, comprendió que tal vez el ansia era una forma de inexplicable premonición.

Al amanecer había ido a la cocina a por un vaso de agua, tenía la garganta seca; había echado un vistazo al edificio de enfrente desde los postigos entrecerrados y se había dado cuenta de que en el dormitorio de Ricciardi las cortinas seguían como la noche anterior; era algo inusitado, siempre las corría antes de irse a dormir. Y la luz débil del dormitorio de Rosa, que permanecía encendida toda la noche, estaba apagada. ¿Qué estaba pasando?

La creciente preocupación le había impedido volver a conciliar el sueño; de modo que se envolvió en una manta y se sentó delante de la ventana de su dormitorio a la espera de ver alguna señal de vida en el apartamento de enfrente.

Fuera, la lluvia se había transformado en una extraña luz grisácea.

Para Livia jamás había habido una mañana tan resplandeciente como aquella tan gris del día de los Difuntos.

En un primer momento se sintió decepcionada, sin duda: no lo había encontrado en la cama donde, poco antes del amanecer, lo había dejado solo para que descansara cómodamente. Había ido a acostarse un rato a su alcoba, donde se había sumido en un sueño plácido y profundo, producido por ese dulce cansancio que creía olvidado. Al despertar se dio cuenta de que él se había marchado y, conociéndolo un poco, no

se sorprendió: necesitaba pensar, comprender, hurgar en el fondo de sí mismo para descubrir el verdadero significado de lo ocurrido la noche anterior.

Sonrió feliz mientras se estiraba como una gata; si él le hubiese preguntado, habría sido capaz de decirle ella misma lo que había ocurrido.

El amor, le habría respondido, es algo extraño y oscuro; se imaginan infinidad de situaciones, se piensan mil cosas y luego se descubre que lo que hay que entender y considerar es una sola cosa: estar juntos. Ante la naturalidad de tocarse y besarse y ser uno solo, todas las estructuras erigidas con esfuerzo por la mente y la sociedad se vienen abajo como un castillo de naipes.

Lo que debía ocurrir entre los dos había ocurrido. Ella lo sabía, lo había sabido siempre, y así había pasado. Y había sido maravilloso, como un sueño; para ella había sido así, por fuerza tenía que haberlo sido también para él.

Se había marchado, pero regresaría a su lado. Atrás quedaba el tiempo de la soledad.

Recordó entonces la recepción que daría al cabo de dos días, las personas que participarían; era una magnífica ocasión para que, más allá de fórmulas inútiles y palabras vanas, todos viesen cuán radiante era su felicidad. Para que no hubiese dudas sobre los motivos de su alegría, le habría gustado tenerlo a su lado.

Hizo un gesto negativo con la cabeza al pensar en la hosquedad y la timidez de él, que ya había aprendido a conocer; era probable que no quisiese dar a conocer su relación antes de que se consolidara. Trataría de convencerlo. Si no lo conseguía, daba igual, podía prescindir de ese detalle; lo único importante era volver a verlo lo antes posible.

Sonriendo, pensó que había llegado el momento de poner manos a la obra y organizar la fiesta, y llamó a la criada.

El tranvía que iba al cementerio era el treinta y uno y salía de Porta Capuana.

Ricciardi anduvo media hora hasta la terminal, pero no le molestó, el paseo le sirvió para liberar la mente de las contradicciones e incoherencias de los acontecimientos de los últimos días. Todavía no se sentía bien, la garganta inflamada le dolía mucho y de vez en cuando le daba vértigo y lo asaltaban unas náuseas que lo obligaban a detenerse, pero tenía la mente lúcida.

Para lo que le servía, pensó irónico. Una mente lúcida no sirve para que ciertos hechos resulten comprensibles. Livia, por ejemplo: después de lo ocurrido, a qué conclusiones llegaría. Enrica, con la que todavía no tenía la confianza necesaria para tratar ciertos temas; de hecho nunca se habían hablado, pero para él, ella era tan importante que quería ser sincero desde el principio; ¿cómo se las arreglaría para contarle que la había traicionado incluso antes de haberle declarado lo que sentía por ella?

Hizo un esfuerzo porque sus pensamientos se concentraran en la historia del niño, en Carmen, en el cojo; triste distracción, pero distracción al fin, se dijo.

La desesperación, lo sabía, permite que tomen forma actos ajenos a la naturaleza de las personas. Sersale no le había parecido de carácter violento, el miedo que había leído en sus ojos cuando lo agredieron, lo decía a las claras; pero ese mismo miedo podía convertirse en el motor de un acto irreflexivo, de una reacción a la negativa de permitirle acceder al dinero de la familia; ése era un peligro real para Carmen.

En cuanto a ella, Ricciardi sentía una inmensa compasión por aquella mujer; a pesar de sus grandes riquezas había sido desafortunada; sin hijos, con un marido loco y una familia con la que solo compartía unos intereses conflictivos. Una soledad maligna y metastásica, un destino burlón que le había robado el único afecto que había conseguido.

Pensó en Tetté: una soledad aún más honda, una vida breve, que terminó de forma tan trágica, a saber dónde. Y su cuerpo zarandeado, como había visto hacer a los sepultureros en la escalinata del Tondo di Capodimonte, y cambiado de sitio para que alguien lo encontrase.

El tranvía iba lleno a pesar de que era temprano. Muchos llevaban flores; las mujeres, vestidas de luto, tenían el pelo recogido bajo los pañuelos anudados; los hombres lucían brazaletes negros, corbatas del mismo color, un botón en el ojal, todos ellos signos de luto. Muchos tenían los ojos enrojecidos por el llanto.

El vagón avanzaba traqueteando en los desvíos, envuelto en el aire húmedo de aquella mañana que amenazaba lluvia como las anteriores. En el interior reinaba un silencio insólito para tanta muchedumbre, en aquella ciudad. La muerte era un pasajero más del tranvía: era su día. Por la ventana Ricciardi contemplaba los barrios,

las calles, los grupos que llenaban las calles e iban en silencio al mismo sitio que él; el barrio de Vasto, la via Foria, la piazza Carlo Terzo. Un pueblo unido por la ausencia, por el deseo de recordar.

A la entrada del cementerio, el comisario preguntó dónde estaba sepultado Matteo Diotallevi, huésped reciente llegado el viernes anterior; un guardián aburrido consultó un registro y le dijo que el niño había sido acogido en la capilla de la familia Fago di San Marcello, y le indicó dónde estaba ubicada. Le emocionó el gesto de Carmen: no le había dado tiempo a acoger a Tetté en su casa cuando estaba vivo, pero al menos quiso hacerlo después de muerto.

Recorrió el sendero arbolado que lo conduciría a su destino, lanzando miradas fugaces a las capillas y las tumbas que se iban poblando de visitantes. De vez en cuando debía apartar la vista porque junto a los vivos y las estatuas veía a los muertos.

Por ello, siempre que podía, procuraba no ir al cementerio. Eran muchos los que consideraban insoportable la vida tras la pérdida de un ser querido y decidían ponerle fin precisamente en el lugar que albergaba los restos de aquéllos a quienes habían amado; y el otoño, la época más triste del año, era su estación.

Ricciardi vio a una vieja de rodillas, rezando en la tumba de su hijo, de cuyas muñecas cortadas manaba un lento flujo de sangre; repetía «Espera un poco, hijo mío, un poco y te besaré otra vez». A corta distancia, casi invisible por el tiempo transcurrido, un hombre de pie, con una pistola en la mano derecha y la frente casi borrada de ese mismo lado, recordaba a su amor perdido: «Te he amado, te amo y te amaré». A los ojos de Ricciardi destilaba desesperación y melancolía.

El Asunto también le regalaba la sensación precisa que tenían algunos de la imposibilidad de sobrevivir a ciertos acontecimientos. Lo contrario del instinto que desembocaba en la mayoría de los delitos: la supervivencia. Ambos le parecieron, como siempre, motivos poco fundados para morir.

Llegó a la capilla; la reconoció por la abundancia de flores frescas distribuidas en el exterior. La puerta estaba abierta y, sentada en el interior, entrevió a Carmen. Ya estaba allí, a pesar de lo temprano que era.

La mujer lo reconoció, le sonrió y se enjugó a toda prisa las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—Comisario, gracias por venir. Pase, por favor. Mire, Tetté está aquí, donde estaré yo cuando me vaya. No podía ni pensar que acabara en a saber qué fosa común. No pedí permiso a nadie, lo traje y punto.

—Buenos días, señora. No imaginaba encontrarla tan temprano. Quería hablar con usted y estaba seguro de que hoy vendría.

—¿Adónde habría podido ir en un día como éste? —dijo Carmen sonriendo con tristeza—. Verá, comisario, no soy vieja, tengo algo más de treinta años. Pero todos

mis afectos están aquí, menos mi marido, al que ya vio en qué estado se encuentra. Acabo de pasar por la tumba de mis padres, Dios los tenga en la gloria, que fallecieron hace mucho tiempo, y ahora estoy con Tetté. Como todas las semanas, también le he llevado flores a mis suegros; aunque si he de serle sincera, nunca me quisieron demasiado, pero lo hago con gusto por mi marido. ¿Quería hablar conmigo? ¿Alguna novedad?

Ricciardi seguía de pie, con las manos hundidas en los bolsillos.

—Ayer vi al señor Sersale, su cuñado. Quería averiguar qué tipo de hombre era, en qué condiciones estaba. Lo encontré justo cuando..., en el momento en que era agredido por tres granujas, que se esfumaron en cuanto yo llegué. Después de eso hablamos. Está metido en una situación francamente difícil, como usted muy bien sabrá.

Carmen miraba ceñuda a Ricciardi.

—Ya se lo dije, comisario. Juego, prostitutas, negocios turbios. En cualquier cosa ilegal o inmoral que piense, él la ha hecho.

Ricciardi asintió.

—Sí, señora, me hago cargo, y lo cierto es que él no lo niega. Es más, me pareció plenamente consciente de su situación, y del hecho de que los únicos recursos que podrían liberarlo de las deudas dependen de usted. Me dijo que había recurrido a su ayuda, pero sin éxito, y que buscó la forma de..., de chantajearla. Y encontró unas cartas.

—¿Cartas? ¿Qué cartas?

—No son asuntos de mi incumbencia, señora, que quede claro, pero creo que le conviene saber con qué cuenta su cuñado, qué armas tiene intención de usar contra usted.

Carmen se quedó de piedra.

—¿Por qué, comisario? ¿Por qué quiere ayudarme?

Ricciardi suspiró.

—Fue buena con el niño, señora. Lo único bueno en su vida. Me parece que debo hacerlo por él, es todo. La mía no es una pesquisa en toda regla, ya lo sabe, de hecho me ocupo en mi tiempo libre, no se trata de trabajo. Pero sepa usted que el recorrido que hice de los últimos días de Tetté me permitió conocerlo mejor, y no tuvo una vida sencilla. Tómelo como un regalo de su parte.

La mujer asintió, pensativa.

—Las cartas. Ahora entiendo por qué no las encontraba, así que las tiene él. ¿Y qué quiere hacer con mis cartas?

Ricciardi se encogió de hombros.

—La siguió, por eso llegó a Tetté. Esperaba obtener alguna prueba de que su..., su amistad con el remitente de las cartas continuaba. Quería saber por Tetté si le

había dicho algo, si le había hablado de ese hombre, para poder utilizarlo. Para chantajearla de alguna manera.

La mujer contenía a duras penas la rabia; retorció en una mano el pañuelo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Maldito, maldito. Se piensa que todos llevamos en el alma la maldad que él alberga en su corazón. Quería usar al niño para atacarme. ¿Qué podía decirle, el pobre angelito? ¿Qué podía saber él?

Ricciardi esperaba en silencio. Ella continuó.

—Tuve un amor, sí. Lo tuve y no me arrepiento. Mi marido... ya lo vio usted. Está así desde hace años, muchos, demasiados. Y yo soy estéril, no he podido dedicarme a un hijo. Y apareció este hombre, un médico..., durante mucho tiempo confiamos en que mi marido se curara, que se pudiera encontrar la causa de su enfermedad y evitar así que poco a poco acabara encerrado en su mundo poblado de monstruos. Casi sin darnos cuenta fuimos intimando. Nos enamoramos. Casada yo, casado él; infeliz yo, infeliz él. Tuve un amor, sí. Un gran amor. Y por él habría estado dispuesta a renunciar a todo, a la riqueza y el bienestar, pero él no quiso. No tuvo valor de dejar a su mujer, a sus hijos, su trabajo. Es todo.

Ricciardi se encontraba en un aprieto.

—Señora, no tengo ningún derecho a enterarme de estas cosas. No me incumben. Solo quería que usted estuviese al tanto para poder defenderse, nada más.

Carmen se pasó una mano por los ojos.

—Comisario, yo ya no debo defenderme. Se trata de una historia que ocurrió hace mucho tiempo y terminó; muerta y enterrada como mi pobre y dulce Tetté. Y como me ocurrió con Tetté, al que por miedo no adopté y llevé a mi casa cuando debí hacerlo, pesará para siempre sobre mi conciencia. Ocupado como estaba con sus miserias, Edoardo no entendió nada de todo esto. Pero comisario, ¿se encuentra bien? Está muy pálido.

Ricciardi agitó la mano con displicencia.

—Un poco de fiebre, señora. Nada grave. Han sido unos días fatigosos, con este tiempo he pillado un fuerte resfriado, no pasa nada.

La mujer lo miraba preocupada.

—Yo, en su lugar, no le restaría importancia. Tiene usted muy mal aspecto. Lo acompaño, tengo el coche aquí fuera, en la entrada del cementerio. Total después regreso; por desgracia aquí no cambiará nada.

Ricciardi trató de oponerse, pero la señora se mostró inflexible; por otra parte, en el fondo no le disgustaba ahorrarse otro tranvía lleno de gente que regresaba del pesar y el dolor. Una vez cerrada la capilla, fue con Carmen hacia la salida.



Al recorrer el sendero, Ricciardi se preguntó qué diferenciaba a la mujer que caminaba a su lado de la de las muñecas cortadas que veía agonizar sobre la tumba de su hijo, a poca distancia.

Las dos solas, las dos desesperadas. Las dos atadas a la vida únicamente por rutinas que, a lo largo del tiempo, parecían cada vez más inútiles. El amor, pensó, te ata a la vida o te expulsa de ella. Sin amor, da lo mismo vivir o morir.

Carmen le había parecido vacía, sin fuerzas; la muerte de Tetté, el recuerdo del amor perdido, su marido enfermo. No hay fortuna, no hay cantidad de dinero capaces de colmar estos vacíos.

Llegaron al coche, que esperaba en el estacionamiento del cementerio. La mujer se acercó a la portezuela del conductor.

—Prefiero no usar al chófer, comisario. Me gusta no tener que depender de nadie más que de mí misma. También a Tetté le gustaba, ¿sabe? Era uno de nuestros juegos, pasear en coche juntos, como si yo fuera su chófer.

Como le ocurría cuando hablaba del niño, los ojos se le llenaron de lágrimas. Ricciardi pensó que esa ausencia podía convertirse en una herencia demasiado pesada de sobrellevar, y que la pobre Carmen tenía que temer más de sí misma que de cualquier chantaje que su cuñado hubiese podido pergeñar. Subió al coche y ocupó el asiento al lado de ella.

Mientras la mujer arrancaba y el rugido del motor invadía el habitáculo, Ricciardi percibió con el rabillo del ojo un movimiento en el asiento posterior, justo detrás de su asiento. Al volverse se quedó boquiabierto, estupefacto por lo que vio.

Maione bajó del tranvía, sosteniendo a Lucia y seguido de sus cinco hijos. El segundo día de noviembre tenían una cita dolorosa: la única en la que se reunían todos los miembros de la familia, los vivos y los muertos.

Esa mañana se vistieron en silencio; ganas de hablar, pocas; de recordar, muchas.

Luca, el primogénito de Lucia y Raffaele, era de esos muchachos que colman la vida de quienes lo rodeaban; rubio y con los ojos azules de su madre, el carácter extrovertido y alegre de su padre, bromista a más no poder, le tomaba el pelo a sus familiares, incluidos sus hermanos pequeños, para los que era un auténtico ídolo. En el barrio era muy querido; su funeral quedó grabado en la memoria de todos los vecinos que asistieron. Fueron muchos los que lo lloraron.

A Maione se le escapó una sonrisa a medida que se acercaba a la entrada del cementerio: el sargento panzón, así lo llamaba Luca. Y él lo perseguía por la casa con un zueco en la mano, si te llevo a agarrar, te parto la cabeza y te meto dentro un poco de buena educación; Luca se reía y a continuación se ponía serio y le decía: creceré y

llegaré a ser más alto y más fuerte que usted, padre, y entonces, trabajaré de policía.

El sargento recordaba el orgullo que sentía cada vez que su hijo le decía aquello, y cuántas veces se maldijo a sí mismo por haberle dado ese modelo.

Por culpa de ese modelo había encontrado la muerte: una puñalada trapera por la espalda, asestada en el hueco de una escalera por un ladrón cuyo escondite había descubierto. El dolor que sentía ahora, cuando por tercer año iba a visitar su tumba el día de los Difuntos, seguía intacto y destellante como una pieza de plata.

Miró a su mujer que, como de costumbre, notó su mirada y le sonrió. Qué hermosa eres, Lucia, pensó. Y lo cerca que estuve de perderte a ti también. En los largos meses de silencio, el dolor se había enseñoreado de sus vidas, creando un archipiélago de islas inalcanzables. Había estado a punto de huir de su casa, porque en ella ya no podía respirar. Pero como existe el amor y, a la larga, puede salir victorioso en la pugna perenne con el dolor, esa primavera se habían reencontrado, y ahora estaban más unidos que antes, incluso por el recuerdo de Luca y de la constante y aguda ausencia del hijo que ambos sentían.

Como siempre, el recuerdo de Luca llevó a Maione a pensar en Ricciardi, el único que comprendió que encontrar al asesino de su hijo podía ayudar al sargento, y en cómo aquel gesto los acercó creando entre ambos un estrecho vínculo.

Se preguntó cómo estaría su comisario, si habría mantenido la promesa de no seguir con aquella extraña pesquisa sin hacerlo partícipe; buscaba algo intangible en la vida y las desesperaciones de un niño pobre y huérfano. No había entendido y no entendía qué intentaba averiguar Ricciardi, pero lo que más temía era que corriera riesgos inútiles, de ésos que él se había acostumbrado a evitarle.

En eso pensaba cuando vio un automóvil potente tomar la curva que salía del cementerio a una velocidad un tanto excesiva. Al volante iba una mujer, tuvo la impresión de haberla visto antes, aunque no recordaba dónde; al lado de ella, cosa increíble, vio a Ricciardi en persona. Levantó la mano para saludar, pero advirtió que el comisario miraba a sus espaldas, al asiento posterior donde no había nadie.

El gesto de saludo quedó a medio camino cuando vio la expresión de absoluto horror de Ricciardi. Duró un instante; el coche se alejó envuelto en una nube de barro y gas.

Maione notó que el corazón le latía enfurecido en el pecho y siguió su corazonada. Le apretó el brazo a Lucia, le dijo en voz baja que ya se reuniría con ella en la tumba de Luca y echó a correr hacia la parada de taxis.

Te he encontrado, pensaba Ricciardi. Por fin te he encontrado.

Por primera vez desde que había tomado conciencia del Asunto, tal como llamaba a su peculiar capacidad de percibir el dolor de los que morían asesinados o se quitaban la vida, no huyó sino que fue en su búsqueda.

Había intentado explicarse la ausencia de Tetté desde todos los lugares posibles donde el niño debería de haber estado; había recorrido las mismas calles que él, se había internado en los mismos callejones oscuros. Y cuando ya había tirado la toalla, cuando había decidido sosegar y descansar, se lo encontraba delante, en todo el horror de una muerte terrible.

El niño se retorció presa de atroces convulsiones que lo obligaban a enderezarse y doblarse sin cesar agarrándose el vientre; tenía los párpados vueltos hacia arriba y los ojos en blanco, rechinaba los dientes a causa del sufrimiento atroz que le había provocado el veneno. Sin embargo, de sus labios salía una frase dulcísima: «Gracias por las galletas. Te quiero, mamá, eres mi ángel».

Como ocurría a menudo, el horror más grande residía en el contraste entre las contorsiones del cuerpo en el momento del dolor extremo y el último y delicado pensamiento del niño muerto. Ricciardi no lograba apartar la vista del fantasma de Tetté, de las terribles implicaciones de verlo allí y de la frase que seguía repitiendo.

Se volvió hacia la mujer.

Se volvió hacia la asesina.

Llovía otra vez: un trueno había sacudido el aire y un violento chaparrón cayó sobre la calle.

Carmen tenía una forma de conducir nerviosa, a trompicones, no se preocupaba por lo resbaladizo del suelo. Sumida en sus pensamientos, se encontraba lejos de allí.

Ricciardi se preguntó qué la había llevado tan lejos, por qué lo había hecho. Notó de pronto un inmenso cansancio en todo el cuerpo, y tras la breve tregua, la fiebre le volvió a subir con virulencia. El alma del comisario estaba embargada de dolor por la muerte del niño, por su última esperanza, por todo el amor que había sentido por quien lo había matado.

—Gracias por las galletas. Te quiero, mamá, eres mi ángel —murmuró sin pensarlo.

No supo si lo había dicho de veras o si lo imaginó. Carmen dio un brinco, como si acabara de picarle una serpiente, y con cara de miedo miró el asiento posterior; como trastornada clavó la vista en el comisario. El automóvil dio un peligroso bandazo y derribó un carrito que estaba detenido al borde de la calle, pero milagrosamente regresó al centro de la calzada. La mujer no solo no mostró intención de aminorar la marcha sino que aceleró.

Y entre gritos y sollozos empezó a hablar.

De manera que lo sabías. Tú lo sabías. Me di cuenta enseguida, cuando te vi en el funeral; de algún modo intuiste que no había muerto por casualidad. Y ahora estás aquí, conmigo, para oírmelo decir, para llevarme al infierno.

Porque yo lo sé, sé quién eres tú, eres el diablo. Con esos ojos que no parpadean, con esa cara pálida, rodeado de muerte. Yo sé quién eres.

Pero no voy a ir al infierno. ¿Y sabes por qué? Porque ya estoy en el infierno. He vivido y vivo en el infierno. ¿Acaso sabes tú, diablo, lo que supone vivir al lado de un loco? ¿Sabes que antes de encerrarlo, por vergüenza a que la gente se enterara, fingíamos que era normal? Me apagaba los cigarrillos en los brazos; me despertaba en plena noche para golpearme; me esperaba en los rincones, en la oscuridad y se abalanzaba sobre mí. Decía que yo era su enemiga, que yo era un monstruo. Pero el monstruo era él.

Cinco años viví así. ¿Cuánto infierno puedes darme tú, diablo, que sea peor que ése? Y yo aguantaba, yo lo aguantaba todo.

Porque yo fui pobre, ¿lo sabías, diablo? He soportado privaciones, porque mi padre se lo jugó todo, porque mi madre no sabía hacer otra cosa que llorar. Y ahora que tenía lo que siempre había querido, riqueza, bienestar, no iba a permitir que nadie me lo arrebatara.

El niño era mi hijo, sí.

El hijo de un encuentro, el hijo de un amor sin salida, vivido en la oscuridad. Hacíamos el amor mientras el loco gritaba y aporreaba la puerta de su prisión. Hacíamos el amor mientras el resto del mundo pensaba que estábamos buscando una cura, como si la demencia de ese monstruo tuviera cura.

De veras me creía estéril. Lo había intentado por todos los medios posibles cuando el monstruo todavía parecía normal. Nada. Pero con él, con el médico, me quedé embarazada. Tuvo miedo, él tampoco tenía dinero, todo pertenecía a su mujer. Bonita pareja de desesperados, acaudalados con dinero ajeno.

Nos inventamos una cura termal para el loco, lejos, en Toscana: se la prescribió él, Matteo. ¿Sabías, diablo, que se llamaba Matteo? ¿Comprendes ahora por qué mi niño se llamaba así?

Allí di a luz, sola, ayudada por la camarera de un hotel. Como un animal. Como una perra vagabunda.

¿Y qué querías que hiciera luego? Volví a mi vida de siempre, a mi cárcel de oro. Dejé al niño en el campo, a cargo de una familia, gente a la que daba dinero, pero que ni siquiera sabía mi nombre. Al tiempo la mujer murió de tifus y el hombre se dio a la bebida; no podía dejar allí al niño.

Tras buscar di con el padre Antonio, ese repugnante cura ávido de dinero. Le pagaba todos los meses, un dineral; pero al menos podía verlo, y en cierta manera criarlo yo. Me avine a darle clases a los otros bastardos, con tal de estar cerca de él, de mi hijo.

No podía llevarlo conmigo, ¿lo entiendes, diablo? A la familia del monstruo no le habría costado nada atar cabos: al libertino de su hermano, ese cobarde que quiere apoderarse de mi dinero, justo ahora que el monstruo se está muriendo, justo ahora que por fin podré vivir mi vida.

Y justo ahora fue a encontrar las cartas.

Creía haberlas destruido, no me acordaba de que las tenía. Vino a verme, me amenazó. Le di algo, pero no quería darle más. Entonces me siguió y encontró a Tetté.

Me enteré de todo, ¿eh, diablo? Conmigo no tartamudeaba. Pero solo conmigo. Con su mamá. Y lo que no me decía, yo lo entendía igual. Me enteré de lo que esos pequeños bastardos le hacían, de cómo lo vejaban, de cuánto lo hacían padecer. Me enteré de todo: lo del cura, lo del sacristán, lo del cuartito oscuro de los castigos. Lo del perro.

Me había hablado de las hogazas de pan envenenadas en el almacén de comestibles, del miedo a que su perro se las comiera. Y al final me contó también lo de las visitas del libertino, de Edoardo.

Me obsesionaba la idea de perderlo todo. Si se hubiesen enterado de que era hijo

mío, un huerfanito abandonado en una parroquia para que se pudriera en el lodo y la miseria, lo habría perdido todo. Me habrían rechazado, puede incluso que hubiese acabado en la cárcel. ¿Qué podía hacer? El niño me hablaba de los interrogatorios a los que el maldito cojo lo sometía, con preguntas cada vez más apremiantes. Era cuestión de tiempo que todo terminara.

Yo esperaba. Esperaba que la muerte del loco me convirtiera por fin en dueña de todo. Me lo habría llevado conmigo, le habría dado lo que nunca había tenido; pero ahora que me habían descubierto, ya no podía esperar.

Me pasé días y días desesperada, sin saber qué hacer. Debía elegir entre conservar el dinero y quedarme sola o volver a la pobreza y la desesperación, con un niño tartamudo por criar, y yo sin oficio ni beneficio.

No conseguía decidirme. Entonces lo eché a suertes.

Le preparé cuatro galletas, dos envenenadas y dos no. Las envolví en un cucurucho de papel y se lo llevé, le encantaba cuando le hacía cosas con mis propias manos. Pensé, si no elige las envenenadas, querrá decir que saldremos adelante y lucharemos, aun a riesgo de quedarnos sin nada. Lucharemos contra el cojo, contra el loco, contra el mundo.

Pero eligió sin dudar las envenenadas. Lo vi comer a gusto, me sonreía, aquí mismo, en este coche. Y me dijo esa frase. La que conocemos solo tú, que eres el diablo, y yo, que soy su madre.

Eso dijo, solo eso.

Antes de morir.

Ricciardi escuchaba el relato de Carmen como sumido en una pesadilla. Notaba dolorosas punzadas en la cabeza, la fiebre lo devoraba.

Por si eso no bastara, el incesante machaqueo de la voz de Tetté resonaba en su interior, a través del alma, sin pasar por los oídos. «Gracias por las galletas. Te quiero, mamá, eres mi ángel».

Había visto de todo; hijos que mataban a sus madres, hermanos que se mataban entre ellos, esposas que asesinaban a sus maridos mientras dormían. Pero una madre que deja a su hijo abandonado a su propio destino y que después lo envenena, obligándolo a una muerte atroz entre mil tormentos, era algo que jamás habría podido imaginar.

Sin mirar atrás, mientras el automóvil avanzaba a toda velocidad por la cuesta de tierra que llevaba a Posillipo y los neumáticos resbalaban en el barro, siguió viendo cómo se contraía el cuerpo de Tetté a causa de las convulsiones provocadas por la estricnina. Y al mismo tiempo percibía sus palabras de amor. «Te quiero, mamá, eres mi ángel».

Cayó en la cuenta de que la mujer lo llamaba diablo. La ironía estuvo a punto de arrancarle una carcajada, luego pensó que quizá tuviera razón: su percepción, el Asunto, que tal vez le había sido dada por el demonio, era el signo de su condena. Por absurdo que pareciera, pensó en el padre Pierino, y en su fe sencilla hecha de verdades y mentiras. Fíjese, padre: un ángel y un diablo, en el mismo automóvil que avanza enloquecido bajo la lluvia. Adivine usted quién es lo uno y quién lo otro.

La mujer seguía llorando y mascullando sus desvaríos, y Ricciardi comprendió que el destino ya estaba marcado: Carmen no miraba el camino, giraba el volante al azar y pisaba el acelerador a fondo. Perezosamente, como en una nube de vapor, el comisario pensó que por suerte habían llegado a una zona en la que no había nadie, en el camino que ascendía a plomo sobre el mar no había un alma, al menos ningún inocente se vería implicado.

A sus espaldas, con su voz dulce y serena Tetté le dio nuevamente las gracias a su ángel.

El último pensamiento, reflexionó Ricciardi. Mi último pensamiento, para que quizá alguien igual que yo, lo oiga al pasar. Mi último pensamiento, para que sea recordado. El último pensamiento de un muerto, su despedida de la vida que no vivió. Ésa es mi pena.

El coche acometió una curva cerrada. La lluvia caía a raudales, la visibilidad habría sido limitada incluso si Carmen no hubiese entrecerrado los ojos por el llanto. Dijo: mi pequeño, mi dulce pequeño; perdóname, perdona a tu mamá.

Después de la curva, en medio de la calzada, impertérrito, un perro esperaba

sentado sobre las patas posteriores, quieto como una estatua, los ojos fijos en el automóvil, que, patinando sobre las ruedas que no se agarraban al barro, asomó como una fiera rugiente. El perro no se movió. Carmen gritó el nombre de Tetté y para esquivar al animal giró el volante hacia el parapeto, hacia el mar, hacia el precipicio.

Mientras volaba acompañado de la mujer que lloraba el nombre del hijo que había matado y del fantasma del niño que llamaba ángel a su madre, Ricciardi cerró los ojos y, con todas sus fuerzas, pensó en Enrica para que alguien lo escuchara, para que alguien se lo dijera: amor, amor mío, qué pena.



La lluvia acompañaba el silencio de la noche en aquel día de los Difuntos, mientras caía inclemente sobre el patio del hospital dei Pellegrini.

El aire normalmente desgarrado por las voces de los vendedores del mercado vecino estaba inmóvil, expectante. Maione se estremeció bajo la marquesina de la entrada. Le hubiera gustado saber, pero tenía miedo.

Por enésima vez sacó el reloj del bolsillo, lo miró, volvió a guardarlo: llevaban casi seis horas. El comisario Ricciardi llevaba seis horas luchando contra la muerte en el quirófano del doctor Modo.

Yo tengo la culpa, pensó. Sabía que iba a seguir investigando, que no me esperaría, que tenía metido entre ceja y ceja no dejarlo. Lo sabía y lo dejó solo. Si yo hubiese estado con él, esto no habría pasado: no se habría subido al coche de esa mujer, no habría participado en esa fuga absurda y desesperada a Posillipo, no se habría precipitado al vacío.

Se vio llegando con el taxi cuando ya era tarde, y vio las ruedas que seguían girando en el aire, bajo la lluvia torrencial, el coche colgado del precipicio, sostenido apenas por algunos arbustos; se vio sacando el cuerpo de Ricciardi con la ayuda del taxista y el cochero de un carruaje que pasaba por allí; vio a la mujer muerta, con medio cuerpo fuera del parabrisas hecho añicos, la sangre y los sesos fluían del cráneo partido por la mitad y se escurrían con la lluvia.

Se pasó la mano por la cara. La carrera hasta el hospital, la expresión de sorpresa y dolor del doctor Modo. El comienzo de esta pesadilla, de esta espera infinita.

Había mandado a un chico a buscar a su hijo mayor, que ya había regresado del cementerio sin noticias de su padre, y por medio de él había advertido a Lucia y avisado en la jefatura; después le había ordenado a un guardia que fuera a buscar a Rosa y la llevara al hospital.

Regresó a la sala donde esperaba la mujer. Había llegado con una muchacha; Maione recordó que se trataba de una vecina del comisario, a la que habían interrogado una vez. Colombo, Enrica Colombo. Así se había presentado.

Estaba conmovida, pálida como la cera; sostenía a Rosa, que parecía cincelada en mármol. Sentada, inmóvil, los ojos vidriosos, los labios susurraban una plegaria, el rosario en las manos.

Baronesa, yo sé que usted me oye. Se acuerda, me oía siempre, incluso cuando yo creía que estaba dormida; aunque tuviera los ojos cerrados, sonreía y me contestaba a lo que yo me preguntaba en mis pensamientos, a saber cómo lo hacía.

Si me oye, baronesa, sabrá entonces dónde estamos y a qué hemos venido. Estamos en el hospital, porque dicen que su hijo, el señorito, se está muriendo.

Yo no sé si se está muriendo en serio. No son cosas que yo pueda comprender, que soy una ignorante que ni leer sabe y solo conoce los números. Y tampoco sé si está usted enojada conmigo, baronesa, porque me confió a su hijo y yo no he sabido cuidárselo. Pero quiero que sepa que él es toda mi vida, que si él se va, detrás de él me voy yo también.

Al principio, fue usted quien me dio la responsabilidad, y yo la acepté. Era un niño difícil, y sigue siendo difícil. Es cabezota, todo ha de hacerse como él dice; con treinta y un años cumplidos sigue solo, y ni se le pasa por la cabeza que yo ya estoy vieja y que cuando me vaya se quedará solo. Incluso ahora que ha conocido a esta pobre muchacha que está aquí conmigo, fíjese, se ha empeñado en acompañarme hasta el hospital con lo que está lloviendo, se echó a la calle en cuanto vio a los guardias que vinieron a buscarme, ¿y qué hace él?, ni siquiera ahora se decide a salir para decir que está bien, que está vivo y vivirá cien años.

Baronesa, usted que está en el mundo de la verdad y que puede hablar con los vivos y con los muertos, vaya a buscarlo al lugar donde se encuentra y dígame que vuelva, que no puede morirse, que no está solo; que hay gente que lo quiere y que sin él no podrían seguir viviendo.

Dígaselo, baronesa. Que ni se le ocurra gastarle una broma tan fea a esta pobre vieja. En los treinta años de corajinas que me ha hecho agarrar, jamás le he levantado la mano. Dígame de mi parte que si se atreve a hacerme algo así, le doy una paliza de la que no se olvidará nunca, ni en este ni en el otro mundo.

Dígaselo, baronesa.

Dígale que vuelva a mi lado.

Enrica se había sentado en un rincón, en la penumbra. La sala de espera del hospital era fría y la lluvia golpeaba en el cristal de la entrada, decidida a pasar y envolver en un velo de agua todas las emociones y los padecimientos que allí aguardaban.

Al ver que los dos guardias se acercaban al edificio de Ricciardi puso nombre y color a la angustia que la acompañaba desde la tarde anterior. Algo había pasado. Lo sabía. Vio salir a Rosa, envuelta en su abrigo, con un pañuelo en la cabeza; de lejos y a través de la lluvia comprendió por su palidez que estaba conmocionada y muerta de miedo.

No lo pensó dos veces; no eran momentos para empachos ni para guardar las formas. Apartó a su madre, que le preguntaba adónde iba sola con ese tiempo, y bajó las escaleras corriendo mientras se ponía el abrigo. Rosa la recibió con serena sencillez, cogiéndose de su brazo; está en el hospital, le dijo.

Enrica rezaba mientras oía la lluvia repiquetear en los cristales y esperaba saber si debía abandonar para siempre su sueño.

Se preguntó si rezaba por la vida de Ricciardi o por sí misma, por su vida. Se

contestó que eran exactamente lo mismo.

El silencio se vio interrumpido por el rugido del motor de un automóvil que irrumpió en el patio, con un brusco chirrido de frenos. Tras un momento, la puerta se abrió de par en par y entraron la lluvia y Livia, seguidas de un Garzo mojado e insólitamente desaliñado.

—Ah, Maione, ya está usted aquí; he venido en cuanto me he enterado y antes he ido a recoger a la señora Vezzi. ¿Se puede saber qué diablos ha pasado? ¿Qué hacía Ricciardi en el coche de la señora Fago di San Marcello, dama de la caridad de Santa Maria del Soccorso? ¿No les había dicho yo que debían parar esa maldita investigación, mejor dicho, que no había que empezarla siquiera?

Maione se había puesto de pie y miraba a Garzo con una expresión que no prometía nada bueno.

—Dottore, yo no sé qué hacía el comisario, pero puedo asegurarle que si estaba con esa mujer sus motivos tendría, tal como demuestra la forma en que se produjo el accidente.

—¿Y usted qué sabe sobre cómo se produjo el accidente?

Maione abrió y cerraba los puños.

—Lo sé porque los vi pasar y los seguí en un taxi. La mujer iba al volante, parecía conmocionada. No sé el motivo.

Garzo agitó la mano intuyendo que no convenía seguir insistiéndole al sargento sobre el tema.

—De acuerdo, ya nos lo contará el propio Ricciardi. ¿Se puede hablar con él?

Maione avanzó hacia Garzo, parecía decidido a agarrarlo por el cuello.

—Entonces no ha entendido nada, dottore, en este momento el comisario está en el quirófano. El doctor Modo le está operando la cabeza, y se encuentra muy grave. Lo último que le importa a él, y a todos aquéllos que estamos aquí y lo apreciamos, es saber qué hacía en el coche de la señora como se llame. ¿Me he explicado? Ahora si quiere quedarse aquí, tenga paciencia, siéntese en una silla y quédese calladito. Por una vez acepte mi consejo: quédese calladito.

Había hablado casi en un susurro, pero su voz estalló en la sala como un trueno. Garzo se aflojó todo, miró a su alrededor, pasmado; luego retrocedió hasta una silla, se desplomó en ella y ya no dijo palabra.

Livia se acercó con los ojos arrasados en lágrimas.

—Sargento, ¿qué ha dicho el médico? ¿Se sabe algo de las heridas...? En fin, ¿cómo está Ricciardi?

Maione tendió los brazos con gesto de desaliento.

—No sabemos nada, señora. Yo lo he traído para aquí en un taxi, tenía los ojos cerrados, parecía muerto, le sangraba mucho la cabeza. No hablaba. Tenía el pulso

muy débil, casi no se le notaba. Por suerte, el doctor Modo estaba de guardia y, en cuanto lo vio, mandó que lo pusieran en una camilla, lo llevaran al quirófano y él se fue corriendo detrás. Estamos en manos de Dios, y en las del doctor.

Livia se retorció las manos; parecía desesperada. Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Pero el doctor... ¿seguro que no convendría llevarlo a otro hospital? Yo puedo arreglar un traslado inmediato a Roma, incluso en aeroplano. Puedo hacer unas llamadas, tengo amistades... Todos se pondrían a mi disposición. Los mejores médicos del país, los personales del Duce. ¿No sería mejor, sargento?

—No, señora, créame —dijo Maione—. No hay nadie mejor que el doctor Modo. El comisario no habría elegido a ningún otro. Además, ahora es tarde, ¿no le parece? Ya lo están operando. Debemos esperar y rezar, los que creen.

Livia inclinó la cabeza y se llevó las manos a la cara. Rosa y Enrica miraban al vacío, inexpresivas.

Maione caminaba de aquí para allá, como un león enjaulado. Pasó una hora. Pasó otra más. Garzo se levantó, se acercó a Livia y, tras decirle alguna frase de circunstancia que la mujer apenas oyó, se marchó.

Enrica observó los cristales sacudidos por la lluvia. Deja que viva, pensó; con eso me conformo. Deja que viva, que respire, camine, llore y ría. Si lo haces, si permites que viva, renuncio a mi sueño de felicidad.

Y nunca más volveré a verlo.

Un trueno lejano anunció que la tormenta tocaba a su fin. Llegó la noche, se encendieron las luces frías del hospital. En el patio, alejado de la vista de todos, un perro de remendada pelambre esperaba echado.

De pronto, sin previo aviso, se abrió la puerta y la silueta exhausta del doctor Modo cruzó el umbral. Todos se levantaron de un salto y escrutaron su expresión cansada. Sonrió, miró a Maione.

—Pasen —dijo—. Duerme, pero pueden verlo.

Livia fue la primera en salir corriendo, ligera como el viento, seguida de Maione, que sostenía a Rosa, emocionadísima.

Enrica murmuró una frase de agradecimiento y se marchó, feliz y desesperada.

Sobre el cristal se deslizó la última lluvia del otoño. Como una lágrima. Como una gota de sangre.

Y una vez más llegó el invierno.

## **Agradecimientos**

Ricciardi debe dar las gracias por su existencia a Francesco Pinto y a Domenico Procacci, que lo han querido y apoyado; a Aldo Putignano, Michele Antonielli y Antonio Formicola, que lo han encaminado y guiado; a Giulio Di Mizio, por su mirada sobre la muerte; a Stefania Negro y Annamaria Torroncelli, por haberle enseñado los años treinta; a Giovanni y Roberto, alegres cimientos de todas las historias tristes.

Por exigencias de la narración, la visita de Benito Mussolini a Nápoles, ocurrida en realidad el 25 de octubre de 1931, sufre un aplazamiento; se agradece a los lectores su comprensión.

Y por sus ganas de escribir, el autor debe su agradecimiento a una única persona: su dulce Paola.



MAURIZIO DE GIOVANNI nació en Nápoles en 1958 ciudad en la que actualmente vive con sus hijos y su esposa Paola, fiel colaboradora.

Trabajaba como empleado de banca cuando con casi 50 años se apuntó a un curso de creación literaria humorística. Sus compañeros enviaron uno de sus relatos al concurso literario Tiro Rapido, patrocinado por Porche y celebrado en el Gran Café Gambrinus de Nápoles. Mientras estaba sentado pensando en qué escribir, una mujer se asomó a la ventana, sólo él la vio. Así nació Ricciardi un hombre que puede ver lo que los otros no ven. En principio como protagonista de un cuento ambientado en Nápoles cuando corrían los años 30 del siglo pasado, y el éxito de estas pocas páginas fue tan rotundo que el autor siguió trabajando.

Admirado por la crítica y el público italianos, y conocido ya en muchos países europeos, Maurizio de Giovanni es uno de los valores emergentes de la novela negra europea, digno compañero de Camilleri y Vázquez Montalbán.